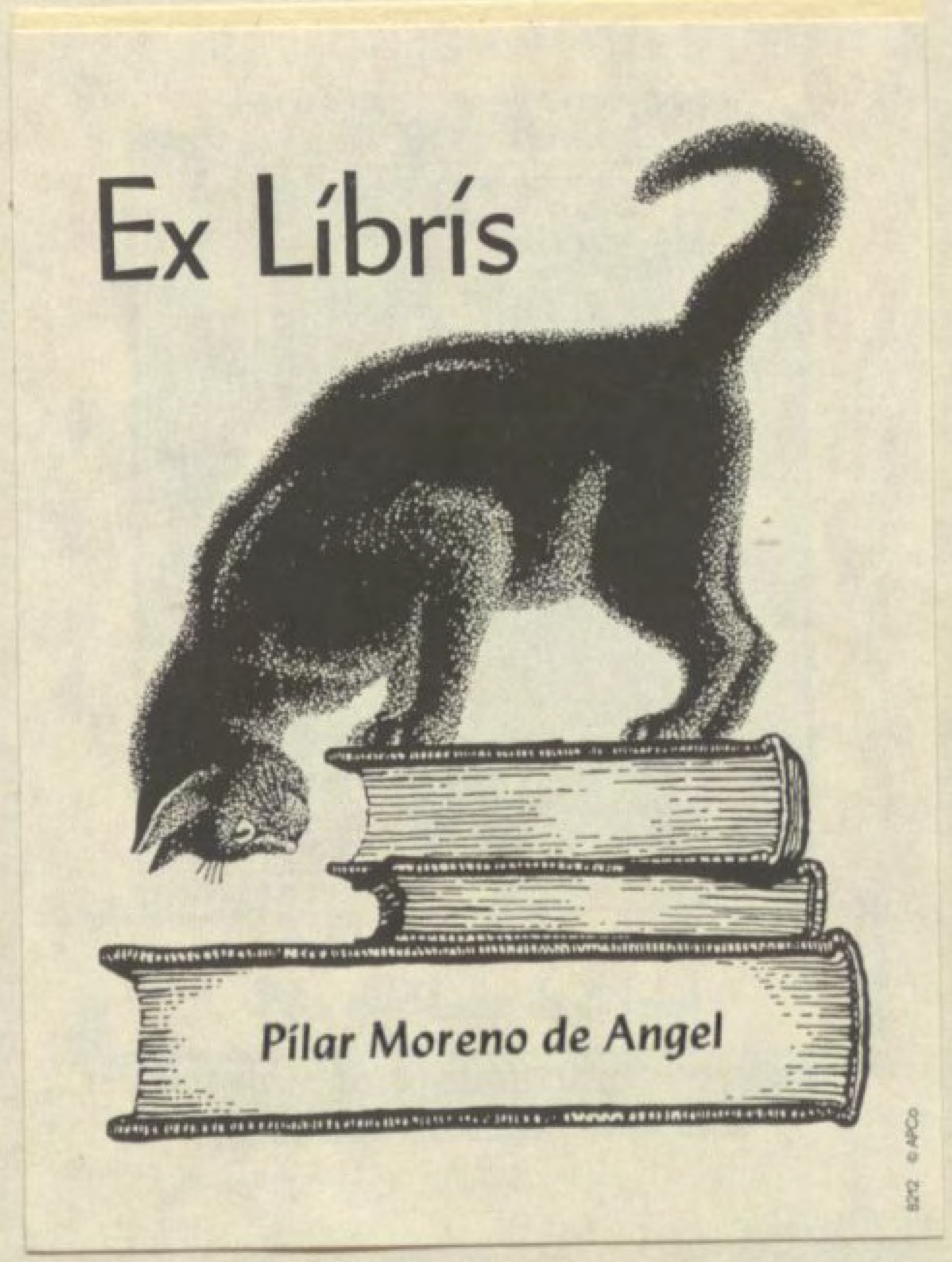
6678.



MIGUEL ANTONIO CARO

Y

RUFINO JOSE CUERVO

POR

LUIS LOPEZ DE MESA

ENVIO DE LA
ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA
BOGOTA

MIGUEL ANTONIO CARO

Y

RUFINO JOSE CUERVO

POR

LUIS LOPEZ DE MESA

EDITORIAL EL GRAFICO

BOGOTA, SEPTIEMBRE 19 DE 1944

923.1861
C292L
1944

INFORMACION PRELIMINAR

EL AMBIENTE nacional, cultural y económico en que surgieron Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro puede definirse así, muy brevemente:

1.—Después del rompimiento de la Gran Colombia, de la separación de Panamá y de los recortes convencionales que el ajuste de fronteras ha exigido de nosotros, el territorio patrio es, hoy día, de un millón ciento treinta y ocho mil kilómetros cuadrados de superficie, de los cuales algo más de trescientos mil corresponden al sistema cordillerano andino que lo cruza de sur a norte, y ochocientos mil a las tórridas planicies litorales y fluviales que a éste circundan o dividen.

Con la excepción natural de algunos puertos marítimos, como Cartagena, Santa Marta, Barranquilla, Buenaventura y Tumaco, por ejemplo, y del hinterland comarcano suyo, Sabanas de Bolívar, Provincia magdalenense, v. g., el poblamiento colombiano y la economía colombiana hánse constituído en las altiplanicies, laderas y vallecitos de esa cordillera, por donde alguien pudo decir alguna vez que era la nuéstra una "civilización de vertientes", como, en verdad, así lo confirma el asiento de nues-

tra industria fundamental del café, y aun la del oro en sus filones de origen y en el derivado aluvión de sus placeres fluviales consecuentes.

De esos otros ochocientos mil kilómetros cuadrados de planicie tropical, algo más de cien mil son semi-desérticos, como en la región peninsular de la Guajira, o esteparios, al modo de las llanuras herbáceas de la Orinoquia, de escaso mantillo vegetal, y el resto cubren los dilatados bosques vírgenes de la Amazonia, Litoral Pacífico, Chocó y cuencas hidrográficas de los grandes ríos, Magdalena medio, v. g. De ahí que aún queden alrededor de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de tierras baldías, difíciles, en su mayor parte, de acondicionar a morada de hombres y ganados, por los muchos flagelos de la salud que allí tienen, y hasta por la abrumadora humedad que distingue algunas de ellas, pues hay zonas en el Chocó que reciben precipitación pluvial de diez a doce metros, y otras, como el Magdalena inferior, el Putumayo y el San Jorge, que son laberinto de lagunas.

De los trescientos mil kilómetros de cordillera que posee el país, los superiores a tres mil metros de altura son generalmente de suelo muy ácido, y raras veces, como en Sumapaz, ofrecen el reposo orográfico de la planicie, pues las laderas se precipitan casi siempre en ásperos desniveles de fácil erosión para el sol, la lluvia y el viento (y para el hombre, elemento capital hoy día de las alteraciones fisiográficas del planeta), y de arduo cultivo, por ende. Con todo, viejas hoyas lacustres del período terciario y

principios del cuaternario, como el bellísimo Valle del Cauca, de hasta tres mil kilómetros de superficie, uno de los primores de la América del Sur, sin duda, y el del Alto Magdalena, menos fecundo, si no es en ciertos rincones suyos muy privilegiados, pero más amplio en su total desarrollo de Tolima-Huila; la Sabana de Bogotá, de unos mil kilómetros de superficie, y numerosos vallecitos en fin, que encuadran el lecho de los ríos, y son las tierras de mejor calidad vegetativa, y que sumados unos con otros alcanzarán a veinte o treinta mil kilómetros cuadrados de amplitud cultivable en óptimas condiciones de rendimiento.

•

2.—Proyectada sobre el mapa, sin cortarle su curvatura del Istmo del Darién, Colombia semeja vagamente una mariposa de alas abiertas sobre la esquina oceánica noroeste de la América del Sur, con dilatadas costas a uno y otro mar, Atlántico y Pacífico, y algunos trechos riberanos del Orinoco, por oriente, y del Amazonas, al mediodía.

Uno puede darse cuenta de su conformación geográfica muy fácilmente, con saber que a poco más de entrar en ella, por así decirlo, la Cordillera de los Andes, fórmase en una de sus altas regiones, el bautizado Páramo del Letrero (a 1°,55' y 30' de latitud norte), la máxima estrella fluvial del país, la que le configura y limita: pues ahí nace el Magdalena (denominado Yuma por los Arawacks de la

Costa, como una tribu de la Florida y otro río de Quisqueya, la Isla Española de los conquistadores, actual Santo Domingo), que se encauza hacia el norte con cerca de mil quinientos kilómetros de longitud y ocho mil quinientos metros cúbicos de caudal, separando los dos magnos ramales, Oriental o de Sumapaz y Central o del Quindío, de la mole andina; el Cauca, o Río Grande de Santa Marta, en otra época, que tuerce un poco al occidente, se curva luégo y confluye, en fin con el Magdalena, después de un recorrido de mil doscientos kilómetros y de adquirir su caudal de tres mil toneladas métricas, sobre poco más o menos, y de aislar las cadenas cordilleranas anteriores de la Occidental o del Chocó; el Patía, de rumbo francamente ponentino, menores longitud y volumen que el anterior, que desagua en el Pacífico después de recoger al afamado Telembí, de bella linfa y ricos aluviones; el Putumayo y el Caquetá, los dos gemelos fluviales que van al sur, en busca del Amazonas, a veces distanciados apenas por estrecha margen de veinticinco kilómetros, separados luégo ampliamente, mayor que el Cauca el primero, mayor que el Magdalena el segundo, y más largos también, pues que recorren uno y otro sobre dos mil kilómetros por entre la selva virgen de nuestras regiones australes, hasta topar el magno río, en actual territorio brasileño, largamente disputado antes.

En la Cordillera Occidental se forma una estrella fluvial secundaria, con epicentro de vertientes en la Serranía de Caramanta y culminación en el cerro de San Fernando, a 5º y 33' de latitud norte, de

donde se desprenden: el Atrato, bellamente llamado Darién o Nive por los aborígenes de su delta, Citará y Atrato por los que habitaban su curso superior; tiene rumbo al norte, y un caudal de cuatro mil novecientos metros cúbicos, que recoge en sólo setecientos cincuenta kilómetros de curso, con que nos indica el intenso régimen de lluvias de esa región; el San Juan chocoano, Dochorama de los aborígenes, busca el Pacífico al suroeste, dentro de su hoya hidrográfica de doce mil kilómetros, con aforo de mil trescientos metros cúbicos; el San Juan antioqueño, el gentilmente denominado Risaralda, y otros menores aún, completan el áster hidrográfico descrito. El Atrato separa la Cordillera Occidental de las Serranías del Baudó, de La Maestra y del Darién, sobre todo, que enlazan el gran sistema andino suramericano con la serie cordillerana de Centro América y de la América del Norte.

Tercer áster fluvial aparece cerca del nudo orográfico del Paramillo, a 7º y 3' de latitud norte, entre las Serranías del Aguila y Abibe propiamente, de donde surgen el Sinú, tributario del Caribe, de fértiles riberas y 400 kilómetros de longitud; el San Jorge, entreverado de lagunas, rico en pastos; el Tarazá, de menor cuantía, al norte y al nordeste, respectivamente; y el León, el Riosucio etc., que aportan al Atrato sus buenos caudales, en fin.

Los grandes ríos del oriente colombiano manan, cuasi apareados unos, casi paralelos otros, de la Cordillera Levantina: el Zulia-Catatumbo, que desemboca en el Golfo de Maracaibo; el Sarare-Apure

y el Arauca; el Meta-Casanare y el Vichada; el Guaviare-Inírida, en fin, que acrecen las aguas del Orinoco, y el gigante Vaupés-Rionegro, orgulloso afluente del Amazonas, allá en el sur. Empero esta misma Cordillera Oriental nos ofrece a consideración algunas estrellas fluviales secundarias en varios de sus nudos superiores, como el de Santurbán, en Santander, para afluentes del Zulia y del Arauca, del Chicamocha y del Lebrija; y esto mismo puede anotarse de la Sierra Nevada del Magdalena, aunque, naturalmente, en más discretas proporciones de volumen.

Los ríos Cesare y Calancala (antiguo cauce del Magdalena tal vez), dividen este sistema andino colombiano de la, al parecer, aislada formación orográfica que llamamos Sierra Nevada de Santa Marta, macizo cordillerano que bordea la costa del Caribe, de unos diez y seis mil kilómetros cuadrados de extensión, con muy abruptas y altas cumbres, y buenas tierras labrantías en sus bajas estribaciones occidentales, Aracataca, Sevilla, Fundación, por ejemplo.

•

3.—Estas tres grandes divisiones del sistema orográfico andino de Colombia, aunque del terciario las tres, según parece, con leves intrusiones del primario en algunos sitios, por Antioquia, v. g., y del secundario en otros, son para la antropogeografía, de muy diversa índole, pues así vemos la Oriental (que

al salir de Colombia tuerce su rumbo nórdico para ir a morir al Golfo de Paria, en territorio venezolano), ser rica en sal gema, esmeraldas y carbón, principalmente, con yacimientos de otros metales aun en período de exploración económica, como el hierro, el plomo, el cromo y aluminio, el manganeso, el molibdeno y cobre, el estaño etc., de los cuales el de mayor promesa, por el momento, es el hierro de Paz de Río en Boyacá, calculado en cerca de treinta millones de toneladas, de buena calidad, pues los otros afloramientos de este mineral en Colombia tienen mezclas de fósforo y azufre (Cundinamarca), o de cromo (Antioquia), que los hacen de dudosa explotación retributiva. Es también útil anotar que los mayores depósitos del petróleo colombiano están de este lado oriente: Carare, Catatumbo, en primera línea.

La Cordillera Central se ha distinguido por su riqueza aurífera, que mucha fama dio a Antioquia en todo tiempo; y la Occidental por el platino, sobre todo, en las vertientes del San Juan y del Atrato, y no en las del Cauca, con localización tan exactamente ponentina que sorprende.

Las cualidades del suelo vegetativo de estas tres cordilleras difieren asimismo: si observamos que el Valle del Cauca es básicamente una derivación de la Cordillera Central, y contemplamos las buenas tierras que desde el Líbano hasta las fuentes del Putumayo posee (feraces suelos de Roncesvalles, por ejemplo), y que el paradisíaco Quindío a ella corresponde, y seguimos contemplando mental-

mente las vegas del Samaná, del Rionegro antioqueño (La Ceja, sobre todo), y del Aburrá-Medellín (fértiles recodos de Sabaneta y Barbosa, pongamos por caso), Yalí, del lado del Porce, y cabeceras del Nechí, del otro lado, etc., podríamos conceptuar que es la más fecunda. Sino que las otras dos se defienden a su turno y afrontan sin ruinoso menoscabo esta comparación imaginada: que así vemos que a la Oriental enorgullecen la altiplanicie de Sumapaz, la Sabana fecunda de Bogotá, los buenos valles de Ubaté, Duitama y Sogamoso, la comarca abollonada (hilly country) del llamado Valle de Tenza; valles del Zulia y Táchira, del Suárez y Chicamocha, del Lebrija y del Río de Oro, del alto Opón y del Carare, vegas del Sogamoso, en fin, y el Catatumbo, de reciente incorporación a la industria, allá por los dos Santanderes; laderas incultas de Perijá y aun lejanas estribaciones finales de los Montes de Oca, en la ceja meridional de la Guajira.

Y aunque la Occidental se muestre a trechos asaz escarpada e inculta, remota al parecer y esquiva, ostenta asimismo repuestas hondonadas a veces y apacibles recodos, vallecitos fluviales de promisoria índole: hoyas hidrográficas del Calima y del Andágueda, márgenes fecundas del Risaralda y el Penderisco, suelos propicios de Currumay, laderas y ribazos del Suroeste antioqueño, cuenca, muy suya también, del nilótico Sinú, orgullo de la tierra bolivarense, en las proximidades del Caribe, bastante a dignificarle su misión agrícola y sacarla a ella toda avante con prestigio.

4.—TAMPOCO FUE uniforme el poblamiento de este dilatado país: La historia misma nos revela grave discrepancia y emulación muy fuerte entre orientales y occidentales, según nos divide el río Magdalena, y entre costeños y andinos, conforme lo establece el influjo de las alturas.

Al lado del oriente las varias estirpes españolas se mezclaron con el aborigen, chibcha, sobre todo, y produjeron un tipo mestizo con grandes divergencias de aspecto, estructura y carácter, según las regiones, Boyacá y Santander, digamos, pero con fondo castellano perceptible en la fonética (pronunciación de la "ll", por ejemplo), reposada actitud social, arquitectura de sus poblados: anchurosas casas claustradas de hasta tres patios, como en la antigua Santafé y en Tunja, en Popayán y en Pasto, que más parecieron alquerías manchegas alineadas en calles, que no urbes. Estas construcciones eran de una o dos plantas, y su primer patio, al que daban los aposentos principales de la familia, sala, alcobas, comedor y biblioteca, capilla a veces, en las gentes de mucho señorío, tenía arriates de "rasos" y de fucsias, de violetas, verbenas, rosas y claveles, de dalias y heliotropos, amén de las frondosas macetas de margaritas y geranios que adornaban la balaustrada del piso superior, y de las canastillas de orquídeas y de zulias que colgaban como lamparines en los intercolumnios del primero; el todo, en fin, presidido casi siempre por una pileta central decorativa. Al se-

gundo, generalmente enladrillado o empedrado, y con aljibe a veces, correspondían los oficios domésticos y las habitaciones de la servidumbre. El tercero, corral y traspatio, confundíase con la huerta, donde crecía la higuera, o clásico "brevo", el papayo y el "curubo", uno que otro durazno, las eras o diminutos tablares de hortalizas, naturalmente, y las yerbas medicinales, imprescindibles entonces, como botica que eran del hogar y resumen de la sabiduría herbolaria de sus dueños. En este patio-huerto levantábanse la caballeriza y el cobertizo para el carromato y las herramientas del lejano fundo sabanero, ineludiblemente asociado a los destinos de tal planeamiento arquitectónico.

Poblaron la otra banda del río, al occidente, como a ésta, peninsulares de todas las regiones de España, y aun de Portugal, sino que por allí predominó el temperamento andaluz, como lo revelan el acento idiomático y la misma arquitectura, ya que la de Medellín, por ejemplo, y la de Buga o Cali, muy elementalmente, y la noble, ésta sí, de Cartagena, trasunto son del lejano estilo sevillano o general mediterráneo, puesto que Pompeya ya lo tuvo.

Empero, esto de lo andaluz como característica de aquellas poblaciones, tiene algún descuento crítico: el antioqueño recibió grande aportación vasca, como lo dicen sus apellidos en más de un treinta por ciento (de un cincuenta, según otros observadores de este asunto), y las mismas costumbres patriarcales de sus colonizadores, amén del tipo cenceño, de largo rostro y ceñuda fisonomía de los abuelos

de antaño, pero su lenguaje, que por el imperio de la "y" y de la "s" es ciertamente andaluz, en la conjugación verbal sigue a los leoneses, con su desapacible "voseo", sobre todo, y el predominio de las desinencias disminutivas en "ito": "Vos, Pepito, tenés mucha grasia, ayá verás", cuando en la Costa esto mismo dirían con acento más francamente sevillano: "Míra tú, que tienej mucha grasia, Pepiyo!" (En Extremadura pronuncian j. por s., como en nuestro Litoral Atlántico, y hacen "ao" el morfema "ado", conforme lo dicen en Antioquia. En cambio, los antioqueños poseen una rara s. prepalatal próxima a la ch. francesa, que no sé de dónde la hubieron, como tampoco la t. y la r. bogotanas que también se pronuncian con el paladar anterior. Ello es, sin embargo, que en los siglos XV y XVI, y aun antes, Arcipreste de Hita, ocurría escribirse d. donde nosotros ponemos t. licuante: "Adlante", "adrio", por atlante y atrio, como suele pronunciarse en Bogotá, y arredro, por "a retro", gentil adverbio antiguo, inusitado ahora). Más aún: el antioqueño carece de la regocijada desfachatez del andaluz y es —¡quién habría de creerlo!— socialmente tímido. Por timidez abusa de los diminutivos hasta el dislocamiento semántico, ya que para él una cuchara es una "cucharita", una empresa es un "negocito", el hogar es su "casita", su "mujercita" es la esposa, su "alguito" es la merienda ("las once" bogotanas, o el "té", como decimos ahora), et sic de caeteris. Esto mismo se revela en su consuetudinaria languidez fonética, como cuando teme aparecer pedante si pronuncia co-

rrectamente la "dees" finales y los fonemas complicados, que así le oiremos decir, v. g.: "Eh!, ese dotor es muy esigente, pero esato, ¿verdad? —¿Usté qué dise?", al revés del cundinamarqués, que exagera vocalizando "doptor", y del nariñense, que se extralimita un poco: "verdadd", "ustedd", etc. (Sin embargo, es oportuno reconocer que esa pronunciación antioqueña fue la que nos trajeron los castellanos de la Conquista, como puede leerse en los clásicos del siglo de oro: "Afición", "efeto", "esperiencia" "indino", "solene", "conceto", "mirá", "tené", "decí"... conservada en nuestros campos y aldeas durante cuatro siglos, y que sólo ahora va desapareciendo a impulsos de la incesante corrección social y escolar docente. El pueblo de nuestras costas oceánicas, primordialmente el de raza negra, suprime todas las consonantes del final de las voces, en parte por característica fonológica de su gente, en parte por influjo peculiar climatérico, y en mucho, también, por la herencia recibida de algunas regiones de España, en donde ello asimismo ocurre).

El descaro del antioqueño y su frecuente abuso de la interjección son reacciones explosivas de esa su timidez, son el anhelo de aparecer audazmente varonil. Su verdadera audacia, su decisión y energía, surgen en la realización de sus empresas y peregrinaciones, y no en sus aventuras, que son hijas de la necesidad y se confirman en la estupenda heroicidad moral de sus mujeres, que tan arduamente saben combatir contra los fracasos del propio hogar y del dinero, cuando ello ocurre, y que tan constantemente en todo animan y enaltecen la voluntad de sus hombres.

Y aun es más complejo este asunto: los aborígenes con quienes se mezclaron los pobladores hispanos del occidente mucho difieren del chibcha, ya que son, en su mayor parte, de cepa caribe, cual se ve claramente en los huila-tolimenses, en los bolivarenses y caucanos, en los antioqueños, en fin, y de ello resultan diferencias caracterológicas muy apreciables. Verdad es que el elemento indígena no resalta en esta conjunción racial, mas ello es que donde se da perceptiblemente, Tolima, v. g., la franqueza de la conducta y la combatividad guerrera suelen observarse en el primer plano de sus virtudes. (Técnicamente considerados los indios de Colombia, corresponden a tres remotos tipos inmigrantes: el mongoloide de Asia, el australiano y el polinésico, y no sería hoy excesivamente arduo agrupar en estas grandes familias étnicas las principales tribus que habitaban el país a la hora de su conquista y primera colonización europeas).

Más cierta fue, y más decisiva sigue siendo, la participación étnica de las castas alógenas de color en esta región colombiana, cual puede evidenciarlo la actual población de sus litorales marítimos, del Chocó en general y de las hoyas hidrográficas de sus ríos mayores, por donde sube profusa y lentamente hacia los sitios de mejor disposición climática, si no en su pureza prístina, en sus mestizaciones más y más frecuentes. Y esto imprime radicales variaciones en la índole de aquellos grupos del occidente

colombiano, al modo de lo que acontece en Cartagena, Medellín y Cali, que muy otros van siendo ya de lo que antes fueron sus progenitores de la época colonial y primeros años de la república.

No se deduce de este brevísimo análisis de nuestro pueblo que la raza blanca haya sido superada por las otras confluentes a su formación, antes enuncia las limitaciones y los rumbos que han tenido para poder afirmar que ese su mezclarse democráticamente la salvó de graves complicaciones futuras y le permite ahora el libre juego de una asimilación provechosa, sobre todo para cuando haya pasado el período de los choques iniciales del resentimiento social, del desorden caracteriológico y etológico consiguientes a las primeras conjugaciones genéticas, y se haya, por ende, consolidado un tipo medio. Aun así, como estamos hoy, puede advertirse alguna compensación benéfica a la cultura nacional y al bien público de esta disimilitud de estirpes, y observarse cierto equilibrio bondadoso de su misma diversidad.

Este espontáneo equilibrio de las diversidades merece alguna dilucidación más amplia: el hecho de que la estirpe española haya resistido el choque numérico y aún el predominio de ciertos caracteres genéticos de las otras razas, se debe a que la aborigen adoleció de tales incultura y miseria que no le fue dado medrar el crecimiento de su progenie, y así, la población blanca, mejor acondicionada para subsistir y prosperar en el ambiente, Cordillera Oriental, sobre todo, Cundinamarca, Boyacá mismo, y Santander, ha venido superándola firmemente. Basta considerar las muchedumbres socorranas, tunjanas y santafereñas de que tenemos fiel noticia de principios del siglo XIX, y compararlas con las que hoy podemos observar en esos mismos sitios, para obtener plena certidumbre de todo esto.

Del otro lado, en el occidente colombiano, estas mismas causales han estado operando igual fenómeno en las castas de color, con el grave aditamento del clima y sus peculiares endemias, helmintiasis, amibosis, plasmodios y espirilas de muy diversa y peligrosa calaña (paludismo en el tope de este conjunto, y fiebre amarilla, fiebre recurrente, y el terrible pian, y hasta el proteico carate, "pinta" o "pinto", que dicen en otras repúblicas), más las ricketzias y bartonelas que últimamente tienden a difundirse y agravar así la patología tropical del país, y a crear, con las carencias y deficiencias alimenticias amplio y ominoso margen de asedio para la tuberculosis y la miseria fisiológica en conjunto. De ahí el porqué la raza blanca, situada en las alturas de benévola temperie, constituya viveros fecundos de propagación (el oriente antioqueño es palmaria demostración de lo que voy diciendo), y logre contrarrestar la natalidad irrestricta de la otra e imponer poco a poco su hegemonía demográfica en casi todo el país.

El equilibrio de diversidades consiste en la polaridad de las idiosincrasias características de los grupos regionales, y se enuncia así, con poco más o menos: tomando por términos de comparación al

mestizo de la Cordillera Oriental y al mulato de los Litorales del Caribe, percibimos inmediatamente la índole intraversa del primero y extraversa del segundo, y confirmamos, interpretando una ya larga experiencia social, que la primera es más adecuada a la astucia, a la malicia, el subterfugio y el escondite, pero también a la cavilación inteligente y a las preocupaciones culturales, por donde se orienta a las actividades y profesiones que demandan mayor sutileza y más perspicua meditación, como la política, la jurisprudencia y el sacerdocio, la medicina y las matemáticas, la pintura, la escultura y la novela, a la poesía melancólica, la música sincopada y el trémolo en el canto; a la familia, en fin, al ahorro y la sociabilidad, con asordinados matices de elegante cortesanía y espiritual distinción; en tanto que la otra es generosa, franca y abierta, derrochadora y festiva, adicta a la danza y la copla alegre, a la elocuencia tribunicia y el periodismo, al progreso material y las comodidades suntuarias, al comer, al beber y al vestir, al reír y al hablar, al agitarse en el constante ímpetu de expresarse a sí misma. Es porque la una es pasional, de recónditas reacciones soterradas, y la otra emotiva, en perenne ebullición de gestos y voces, de anhelos transitivos y eterna fuga del yo, como lo dicen el bullicioso carnaval que festeja la una y la apacible Semana Santa que la otra solemniza. Y así, la una es apta para el entendimiento de los valores y problemas existenciales, la otra para los valores y problemas cognoscitivos. Aquélla para la civilización, ésta para la cultura intelectual.

De que se colige que, bien administradas y bien adiestradas las dos, pueden constituir nación armónica de virtudes complementarias en lo íntimo de sí, y, por lo tanto, históricamente fecunda. Y como esta interpretación, con múltiples diferencias específicas, es verdad, pero no genéricamente contradictorias, vale, sobre todo, en cuanto a lo racial, para las dos amplias mitades en que dividiría el país una línea imaginaria que partiendo de Santa Marta, en el Caribe, fuese a terminar en Ipiales, sobre la frontera del Ecuador, podemos concluir que efectivamente se produce el equilibrio de las diversidades en él.

Y más todavía se producirá en lo futuro, cuando intensa y adecuada educación nos alivie del poco desarrollado sentido de asociación de que aún padecen las masas populares del país, y éstas abarquen exactamente la reciprocidad del procomún y la protección del bien ajeno, cosa harto posible de pronosticar, ya que es un hecho muy notorio de nuestra historia patria el gran espíritu civilista, idealista, legalista y democrático de sus gentes, y lo fácilmente gobernables que son de suyo.

•

5.—DE ESTE TERRITORIO y de esta agrupación racial ha surgido una economía de muy lento desarrollo y endebles caracteres aún:

Durante la Colonia estuvo sujeta a un régimen de lánguida producción agropecuaria y textil elemental, de consumo meramente interno, y a la ex-

plotación del oro. El platino era tan mezquinamente conceptuado que se le llamó "platina", es decir, "platica", o sea plata menor, y se le apartaba del oro para arrojarlo a tierra (o al mismo lecho de los ríos), como desecho suyo. Apenas si al fin del siglo XVIII se cotizaba a cuatro o seis pesos la libra, para fines de utensilios domésticos, como vajillas, de escaso uso en Europa. A España fue llevado por don Antonio de Ulloa en 1735, y entre nosotros, hacia el 1774, don Francisco de Benito lo aplicó por primera vez a la orfebrería, fundiéndolo y acuñando en él algunas medallas con el busto-efigie de Carlos III. Los mineros comarcanos llamábanle también oro "biche", que es decir, oro en agraz o inmaturo.

Las esmeraldas nunca rindieron a nuestra gente apreciable utilidad económica, y sus minas eran arrendadas para que las explotasen rudimentariamente algunas familias y vendieran de cuando en cuando grandes lotes a menosprecio, dentro o fuéra del país: se dice, por ejemplo, que la esposa del presidente Sande (siglo XVI) llevó a España doce (?) arrobas de esmeraldas en bruto, amén de grande acopio de otras muy finas, ya labradas; y algo semejante cuenta la tradición de don José Ignacio París, concesionario de las minas de Muzo en el siglo XIX.

El oro fue, pues, el artículo fundamental de la exportación, y calculo que de él se han sacado alrededor de dos mil millones de dólares desde la Conquista hasta el día presente, con gran servicio para la civilización y la cultura nacionales, como medio de intercambio con el mundo universo ambiente,

pero con grave daño, asimismo, para la potencialidad agropecuaria del país, por ser ésta, de suyo, industria aleatoria, propicia al juego de suerte y azar, a la psicología de los aventureros y desorden social evidente de la vida de sus trabajadores, y por destruir las mejores tierras labrantías con su laboreo, dado que donde se asientan o sedimentan sus minerales, vegas de los ríos especialmente, reposa también el mantillo vegetal, y éste, con el dicho trabajo minero, es eliminado para siempre, dejando así, erial la tierra.

En todo caso, la riqueza nacional apenas si puede computarse en quinientos millones de dólares al tiempo (1819) de la emancipación y constitución de la República. Un millón de pesos era entonces algo así como un monumento exótico: Cuando a mediados del siglo XIX, Judas Tadeo Landínez, nuestro genioide John Law de aquella época, manejó negocios caudales de tal cuantía, produjo la estupefacción de sus conciudadanos, y cuando al fin quebró, frisaba ya con la histeria la conmoción económica nacional.

Durante ese primer siglo de nuestra liberación política continuó el mismo ritmo lento de la industria colombiana, ya que cien años después, hacia 1920, la riqueza general linda con los tres mil millones de dólares, según el cómputo más verosímil. Se había adelantado mucho en la producción de consumo interno, pero la exportable continuaba siendo parca aún, si descontamos el café, que ya era artículo fundamental suyo; la quina, en auge hasta 1882,

con sus cinco millones ochocientos mil kilos de exportación en 1881 ($ 5.123.814); el oro mencionado, y la plata, que, en rama o amonedados, llevaron por mucho tiempo el peso de equilibrio de nuestra balanza comercial; el tabaco, que tántas peripecias ha padecido de origen tributario, y a tántas injusticias sociales ha dado dolorida ocasión, vióse en auge en 1869, con cinco millones setecientos veintidós mil ochocientos once kilos exportables, o sea, poco más de tres millones de pesos de rendimiento efectivo; el algodón, cosechado en el país desde la época aborigen, obtuvo su máximo de comercio exterior en 1867, con 566.139 kilos, que valieron $ 382.580; el añil, industrializado en nuestra tierra desde fines del siglo XVIII, alcanzó el máximo de su producción en 1871, al dar al comercio 528.575 kilos, por valor de $ 182.199, lo que indica que nunca fue artículo de grande importancia económica entre nosotros; los sombreros panamaes, de hiraca o paja toquilla (suazas o jipijapas, como aquí se les ha llamado también), lograron una vez la alta cifra de $ 1.324.129, hacia 1867, y luégo sufrieron la competencia, sobre todo en esta centuria, de la producción oriental, baratísima, principalmente en el género llamado "canotier" (con voz francesa, hoy generalizada); las pieles, en fin, otro de nuestros baluartes de exportación, sólo de 1875 en adelante ascendieron al medio millón de pesos de producto... Ejemplos fehacientes de nuestra precaria situación económica tradicional, que explican muchas, si no todas, las deficiencias de

la cultura patria, y gran número de nuestras perturbaciones políticas, por ende.

A Dios gracias, tuvimos el café al fin, nuestro redentor supremo.

Ese café, plantado aquí por pura curiosidad botánica a fines del siglo XVIII (el sabio Mutis lo cultivó entonces en Mariquita), comenzó a ser cosechado industrialmente durante el primer tercio del XIX, con primera exportación de dos mil quinientos sacos en 1836, si mal no recuerdo. Hoy existen en el país sobre mil millones de arbolitos en plena producción, con rendimiento anual que pasa ahora de cinco millones de sacos de sesenta kilos de peso cada uno, que valen, poco más o menos, cien millones de dólares al precio convenido oficialmente.

En este siglo XX surgieron la industria del banano, que alcanzó a exportar hasta diez millones de racimos, agostada hoy por la sigatoka, y la del petróleo, que parece muy firme, con producción a veces (1939) de diez y nueve millones de barriles, y la manufacturera, tabaco y textiles sobre todo, bien estructurada económica y socialmente.

A más de esto, las organizaciones bancaria y fiscal de la República marchan en buen orden, y la balanza de pagos de su comercio exterior es ahora favorable al país, por las naturales restricciones de importación de mercaderías que la presente guerra mundial impuso.

La riqueza nacional pasa en este momento de seis mil millones de pesos (y no se puede computar en dólares, como las anteriores cifras, por la parado-

ja económica que en ello produce la reciente depreciación de la moneda colombiana, pues el peso de antes valía otro tanto de oro físico, y hoy, el dólar —depreciado también— equivale a un peso con setenta y cinco centavos de nuestra moneda, de que puede resultar que —en dólares— "numéricamente" seamos hoy menos ricos que hace diez años, a pesar de haber obtenido en este lapso notabilísima prosperidad).

Podemos compulsar este cálculo atendiendo a que la producción nacional asciende a mil millones de pesos colombianos, ya que la industria manufacturera mayor rinde unos trescientos, el café sobre ciento noventa (consumo interno inclusive), la carne y pescado más de ciento, la caña de azúcar pasa también de esta cifra, papa y maíz montan a otro tanto, con que se ve que, a falta de estadística más correcta, no debe ser exagerado el dicho cómputo.

Pero, esa industria no está bien consolidada aún, pues importa todavía numerosas materias primas, ni está bien diversificada, puesto que de mil cuatrocientas empresas que he estudiado a este fin, sólo se forman veintiocho industrias agrupadas genéricamente.

Asimismo, la agropecuaria adolece de poquedad y de rutina, porque tiene el país unos once millones de cabezas de ganado vacuno, cuando necesita quince para su consumo interno; dos millones de porcinos, cuando debiera mantener siquiera el doble; cuatrocientas mil ovejas, contra cinco millo-

nes que exige la demanda interior de la industria textil de lanas, y así de otras especies comerciables.

Y es que no se ha tecnificado el cultivo del suelo agrícola: Esos pocos ganados pacen en treinta millones de hectáreas, porque los pastos son raquíticos y de escasa capacidad nutricia: En sólo los Llanos Orientales (Orinoquia) existen diez millones de hectáreas de paja silicosa, que apenas sustentan algunas quinientas mil cabezas de ganado (otros dicen que un millón), y éste muy desmedrado ya por la escasa alimentación que tiene. En otras regiones, la dedicación del suelo a un mismo cultivo secularmente, sin rotación de otros compensadores ni suministro de abonos adecuados, ha empobrecido la tierra agrícola. También existen graves problemas de reforestación y regadío en todo el territorio nacional.

Y no es que esté mal distribuída la propiedad rural, pues pasan de setecientos mil los predios cultivables en que se divide, sino que nuestro labriego carece de preparación técnica y de fecunda imaginación para prosperar lo que tiene: De ahí que necesitando diez mil millones de pesos para ser mediocremente acomodados los diez millones de colombianos que hoy existen, y que pudiendo llegar a los cincuenta mil millones para ser efectivamente ricos, nos hayamos quedado por debajo del nivel de las necesidades mínimas.

6.—LOS VINCULOS entre la riqueza nacional y la hacienda pública, fundamentales en cuanto a desarrollo de los servicios inherentes al gobierno, de una parte, y por otra no menos decisivos en cuanto a las funciones del Estado respecto de la orientación y del estímulo que debe a esa economía, no fueron afortunados en la época colonial ni durante la primera centuria de nuestra emancipación, y apenas si hoy puede calificarse de discretamente útil y mediocremente hábil lo que vamos haciendo con esas relaciones encauzadas en el nuevo rumbo de más directa y más vigorosa intervención del Estado en la conducta de tal economía: La Colonia no supo hallar la ecuación entre la riqueza nacional y la tributación justa, llegando en su abuso hasta producir la agitación gigantesca de los Comuneros de 1781, rebelión de despensa hogareña y sitios de mercado, azuzada por vivanderos, placeras y amas de llaves, rebelión de mujeres en el fondo, que no tuvo guía intelectual que cosechara su magno triunfo, aunque sí reveló, e hizo actuantes, la torpeza administrativa del gobierno colonial y la conciencia, ya poderosa, de la nueva nación en germen. A la hora de la liberación, la habilidad y las buenas intenciones de nuestros estadistas, Santander y Castillo Rada en primer término, chocaron con la ingente e imperiosa demanda de la guerra casi continental en que la nación se hallaba ineludiblemente comprometida entonces. El movimiento de revaluación económica y fiscal de mediados del siglo, si bien desarticuló muy justamente los sistemas tributarios coloniales y la esclavitud, cometió errores para con la embrionaria industria nativa, que a ésta fueron ruinosos en grave proporción. Hoy mismo, experiencia habida y técnica ayudante, no me atrevería a aplaudir algunas ramas de la administración pública, ni en los sistemas de imposición tributaria, ni en los de recaudación, ni, muchísimo menos, en los de aplicación distributiva, y hasta contemplo con mortificante inquietud la incuria, dolosa en veces, de algunos cabildos y asambleas y de muchos administradores del patrimonio oficial, que sólo Dios sabe cuán dignos son de vivir un buen tracto en Araracuara... De ignorancia, a menudo, o de aviesos morales, en algunas ocasiones, y proclives miseriucas, surge este desorden, que un lustro de vehemente educación cívica, pienso yo, eliminaría en su mayor parte, o mucho corregiría a lo menos.

No quisiera quitarme de este tema sin antes decir alguna palabra sobre ciertos errores de apreciación histórica en que hemos tradicionalmente incurrido en el estudio de los grandes movimientos políticos de nuestro país que se rozan con estas materias fundamentales de la economía nacional y la hacienda pública, porque ello es útil, utilísimo, diría mejor, para el planeamiento de futuras reformas o el mejoramiento de las ya existentes:

La emancipación no produjo bién apreciable a nuestra economía, y menos aún a nuestros sistemas de tributación. Media centuria después, el comercio de importación no alcanzaba a los cuatro millones de pesos que el virrey Mendinueta informaba haber a fines del siglo XVIII. A pesar de la ilustración sor-

prendente y de la desconcertante clarovidencia de José María Castillo Rada, el gestor de la hacienda pública grancolombiana durante la administración del general Santander, y por razones que él explica, no pudimos salir de los regímenes coloniales correspondientes: Carencia de capital para la industria e ignorancia supina del pueblo en dicho menester, preocupaciones inmensas de otra índole y calamidades sin cuento que ocurrieron entonces, tienen a su cargo este déficit insoluble. Justo es decir ahora, sin embargo, que ese ilustre hombre público, Castillo y Rada, es el precursor intelectual de la reforma tributaria que en 1936 nos impuso muy sensatamente Jorge Soto del Corral, y de la cual no hemos sacado, lo repito intencionalmente, todo el partido apetecible, por la incuria, a ratos, por la ignavia o desidia, a veces, por el dolo impune, en algunas ocasiones, que no permiten bien recaudar y bien distribuir los abundantes recursos que esta reforma ofrece a la nación, y antes los disipamos un poco en el intrincado proceso de su recaudación y fiscalización, que no parece sino que la sencillez y la lógica repugnaran al espíritu colombiano, en este y otros asuntos.

Muchos conceptúan que la liberación de los esclavos en 1850 constituye incidente importantísimo en el desarrollo de nuestra economía, y yo me atrevo a decir que tal suceso fue espiritualmente grandioso, y aun racialmente, a la larga, al menos, pero que, en cuanto a lo otro, me resulta insignificante: Tránsito de esclavos bien nutridos a peones mal remunerados, de gentes tenidas en leve, mas ciertamente al-

guna educación, por contagio de la vida hogareña de sus señores, que pasaron al aislamiento de una independencia semisalvaje: La supresión de la esclavitud, sin el aditamento ineludible de la educación moral y técnica, no podía, y no pudo, dar rendimiento económico apreciable, y así se ve, contra la opinión de Núñez, de Camacho Roldán y muchos otros, que ni las rentas públicas ni el comercio exterior prosperaron efectivamente, si no es en tanto cuanto la población fue creciendo: Ajustando los datos por decenios, con cierta aproximación calculada, por ausencia de más precisos, yo he llegado a este resumen:

	Año de 1834	1844	1854
Comercio exterior .	$ 5.858.833	$ 6.700.000	$ 6.000.000
Rentas públicas	2.500.000	2.600.000	2.300.000
Población	1.600.000	2.000.000	2.500.000

Este mismo cómputo nos revela que la llamada revolución agraria de 1850, o sea la liberación de la propiedad en cuanto a mayorazgos, censos y capellanías, con sus latifundios de origen, ora realengo, ora de piadosas donaciones, ora, en fin, de inmoderada aplicación de baldíos, y hasta de retribución fiscal por servicios de la campaña libertadora, o de antiguos resguardos aborígenes y encomiendas coloniales, tampoco aportó beneficio industrial visible, aunque grande fuera su bondad como norma y cauce. Los prohombres del liberalismo colombiano que estuvieron en el corazón y la medula de esta reforma, Florentino González, en tiempo de la administración

del caótico, y a veces hasta útil, general Mosquera, Manuel Murillo Toro, Salvador Camacho Roldán, Miguel Samper etc., estaban en lo justo, conceptual y moralmente, pero exageraron el alcance de la medida en sí, aisladamente entendida: En país de vastas regiones sin colonizar aún, y no lejos de la capital de la República y sus principales centros urbanos provinciales, el latifundio no implicaba peligrosa actitud absorbente de parte de unos pocos, pues que había un kilómetro cuadrado de tierra virgen para cada dos ciudadanos, y porque la nuevamente distribuída y dada a la libre circulación no podía ser, y no fue nunca, aplicada a mejor tratamiento industrial retributivo, y así podemos considerar esta, justamente aplaudida, "revolución agraria", progreso jurídico muy meritorio, en sí, y económicamente, posibilidad apenas.

Son verdades por aproximación, o verdades tangentes, que los pueblos reciben a título de inventario, y pocas ocasiones, si alguna, compulsan severamente: ¿No decimos también, que en 1925 acaeció otra "revolución económica" e iniciose "otra edad" en la República? Pues mis estudios me enseñan que ello venía estructurándose desde 1908, y que se hizo socialmente evidente en la administración de Pedro Nel Ospina, por razón de la abundancia de dinero extranjero que entonces hubo, sin que esto signifique que el general Ospina no procurase el progreso material del país y no aportase a él algunas iniciativas muy útiles. . . pero no tanto como "una revolución".

Y así de otras "revoluciones" con que periódicamente desayunamos nuestra límbica inocencia conceptual.

•

7.—LO EXPUESTO parecerá trivial entre nosotros, y aun exótico en el estudio biográfico que voy a emprender, mas ello es que así se entenderá mejor el medio ambiente en que nacieron y vivieron los dos personajes con quienes me ocuparé adelante, y así podrá, sobre todo, cualquier extranjero que incidentalmente consulte este trabajo, apreciar algunas de sus conclusiones.

Por ello tampoco no vacilo en afrontar en las siguientes líneas la más encumbrada y más difícil tarea de exponer en audaz resumen la evolución de la cultura intelectual colombiana, así me resulte ello superior a mis propios conocimientos y a las peculiares dotes de mi espíritu, pues ardua empresa es en sí y en mí elaborar una síntesis que conserve la jerarquía de los valores y la organizada estructura del devenir histórico.

Fuera de que es muy difícil calificar la índole histórica de un pueblo, e imposible casi el definirla correctamente, porque en mucho adolecemos de ignorancia, y en todo mezclamos la indeclinable orientación crítica de nuestros propios sentimientos: La Historia, así con mayúscula, es poco más que la interpretación que una generación hace de las genera-

ciones pretéritas, según el ambiente espiritual y material en que vive.

Con esta precisa limitación exegética, ensayaré, pues, esbozar someramente el derrotero que ha seguido la cultura en Colombia.

•

Al igual que los otros pueblos americanos, Colombia no ha construído aún su propia ideología, no nos ha dado su aporte a la interpretación filosófica del mundo y del espíritu.

Mas ello ocurrirá ya muy pronto, porque es ley de la historia que cada Continente traiga consigo a la asociación ecuménica de ese espíritu alguna interpretación peculiar suya de estos objetivos supremos de la ideación, justifique, en fin, y retribuya en algo, el bien inefable de la existencia consciente con que graciosamente le regaló la abscóndita Fortuna.

Ya, en efecto, se advierte en todas estas naciones americanas la inquietud precursora de todo grande alumbramiento conceptivo.

Y no que América haya estado ausente del curso y devenir de la historia en los pocos siglos que hace que existe en la sociedad universa del espíritu: Contribuyó eminentemente a la definición y mayor reciedumbre de la personalidad; magnificó el sentido de la naturaleza; arrancó al hombre de la contemplación restringida de los ambientes geográficos regionales para elevarlo a la conspicua observación

del cosmos, al dotarlo, y con dotarle, del conocimiento definitivo de la plenitud y magnitud de su orbe planetario; engendró una sensibilidad moral universal para los problemas del hombre asociado; enalteció y consolidó los sentimientos y respectivos conceptos de democracia, de paz y de justicia en las relaciones nacionales e internacionales; dio, en fin, ocasión propicia y mayor amplitud al desarrollo de la prosperidad material y de las ciencias.

El destino la enfrenta ahora a la "formulación" de una síntesis ideal de la cultura, conforme a su idiosincrasia y al rudo combate de esta época que hoy universalmente vivimos.

•

8.—Visto a través de su tradición y de sus manifestaciones de la hora actual, el pueblo colombiano se nos presenta de moderado temperamento, inclinado a un liberalismo de centro en sus reacciones políticas; notoriamente romántico en arte y en la ideología de la cultura superior; republicano y católico, con leve matiz escéptico, en achaques de sociedad, de religión y de conducta.

Algo de ello le ha venido (y antes ya lo dije) de la tierra que le cupo en suerte. Compensación y equilibrio de trescientos mil kilómetros cuadrados de cordilleras con clima suave, y ochocientos mil de planicies tórridas, poco adecuadas a la habitación del hombre; esquina oceánica entre el Atlántico y el Pacífico; situación media entre los dos grandes

Continentes americanos del Norte y del Sur; probable corredor prehistórico de las razas aborígenes centro y sur americanas; composición étnica, en fin, de indo-españoles (andaluces, vascos y castellanos, de un lado, según las regiones; chibchas, arawaks y caribes, del otro), de tipología antropológica intraversa, que prevalece en el oriente del país; y de hispano-mulatos, extraversos y audaces, con predominio al occidente, constituyendo así unos diez millones de habitantes, en rápida mestización, con superación de la raza blanca de origen peninsular ibérico, nacionalistas ya, mas no bien asociados aún, a pesar de su buena índole, por causa, sin duda, de la deficiente educación primaria en que han vivido, aunque gobernados, esto sí, dentro de las normas de una democracia honesta y ecuánime.

•

9.—De las razas aborígenes, sólo los chibchas del Altiplano andino tuvieron alguna organización nacional de rumbos promisoriamente jurídicos, con Nomparén, Nemequene e Idacansas a la cabeza de su textura ideológica, y el célebre mito prometeico de Bochica, como idealización, vagamente histórica, de su orientación moral, de la dignidad y sensibilidad de su estirpe. El que pudiera llamarse "Código tradicional de Nemequene", revela muy nobles principios de legislación, todavía elementales, naturalmente, pero ya encauzados hacia las normas del procomún y del espíritu.

La hoy célebre Civilización Agustiniana del Alto Magdalena no ha revelado aún su recóndito mensaje étnico ni la trayectoria de su confuso itinerario; y las notables culturas de Taironas, Quimbayas y Zenúes, más lo fueron como alfareras y orives que por ninguna otra peculiaridad de su agrupamiento.

•

10.—Tal vez el hecho mismo de que éste no fuera país de grandes riquezas aborígenes acumuladas, ni de civilización autóctona eminente, sino sosegado rincón de poblamiento, nos dotó con buena serie de colonizadores y gobernantes iberos de tipo civil y aun letrado, que hasta los descubridores, conquistadores y catequistas de tal jaez pueden gallardear noblemente: Gonzalo Jiménez de Quesada, Vasco Núñez de Balboa, Rodrigo de Bastidas, Pedro Fernández de Lugo, Jorge Robledo, Gonzalo Suárez Rendón, Francisco César, Gaspar de Rodas, Lázaro Fonte, Pedro Cieza de León, Juan Bautista Sardella, Juan de Castellanos, Fray Domingo de las Casas, San Luis Beltrán, San Pedro Claver, San Francisco Solano, Juan de los Barrios, Andrés Venero de Leyva, Juan Antonio Mon y Velarde, Juan López de Galarza, Beltrán de Góngora, arcontes de la bondad y del valor, de la religión y la justicia, cuya nómina me releva de prolijas disertaciones encomiásticas, que anhelo eludir en este epítome.

Esta colonización ibérica nos trajo la cultura ideológica y moral hispano-romana, o cristiano-me-

diterránea, de su época, y fundó en la capital del entonces Virreinato de Nueva Granada, centros universitarios de estudio, que enseñaron la filosofía y la teología escolásticas de la Edad Media, un poco imbuídas de platonismo con San Agustín, un mucho de Aristóteles con Santo Tomás, y levemente diferenciadas por las interpretaciones personales de nuevos expositores, Francisco Suárez, digamos (tratado de las "Disputaciones Metafísicas", sobre todo), y de Luis de Molina (en su estudio acerca de la "Concordia" entre la gracia y el libre albedrío, principalmente), y la innumerable procesión de autores de menor cuantía, alambicados hasta el desvanecimiento, e ingenuos a la vez.

Eminentes fueron entonces, sin embargo, y lo son aún, como sembradores de cultura o representantes de la espiritualidad de esa su hora, el Arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero, fundador y protector del Colegio-Seminario de San Bartolomé; el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, fundador, organizador y mecenas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; el inteligente, aristocrático y muy inquieto (ciclotímico tal vez) Virrey Solis; el santo y noble historiador Lucas Fernández de Piedrahíta, descendiente, como el Inca Garcilaso de la Vega, de una princesa imperial del Cuzco; el preciado Arzobispo Hernando Arias de Ugarte; el picaresco cronista Juan Rodríguez Freile; la egregia monja Francisca Josefa del Castillo y Guevara, escritora autodidacta ilustre; el fecundo y benemérito pintor Gregorio Vásquez, artista genial dentro de las limitaciones de

su ambiente; el poeta Hernando Domínguez, a las veces feliz, aunque raras esas veces; el escultor de los retablos de San Francisco, de opulenta virtud evocadora; los arquitectos Domingo Esquiaqui y Fray Domingo de Petrés (ya en los albores de la república); el magistrado Francisco, Antonio Moreno y Escandón, gran preceptor de la cultura, y los oidores Diego Antonio Oviedo y Baños, Manuel Antonio del Campo y Rivas, o políticos y gobernantes por el estilo de Manuel Mallo, Pedro Agar y Bustillo y Joaquín Mosquera Figueroa, que mucho figuraron en España a los principios del siglo XIX, amén de los célebres cronistas Fray Pedro Simón, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Pedro de Aguado, Fray Alonso de Zamora, el Padre José Gumilla, el Padre Alonso Garzón de Tahuste, el Padre Basilio Vicente Oviedo, don José de Oviedo y Baños, Juan Flórez de Ocariz etc., ínclitos varones que tan útiles fueron y continúan siendo a nuestra historia.

Hubo también copiosa serie de escritores místicos unos y seudo literatos, o literatos a medias, otros, cronistas en parte y en parte predicadores, ilegibles hoy día casi todos ellos, si no es por curiosidad sociológica, al modo de los santafereños Juan Bautista de Toro y Juan Antonio de Oviedo y Baños, del boyacense Andrés de San Nicolás, del antioqueño Juan Antonio Ferraro, del pastuso Juan Lorenzo Lucero, del caleño Manuel Rodríguez, del payanés Francisco de Figueroa, de la tolimense María Petronila Cuéllar. . . que definen el temperamento y el espíritu de aquella edad suya, económicamente po-

bre, intelectualmente ingenua, ceremoniática en lo social y religioso.

Tal vez nuestra pobreza, descuidado prestigio internacional y consuetudinario apartamiento del encomio de lo oriundo, tal vez la entrañal ironía y el peculiar escepticismo de los colombianos, de los santafereños particularmente, respecto de las costumbres de su prójimo, hayan desvanecido el mérito de santidad de algunos, por esta virtud, personajes de la historia patria: Ello es que nunca llevamos canónicamente a los altares de la fe a ningún compatriota, habiéndoles tenido muy ganadores de dicha cumbre, o a lo menos muy parecidos a los que de ella generosamente disfrutan en otros países. Mas, sí los hubo, como aquel franciscano Fray Juan Martín de la Palma (de la Palma de este Nuevo Reino), antecesor de ese otro, más reciente, bondad incólume, Fray Rafael Almansa, a quienes el pueblo humilde, a ley de juicio propio, beatificó en vida y aún venera con fervorosa estimación irrecusable, cual solían hacerlo las agrupaciones lugareñas de la Cristiandad primitiva antes de que Roma se constituyese en tribunal único; y aún aquel otro, Padre Francisco Margallo y Duquesne, tan parecido fisonómicamente a Voltaire (cuya sangre francesa tuvo), pero a un Voltaire de rasgos nobles, esto sí, y tan acorde en el alma con el apocalíptico Savonarola del Renacimiento en lo intransigente y pugnaz, en el ascetismo y la elocuencia, en la firme convicción e íntimas virtudes. . . Tres normas de santidad tan diferentes que invitan a un análisis distintivo: Porque el de La Palma parece modelado con aquel cartabón de virtudes romancescas predilecto del Abate Croisset, más ingenuas sin duda que genuinas, aunque candorosamente amables de suyo; y es el otro, ese nuestro querido párroco de San Diego, tan visceralmente humano, tan puro de esencia y eficaz en sus enlaces con la vida atribulada del hombre, y tan penetrado fraternalmente de ella, que con ocasión de su muerte y apoteósicos funerales, en que todo el pueblo le lloró por bueno y suyo, indisolublemente suyo, me atreví a decir que él era "el hijo del Demos", el hijo carismático de la multitud; y el tercero, este Padre Margallo y Duquesne, encarna otra especie muy distinta de "lo santo", ya que fue a la manera belicosa de los hijos de Yahveh, irreductible macabeo de sus convicciones.

•

11.—Hacia la mitad del siglo XVIII surgió poderosa reacción contra esa jerga estilística del gongorismo, el culteranismo y el "peripato" (como entonces se decía), y apareció la denominada "Filosofía natural", o sea, el estudio de las matemáticas, de las ciencias biológicas y físico-químicas, que Copérnico, Galileo y Newton; Descartes, Pascal, Lagrange y Leibniz; Laplace, Lamarck y Linneo; Lavoisier, Cuvier y Buffon, etc., continuadores de Bacon, ya habían definido o estaban al presente prosperando con muchas novedades en su agitado mundo europeo: José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, José

Félix de Restrepo y los muy ilustres virreyes neogranadinos de Carlos III, fueron los campeones de aquella empresa intelectual, ciertamente con mucho brío y capacidades intelectuales y técnicas de primer orden, desde luego muy superiores a su ambiente.

•

12.—Otro grupo de hombres recogió el ideario social de las tres revoluciones institucionales que ejercieron mayor influencia en el programa político y jurídico de nuestra emancipación, al comienzo del siglo XIX, la inglesa, la francesa y la norteamericana, pues aunque muy españoles por su amor a la raza, el idioma y las tradiciones de su linaje, y muy franceses a cuanto a profesiones liberales y gustos literarios, los colombianos se inclinaron devotamente en mucho hacia la moderación, la justicia y la ecuanimidad de los anglosajones en los estudios de la filosofía social y grandes disciplinas del Estado: A esta porción corresponden Antonio Nariño, Camilo Torres y Francisco de Paula Santander, modeladores de la república naciente, con su egregio caudillo el Libertador Bolívar, criollo genial, si los hubo, que, con sus coetáneos de Venezuela Andrés Bello y Francisco de Miranda y el neogranadino Francisco Antonio Zea, había asimilado el mensaje intelectual, social y político de la Europa coactual suya, y a quien corresponde en primer plano la concepción memorable de la libertad conjunta de América y la preciada urdimbre estratégico-política de la Gran Colombia.

13.—La mordaz crisis religiosa de la Enciclopedia, las revaluaciones conceptuales de la filosofía inglesa y del naciente idealismo alemán no incidieron en el alma de esa plutarquiana generación de nuestros libertadores, sino levemente en uno que otro europeizado, Miranda y Bolívar, por ejemplo, o el alocado y muy inteligente Pedro Fermín de Vargas, que hasta los jóvenes de la hornada subsiguiente, los "septembristas" de 1828, Luis Vargas Tejada, Mariano Ospina, Ezequiel Rojas, Pedro Celestino Azuero y Florentino González, pueden calificarse, en esa hora, de girondinos propiamente: Porque a todos refrenaba aún el gran respeto que tenían por el dogma y el sentimiento de su fe católica tradicional, a pesar de su muy fervoroso rousseauísmo. Algo de esta revolución ideológica aparece hacia mediados del siglo, generación de 1849, especialmente, ya para entonces entreverada con las teorías del positivismo económico y filosófico de ingleses y franceses, que es visible en Vicente Azuero y Ezequiel Rojas, ya citado, v. g. (de la generación anterior), y en Manuel Murillo Toro, Santiago Pérez, Salvador Camacho Roldán, "Emiro Kastos", José María Rojas Garrido, José María Samper, Camilo Antonio Echeverri, Francisco Eustaquio Alvarez, y en Rafael Núñez, sobre todo, inteligencia cartesiana sutil, que habría luégo de descollar durante cuarenta años en altura literaria y política eminente y acremente discutida también... Mocedad, todos ellos, inmenso encandecida en la hoguera del Romanticismo hispano-francés contemporáneo suyo,

que adelante serenose y dio lustre intelectual y moral a la República.

•

14.—Empero, con la Emancipación política surgió la correspondiente reacción pedagógica, Jeremías Bentham, Destutt de Tracy, Condillac, Stuart Mill, Louis Blanc, Augusto Comte, los saintsimonianos, y hasta el mismo Proudhon, fueron estudiados, comentados y defendidos fervorosamente por nuestros intelectuales de aquella época, dando ocasión y motivo a una gran concentración de fuerzas adversarias espiritualistas, que, con el arsenal ideológico de los clásicos filósofos y teólogos del Catolicismo y de los nuevos campeones suyos, Bossuet, José de Maistre, Juan Donoso Cortés, Visconde de Bonald, Jaime Balmes y César Cantú, vamos al decir, pelearon ardua pelea y triunfaron muchas veces: José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Manuel María Mallarino, Manuel José Mosquera, Rufino Cuervo y el mismo prenombrado Mariano Ospina, se destacan en ello y logran organizar el Partido Conservador colombiano sobre bases ideológicas de muy recia arquitectura.

•

15.—A las siguientes generaciones, las que ocupan los puestos de combate entre 1860 y 1910, aparece la pugna airada de los spencerianos y renanistas, reforzados con el penacho agresivo de los

Draper, Büchner y Haeckel, y la obra muy seria de los naturalistas, etnólogos y filólogos contemporáneos suyos, de una parte, contra los neotomistas y neoespiritualistas de la otra, que encabezados por León XIII, Newman, Mercier etc., desde las escuelas de Roma, Oxford y Lovaina emprendieron la reconquista de la erudición y de las ciencias positivas, con qué resistir aquel embate en el campo amenazado de su fe. Entre nosotros estableciose una a modo de polaridad agonística entre "El Externado", más adelante "Universidad Republicana", y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con eximios profesores, en aquel rumbo, de la prestancia de Nicolás Pinzón Warlosten, Santiago Pérez, Salvador Camacho Roldán, Luis A. Robles, Carlos Arturo Torres, José Camacho Carrizosa, Juan David Herrera, Tomás O. Eastman, Antonio José Iregui. . . y del otro bando tales como José Joaquín Ortiz y José Manuel Groot, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez, Sergio Arboleda y Carlos Martínez Silva, Rafael María Carrasquilla y Carlos Cortés Lee, polemistas más bien que filósofos, todos ellos, y no bien definidos algunos en materia de religión, sino de política, que cristianos hubo del campo revolucionario y callados escépticos del otro.

•

16.—El siglo XX nos trajo, con la doble tragedia de la guerra civil de 1900 y la separación de Panamá, el suave eclecticismo y la exquisita cordura

de la Generación del Centenario (que así la bautizó Luis Eduardo Nieto Caballero, por haber iniciado sus tareas públicas hacia 1910, aniversario secular del grito de Independencia de 1810), generación diletante en cuanto a la variedad de sus lecturas, pues en aquellos días abrevábamos nuestra incipiente curiosidad en todas las fuentes intelectuales del mundo, con un sentimiento ecuánime y un sentido universalista un poco desorganizado, sin duda, pero un mucho, también, investigador y justiciero, que nos llevaba de los autores franceses e ingleses (y aún de los españoles de la célebre cosecha del 98), a rusos y alemanes, a italianos e hindúes, a escandinavos y chinos, en una alocada sed de información, para la que aportaban su copa disímil los más opuestos pensadores, naturalmente con somera, si alguna, eficacia ideológica, pero con mucha pragmática en las instituciones nacionales y en las superiores esferas de la conducta y del espíritu.

•

17.—De esas generaciones que fueron o van pasando ya, nos quedan hombres de egregia ilustración, como Baldomero Sanín Cano, gran catador de estilos literarios, erudito y sereno carmenador de ideas, octogenario ahora, pero aún activo y ágil; Julio Enrique Blanco, que apenas promedia la vida, el mejor preparado de nuestros filósofos, perito en varias disciplinas del saber y muy audaz en sus propias concepciones; con la pléyade de jóvenes que se

disputan hoy la hegemonía de la opinión pública desde los baluartes del materialismo histórico, unos, y muy hábiles escritores ciertamente, o desde las trincheras del neotomismo, los otros, a su vez buenos lidiadores y ávidos de sólidas lecturas fehacientes, unos y otros combativos y férreamente encuadrados en sus credos e hipótesis, aunque algo desorientados en la jerarquía axiológica de los problemas culturales, con gran divergencia, por ende, y aun franca enemistad, con la atemperada y discreta generación del Centenario, que aún dirige los destinos de la nación y aún alienta su claro idealismo moral, generación que, con la heroica de la Independencia y la precelente de 1870, constituyen las tres cumbres cimeras de nuestra conciencia nacional.

•

18.—En resumen nominativo (¡Ah, señor lector!, de aquí adelante tendrá usted que excusarme el que este libro parezca un catálogo de nombres ilustres, por la frecuente cita que haré de ellos, pues otro recurso no hallo, a pesar de que éste mucho me disgusta, para sintetizar nociones y abreviar referencias que el de agobiarle a usted con dicha empalagosa erudición), en resumen, pues, Fray Cristóbal de Torres y José Celestino Mutis nos aportaron nuestro mayor vínculo cultural con el mundo europeo; Bolívar y Santander nos colocaron en el ámbito político de la civilización; Andrés Bello, José Félix de Restrepo, Camilo Torres, Francisco Antonio Zea, y Pedro

Cual lustraron con sus luces el derecho colombiano; José Antonio Sucre, José Antonio Páez y José María Córdoba subyugaron la epopeya con hechos heroicos, de magnitud a veces casi inverosímil: Francisco José de Caldas, José Jerónimo Triana y Julio Garavito Armero nos sientan a la mesa redonda de los sabios; Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo nos sostienen dentro del espíritu universal de la especie... Pombo, Isaacs, José Eusebio Caro, Gutiérrez González, Silva, Barba Jacob, Marco Fidel Suárez, Tomás Carrasquilla, José Manuel Marroquín, José Eustacio Rivera y Guillermo Valencia son las orquídeas más lucientes de nuestros cármenes literarios.

•

19.—Casi todas estas actividades de nuestra cultura se desarrollaron a través de la prensa periódica, como pueblo que estaba, y está aún, en período de asimilación y discernimiento cultural y en la emoción primigenia de su vida consciente. De ahí que haya eminentemente descollado en la poesía y en el periodismo, y de ahí, también, que esa su labor ideológica sea fulgurante en la hora fugaz de las contiendas, pero muy mediocre cuando se pretende estabilizarla en la majestad perdurable del libro.

•

20.—Ante los problemas y los enigmas de la hora presente estamos inquiriendo con firme actitud y sosegada meditación los nuevos rumbos del espíritu y el minúsculo mensaje de nuestra propia colaboración y su desciframiento y posible arraigo. Por tal motivo, y formulando estas inquietudes con laconismo telegramático, entre muchas razones, por la de que el mundo padece hoy de abrumadora superproducción de palabras, uno de nosotros decía recientemente:

«Comprendemos, o presuponemos entender a lo menos, que la ilustre Cultura de Occidente dio de sí cuanto podía dar dentro de las modalidades estructurales de la mente humana que ella impuso, y que, tal vez, ya con sus normas de pensar no es presumible nuevo avance en el esclarecimiento de los viejos problemas del saber: Conceptos de la divinidad personal y del propio espíritu del hombre, de la vida y la conciencia, de la esencia, y la existencia, de la duración y el tiempo, del espacio y del lugar, de la causalidad y la materia... ni tampoco, engranar en la tradicional ideología de esa cultura las recientes adquisiciones de la experiencia psicológica y de esta ciencia demiúrgica contemporánea de los "cuantos" y los electrones, de la posición y el número.

«Sabemos que toda grande invención del ingenio humano y todo hallazgo fundamental suyo: el fuego y la rueda, el compás y la brújula, el cero y la escritura, la imprenta y el vidrio, la electricidad y el vapor etc. determinan prodigiosas ampliaciones en la ideología y en la misma mentalidad del hombre, y que, de verdad, tales descubrimientos son la "presencia" catalizadora de las culturas y uno a modo de logaritmo de su evolución teleológica.

«Tememos, y no poco, ciertamente, que la conducta de las sociedades, aunque obedezca todavía a las leyes morales imperativas de la asociación, no opera ahora como un comando interior de aquellos principios que para ello impuso la cultura de nuestros mayores, lo que es muy diferente en sí, y muy grave de suyo, para la propia subsistencia espiritual de esa cultura.

«Nos parece, asimismo, que los seres espirituales que convivían con nuestros abuelos en comunicación de presencia real, hánse trocado hoy en meras nociones, pasando muy peligrosamente de la evidencia ontológica a la mera certidumbre lógica, si es que aún los asiste esa certidumbre. Algunos insignes capitanes de aquella cultura que dijeron haber visto a Dios y comunicádose con El en acto de presencia real no nos transmitieron el prodigioso efecto de tal entrevista, y así, ella quedó desarticulada del haber espiritual del hombre, como un hecho histórico, si histórico fue, esporádico e inútil: El ver a Dios significaba dentro de la hipótesis conceptiva que de El tuvo esa cultura, descifrar instantáneamente todos los enigmas del mundo y de la vida, de la esencia y la existencia, de la eternidad y del tiempo, que en ese concepto de Dios se presuponían evidentes dentro de su simplísima diafanidad existencial, en su "rostro", como decían los exegetas de la teodicea vigente entonces. Nosotros no tenemos porqué negar la veracidad ni la verosimilitud de aquella experiencia, ni recusar a sus afortunados poseedores por la gravísima reserva con que guardaron sus efectos ante la angustiada expectativa de todas las generaciones, pero sí estamos en el derecho consecuente de cancelar su valor demostrativo y de calificarlo de inexistente para la especie conjunta. Empero, si nadie vio a Dios cara a cara, ni lo pudo intuir satisfactoriamente, la conciencia intelectiva del hombre, este su erguirse ante el cosmos que la abriga y sustenta, y sondear en su intimidad, y trascender de sus fronteras e interiorizarlo a su modo en sustrato sutil; esto de marchar con la luz y golpear con el rayo, de coser las constelaciones con el hilo de su mente, y recoger en un segundo de introspección la eviternidad de las edades pretéritas, esto sí lo vemos con evidencia indestructible, y esto sí es portento que sólo cabe en la definición de divinidad que hemos heredado de las culturas anteriores.

«Nos hemos dado cuenta también de que en el concepto político social, las voces que antaño definían la democracia, no son operantes hoy, porque la convivencia de masas enormes, económica, técnica y culturalmente asociadas de muy diverso modo del de las agrupaciones políticas de ayer, otra cosa imponen y requieren: La democracia no es ahora, y jamás no podrá seguir siendo, la que fue para nuestros mayores del siglo XIX, pues la misma fórmula excelsa de Lincoln (alocución de Gettysburg, en 1863): "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", es un eficacísimo enunciado verbal, apotegma que todos entendemos en su intención legítima, mas no postulado efectivamente aplicable en la dinámica política de los pueblos; y por lo que

hace a la emocionante tríada de la Revolución Francesa, "libertad, igualdad y fraternidad", útil fue en su hora, cuando había monarcas absolutos, nobleza privilegiada y esclavitud de hombres, pero ese regimiento cumplió sus destinos, y ya es punto menos que inane. Lo que al presente necesitamos es: Cooperación efectiva, y no ilusoria igualdad; Estímulo, en vez de la mera fraternidad abstracta y, por ende, inútil; y Equidad, fecunda equidad, ahí donde arboreció la libertad gentil, diariamente restringida hogaño por las irrebatibles imposiciones del crecimiento de las sociedades y su consiguiente limitadora convivencia.

«Y de que el contenido verbal de la cultura, en una palabra, se conserva, mas no el contenido conceptual suyo, lo vemos en tantas voces que, como "éter", "átomo" y "espíritu", no son ya lo que fueron conceptiva y preceptivamente, y cuya persistencia formal nos engaña y nos perturba, colocándonos en peligrosa anarquía espiritual.

«Sospechamos que el antiguo concepto de causalidad cede su campo al de posición y de número en la génesis de la existencia; que la vida no es algo exótico y foráneo al cosmos material, sino la quinta dimensión de la naturaleza, una dimensión de intimidad de la materia misma; que la conciencia intelectiva del hombre puede interpretarse (discurriendo analógicamente) como reflexión hacia dentro de la energía orgánica; que la humanidad ecuménica, y no el individuo, no la raza, ni menos una nación orgullosamente aislada, es la única expresión hasta

hoy evidente de la deidad, como modificadora que ha sido, y creadora que va siendo, de naturaleza, un trance teogónico (revelación histórica de arcana teoforía esencial, acaso), y que, por ende, la asociación universal cultural se impone, y no la económica, ni la racial, ni la militar, ni la meramente religiosa, sino esotra, la cultural "ad integrum",

«Que siendo el concepto que el hombre tiene de su posición en la naturaleza el único núcleo genitivo y normativo de toda cultura, y habiéndose desalojado ese núcleo en la Cultura de Occidente hacia nueva interpretación, otra cultura está naciendo, cuyos lineamientos iniciales perseguimos con mucha cautela y parquedad de voces, pero, esto sí, atalayando firmemente el esquivo mensaje de los tiempos».

•

21.—SERIA ACTITUD atolondrada de mi parte no terminar esta introducción informativa con la mención, siquiera perfunctoria y breve, de nuestra epopeya de la Emancipación, por cuanto ella constituye la obra histórica máxima del pueblo colombiano, gran-colombiano, se entiende.

Porque, de cierto, ella sí está a la altura de los grandes episodios de la humanidad, ya que puede compararse con aquellas ilustres de Napoleón, de César y Alejandro, si no en la cuantía de las huestes lidiadoras, por sus mayores duración y dificultades (quince años de lucha), por la multitud de sus bata-

llas (Bolívar hallóse en más de cuatrocientos combates), por el derroche de heroicidad que en ella se dio, por el irrecusable idealismo de anhelos y propósitos que la informan, y por la, hoy día aún, creciente magnitud de sus consecuencias en toda la esfera de la vida internacional pública: La obra fundamental de las conquistas macedónicas fue la afortunada difusión de la cultura helénica; la del insigne Julio, consolidar la romanización jurídica de la Europa naciente; la del Corso, entrañar en las naciones domeñadas aún por el absolutismo la liberación cívica del hombre y la igualdad universa del espíritu, pues que en medio de tántos errores ingenuos y de tántos martirios inútiles, aquello es lo que positivamente constituye el meollo de la Revolución Francesa. Pero, nada de esto se propusieron definidamente realizar aquellos adalides supremos de la historia militar humana: Su obra creció colateralmente a sus ambiciones personales, que hasta el mismo grandioso ensueño de la unidad política ecuménica que el gran César abrigó en sus postreros años, posterior fue a sus campañas gloriosas.

En cambio, la obra de la emancipación gran-colombiana sí estuvo constantemente presidida por la conciencia diáfana de su mensaje espiritual y de sus históricas proyecciones posibles, y el crecimiento subsiguiente de las veinte naciones a quienes directa o indirectamente benefició esta empresa magna, la enaltecieron entonces, y continúan enalteciéndola hoy, a cúspides morales de primera altitud.

En el concierto de las naciones libres, la Gran Colombia surgió y se esfumó a la manera que surgen y se disipan esas reverberaciones celestes que los astrónomos llaman Novas estelares, centelleante neorama de este mundo internacional americano en formación entonces: Mas no se diga que esta fue creación teatralmente efímera por carencia de estructura espiritual eficiente. Otros fueron los motivos de su catástrofe.

Mírese, si no, la pléyade de guerreros insignes que acompañaron a Bolívar en sus jornadas augustas de la liberación: Sin duda fue él el gestor supremo, él, arquitecto diseñador de la República, él, artífice modelador de almas en germen. Pero, más de cuatro de sus tenientes le superaron en el táctico planeamiento de las batallas, y más de cuatro, también, en el galante cortejo de la muerte, deslumbradoramente heroico: Que con él lidiaron Sucre y Urdaneta, Soublette y Piar, Páez y Bermúdez, de la primera jerarquía; Páez, otra vez, y Córdoba, Calderón, Girardot y Ricaurte, Anzoátegui y Rondón, etc., categorías de asombro, justadores de la otra índole. Y con ellos Santander, el genio de la "logística", como hoy se nombran las arduas funciones del abastecimiento y pertrechamiento de las huestes. Y con ellos, en fin, el alma de las multitudes, cual lo dice el sacrificio impávido de las heroínas, Antonia y Policarpa, por ejemplo, ante el mustio silencio de los banquillos, o Susana Duque, con el estoico desasimiento de todas sus ternuras de madre.

Esa Gran Colombia no fue artificio del genio, ni meramente imposición de las necesidades guerreras. No fue el producto efímero de la fecunda previsión de Miranda, de la recóndita intención de Nariño, de la genial intuición de Bolívar, de la proclamación constitucional de Zea en Angostura: Existía ya en la geografía que la une, de la cultura unívoca que creció en su seno, y en los mandamientos todos de su destino. Por eso fue grande. Las divergencias caracteriológicas de sus pueblos constitutivos no empecen, que el progreso nunca surgió de uniformidades, y sí de contrastes, por tal manera ineludibles, que en el funcionamiento de toda cultura vése la formación de un "campo" de similitud electro-magnética, con polos opuestos de sensibilidad que lo estructuran y armonizan.

Y así se dio aquella vez el caso de una superación espiritual de las dificultades. La posición de comando, en hombres y pueblos, actúa al modo de fuerza catalítica que engendra resultantes superiores a la suma energética de los elementos que entran en su composición: Hombres salidos la víspera apenas de las aulas de la universidad y del colegio, de la escuela pública, en ocasiones, y aún de la inedia cultural de la muchedumbre, muchos de ellos adolescentes todavía, emprendieron la ingente labor de gobernar este pueblo y de administrar su inmenso territorio inculto. Y ahí surge el milagro de Santander, la razón panegírica de su obra, que hace que nosotros los neogranadinos de aquella época, los colombianos de hoy, le tributemos aplauso ferviente y

le diputemos Mentor insuperable en dicha empresa y dicha hora, por sobre toda ponderación difíciles: Economía nacional y hacienda pública, policía y educación, guerra y relaciones internacionales: todo cupo en aquella mente juvenil, de hierático reposo legalista.

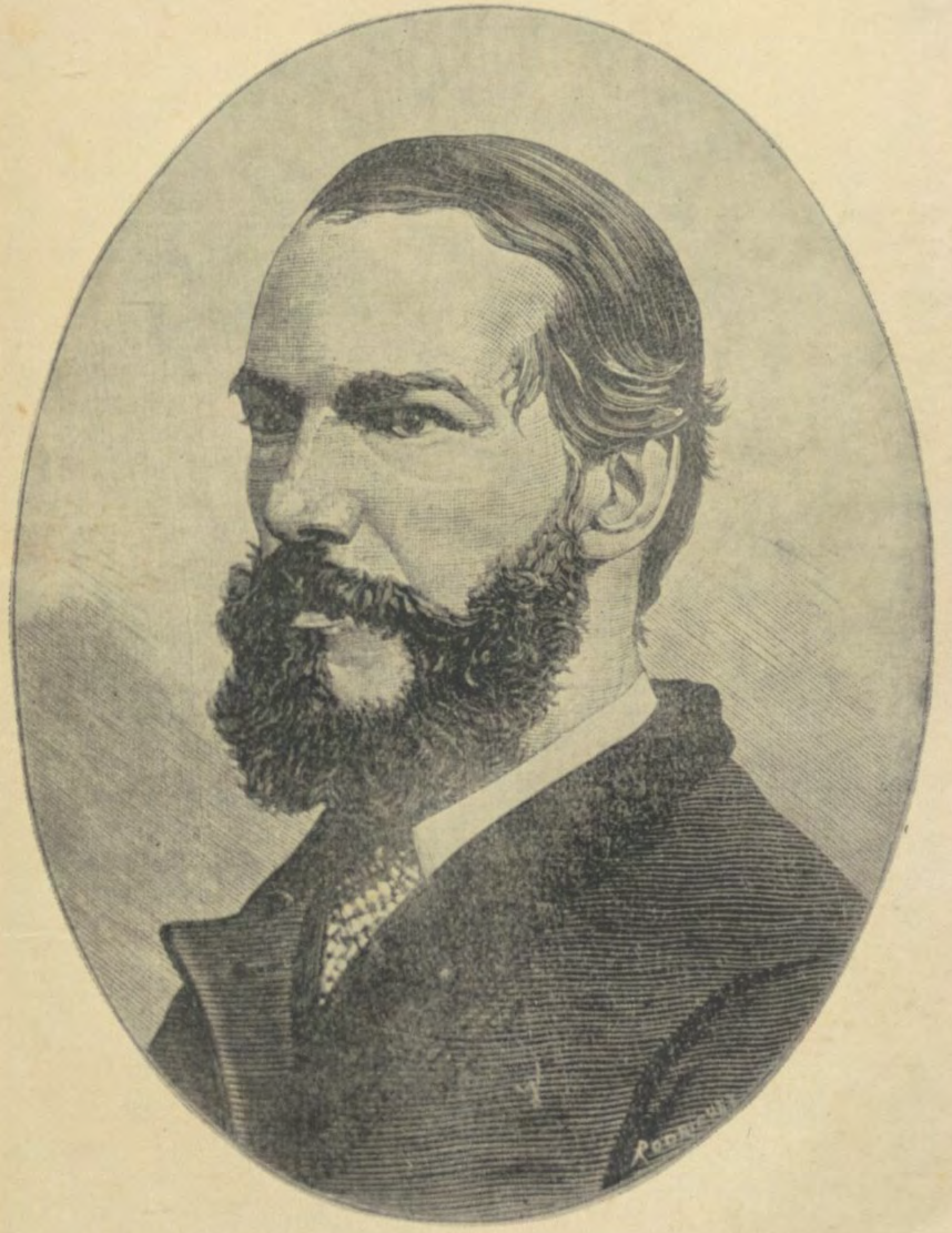
Incipiente, sin duda, aquel organismo nacional gran-colombiano, poseía ya en germen, y aún en concretas realizaciones, elementos estructurales de cultura superior: El grupo científico del Semanario de Caldas auguraba labores de investigación técnica de trayectoria eminente; la constitución republicana del país fue tan firme, que no encuentro en la América Latina de ese momento histórico otra ninguna que la supere, y antes debo afirmar que en ciertas horas personificó norma cimera, o señera al menos, de democracia efectiva en el concierto, algo confuso todavía, de las nacientes naciones hispanoamericanas de entonces; la expresión literaria tuvo en ese instante cumbres próceres en la labor poética de Bello, el venezolano insigne, y del ilustre ecuatoriano Olmedo, cuya madurez artística ejemplar nos sigue siendo: aún en la historia, lumbre vesperal de las culturas, inicióse entre nosotros con la obra severamente documentada, estricta y ecuánime de José Manuel Restrepo; la elocuencia misma tuvo acentos de prodigiosa elación, y en Bolívar, aletazos de genio.

Y lo que fue, en fin, la joya índice de aquel momento creador, de aquella genitora virtud juvenil de la Gran Colombia, su aportación al Derecho Internacional de América, con iniciativas y estímulos que

marcaron para toda una edad derrotero y meta en muchas fases de este grave asunto. Descuellan ahí cuatro nombres que sacan verdadero este juicio histórico y lo encuadran en su justo mérito: Bolívar, Santander, Pedro Gual y Manuel Torres, cuyas doctrinas internacionales les sobreviven lozanamente aún en tratados públicos, de fronteras, sobre todo, en normas de proceder ante la conducta de otros pueblos, en convenciones de solidaridad y defensa común, etc.

Luégo. . . inquietudes regionales, conflictos de ambición personal, ignorancia general del pueblo, incuria de los jefes y la pobreza suma de un país —su ineluctable pobreza— que sólo rendía seis millones de pesos plata de tributación nacional para la administración de casi tres millones de kilómetros cuadrados de territorio selvático y abrupto, tenuemente poblado, y enfermizo en grandes extensiones, cancelaron las gentiles promesas iniciales del destino.

ESTUDIO SOBRE LA FORMACION DE LA PERSONALIDAD DE MIGUEL ANTONIO CARO Y RUFINO JOSE CUERVO



RUFINO JOSE CUERVO
(1880)

MIGUEL ANTONIO CARO
(1908)

Nació don Miguel Antonio Caro el 10 de noviembre de 1843 y murió el 5 de agosto de 1909; la vida de Rufino José Cuervo se enmarca entre el 19 de septiembre de 1844 y el 17 de julio de 1911.

Vinieron al mundo en sendas casonas coloniales de doble planta, dos patios y un huerto (estilo de espaciosa alquería, usado aquí entonces), situadas en el barrio de la Catedral y parroquia de San Pedro, entre sí distantes ciento cincuenta metros apenas, y que llevan hoy, la de Cuervo el número 4-69 de la calle 10, antigua de "La Esperanza"; y lo que corresponde ahora a la de Caro, el número 5-56 de la 9ª, llamada antaño "de San Alberto".

Estudiaron y trabajaron juntos durante luengos años de su mocedad (1858) y primera juventud, más o menos hasta 1868, tomaron luégo sus vidas diversa trayectoria, conservando, esto sí, nobilísima comunicación de ideas y propósitos, hasta 1896, año en que palidece aquella intimidad, mas no la estimación que la encendía, no el afecto que antes la mantuvo. Al declinar de sus vidas vuelven a sus corazones la dulcedumbre del recuerdo y la entrañada valuación de sus espíritus y sus obras, sustantivamente grandes.

•

A imitación probablemente de Plutarco, fue entre nosotros muy socorrida durante el siglo XIX

la costumbre de escribir paralelos literarios, y a la verdad que así se obtienen algunos efectos dramáticos más atractivos, por un no sé qué de resalto de los caracteres, a la manera que pintores y escultores aprovechan para lo suyo de cierta yuxtaposición de los matices del color y de la luz.

Y así muchas veces he pensado que se pudieran trazar de algunos hombres sobresalientes de nuestra historia patria apareados esbozos biográficos con que, por la propincuidad, se relevaran sus virtudes, o por contraste, pudiera descollar mejor el daño habido de los defectos.

En juego, algo pueril, de la mente pienso que resultaría muy útil comentar en seudo ecuación literaria las actuaciones públicas de un Nomparén y un Nemequene, nombres culminantes del Imperio Chibcha aborigen; las de un Jiménez de Quesada y de un Benalcázar, conquistadores y fundadores de tan opuesta índole, allá en los albores de nuestra civilización; las de un Virrey Solís y un Arzobispo Caballero y Góngora, porque se advirtiera el sagaz pensamiento político con que el primero antevió la minoración de nuestras fronteras del sur, y cómo, de habérsele escuchado antes, tendríamos ahora espacio amazónico más aprovechable y extenso, al lado de la preocupación cultural del segundo que, para lo interno de la futura nacionalidad, complementa aquella monitoria inquietud.

Sopesar, así comparándolas, las fecundas labores educativas de Fray Cristóbal de Torres y del Virrey Ezpeleta; las investigaciones científicas de José

Celestino Mutis y José Jerónimo Triana; el genio de Francisco José de Caldas y el de Julio Garavito; las iniciativas pedagógicas de Moreno Escandón y Dámaso Zapata.

Serenamente compulsar los rumbos conceptuales de Bolívar con los de Santander, en cuanto atañe a nuestros destinos.

Desentrañar las similitudes políticas que existen entre don Juan del Corral y el doctor Pedro Justo Berrío, de no bien valuado alcance nacional aún, las morales, muy recónditas, que pueda haber entre José Manuel Marroquín y Rafael Núñez; las de carácter imperativo y ostentoso de Reyes y Mosquera, dentro de la diferencia fundamental de sus corazones; la indescifrable espontaneidad del prestigio de Olaya Herrera y de Obando; el temperamento y la cultura que asocian los nombres de Mariano Ospina Rodríguez y José Ignacio de Márquez, de Murillo Toro y Jorge Holguín, de Santiago Pérez y Camacho Roldán, de Luis A. Robles y Nicolás Esguerra, de Manuel María Mallarino y Carlos E. Restrepo.

Avizorar sinópticamente las Euménides de Antonio Nariño y Marco Fidel Suárez, con una discreta disección de la estambre moral de uno y otro.

Aunar la juvenil prestancia combativa de Atanasio Girardot y José María Córdoba; las discrepancias entre el guerrero Benjamín Herrera y Rafael Uribe Uribe, el caudillo lidiador.

Asociar por un momento la elación jurídica de Francisco Javier Zaldúa y José Félix de Restrepo; la centinela dogmática de Manuel José Mosquera y Ra-

fael María Carrasquilla; el heroismo espiritual y el heroismo civil de la Monja del Castillo y de Policarpa Salabarrieta.

Proyectar en un mismo ambiente la inspiración poética de Julio Arboleda y José Eusebio Caro, de Rafael Pombo y Gutiérrez González, de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, de Rafael Maya y Porfirio Barba Jacob; la inventiva novelesca de Jorge Isaacs y José Eustacio Rivera, de Tomás Carrasquilla y José Manuel Marroquín; la arquitectura de Fray Domingo de Petrés y la escultura de Francisco García de Ascucha (¿retablos de San Francisco?), la virtud pictórica de Gregorio Vásquez y Epifanio Garay.

Connotar la ingente labor periodística de Carlos Martínez Silva y Eduardo Santos, y la noble crítica literaria de Baldomero Sanín Cano y Antonio Gómez Restrepo. Descifrar el genio intuitivo de los negocios que hubo en un José María Sierra y un Alejandro Angel.

Juguetear un poco ante la simpatía vagabunda y el enigmático don genioide de un Pérez Triana y un Pedro Fermín de Vargas, curiosa modalidad del espíritu humano que aún no entendemos adecuadamente...

Y en este panorama de espacio, tiempo y espíritu, la cumbre de erudición de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo.

Sería un curso subjetivo de la historia colombiana, amenísimo y viviente. . .

Pero sería un error también: Cada hombre es en sí un tremebundo paralelo de virtudes y defec-

tos, de triunfos y derrotas, de arrogancias y claudicaciones, que ya de suyo establecen el drama histórico y el enigma del espíritu.

Sino que en el caso particular y peculiar de Caro y Cuervo, muy otras causales imponen la asociación biográfica, como intentaré confirmarlo a continuación.

•

Alumbró para ellos la vida cuando la patria colombiana acababa de padecer la prueba suma quizás de su existencia y hallábase aún desconcertada del destino y vacilante. Una guerra civil de tres años, caótica cual ninguna y cruel, había empobrecido el país y dejádole punto menos que sin rumbo adecuado y cierto.

He meditado en ocasiones que la calamitosa "guerra del cuarenta" debió de tener causas muy diversas de las visibles que le asignan los historiadores patrios, pues no es explicable el que tantos hombres eminentes de esa hora perdieran aína la cabeza y actuaran con insensatez de manicomio.

Es posible que tamaño desorden sólo fuese el eco tardío, pero ineluctable, de la segregación suicida de la Gran Colombia. Fue ésta creación difícilmente mantenible, pero, asombrosamente útil, que prometía proveer a la cultura de América de un dilatado y propicio ambiente de prosperidad, asentando a la cabecera de esta zona meridional del Nuevo Mundo una potencia de equilibrio, término medio y fiel de balanza entre los Estados Unidos del

Norte y el Imperio Lusitano del Sur, escalón cordialmente seguro entre la gran República de México y la naciente gran República de Buenos Aires.

Era una composición magnífica para el equilibrio de las tres potencias en germen de las estirpes anglosajona, hispana y portuguesa, que, en creciendo armónicamente, hubiesen mantenido la integridad incólume de sus fueros y el espacio virtual de un autónomo acrecentamiento del espíritu, sin los desniveles que luégo permitieron y mantienen aún esta manquedad de la cultura americana, esta languidez colateral del Continente y tantas otras ocurrencias luctuosas de su vida.

Y era composición propicia a la prosperidad del ingenio, a las obras del espíritu, conforme lo he dicho varias veces al tratar de los seis magnos espacios que requiere toda gran cultura, y puede apreciarse en la gradación en que hoy se encuentra la americana en conjunto.

De ahí que mi alma mire con acerbo juicio y gran desprecio la obra de aquellos varones, por otras faces eminentes, que rompieron la augusta concepción política de Bolívar, y reniegue sus nombres con invencible sonrojo de su dañosa y dolosa mezquindad.

Esa obra deletérea produjo en el Ecuador aquel viacrucis floresiano que todos conocemos, y sus convulsiones políticas que llevan de vendaval en vendaval a sus hombres, que producen el desangre inútil de Miñarica y la claudicación del culto Rocafuerte, la clausura de los tribunales en 1840 por bancarrota

del fisco y el otorgamiento de un doctorado "honoris causa" al egoísta y veleidoso fautor de tantos males.

En Venezuela dio vez y base para los alzamientos revolucionarios contra el pulcro gobierno de Vargas, el bondadoso hombre de estudio, legalista y honesto, hasta verse entronizado el régimen de los Monagas lanceros, de tan escaso sentido de la cultura.

Y aparece, en fin, en la Nueva Granada el caudillismo conceptualmente invertebrado de José María Obando (bien que gran demócrata, muy gallardo y generoso), con los auspicios, aún confusos para la historia (si es que no anda por ahí el cohibido resentimiento de algunos deslices amorosos), del un día más providente General Santander.

¿Cómo no advertir, en esa hora aciaga ya y ominosa aún de mayores infortunios, un eclipse de la sensatez de los próceres y de ese como vuelo alciónico de la Gran Colombia en sí? Los mismos que el día anterior pensaban en grandes magnitudes y podían hombrearse con los conductores contemporáneos del mundo, viéronse, a poco más de esta disgregación política, descender a la humilde categoría de jefecillos provincianos y morir luégo anónimamente, y cuasi aborregados, en la penumbra de empresas mediocres; y en donde resplandecieron Bolívar, Santander y Sucre, Bello, Gual y José Félix de Restrepo, ser prestantes y gobernantes Monagas, Obando y Flores.

Tan magna y noble era la estructura de la Gran Colombia que, habiendo comenzado a resquebrarse y cuartearse políticamente en 1826, requirió diez

años para consumar la escisión constitucional jurídica, que pues sólo fue sancionada en la Nueva Granada en 1832, en el Ecuador en 1834, en Venezuela en 1836, y aun así, subsistió nostálgico anhelo de recomposición, de cuando en cuando expresado públicamente en cada uno de estos países durante medio siglo más, perceptible todavía hoy en la recóndita conciencia de muchos de sus grandes conductores espirituales.

La conmoción política interna que este infortunio debía engendrar apenas asomó en Nueva Granada con el movimiento dictatorio de Rafael Urdaneta, porque la discreción de José Domingo Caicedo y la autoridad irrecusable de Francisco de Paula Santander la evitaron "ab initio", y sólo manifestóse socialmente en la guerra civil del cuarenta, cuando nuestro prócer estadista, en parte dio lugar a ella con la declinación de su mesura y buen criterio.

Es esta una acotación impresionante a nuestra historia patria: No es la mentalidad del hombre uno a manera de pozo artesiano inextinguible, antes muy precario bien que fácilmente se perturba; Las posiciones de responsabilidad angustiosa y el giro exagerado de preocupación conceptual y emotiva consumen muy pronto la potencia creadora de los caudillos: Bolívar se nos aparece en grave declinación mental a los cuarenta y cinco años, dando con ello dolorosa ocasión a una serie de errores políticos que casi casi anularon, objetivamente, el grandioso mundo de su genio, y que en lo subjetivo redimió la muerte: Porque, ¿qué habría sido del preclaro nombre del Libertador lidiando a lanzadas y zancadillas con Monagas o con Páez por la presidencia de Venezuela, o sirviéndoles de remunerado vocero diplomático en alguna corte europea?

Asimismo vemos al General Santander, agotado por el prodigioso esfuerzo de organizar y administrar la Gran Colombia, mostrarse luégo autoritario, irritable y suspicaz en la presidencia de la Nueva Granada, y cometer, diez años después, los mismos errores políticos que de 1826 a 1830 criticara justamente en el Libertador Bolívar, permitiéndonos así concebir ahora la idea de que a los cuarenta y cinco años de edad sus facultades mentales habían también comenzado a declinar y oscurecerse en prematura senectud, con gravísimo daño de su nombre y consecuencias aún más deplorables para la vida y prestigio de su patria.

Y así vióse a la Nueva Granada ofrecer el espectáculo de un pueblo sin rumbo: Las provincias se proclamaban independientes o adherían en desorden a las naciones aledañas; los caudillos rebeldes aparecían y desaparecían como esos ramajes de árbol que arrastran las corrientes de los ríos desbordados, sin programa orgánico de acción, sin personalidad definida ni fehaciente prestigio.

Repetíase, a nuestro modo nacional, un tanto de lo ocurrido en Ecuador y Venezuela, estertor y caos de la Gran Colombia. Situación aflictiva que hoy reprobamos sin poder maldecir abiertamente de sus hombres, porque muchos, así el hazañoso Páez, carecían entonces de adecuado adiestramiento mental, y

eran niños grandes, como el pueblo de que nacieron; otros se habían quemado en uno a la manera de corto circuito cerebral por la abrumadora labor de sus años juveniles, Bolívar, repitámoslo, o Santander; algunos pocos, tal un señor Peña de quien hablan los historiadores de esos días, desencadenaban el diluvio para lavarse las manos de indecentes miseriucas: elementos de discordia que atizaron los más graves aun de una diferencia de caracteres en las tres naciones, y de pobreza fiscal calamitosa que a todos perturbó el juicio.

Entre nosotros, aquella calamidad estuvo a punto de ser definitiva: No que el desangramiento con ser muy penoso y grande, comprometiera biológicamente la nación, pero, ¡cuántas cosas más, sustancialmente deletéreas, ocurrieron! De pueblo en sosegado ascenso cultural, institucional y económico, bajamos de un golpe a pobreza desoladora, a irreparable desprestigio internacional y, lo que es peor aún, al propio concepto de inferioridad política, a eso que hoy, no muy castizamente, dicen "complejo de inferioridad". Hasta la naturaleza ensañose, confusa Euménides del destino: Epidemias letales, como la fiebre amarilla de las planicies cálidas, Tolima y Cúcuta, sobre todo, y la viruela hipertóxica, la "viruela negra", que recorrió el país entero, diezmando la raza ávidamente, aposentáronse sobre la miseria que dejó el destrozo de las industrias nacientes y del activo comercio internacional, que felizmente se iniciaba entonces.

¡Cincuenta años después, las abuelas aún se santiguaban al recordar esa época!

•

Caro y Cuervo nacieron a poco más de aquel desorden, y luégo se encontraron sus ojos infantiles aún con un certamen de demagogia que puso trágica pesadumbre en sus hogares y crueles motivos de inquietud en toda la República. De ahí adelante, y para siempre, la autoridad y el orden, la religión y muy severa disciplina moral serán las normas indeclinables de su espíritu. ¿Y cómo no grabárseles todo ello indeleblemente en sus almas infantiles? A los ocho años de edad, Miguel Antonio escribía a su padre, desterrado semi-voluntariamente en Nueva York entonces, como que sobre él pesaba un juicio político que parecía encaminado a serle adverso: "Que vuelva, que ya los rojos no le hacen nada"... Leche de amargura que para siempre pudo agriar su espíritu.

Allende de esto, la América en general mostrábase hecha toda un pandemonio político, desde el Norte, con la incuria inverosímil de Santa Ana, hasta el Sur, donde prevalecía el gauchismo atrabiliario de Juan Manuel Rosas, sin descontar a los anglosajones de los Estados Unidos, que por entonces abandonaron el puritanismo cuáquero de William Penn para trastornar un poco la geografía política circundante, con todo lo cual confirmóse en la mente de estos dos niños que abrían los ojos a ese mundo

el cancerado sentimiento de orfandad y de amarguras.

De ahí, entre otras razones, que más adelante de su vida, el señor Caro contemplara con exaltado aprecio, e imitara, la constitución política de 1843, y el plan de estudios de don Mariano Ospina, que enfrenaban reciamente aquellos gérmenes de turbulencia de nuestra democracia, incipiente y alocada entonces: En él y en Cuervo, que palparon las ruinas de la estúpida revolución del 40 y padecieron en el espíritu y en la vida de sus padres lo más penoso de la agitación revolucionaria que va del 49 al 55, debió de formarse criterio de repulsión y cuasi de espanto ante el aturbonado proceso de la libertad en pueblos infantiles aún, y más luégo no pudieron captar que, así y todo, caótico y doliente, a veces tumultario y excesivo, en nosotros preparó las multitudes para el mejor entendimiento de la civilidad y de la libertad que distinguen a Colombia y la defienden de más procelosos infortunios.

•

Para incidir en ellos doctrinariamente aquel desorden requeríase algún basamento especial de sus nacientes personalidades, y éste lo tuvieron muy abundante y vigoroso en el seno preclaro de sus familias.

Con efecto, una y otra aportaban severas tradiciones de religiosidad, de moralidad y de cultura, y no apenas en primera generación con los nombres y

ejemplos de Rufino Cuervo, el estadista ecuánime, y de José Eusebio Caro, el polemista valeroso y gran poeta, sino de muy atrás: Caro traía en la sangre el conservatismo irreductible de don Francisco Javier, avivado en la fogata andaluza de los García de Lara y los Fernández, lacerado con el infortunio de su abuelo Antonio José, Ahsavero en el alma y la Geografía, y amaestrado en la reciedumbre intelectual y moral de su otro abuelo, el insigne don Miguel Tobar Serrate (de la prole, a su vez, del bizarro capitán Suárez Rendón, fundador de Tunja), que con su ilustración propia, y el buen sentido práctico de los gallegos y la tenacidad laboriosa de los vascos, dio prez a los suyos y grato lustre a la magistratura colombiana.

Esto por lo que corresponde al linaje de los Caros en Colombia (cuyo detalle presentaré en un apéndice), ya que el primero que vino al país, Luis Caro, de las huestes de Federmán, no dejó descendencia entre nosotros. Pero este apellido es muy dilatado en Europa, en casi toda Europa, y frecuentemente ilustre: Sin contar al celtíbero Caro ni a Lucrecio Caro, el poeta filósofo, que apenas tienen coincidencias fonéticas onomásticas con esta otra estirpe, pues ya sabemos que los apellidos comenzaron a formarse en Europa del siglo IX en adelante, y que el Caro probablemente se deriva de "carro" en su grafía arcaica "caro", le hallamos en Alemania, España, Francia, Italia y Portugal, que yo sepa, y en cada una de estas naciones con representantes suyos de gran renombre:

En Alemania, Jacob Caro, historiador, y Pablo Caro, compositor (siglo XIX).

En Francia, Erasmo María Caro, y el pintor Enrique Caro Delvaille, también del siglo XIX.

En Italia, el famoso Aníbal Caro, del siglo XVI, José Caro, canonista del XVII, y León Caro, economista del XIX.

En España, existen probablemente cuatro familias de esta misma designación: La casa noble de Viscaya, de donde salieron retoños para Andalucía, Aragón, Castilla, La Rioja, Murcia y Valencia, tan antigua que alguno de los suyos asistió a las Navas de Tolosa; otro, Andrés, fue de los conquistadores de Lorca (y allí dejó descendencia); otro, Guillén, pasó a Italia en 1166; un cuarto, Juan, figura entre los conquistadores de Mallorca; un quinto, Domingo, de los de Murcia, en 1265; un sexto, Juan, hallóse en el sitio de Almería, hacia 1309; luégo, en el siglo XVI dieron origen a los Condes de Almodóvar, emparentaron después con los Duques de Medina-Sidonia, fundaron solar en Elche, y algunos, en fin, fueron grandes de España.

Otra familia figura entre los moradores de Cuenca, que no parece emparentada con la anterior, sino de la burguesía media o de la gentilhombría, si mucho.

La tercera prosapia de este nombre es judía, cual lo dice el caso de José de Efraím Caro, rabino del siglo XVI, y se adivina para los de Alemania, según los prenombres correspondientes.

La cuarta serie es la andaluza, muy abundante, probablemente de la burguesía superior, a guisa de Rodrigo, el perilustre representante de dicha agrupación, y de los Caro Montoro, de los Caro Cejudo, etc.

¿Con cuál de estos troncos iberos emparientan los Caros de Colombia? Desde luego con el andaluz de don Francisco Javier, hijo de Juan José y nieto de Bernabé, todos ellos de la Isla de León: ¿Allegados asimismo de Rodrigo Caro? No lo sabemos ahora, mas ello es que el nombre y la procedencia se aúnan con la índole, tan similar entre él y don Miguel Antonio, para suscitar juicio de verosimilitud. Porque, de cierto, ambos fueron letrados, ambos bilingües en español y latín, ambos poetas, y ambos reciamente, férvidamente, tradicionistas. Y algo así debió de concebir también don Miguel Antonio, cuando le dedicó al Rodrigo esa prolija labor de investigación y de análisis, él tan poco inclinado a las admiraciones personales.

Y aunque parezca un poco aventurado el juicio, me he inclinado a pensar a veces que el vigor sorprendente de su personalidad se lo debe al linaje femenino, puesto que de la rama Ibáñez, surgen don José Eusebio y doña Manuela, a distancias cósmicas, en talento y carácter, del sarcástico y meticulosamente "cositero" don Francisco Javier, como de la vaga personalidad de don José Antonio; inteligencia ecuánime y gracia espiritual de doña Manuela, visible en alguna frase hamletiana de su epistolario, que adelante se advierte asimismo en la ponderación

mental y fino tacto de doña Margarita de Holguín, indudablemente más humanizada y dúctil que su egregio hermano mayor.

Cuanto a la familia Cuervo, también ignoro la filiación suya española, porque de ese apelativo existen allá varias cepas, como la de Asturias, reconocidamente noble, y así, me atengo a sus generaciones colombianas, de que daré más nutrida cuenta en el apéndice primerio de este sumario estudio.

Confluyen en Cuervo variadas estirpes, que mucho unas y otras se estimulan y enaltecen: Barretos de Portugal, Urisarris de Vasconia, Tordesillas castellanos, para juntar así la imaginación ardiente de los primeros con la laboriosidad de los segundos en ese fondo de severidad y reciedumbre de carácter que distingue a los hijos de Castilla, y darnos la conjunción afortunada de todas aquestas virtudes en la pulquérrima personalidad de nuestro conciudadano eximio.

Gracioso detalle anecdótico resulta del recuerdo de cómo tatarabuelos Tobares del uno y tatarabuelos Barretos del otro trabajaron nuestras célebres minas de esmeraldas de Somondoco y de Muzo, imagen de otras gemas que sus más ilustres descendientes habrían luégo de extraer y de labrar juntos de placeres o veneros aún más nobles.

Uno y otro se levantan, pues, en un ambiente de gran cultura familiar: El padre de Cuervo y el abuelo de Caro son amigos y árcades ambos. Dos tíos abuelos de aquél son sacerdotes que alcanzaron gran prestigio, el Canónigo y Gobernador de la Arquidiócesis, don Nicolás Cuervo, profesor de latinidad y filosofía en San Bartolomé y rector un tiempo de este preciado instituto; el Padre José Romualdo, naturalista de vocación y acérrimo coleccionador de plantas, de animales y de minerales curiosos, o interesantes por otro aspecto, de que formó una de las aportaciones básicas de nuestro museo nacional incipiente.

De ello algo debió de contagiarse don Rufino José, pues conocemos que de niño gustaba, de herborizar en los campos vecinos de esta altiplanicie, y no sería extravagante suponer que de esas disciplinas cobrara afición y habilidad técnica para el escrupuloso ordenamiento de sus investigaciones lingüísticas y de su caudalosa labor lexicográfica, como es muy verosímil que de su corta estancia en la hacienda de "El Boyero", cuando las impresiones vitales son definitivas, es decir, en torno al despertar de la razón consciente, hubiera aquel su cariño y regosto o engolosinamiento por lo ingenuo y vernáculo de nuestro idioma y costumbres, aquel su deleitarse con las "Escenas de la gleba" de Pimentel y Vargas y con la "Memoria sobre el cultivo del maíz" de Gutiérrez González, con el picaresco "Moro" de don José Manuel y los enlabiadores "Cuentos pintados" de su dilecto Pombo, el insigne, cuando ya se tuteaba con los dioses.

En medio de la Sabana de Bogotá, alta planicie de la Cordillera Oriental, de hasta mil kilómetros cuadrados de amplitud y dos mil seiscientos metros de altura, ubica la Hacienda de El Boyero, a que aca-

bo de referirme: Se la encuentra a treinta y tres kilómetros de la Plaza de Bolívar, veintiocho en dirección del occidente, hasta el pueblo de Madrid, antiguo "Serrezuela", y cinco más acodando el rumbo en escuadra hacia el norte. Abre su portón de entrada sobre el camino carretero que une al dicho Madrid con Subachoque, portalón casi derruído ahora, al que aún escudan un viejo aliso, ya enclenque, y un no menos decrépito arrayán, y a cuyo pie corre abundante, debajo de un puentecillo de piedra y tierra apisonada, la "merced de aguas" de San Patricio, del célebre Marqués de San Jorge, de donde deriva la toma de riego que para servicio de la hacienda se concedió, no mayor de una pluma, ciertamente. Sigue a esta mediocre portada el camellón de acceso a los edificios, bordeado de añosos cerezos nativos y de nogales. Se alza la casa luego, de dos pisos y de factura cerrada, sin patio, conforme la diseñó el mismo doctor Cuervo con gran sorpresa de los hacendados vecinos suyos, que no entendían la carencia de éste en construcciones de tal índole, pero en verdad muy inteligentemente concebida para ampararse a sotecho del frío temple de la Sabana. Es sobria, esta mansión, como hasta para diez habitantes en el piso alto, pues el primero parecióme un poco húmedo y de escaso aprovechamiento efectivo: En el superior, fuera de varias alcobas, hállanse la sala, el comedor y la biblioteca, relativamente amplios, y en el extremo oriental menudo oratorio, muy bien situado y amable. La escalera parte la estructura en dos tramos, este oriental para la familia, el occidental para

oficios domésticos y habitación de la servidumbre, con lo cual pueden apreciarse las comodidades de este domicilio, en su época realmente notorias.

Vienen a continuación, adjuntas hacia occidente, las dependencias de toda alquería, cuadras y trojes, cuartos de aperos y casita de mayordomo o arrendatarios, según el caso. Al fondo, del sur, existe el huerto, sombreado por corpulentos nogales, centenarios hoy día; y en contorno, ciento treinta fanegadas de tierra labrantía, tal vez la mitad de las que en otra época constituyeron este fundo.

Pues bien, fue allí donde Rufino José Cuervo comunicó su alma con las primeras emociones de la naturaleza. Se le concibe recorriendo esos prados de jugosa grama fértil, entreverada de tréboles florecidos y de "Alchemilla" o plegadera, donde pacían mansamente los ganados de leche, que él vería avanzar a pasos lentos, los ojos removiendo y a veces la testuz, mientras resoplaban al ritmo de sus grandes tarascadas golosas. Por ahí los becerrillos triscarían retozando un poco, y el toro padre marcharía mugiendo levemente, con ese su majestuoso andar de gran señor de las praderas.

Más al norte, donde mejores son las tierras, florecerían de suave violeta los papales y madurarían, ya granadas, las espigas de oro, a ratos gentilmente enhiestas, a ratos inclinándose en dilatadas ondas con la brisa leve del mediodía, que parece en ocasiones querer acostarse en su regazo tibio.

Tendido sobre el prado, embriagado de luz, envuelto en el aroma deleitoso de las gramíneas, mira-

ría él en torno suyo: No muy lejos, al suroeste, los desnudos alcores de Serrezuela, al pie de los cuales levantaría años después su hermano Antonio la mansión palaciana, rodeada de huertos, sotos y parques, a usanza inglesa, y confortable en todo, como habitación de refinado "squire", con señorío de abolengo; a la parte del noroeste, el alto lomo del cerro de Subachoque, en cuyas laderas, socavadas de grutas, los aborígenes dejaron cementerios dignos de acucioso estudio antropológico; al norte, avanzando como espolón cordillerano en la llanura, los últimos collados de la breve serranía de Tenjo; y al oriente, lejanos ya, y por ende esfumados en leve tul de calígine azulenca, los abruptos cerros de Guadalupe y Monserrate, a cuyos pies y bajas laderas reposa la ciudad metropolitana de Colombia.

Y ese niño flacucho y endeble, prematuramente cogitabundo, sentiría disolverse su breve yo en la inmensidad de esos cielos, de esos montes y praderas y en el mensaje insoluble de la eternidad, o bajaría los ojos al menudo mundo de las herbecitas silvestres, de los insectos bullidores del ambiente rural, y a los efluvios sabrosamente aromados de la tierra madre, y allí sintiéndola suya y suyo sintiéndose a la vez, en inefable comunión de esencia y existencia, tendría la primera emoción de patria, de esa que nunca le abandonó luégo, ni en el infortunio de sus soledades seniles, ni en el alborozo de sus triunfos.

Quizás, también, de ahí cobró aquella su raigambre mística, de hijo sumiso de Dios, de aquellas briznas de hierba, de aquellas mariposas que jugueteaban a ras del suelo, de esos carmíneos ababoles que erguían sus cálices en medio del trigal de oro mate, a los que un poeta de los suyos habría de cantar posteriormente en verso de trémulas notas de luz: "Sangrienta amapola, cual barco de fuego, navega en las olas del blondo trigal. . ." ¿y porqué no? presentiría que en tales diminutas cosas cuaja también la infinitud, conforme pudo saberlo años después, en fórmula modelada hábilmente por la sabiduría: "Tota in minimis existit natura", según Lucrecio, "La naturaleza existe toda en lo mínimo", que adelante Swedenborg habría de predicar como suprema norma de su pensamiento intuitivo, y que hogaño conduce las más abstrusas lucubraciones de la ciencia y sus más provechosas pesquisas experimentales.

Y en tanto que el aún infante Rufino José rusticaba un poco, jugando seriamente a naturalista, Miguel Antonio, que apenas le llevaba en edad diez meses, andábase por la biblioteca de su queridísimo abuelo el doctor Tobar Serrate, no ciertamente jugando, no proyectando a escondidas travesuras infantiles, pero muy agazapado y calladito debajo del escritorio, por así poder oír a pleno goce las graves conversaciones que seguían acerca de los destinos nacionales y de otras reconditeces del espíritu los sesudos varones que por aquella edad de la república visitaban al célebre jurista y gran señor: don Joaquín Mosquera y su hermano el Arzobispo, don Rufino Cuervo y don Ignacio Gutiérrez, don Lino de Pombo, don José Ignacio de Márquez, don Manuel Ma-

ría Mallarino, don Mariano Ospina Rodríguez. . . y qué sé yo cuántos más de cuyos labios el presunto humanista en cierne aún, recogía discursos y los fijaba por tal modo indeleble en su privilegiada memoria que cincuenta años después se los comunicaba a sus hijos con la frescura de un acontecer reciente. Y tales discursos le iban madurando el juicio y llevándole la razón por las rutas doctrinarias en que habría luégo de encauzar sus convicciones religiosas, sociales y políticas, literarias tal vez, y aún técnicas, porque de ese escritorio de su abuelo ilustre sacó mucho del saber jurídico que ostentó luégo en una al parecer autodidáctica o autodoxia sorprendente.

Y no que fuera soñador ensimismado y perezoso, o escolar huidizo: placíale la gimnasia y nadie, cuando estudiaba en San Bartolomé, le ganó en arrojar desde los patios del colegio una piedra por encima de las torres del vecino templo de San Carlos. Y de ello tenía orgullo, porque ya en la senectud, como Tomás Rueda Vargas le dijese un día que algún su amigo (de Caro) campesino y poco letrado, se hallaba recluído por flaqueza de los miembros inferiores, don Miguel Antonio replicóle sonriendo: "¿No ve usted?, si yo le diese a Eusebito mis piernas, harto bien podría domar y chalanear sus potros de "Chamicera", y si él a mí me diese su buena vista, a mi vez podría yo regodearme en estos libros". "Sobre todo —anadió luégo— en los de esta cruel tipografía de la Colección de Rivadeneira, que más parece enderezada a producir ciegos que sabios."

De este su gusto por la gimnasia ocurrióle un día el golpearse fuertemente cuando estudiaba su abecé en el colegio de párvulos de doña Sixta Pontón, la viuda semi-loca y semi-monja del General Santander, lo que dio oportunidad para advertir la extremosa vigilancia y prodigioso cariño con que su madre le iba criando: pues antes que la profesora se hubiese dado cuenta de lo acaecido en su claustro, ahí estuvo doña Blasina, que, como habitaba a espaldas del colegio, sito en el hoy Parque de Santander, observaba a hurtadillas por entre una agrietada pared medianera de los respectivos patios, lo que su hijo hacía, y así, esta vez le vio y dejó estupefacta a doña Sixta con su rápida y, al parecer, adivinatoria solicitud.

Cabe aquí decir la importancia que para la formación del carácter de los hombres tiene el quedar huérfanos en temprana edad, máxime si pobres también: De ello surge el que adquieran muy prontamente grave sentido y acendrado sentimiento de responsabilidad familiar, y una como seriedad prematura, y no pocas veces, asimismo, cierto énfasis de autoridad, cual si asumiesen instintivamente la que al padre muerto corresponde, y no sé por qué se me ocurre que esto aconteció en el carácter del señor Caro, así reforzando aquella actitud doctrinaria suya de que hablé antes.

Vése un poco de esto a través del diario íntimo de su hermana Margarita, esposa luégo del doctor Carlos Holguín: Con mucho cariño, y casi respetuosamente, ella anota la seriedad sacerdotal del Mi-

guel Antonio de los veinte años, y en el ágil escarceo de algunas frases tímidas, pero muy jugosamente femeniles, y hasta muy graciosamente literarias, se burla un tanto de él ante su otro hermano, el menor, de esbelto tipo árabe y alegre carácter andaluz, el que sabe reír y platicar de amores, el verdadero camarada de su corazoncito adolescente. Miguel Antonio es la autoridad; doña Blasina, la madre hacendosa y gentil, le mira con respeto; y Margarita está enamorada de alguien cuyas aficiones de "clubman" traen arisco al grave censor fraterno. Holguín tiene en el cuerpo el diablo del tresillo (y creo yo que otros festivos diablejos también, pero esto no nos incumbe ahora), sino que es muy simpático, que es muy audaz y que tiene talento. Margarita, ya por entonces embeleñado de amor su espíritu, describe en sus apuntes aquel su mar de tribulaciones y comulga diariamente para que el Espíritu Santo le quite el tresillo a su Carlos o el ceño adusto a Miguel. Alerta Holguín, al primer parpadeó del Espíritu Santo, da a todos el "mate pastor", según entiendo que dicen en el juego de ajedrez, porque en el tresillo no sé cómo se dirá, y se lleva la niña, se queda en el club y, de adehala, mete a Miguel Antonio en las alquimias políticas del doctor Rafael Núñez, que a tánta gloria habrían de conducirle, y a tánta pena y tanto error.

•

Tampoco no quedóse atrás el entonces menor de los Cuervos en aquello de la gimnasia, sino que de

contextura más débil, poco adelantó en ella y aun deja la impresión de que a través de toda su vida fue de salud, si no enfermiza, delicada. No obstante, allá en la hacienda de su padre, y a estímulo de él, íbase por los prados con su vivaz y muy alerto hermano Angel a cabalgar en becerros y padecer festivamente los respectivos sustos y caídas, o a emprender labores de campo adecuadas a su edad, a pie desnudo y a la, en veces, agresiva intemperie, por así fortificar la constitución y endurecer el ánimo; lo que sorprendía un tanto a los campesinos que les miraban y les hacía exclamar, como a los bogotanos más adelante, cuando se dieron a la empresa de la cervecería: "En lo que han venido a parar los hijos del doctor Cuervo!"

Y cierto, no fue ahí donde debían parar, ni allí pararon. Su padre era Mentor asaz perito para equivocar el rumbo. Allá mismo en la hacienda de El Boyero les sometía a disciplinas escolares bien encañadas en la pedagogía de entonces, y les despertaba el ánimo para las grandes jornadas del espíritu. Aun allá podían ver frecuentemente a varones preclaros de su patria departir con su padre acerca de los destinos de la nación y de la humanidad, en un comercio desinteresado de ideas superiores. De ahí hubieron esa refinada cultura social que a ellos distinguió siempre y a toda la estirpe suya: extrema cortesanía, que en el doctor Cuervo fue casi religión y en su gentil esposa, doña María Francisca Urisarri, un don de señorío eminente y una gracia.

Cultura social distributiva, apropiada a los grandes y amoldada a los pequeños de la fortuna también: Del natío valle de Tensa llegaban parientes labradores, y eran servidos a manteles con acogedora plática y noble afecto. Cuántas de estas propicias ocasiones tendría el futuro lingüista para empaparse en el folklore regional y almacenar en su, como la de Caro, memoria estupenda, voces y decires vernáculos, donaires del habla popular, giros nobles del idioma que revolotean, puros aún en su arcaica donosura, en labios campesinos, o deformaciones fonéticas y desinenciales de la lengua erudita. A que se añaden las lecturas que el doctor Cuervo les hacía en esas reposadas horas del atardecer sabanero, o en la penumbra de la sobretarde silenciosa del campo, entre la comida, tempranera entonces, y el "refresco", merienda o colación final, del Quijote, un poco escarmenado, se entiende, dada la pulcritud paterna, y el más expurgado aún, Gil Blas de Santillana, acentuados uno y otro, esto sí, en los pasajes de casticidad mayor o de mejor discernimiento.

De este modo, mientras el pequeño Caro escondido bajo el escritorio de su abuelo acumulaba severas lecciones, que iban formando su espíritu de futuro polemista conservador y católico, a lo menos orientándolo hacia esos rumbos con normas elocuentes y voces autorizadas y queridas que debían de grabarse en su alma para siempre, el pequeño Cuervo recogía en los campos las suaves emociones de la naturaleza, vario influjo de hombres de disímiles categorías sociales, candor de la ignorancia a veces,

ingenuidad, otras, del error y del pecado, parangón de adversas situaciones, bondad en suma, de contradictorias actitudes. Y así, sobre la urdimbre de similares padecimientos íntimos y de iguales normas de ideología ambiente, el uno esforzaba y arreciaba la combatidad, el otro ennoblecía y endulzaba el criterio, como pudo verse al avanzar de sus vidas y aplicar su juicio a unos mismos hombres o unas mismas empresas, Santander, digamos, o las luchas partidarias del último decenio del siglo XIX.

Tempranamente huérfano también el Cuervo (1853), no obtuvo de ahí la reacción de que atrás dije para estos casos, y no la tuvo porque fueron muy otras las circunstancias que obraron en él: Hijo menor, recogió probablemente el mayor caudal de la ternura materna; y hermano menor del endiablado y fuerte Antonio Basilio, del reposado y firme Luis, y de Angel el criticador y el hábil catador del mundo y de la vida, hallóse siempre en menoría de edad, un sí es no es aceptada placenteramente a causa de su no muy recia índole: Bondadosa tutela cordial que al morir Angel asumió Marie Bonté, la buena ama de llaves, que le acompañó y bien cuidó durante casi toda su vida parisiense. (Como Madame Bonté naciera en Picardía, don Rufino, jugando a veces bondadosamente del vocablo, según contaba don Ramón Menéndez Pidal en charla con Antonio Oviedo, decía que ella le contagiaba su francés "de muchas picardías").

Empero, otras influencias primiciales decisivas, en un mucho diferentes, tuvieron los dos: En ese fon-

do idéntico de españolismo y fe católica, de esmerada cultura clásica, en fin, Miguel Antonio recibió la adicional influencia sajona, que tánto se aviene con su índole, y Rufino José, la francesa, que asimismo convenía a su carácter. Thomas James Stevens, de la Universidad de Oxford, fue su ayo cuando apenas cursaba los diez y once años de edad, y de él aprendió el inglés y el orden, y el gusto quizás por la cultura británica, heredera, sin duda, de la jurídica severidad de los romanos, amores ambos de que no se apartará en su vida. A los 18 años trabará cordialísimas relaciones, como discípulo primero, amigo después, con Samuel Start Bond, grande schollar, esta vez de Cambridge, con quien departe abundosa y largamente en puro inglés y clásico latín, que uno y otro, excusado es decirlo, hablaban y escribían correctamente, aún en verso, para el segundo.

Luégo le veremos traducir a Longfellow y a Shakespeare, a Dryden, Byron, Shelley y numerosos más, y leer con gran deleite a Macaulay y a Gibbon, a Newman y Gladstone, y quién sabe a cuántos otros que su catolicismo le vedaba encomiar abiertamente, o le impelía a combatir con arriscado ceño, Bentham, digamos, o Spencer.

Niño aún también, recibe Cuervo su iniciación francesa de Mr. A. Bergeron y de Mr. Touzet, ambos científicos del orden de las matemáticas, de que, a una con la agilidad y el escepticismo de la mentalidad gala, se refuerza su inclinación a lo técnico, y por donde, a poco más andar de la vida, se conduce a fuentes alemanas de inspiración para su obra. Bergeron y Touzet se complementan luégo con su hermano Angel y su amigo Ezequiel Uricoechea, tan parisienses a su manera, como cualquier Anatole France, de la "rive gauche". Bueno, bueno, pero sin pasar de ciertos límites, sin acercarse mucho a las candelas de la filosofía, siquiera escriban como serafines y sepan cosas arcanas de filología y de historia: Littré, Gaston París, Morel-Fatio, lo meramente técnico, lo literario. . . en fin, nada de escarceos contra el dogma que él ama con sumisión de hijo, con entendimiento estrechamente vinculado a su propio corazón, y ese corazón acrisoladamente humilde: a los 38 años de edad, y ya famoso ante el mundo, escribe en su libro de meditaciones, con no sé qué acento que rememora a Marco Aurelio: "Desconfiar absolutamente de mí y recordar los motivos que tengo para humillarme".

A pesar de su gimnasia, a pesar de su permanencia en el campo durante dos años de su edad infantil, no es fuerte, ni es arrogante como los suyos: De mediana estatura, un poco cargado de espaldas, feos, aunque nobles, los rasgos fisonómicos, presto adquiere la esquivez de los tímidos y su terrible inclinación al recelo, y es susceptible, bien que su entrañable cristianismo le impida dar pábulo al resentimiento vindicativo ni al odio, y así, conforme a su índole personal y a la educación familiar recibida, se aísla y se esconde detrás de cortesía tan meticulosa que le construye un murallón en torno suyo.

Muy otro, en tal sentido, será Miguel Antonio Caro: De más recia contextura, mediano el porte,

pero erguido, levantada la frente, que olímpicamente se abomba y sobresale, gordezuelo y pasional el labio rojo, majestuoso y retador el continente hacia la edad madura y senectud, sólo la extremada miopía, debida a un queratono intenso, le disminuye ímpetu a su cesárea actitud. Aun el cabello, tempranamente ralo en Cuervo, negro, ondulado y firme en Caro, confirma la divergencia de sus temperamentos peculiares.

Y no se diga de la elocución en que uno y otro vierten sus opiniones. En Rufino José apenas se insinúa y va como ondulando tenuemente, sabia sí, pero huidiza y fugaz, grandilocuente o airada nunca. En tanto que Miguel Antonio parece un troquel de medallas sonoras: Cuando en 1906 le oí de cerca, en plática gentil que guardaba las distancias entre un gran señor del pensamiento y un mozuelo que comenzaba a discurrir apenas, impresionóme perdurablemente la inmota certidumbre de sus juicios y la precisión lapidaria de las frases en que los vertía y dejaba, al parecer, esculpidos. No sé de otro hombre que me diese la impresión de tener tan reciamente estructuradas las ideas de su sabiduría, ni de otro que las emitiese con más convencida serenidad, que así podía uno discrepar de ellas, pero las respetaba siempre.

Y no que fuese pedante o jupiterino en tales ocasiones, porque, es bueno se sepa, que si altivo fue y mordaz en las rudas lides de la oposición y ante enemigos de su credo partidario o sus ideas, allanábase generoso y aun cordial a la plática ingenua de

la juventud y los humildes, y a aquélla dispensaba ampliamente su protección y sus consejos.

¿Qué heredaron estos hombres del temperamento de sus padres? Muy poco a mi modo de ver. El doctor Cuervo, padre de Rufino José, era varón renombradamente culto en sus maneras sociales (autor del primer texto colombiano de "Urbanidad"), pero estructurado en acero allá interiormente y, si no yerra mi intuición, muy capaz de plantarse en seco con una oportuna interjección cuando imprudentemente se le sacaba de quicio. Bajo su capa de genuflexiones asumía el combate que se quisiera imponérsele. Por otra parte, era gran jurista y hombre de Estado, ampliamente provisto de conocimientos generales y de clásica cultura, que manejaba bien el castellano, sabía el latín y otras lenguas, y en todo ello fue guía muy hábil de sus hijos. Así, más que temperamento, Rufino José, en lo poco que pudo conocerlo, recibió de él normas de conducta y cauces de estudio. Cauces apenas, y no vocación, pues a menudo el doctor Cuervo expresó desgana de que sus hijos siguiesen carreras universitarias profesionales, y encomió ante ellos la mayor conveniencia social de los oficios mecánicos o industriales, más humildes, pero más útiles también, según su opinión.

José Eusebio Caro, el otro, fue igualmente hombre superior. Si se me permite decir algunas opiniones audaces, yo lo considero tan combativo como su glorioso primogénito, pero más humano que él, más conturbado por los problemas fundamentales

de la vida, y con mayor talento quizás. La inteligencia de Miguel Antonio fue más amplia en sus varios rumbos y aplicaciones, tenía más espacio interior para el almacenamiento de su erudición deconcertante, y podía con ello manejar ideas mucho más copiosas y profundas. En cambio, José Eusebio, legalista y progresista a la vez, humanitario y valeroso, irreductiblemente honesto en ideas y conducta, a pesar de haber contribuído en grado máximo a la definición histórica del partido conservador en Colombia, era liberal de centro y espíritu eminentemente filosófico. En ocasiones se anticipa a la madurez conceptual de los tiempos, como cuando dice: "El trabajo productivo es la gran medicina contra la anarquía democrática"; o se levanta a niveles superiores de filosofía moral: "El bién absoluto se va desarrollando en la historia en medio (de la contradicción) de los intereses relativos"; y aunque sienta los harponazos del infortunio (¡muere joven y su tumba se la come el mar!):

"... Feliz un Caro?
"Hay una maldición contra mi raza,
"Que en su anatema a todos nos abraza",

y el pesimismo lo abrume por momentos: "Del justo en la tierra la cuenta resulta fallida", se yergue con acentos socráticos:

"Dios el poder, el hombre la virtud
. . . .
. . . . fuerza santa
Que al alma embriaga de inefable gloria
Cuando el vicio que aleve se levanta,
Callada arruina en interior victoria".

Es hombre que siente el amor, la libertad y la justicia como un hervor de su propia sangre, y es intelectual inquieto que otea en la rosa de los vientos ideales el rumbo de la verdad y padece de zozobras y de angustias en su fe. Pero su mente es ágil y gira revoloteando.

La inteligencia, discurriendo esquemáticamente, puede ser considerada, en algún sentido, virtud unívoca. Mas, cuántas modalidades tiene, que asombran y a las veces se confunden en vagarosa linde, que no nos es fácil discernir con juicio técnico: Cuando crea ideas culturales o instrumentos de civilización, o, en arte, almas y formas, es el genio; cuando construye grandes estructuras conceptuales con materiales del ambiente y sabe asociar ideas remotas, es inteligencia superior, cuando alígera se mueve con fácil giro, entendiendo con presteza o expresándose graciosamente, la llamamos talento; cuando sólo juguetea con vocablos sobre la superficie de las cuestiones, la decimos chapuz, embaidora y charlatana, y la catalogamos ya dentro del orden de la imaginación meramente imitativa.

En estas definiciones suele ocurrir grave disentimiento de opinión, y un tomar la una por la otra y

dejarnos tan confusos, que bien vale la pena de sistematizarlas un poco: Y así se entiende fácilmente que entre talento e inteligencia existe el mismo grado de cualidad que entre ingenio y genio, que entre imaginación de fantasía e imaginación creadora; y que entre entendimiento y razón hay, no diferencia de gradación cualitativa o cuantitativa, sino funcional. En esto me parece que los diccionarios no andan muy acordes ni precisos, y que aún en los expositores y exegetas de la psicología existe alguna vacilación.

Lo intrincado del asunto es que todas estas facultades de la mente se combinan, asocian o disocian por modo vario y confuso a veces, cual ocurre, y lo pongo por vía de ejemplo, en el chiste, que perteneciendo esencialmente a la imaginación, se hace intencionado y sutil mediante el talento; gracioso y amable cuando viene de un carácter benévolo, ejemplar si noblemente surge de inteligencia superior; vulgar si de un corazón ordinario o de una mente inculta; elegante, en fin, cuando lo produce el refinamiento de una aristocracia del espíritu.

Otras veces cambia semasiológicamente de aplicación una de estas palabras, y adquiere mayor amplitud la etimológica que tuvo: así, talento, derivado del platillo de la balanza, "Tálanton", debiera corresponder al juicio y a la ponderación, y relacionarse más con la razón que discierne que con el entendimiento que meramente percibe y conoce. Más aún: En el siglo XIV empleábase el término "talentos" por "voliciones" o decisiones de la voluntad,

como el hoy anticuado "talente", y "talante", que tomó otro cauce semasiológico después.

Sino que en el fondo, todas estas son distinciones pragmáticas de una misma genérica facultad cognoscitiva.

En Miguel Antonio predominaba la inteligencia superior y en José Eusebio el talento, pero con más abundantes inquietudes y riqueza de sentidos; así como caracteriológicamente en el padre regía el ímpetu y en el hijo la obstinación y aun la terquedad; en éste prevalecía la fe, poderosísima palanca de las determinaciones; en aquél la duda, instrumento el más útil de la razón y del progreso humano, cuando significa inquietud y no escepticismo, búsqueda de la certidumbre y no colapso del criterio. (Tal vez esto entendía Víctor de Laprade cuando dijo que "fuera de la inquietud nada en el hombre perdura": "Rien chez l'homme ne dure hormis l'inquietude").

Pero vienen los desarrollos semánticos a complicar la significación primitiva con múltiples matices: "Tálanton", en griego, platillo de la balanza, corresponde a ciertas unidades de peso y de moneda también, como el "Talentum" latino. Talento en sus desinencias correspondientes de los idiomas modernos, ha sido aplicado a la aptitud especializada, como cuando se dice: "talento musical", y de ahí ha pasado a significar "habilidad". Ahora bien, toda habilidad determina una "agilidad", y es por esto por lo que hago hincapié en esa modalidad funcional suya, ligándolo un poco a la gracia, ya que ésta, a su vez, participa del don de ser ágil.

"Mind" inglés, emparentado con el griego "Mnéme", memoria, como sus correlativos germanos y sajones, tiene ahora una acepción predominante más próxima al "Nous" que al "Ménos", su correspondiente etimológico, cual ha ocurrido a los nombres propios, "Mentor" y "Minerva", del mismo origen, en tanto que "Mente" castellano, y sus sinónimos de las otras lenguas romances, siguen al latino "Mens-mentis": Para restablecer el equilibrio debe uno remontarse al "Manas" sánscrito, cuya raíz "man" significa "pensar", de que se colige la definición: "Organo del pensamiento" o "Facultad del pensamiento".

Otro tanto ocurre con el término "razón", empleado en diversos sentidos, ora genéricamente como cuando decimos que un niño ha alcanzado el uso de ella, es decir, que ya discierne, ora en la acepción especial de juicio, raciocinio, razonar, raciocinar, juzgar. . . ora, por fin, en sus aplicaciones pragmáticas y morales: ser razonable, tener razón, emplear buenas razones, etc. Su etimología nos la relaciona con el cálculo, y la vincula a las operaciones matemáticas sobre todo, como aún se advierte en el estudio de éstas, "razones y proporciones", "cálculo racional", e. g., y significa "computar", con un matiz de rectitud, por su raíz sánscrita "rta" que vale por "correcto", de donde resultaría ser "la facultad psíquica de computar correctamente.

Ahora, que estas funciones intelectuales se suceden y continúan desenvolviéndose en aplicaciones y matices más y más complejos: La inteligencia en

cuanto aprehende y conoce, es intelecto, entendimiento; en cuanto discurre y discierne, es discernimiento o razón; en cuanto juzga y escoge, es criterio o juicio; en cuanto adhiere a lo escogido, y según el grado de esa adhesión, es opinión o certidumbre; en cuanto lo aplica, es voluntad; y en cuanto todas estas funciones ejerce con agilidad, claridad y presteza, entendiéndolas, discerniéndolas y aplicándolas hábilmente, es talento. Mas ello es que en este proceso, al parecer sencillo se van añadiendo y asociando, los reflejos e instintos, el hábito y la memoria, tendencias y sentimientos, emociones y pasiones, los centenares de estímulos ideológicos, fisiológicos y sociales, en fin, que hacen de la psicología ciencia tan intrincada y difícil.

Hago estas prolijas disgresiones, porque sin una definición precisa de los vocablos y una sistematización adecuada de los conceptos no se puede dar paso seguro en achaques de psicología; y así, cuando quiera que los peritos vacilen y nos dejen calamocanos e inciertos, nosotros debemos crearnos alguna "hipótesis de trabajo", que nos permita organizar y orientar nuestros estudios: Recuerdo lo mucho que sufrí con ese maremagno de interpretaciones disímiles y aun contradictorias a que ha dado ocasión el análisis técnico del instinto, y cómo de un punto de partida errado o exagerado, cual ocurre en Descartes y Bergson, han surgido tremendas dislocaciones del pensamiento contemporáneo y pérdidas irremisibles de ingente labor, genial aún. En vista de ello un buen día resolví formarme yo mismo mi criterio y darme

alguna interpretación que me permitiese avanzar en mis estudios: Repasé las escuelas y acopié un arsenal de informes aislados de propia y ajena observación, tan bellos algunos que trastornaron cuanto me habían enseñado los libros. ¿Cómo es esto, me dije, de oponer el instinto a la inteligencia y multiplicar inútilmente las rutas de operación de la vida? El instinto se me revelaba a mí como el conjunto de soluciones y tendencias que la inteligencia había alcanzado en la serie animal y estabilizado por indefinida repetición en el curso de varios millares de milenios de vida. La inteligencia no podía pasar de cierto punto de desarrollo en esa serie por la implacable limitación que le oponen las estructuras somáticas respectivas, el sistema nervioso fundamentalmente, y así, adquirida la mejor solución posible dentro de tales estructuras, ésta tenía que repetirse indefinidamente y fijarse al fin en caracteres hereditarios. Cuando en el hombre se dio el caso de más avanzada evolución cerebral, la inteligencia prosiguió su rumbo, se hizo más individual y social que específica, más móvil, por ende, y desalojó en mucha parte a las formas suyas estratificadas en instinto. El instinto era, pues, para mí, y sigue siéndolo, la misma inteligencia "capitalizada" en la especie, y como en reposo: un producto y no una facultad aparte.

La contraprueba de ello es que, no podemos negar a los animales algún grado de inteligencia, pues que individualmente, aunque difícilmente, logran soluciones por un arduo proceso de inferencia

elemental, pero inferencia al fin, irrecusable a todas luces.

Y todo ese andamiaje del "aprovechamiento instrumental", del "homo faber", se derrumba cuando vemos a ciertas especies, en general, y a ciertos individuos, particularmente, hacer de otras especies o de otros individuos, instrumentos suyos de trabajo, ¡y cuán graciosamente a veces!: En alguna ocasión observaba la dueña de casa de la Hacienda de Tena (en el declive suroeste de esta altiplanicie) que cuantos huevos ponía cierta gallina en el granero donde solía hacerlo, desaparecían inmediatamente, y como sospechase de personas más que de animales, dióse a resolver el punto, permaneciendo muy ocultamente al atisbo de las respectivas ocurrencias, con que pudo ver, entre asombrada y sonriente, que luégo de cumplir la gallina su cotidiano deber, llegáronse al nido dos sigilosas ratas grises (mus norvegicus), y que, echándose la una boca arriba, la otra fue haciendo rodar hacia ella el preciado huevo hasta colocárselo encima del abdomen para que le sostuviese con sus paticas bien aprisionado, y más luégo, tomando de la cola este a modo de trineo viviente, lo arrastró al agujero de su habitación, donde una y otra volcaron cuidadosamente su carga.

•

No, empero, carecía el señor Caro de agilidad y gracia mentales, que muy mucho las demostró en abundantes y oportunas ocasiones. Y las tenía de varios matices: con ingenuo gozo de la desproporción,

cual ocurre en el chiste de los pueblos escandinavos, germanos y sajones; con la alusión benévola del "humour" inglés; con el alfilerazo sutil de las asociaciones verbales de la ironía francesa; con el recio golpe del sarcasmo español, dilacerante a veces:

Ríe con suma bondad cuando el aguador, en la edad santafereña de los aguadores, rústico y cretino por añadidura, le dice alguna vez, al observar que el señor Caro se paseaba meditabundo: "¿Le ayudo a pensar, patrón Miguel?" O cuando Teodora, una a modo de ama de llaves del hogar, que no sabía escribir, le dicta una carta con rendición de cuentas para la señora, ausente entonces, y el dictado concluye: "Perdone, Misiá Anita, la mala redacción y la poca ortografía". O cuando de vacaciones en Ubaque con su familia (1893), al visitar la célebre laguna que hay en los cerros aledaños, el buen campesino e improvisado barquero invita a los chicos a pasear por ella en canoa, diciendo al temeroso papá: "yo le respondo de ellos con mi cabeza" y el señor Caro inquiere, diciendo: "Y si se ahogan ¿qué hago yo con su cabeza, Leopoldo?".

Y así de otra especie: Ocurrió que durante su gobierno alguien le aconsejara nombrar ministro de guerra a un conciudadano de buen renombre por haber sido educado en la célebre escuela militar de Saint Cir, sino que de muy baja estatura, por lo que el señor Caro, indicándolo así, se excusó de ello. "Pero Napoleón, señor Vicepresidente, era también de pequeña estatura". "Sí, sí, replicó don Miguel Antonio, pero es que Luján es. . . más pequeño."

Y en 1903, cuando en una de sus grandes oraciones del Senado, echada atrás la cabeza leonina y paseándose en torno de su asiento, cual solía, aprovechando alguna pausa en sus terribles zarpazos oratorios, súbito alguien le gritó desde las tribunas: "Viejo soberbio", "pecado de ángel" replicóle instantáneamente el señor Caro, e inalterable prosiguió su discurso.

Diferente ahora: Como alguien, cierto día, le dijese con encomio que el General Reyes, Presidente entonces de la República en forma poco legalista, que al señor Caro traía muy disgustado e inquieto, "trabajaba veinte horas diarias", "¡Ajá! —demandó éste— ¿y a qué horas piensa?".

De quien, por los accidentes efímeros de la política partidaria, había sido miembro de algún gabinete ministerial suyo, anotó en cierta coyuntura, sonriendo, que "no aportaba más lumbre que la de su cigarro"; de uno de esos profesores saturados de la erudición inerte de los textos lectivos, decía que era "la burra de Balaam cargada con las Pandectas"; y de algún general conservador, de muy escaso entendimiento, herido cierta vez en uno de los calcañares, sugirió, compungido irónicamente: "Cuídenlo bien, porque le puede sobrevenir meningitis". Con el mismo Rafael Pombo, después de rota la buena amistad que los unió en la juventud, y tal vez por culpa de Pombo, si no estoy equivocado, cambió buídas frases epigramáticas, que mucho regocijaron los corrillos de la murmuración urbana de entonces.

Y aún más vehemente: En otra oportunidad me refería él cómo cierto gobernador de provincia, a quien no sería caritativo nombrar ahora, ingenuo y bonachón, pero incondicionalmente rendido a la dictadura del prenombrado General Reyes, pidió al señor Caro lo recibiese de visita en su casa. . . "¡No ve usted, me dijo, hasta los perros tienen más recato, que no entran a iglesia donde se está celebrando la misa!".

Y temible era si alguien, intencional o incidentalmente, baldonaba la pulcritud de su conducta: A quien una vez exageró el ataque periodístico a que durante su administración estuvo bravamente sujeto, replicóle con frase telegramática iracunda, que conmovió la nación entera: "Ha faltado a la verdad el libelista de "El Constitucional", y lo entrego al desprecio de mis conciudadanos."

Y a tal punto llegó su fama de comentador repentista y sutil, que en su hora todo donaire intencionado y todo retruécano que surgía en el ambiente bogotano se predicaba de él, y a él se atribuían hasta los chistes inveterados ya o extranjeros.

¿Vanidoso acaso? Muy poco para él, y así lo dijo en otra de sus réplicas notables: "Tengo demasiado orgullo para ser vanidoso".

¿Acaso, entonces, era algún ogro o deslenguado hablador? No, de cierto: Pienso para mí que bajo aquella arrogante actitud se guardaba, y escondíase tal vez, la ternura de un corazón benévolo, y quizás muy sensible, si me es dado llegar tan íntimamente.

Que era blando y bondadoso lo saben los suyos, pues hijo, hermano, esposo y padre lo fue con tal delicadeza y afectos tales que hasta me temo exagerara algunos en el trato íntimo del hogar.

Como Cuervo, que se muraba el alma bajo especies de nimio protocolo y alquitarada cortesía, tal vez Caro guardase, asimismo, el corazón bajo los pliegues majestuosos de su orgullo, y sólo fuese, allá en sí recónditamente, aquel dolorido infante que reclamaba el retorno de su padre ausente: Un día —¡Oh Shakespeare!— habidos ya todos los honores, leídos ya todos los mejores libros del saber humano, vividas ya las primeras horas de la senectud, hállase Caro recogido y silencioso en la penumbra de su pequeño gabinete de estudio. Ana, la compañera de treinta y cinco años de hogar, acaba de morir. Hay un tumultuoso ir y venir de asordinados pasos por los corredores vecinos, que él no oye. Mas es preciso ordenar y organizar las últimas disposiciones funerarias: ¿En qué templo serán los servicios religiosos? ¿En qué tumba reposarán los restos? Alguien va al señor Caro en busca de sus órdenes. "Ah?, responde él. . . vamos a consultárselo a Anita". Y se levanta, da dos pasos con los ojos inciertos, vuelve en sí, regresa al sillón donde callaba absorto, y añade inclinando de nuevo la cabeza: "Hagan ustedes como gusten!".

El gigante estaba herido en el talón inerme y cuatro meses después se desplomaba igualmente en el sepulcro.

•

No es fácil desentrañar de la conducta de los hombres, porque ésta tiene mucho de circunstancial a veces, la mollar estructura de su persona, ni aún, revelada esa íntima urdimbre, definir las varias fuentes de donde surge: Caro nos presenta algunos rasgos del bisabuelo en su capacidad satírica, ennoblecidos, por supuesto —¡y en qué gigantes magnitudes!— por la pulcritud de su pensamiento y sus palabras, pues nunca se le oyó en su vida adjetivo procaz ni interjección arrabalera, nunca un doble sentido obsceno o siquiera "sicalíptico". Tomó de su querido y muy gentil abuelo Tobar el señorío, la justicia y gran parte de su orientación en los estudios, el latín, digamos, el derecho y buen gusto literario. Del padre heredó la combatividad, la honradez altiva y el preciado don de las musas.

Cuervo, ceremonioso siempre, ceremoniático a veces, sigue la esquisitez de maneras sociales, la serenidad del juicio histórico y la inclinación al servicio social de su ilustre progenitor, pero mucho, también, de la actitud mística de sus tíos abuelos sacerdotes, Barreto uno y Cuervos los dos restantes, amén de otros parientes eclesiásticos, que parecen haber acrisolado en sí alguna atávica modalidad familiar de temperamento.

Uno y otro, huérfanos a los nueve y diez años respectivamente (1853), vieron en sus hogares el matronal decoro de la vieja estirpe hispana y lo preciaron mucho, aunque, por razón de la vigorosa personalidad de sus padres, que tánto debió de impresionar su alma infantil, y la orfandad prematura en que de ellos quedaron, la memoria de éstos vive tan destacadamente en sus obras y pensamientos, que hasta en ocasiones parece eclipsar la otra.

Uno y otro, empero, fueron distintos de sus inmediatos ascendientes. ¿Eran neogranadinos, españoles, o acaso de otros pueblos tomaron nuevo oriente de ser y de conducta?

Cuervo mantiene a través de toda su existencia la índole fundamental del santafereño, el gusto por las cosas vernáculas y hasta cierta ternura por sus defectos mismos: en París, y ya anciano, goza indeciblemente con las visitas de Jorge Sordo, que le habla en bogotano puro y le realumbra en la memoria el folklore patrio. Para él ataja la cancerbera restricción de visitas que ejerce Marie Bonté en buena pro de su salud, y desde la alcoba le grita, como un "orejón", "sabanero", "untualito voy, Jorge". Luégo le recibe arropado, "more sui géneris" en un pañolón castizo, de aquellos que llevaron las abuelas de los tiempos del "mosaico", y con él departe de las cosas que ocurren en el Camellón de Las Nieves y en San Victorino, en Chapinero y la Agua Nueva...

Caro me recuerda el severo continente de los oidores coloniales: Recibe rigurosamente de levita negra, se cala protocolariamente unos anteojos que de poco más le sirven, y que usa desde su primera juventud, sin admitir la urgente revisión que requieren; indefectiblemente se pasea al hablar, y habla en tono grave y castizo, matizado con locuciones latinas, porque su mente es bilingüe y cuando quiere

precisar las ideas recurre a la concisión sintáctica de Tito Livio o Tácito, de su querido Horacio o Cicerón. Le deleita, sin duda, allá en la confiada intimidad de su casita colonial de Las Nieves, oír los gracejos afortunados del ingenio bogotano, de labios de Soto Borda, amigo de su hijo Alfonso, por ejemplo, o el comentario callejero que le lleva César Sánchez Núñez, su predilecto para este comercio intelectual de tono menor, pero él queda siempre erguido a la margen de ese mundo, dando la impresión de que en él pára un momento su atención, pero que con tal nunca mezcla su persona. Ello es que, paradójicamente, más gusta de la noble sencillez de las almas, y así le vemos en la compañía de Graciliano Acevedo, el único amigo quizás con quien se tuteó en la vida, o de José Tamayo, alma candorosa y a él supremamente adicta.

Hasta en el modelado de la cabeza se advierten estas divergencias entre Caro y Cuervo. La de don Rufino José es más española, un poco alargada en ascenso, precozmente calva, como se ve la de Ramón y Cajal, y grande hasta contrastar con su pequeña estatura y débil voz, atiplada a veces; mientras que la de don Miguel Antonio se curva y aboveda con más vigor, en pronunciada similitud con el tipo de las romanas de la buena época, la de los medallones de Augusto y Terencio, pongo el caso. Uno y otro, conforme a la costumbre de su tiempo, dejáronse la barba, redondeada Cuervo, en armonía con su rostro ligeramente alargado; Caro en punta, por ser más fuerte y corto el suyo, ofreciendo así gran similitud con el célebre estadista Raymond Poincaré.

Educados ambos en el riñón mismo de la cultura hispana, y españoles vástagos los dos, yo no sé qué me aleja de considerarlos de temperamento peninsular definido: Del español se ha dicho que es un pasional. Yo no lo podría afirmar así escuetamente. La personalidad española es trágica; trágica en su ascetismo, trágica en su dramaturgia, trágica con elación en el Quijote, con vulgaridad dolorosa y nimia en su literatura picaresca, trágica en sus conquistas gloriosas y en sus guerras civiles, trágica, en fin, en su política interior y en su gobierno. Pero eso nada dice al efecto que persigo ahora. Lo importante es escudriñar un poco el porqué de esa tragedia crónica del destino español.

En tanto que la personalidad inglesa es grande por lo bien asociada que está y por lo ecuánime que es, y la francesa por su agilidad mental y el orden íntimo de su vida, esta española que estoy contemplando es descuadernada en todo, menos en la generosidad desconcertante de sus obras y actitudes. Descuadernada y contradictoria, pues no cura de lo que más le incumbe, y en ocasiones se hace matar heroicamente un día por lo mismo que en otro miraba despreocupadamente. Desorden de la personalidad, en fin, y contradicción de ánimo suyo con incongruencia de conducta que en ocasiones le añade a la tragedia española un raro aspecto de sainete.

Y así, de la asociación y ecuanimidad de la inglesa surgen su justicia y don de mando, de la agilidad y orden de la francesa, su escepticismo filosófico y armónica literatura; y del individualismo caó-

tico y generosidad de los españoles el conflicto perenne de su vida nacional.

Cuervo tiene esa generosidad del hispano y el orden del francés, Caro la reciedumbre del carácter individualista del uno y el don de imperio de ingleses y romanos. Porque, indudablemente de estos dos pueblos asimiló muchas virtudes que luégo descollaron en su vida y en su obra.

Sino que en el romano del imperio había cierto escepticismo doctrinal, muy visible en sus letrados y procónsules, que no aparece en el señor Caro, como tampoco la ecuanimidad doctrinaria del inglés ante las naciones sujetas a su dominio (también tocada de escepticismo bondadoso). A veces pienso, al estudiar su labor política, que algo tiene de la tenacidad doxológica de los hijos de Israel, de los doctores y escribas jerosolimitanos, sobre todo: El culto intransigente del dogma y la liturgia, y no sé qué moral de grupo que le encuentro, conforme arredro ya lo dije, un fácil perdón de los pecadillos de Bolívar y de Núñez, que en otros le aíran y sublevan, Santander, digamos. Ni los versos de Núñez, tan pobres formalmente y tan recargados de conceptos ajenos, le sacan de quicio, para él sigue siendo providencial después de 1885 el hombre "problemático" de 1874. Tenacidad de profeta israelita, que no sé de dónde le vino, porque el cinco por ciento de sangre hebrea que tuvo, por sus apellidos Caro, Arias, García de Lara y Fernández, no debiera pesar contra el noventa y cinco hispánico restante. Quién sabe: ello es que los caracteres hereditarios semitas parecen

predominar, aun en poca escala de su atávica aportación, pues así lo he observado entre nosotros para gentes que hace siglos y milenios se cruzan con otra estirpe. Caracteres predominantes y desconcertantes: El profetismo esenio es idealista y revolucionario, en tanto que el jerarca jerosolimitano y el fariseo doctor de la ley son tradicionalistas intransigentes, berroqueños en su dogma y verdugos, y sin embargo, surgen de un mismo temple racial, de una misma traza, sólo circunstancialmente adversativa.

Así lo podemos comprobar en los hebreos contemporáneos, que si son desposeídos de fortuna hácense idealistas y poetas, revolucionarios y filósofos, mesiánicos siempre; y si acaudalados, véseles regodearse en la sensualidad, aferrarse con la usura, ampararse a la muelle tradición y sólo ser humanitarios y sensibles para con su grupo: Virtudes y defectos genéricamente humanos, sin duda, pero en la estirpe de Israel llevados al colmo, por las peripecias, quizás, de su milenario infortunio.

Todo esto asume muy seria importancia en el desarrollo cultural de las naciones: Cuando uno advierte que el alemán posee prodigiosas aptitudes, pero no personalidad de comando interior, entiende su disciplina y su progreso, su ciencia y filosofía, su Estado, en fin; y cuando uno contempla el eminente atributo de humanidad que enaltece a los angloamericanos, unido al anhelo de superación que los distingue y embriaga, se explica un poco las contradicciones de su conducta internacional y los triunfos de su organización social interna. ¿Y quién que haya

observado a los rusos desconoce esa dolorosa autocrítica moral de sus hombres, que en todo los atosiga y persigue, junto al fatalismo oriental de su temperamento? De ahí ese sabor exótico de su literatura, de ahí el mesianismo de sus empresas.

En ocasiones los pueblos cambian de índole, cual ocurrió a griegos y romanos. Entonces hay que buscar interferencias raciales: El italiano de hoy es emotivo y sensato a la vez: sensato como fueron los latinos del Imperio, sensible y nervioso a la manera de los mestizos de progenitores que aportan constituciones muy desemejantes.

Estos caracteres nacionales están íntimamente relacionados con la sexualidad y sus funciones, y así se observa que pueblos de exagerado auto-erotismo, como uno de los nombrados antes, son psicasténicos y perseguidos por la inquietud moral; que los de tipo intersexual (como hoy dicen), muestran constitución frecuentemente psiconeurótica y hasta esquizofrénica, con personalidad céréa o disociada, cual ocurre en otro de los predichos; que los emotivos se relacionan fácilmente con la ciclotimia, que tiene excesos de amor y repentinas frialdades, lírica ferviente y celos fáciles, criminalidad pasional e incidental, entusiasmo inicial en las empresas y rápida fatiga, inestabilidad en todo, en fin; y que los apáticos sexuales entroncan a veces con el temperamento paranoico, de larga rumia interior, tenaces sentimientos y un egocentrismo desconfiado y sutil, que poco a poco los lleva a conducirse como si fuesen el común denominador del Universo.

Todavía este análisis me parece muy somero: sutiles causas se interpolan en el curso de los factores primigenios de la conducta nacional y lo complican o desvían a veces. El pueblo francés no es femenil, y sin embargo la cultura francesa es eminentemente femenina. Desde los días iniciales de su civilización actuó en aquélla la mujer con su influjo indeclinable. Santa Genoveva, Santa Clotilde, Santa Juana de Arco, reinas, princesas y burguesas eruditas, Egerias de sutil comportamiento estimulante del corazón y de la mente de los suyos. Cortes de amor, salones literarios y políticos de cada época, dan al pensamiento, a la elocución y al estilo todo esas claridad y sutileza aunadas que la incesante conversación culta debía de imponerles.

Cuán diferente es aquesta modalidad de la cultura parisiense de la que preside Londres: Aquí la mujer, al modo puritano, discretamente se eclipsa y deja a su hombre la conducción del diálogo, rehuye el brillo propio y apenas aporta el marco que relieva a su hombre predilecto, a su Newton, a su Nelson, a su Disraeli, o su Churchill.

Y cuán diferente de la alemana, en que la mujer, ni es figura de centro, ni es su marco de prestigio, y que sólo jerárquicamente luce como columna hogareña y núcleo familiar, acuciosa, abnegada y sumisa.

En Estados Unidos la mujer se asoció a las múltiples empresas de la actividad humana, y así completó y complementó el eterno dualismo de la cultu-

ra, desde remotas edades iniciado en las estructuras matriarcales y patriarcales de la historia.

Me parece, no embargante, que fue el pueblo francés el que primero incorporó espiritualmente la mujer a la humanidad, en lo icásticamente humano: Antes de él, inclusive dentro del Cristianismo, era un poco colateral a la cultura y al espíritu, y sólo acaso las muy excepcionalmente dotadas para ello se inmiscuían en los graves negocios de la inteligencia. Con ella, mediante ese estímulo, de que hablé, en los salones, de su ágil conversación y correspondencia epistolar, la lengua francesa adquirió su gracia genuina, su precisión y su tonalidad ondulante. Ella, la mujer en Francia, impuso a la cultura esta clámide gentil con que hoy se viste y decora: Los psicólogos franceses del carácter y las costumbres (caracteriólogos y etólogos), deben mucha de la sutileza que les asiste a esta sociedad de los salones femeninos: Brantôme, Saint-Simon, L'Hôpital, Montaigne, Rabalais, Molière, Montesquieu, La Bruyère, La Rochefocauld, Chamfort, Saint Evremond, Vauvenargues, La Fontaine mismo, y aun Fenelon y Bossuet, precursores y doctrinadores (lucentores, diría elegantemente don Miguel Antonio Caro, aunque neologizando un poco), de Rousseau, Voltaire, La Harpe, Joubert, Hugo, a su manera, Lamaître, Lenôtre y Sante Beuve, a la suya, y Balzac, Stendhal, Taine, Daudet, Bourget, Janet, -Amiel, France, Maupassant, Proust... lo dicen con la sola enunciación de sus nombres.

Y como esta tesis pudiera parecer exagerada a algunos, les recordaré —¿qué importa malbaratar un rato en tan sabrosas disquisiciones?— les volveré a la memoria, digo, hasta donde mis recuerdos me ayuden en este instante, los nombres de mujeres francesas que la confirman, como son: Las precitadas Santa Clotilde, Santa Genoveva y Santa Juana de Arco, Brunejilda, la de los Nibelungos, las célebres Enmergardas (la emperatriz carolingia, la duquesa de Borgoña, la reina de Provenza, la duquesa de Bretaña, la condesa de Carcasona y la vizcondesa de Narbona), las del ciclo de los trovadores (Clemencia Isaura, Bertanda de Forcadels, Guillermina de Sales, Violante de Aragón, Eleonora de Guyena etc.), las tres Margaritas del siglo XVI (la de Navarra, sobre todo), la Grande Madamoiselle, la marquesa de Rambouillet (iniciadora de los grandes salones literarios), la duquesa de Longueville, la duquesa de Maine, la condesa de Remusat, la condesa de Polignac, la duquesa de Mazarino, Madamoiselle Scudery, Luisa Labé, Claudia Catalina de Clermont (décima musa, según sus contemporáneos), Madame Roland, Madame Maintenon, Madame La Fayette, Madame Geoffrin (otra de las cultivadoras de grandes salones literarios) y Julia Lespinasse (continuadora de la anterior), Madame Tencin, Madame de Sevigné, Madame Staël, Madame de Brienne, María Enriqueta de Orleans, Madame Genlis, Luisa La Valière, Madame Caylus, Madame Motteville, Madame Guizot, Madame Girardin (Delfina Gay), Lucía Delarue-Mardus, Gerard D'Houville, Luisa Mi-

chel, Ana de Noailles, Sara Bernhard (Rosina Bernard); las que se asimilaron al ambiente y lo favorecieron con sus dotes personales: una María Estuardo, una Violante de Aragón, una Madame de Tracy (Sara Newton), una Teresa Cobarrus, una Josefina de Beauharnais, una Eugenia de Montijo, una María Sklodowsk (Madame Curie) etc.; y las, de más extensa nómina y varia índole, no siempre bien sabida, auxiliares, consejeras, amigas meramente o protectoras del genio, Henriette Renan, Eugenia de Guerin, Madame Recamier... Madame Warens, George Sand, Juliette (Lambert) Adam, Madame Caillavet... con que termino, temeroso de hacerme fatigante ya e importuno.

(Me decidí, contra todo mi gusto, como lo dije en la introducción, por atiborrar de nombres propios este compendio biográfico, para, de esta inelegante manera, ahorrarme muchas páginas de exégesis, que lo harían abrumadoramente extenso; pues conceptúo que la vida moderna exige de nosotros los escritores y escribidores la máxima brevedad —no levedad— posible: y así, de nuevo suplico al señor lector que me perdone este pecaminoso abuso literario).

Cuando Ezequiel Uricoechea (biznieto del célebre fiscal Moreno y Escandón, educado en Yale, Gotinga y París, amigo de Humboldt, que había sido huésped de su abuelo don Fernando Rodríguez de la Serna en la hacienda de "Canoas", vecina al Salto de Tequendama, y que, sorprendido del talento e ilustración del joven colombiano le ofreció una cátedra de química en la Universidad de Berlín; amigo

también de Renán, y perito, en fin, en tantas cosas útiles) decía a Cuervo, con verdad psicológica indefectible, que la mujer "nos hace ecuánimes" se quedaba corto aún: La mujer se parece a la naturaleza genitora cuando da a luz un hijo, y se parece a la divinidad cuando enfervoriza la mente de un hombre y le torna creador de nuevas especies espirituales, idea, o canto, por ejemplo. Y es más aún: La presencia moral de la mujer es la que nos hace heroicos, en su ausencia somos crueles apenas. Porque no es lo mismo ser valiente -que ser heroico, ni es lo mismo ser solitariamente grande que asociadamente grande y humano. Lo uno es luz sin calor, lo otro es calor y luz a un tiempo mismo. ¿Hasta dónde esta ausencia espiritual de la mujer en la mente alemana determina el curso de la historia de ese gran pueblo? Recuerdo la disciplina meticulosa de Kant, que personalmente le retiene pueril, y en mucho trasciende a su misma gran construcción ideológica. Recuerdo al epónimo de su estirpe, a Goethe, disfrutador egoísta de la mujer, no buen entendedor suyo, no su compañero en el destino, y entiendo aquella su afirmación ex abrupto que a él le pinta y a su gente "Prefiero cometer una injusticia a soportar un desorden"; y recuerdo en fin, al tormentoso Nietzsche, que no tuvo lastre afectivo de mujer que atemperara la rudeza de sus vaticinios geniales y temibles normas, arrogantes reacciones de una flaqueza íntima.

Y cómo difieren todos estos de la española gente, para quien la mujer es reina, a la francesa, pero en el hogar; recatadamente adjetiva, al modo in-

glés, en público; prudente y hacendosa, cual las hijas del Rhin, en sus dominios familiares.

Asimismo en otras esferas de la vida: El ruso, fatalista, es impertérrito en los combates; el inglés, introvertido y orgulloso de su pueblo, sigue su destino, Cromwell, Pitt, Rhodes, cual si el cosmos y el resto de la humanidad fuesen un accidente baladí; el alemán es combativo y el francés heroico, de acuerdo, cada cual, con su organización afectiva; el hispano, individualista y mal asociado aún, patriarcalmente despreocupado del fuero social femenino, nunca organiza sus combates ni sabe cosechar las victorias de su heroísmo inarticulado.

En fin: el tema es arduo y prolijo.

En el caso colombiano, aplicable, desde luego, a nuestros dos ilustres maestros, el carácter está en formación, con muy diversas índoles en actuación gestativa, de donde poco estable aún y fácilmente sujeto a modificaciones foráneas de ambiente y de cultura, como parece que en ellos ocurrió, y que me ha conducido a esta disgresión alambicada y difícil.

La preparación escolar de Caro y Cuervo carece de continuidad y dura poco: El místico "Kindergarten" de doña Sixta Pontón, la escuela de don Juan Antonio Marroquín, el colegio fugaz de Antonio Basilio y una corta temporada con los Jesuítas. Su educación es familiar y autodidáctica sobre todo. Por ahí recibieron algunos latines y gramáticas del canónigo Sucre, sobrino del Gran Mariscal, pero mayores debieron de adquirir en propia casa, con su abuelo Miguel, el uno, con su tío abuelo Nicolás, el otro,

y entiendo que del doctor Tobar asimismo las recibió Rufino José.

Las primeras nociones de español literario las hubo Cuervo -de su padre, mediante la lectura comentada que éste les hacía cotidianamente a sus hijos pequeños de algunos clásicos del buen decir, que tan honda huella espiritual en él dejaron, niño entonces de siete a ocho años apenas, como ya dije.

A lo menos Miguel Antonio, que alcanzó a disfrutar a espacio la dirección de este abuelo suyo (murió en 1861), consumadamente más perito en achaques de letras que sus remunerados profesores. La anécdota de la pollina es muy conocida en Colombia, y aunque no se aplicó a los institutores prenombrados, sí ocurrió un día y fue así, sobre poco más o menos: Le repasaba don Miguel Tobar las lecciones de latín a un catedrático de esta asignatura en alguno de los colegios bogotanos, y alguien le observó que sería más lógico que él enseñase directamente el curso. "No, replicó el doctor Tobar, yo alimento con hierbas aromáticas a la burra para que dé mejor leche a mis hijos". Aludía a la antañera costumbre de reemplazar la leche materna humana, cuando ello era indicado por cualquier grave motivo, con la de esta otra especie, que por ser más diluída y dulce que la vacuna a aquélla algo se parece.

Lo prueba el hecho de que a los quince y diez y seis años uno y otro manejaran el latín con tal desenvoltura que opino, por lo que hace a Miguel Antonio, a lo menos, que en él se repite el caso de Mon-

taigne, de pensar en ese idioma, por haberlo adquirido en su temprana edad y con tan felices disposiciones.

Sólo así se entiende que a los 22 años iniciaran la elaboración de su gramática latina, publicada en 1867, obra de tánta madurez y de tánta novedad entonces, que se colocó inmediatamente a la cabeza de sus congéneres. -En esa época se estudiaba aún por el texto archi-vetusto de Nebrija, tesoro, sin duda, de la lingüística hispana, pero ya técnica y pedagógicamente muy inferior a los estudios que en otros países se habían llevado adelante. Bopp, Burnouf, Littré y Bello, sobre todo, les inspiraron nuevos rumbos, mas ellos de su propia cosecha mental pusieron en esta obra tan buena doctrina, en la sintáxis por ejemplo, redactada por Caro, que su originalidad y mérito encumbró a sus autores a puesto internacional de primera categoría y les disciplinó para empresas posteriores de mayor aliento aún.

Y no se crea que el solo genio les alumbró el camino y les dispensó todo el caudal de sus bienes: A los diez y ocho años de edad, Miguel Antonio está traduciendo la obra de Virgilio, y trasnocha a la lumbre de una rebelde lámpara de petróleo, metiéndose, punto menos que con las manos, las letras en los ojos, que tal así era su miopía.

Traduciendo a Virgilio, que de tiempo atrás casi se sabía de memoria, y vertiéndolo en un español arcaico y octava rima, que ya de suyo presuponen para esa temprana juventud desconcertante erudición y raras prendas.

Ni menos hacía Cuervo entonces, pues que a los 19 años, inicia con su dilecto camarada y hábil lingüista a su vez, Venancio González Manrique, igualmente joven, la redacción de un diccionario etimológico de nuestra lengua, y por ahí anda lo que alcanzó a publicarse (la letra O), tan jugoso, a pesar del posterior repudio que de ello hizo don Rufino J., que es un deleite el remirar aquella primicia de su ingenio.

Veintitrés años tienen uno y otro cuando Rufino José comienza a redactar sus "Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano" y Miguel Antonio concibe y diseña su genial interpretación del "Participio", en que latín y castellano suministran, por igual, norma imperecedera y acabado fruto.

Es el año para ellos cimero de gloria, de 1867. Son profesores de latín, y Caro lo es asimismo de filosofía, y emprende en el semanario "La Fe", del ilustre poeta y polemista católico, don José Joaquín Ortiz, la inmensa labor de periodista que habría de llevarlo a la dirección espiritual, y luégo oficial, del partido conservador de su patria y aun, por irradiación de su combatividad insomne y harto bien disciplinada doctrina, de las naciones limítrofes. Es un joven de severa compostura moral y precoz sindésis, a quien varones ya sesudos y provectos consultan respetuosamente.

En ese mismo año termina don Rufino José su obra magistral de las "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano", que por la madurez de sus conceptos, su erudición prodigiosa y buen gusto sor-

prende a filólogos y gramáticos de Europa y América, y que en uno a modo de aletazo genial le conduce a las cumbres del prestigio. De ahí a poco, sabios de Alemania, España, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia e Hispanoamérica le tendrán por señor y maestro en estas disciplinas del saber, y le honrarán con numeroso aplauso. Obras escribirá luégo, más graves de doctrina, ninguna, sin embargo superará ésta en las cautivadoras dotes de su sencillez y el inmenso radio de su acción docente.

•

Mas he aquí que la parte económica de la vida reclamaba su fuero ineluctable y que nuestros dos jóvenes maestros no tenían entonces cómo subvenir a ella adecuada y decorosamente. La guerra civil de 1860 había arruinado a la familia Cuervo. La muerte del doctor Tobar en 1861, dejó en manos de una señora Cabrera, media hermana de doña Blasina, la madre de Caro, algunos bienes de fortuna que no supo manejar, y que muy presto se evaporaron en ilusorias empresas de reconstrucción de edificios malamente proyectados, y a poco más hipotecados y perdidos. Las clases que uno y otro daban en los pobres colegios de esa época eran de mezquina remuneración y de nulo aliciente para lo porvenir de sus obligaciones en actividad o en cierne.

Angel, el sutil hermano inmediatamente mayor de Rufino J., había fracasado en la empresa que para elaboración de sal gema iniciara en Sesquilé

poco antes, y el valor estupendo con que doña Blasina diose a trabajar con los suyos en panadería, y doña Francisca con los otros en la fabricación y venta de vinagre, económicamente eran un "ténte allá" y vacilante soporte apenas. Sin duda representaba aquello la entereza moral con que nuestras matronas se enfrentan al infortunio que traidoramente adviene a los hogares a veces y los pone a dura prueba, pero el trabajo femenil de antaño, punto menos que nada producía comercialmente, y en ningún caso era bastante para familias de aquel alto nivel social.

Es verdad que Miguel Antonio sale electo representante a la Cámara en 1868 y que tiene así halagadora perspectiva en el ambiente político de entonces, y es verdad también, que a Rufino J. le invitan a emprender ese mismo derrotero; mas uno y otro a par comprenden lo muy aleatorio de la veleidosa política, y por lo que hace a Cuervo, ella le repugna entrañablemente, y para siempre la huye.

Más acorde con sus labores y su espíritu, buscan acorrer a sus necesidades con negocio de librería, al que Cuervo añade el de compraventa de joyas y esmeraldas, con el auxilio, meramente amistoso, de Ezequiel Uricoechea, ya en París entonces, y Caro con el de periodista, fundando (1871) el, naturalmente, "Tradicionista", célebre en los anales de la prensa colombiana.

El negocio de joyería de Cuervo fracasó en breves horas y el de libros no prosperó. Los de Caro resistieron mejor la incuria y la penuria de los tiempos, que pues su librería "Americana" aún subsiste,

aunque a través de numerosos cambios de sitio y dueño, y el "Tradicionista" duró también varios años, hasta 1876, si no yerra mi memoria.

La solución vino a Cuervo de otro muy raro empleo de sus capacidades: Ello fue que fundó con Angel una fábrica de cerveza, que a poco más cobró auge y le permitió, o exigió, separarse de sus tareas docentes y mirar con holgura hacia nuevos horizontes. Cierto que al mundo ambiente se le hacía exótico el ver aquel joven letrado de procera estirpe vestir la blusa del industrial y cumplir faenas tan apartadas de su vocación. Cumplíalas, no obstante, con tenacidad indeficiente, pero sin renunciar a los mandamientos fundamentales de su espíritu, que en finando la jornada abrumadora de la producción y del comercio de esa industria vestía la levita del señorío y, ora platicaba de más altos menesteres con sus amigos ilustres hasta mediada ya la noche, ora sumíase en sus propias investigaciones lexicológicas para la confección del "Diccionario de Construcción y Régimen" que iba paso a paso prosiguiendo.

Y era un milagro aquel. Muchas veces le sorprendieron sus amigos con arduos textos de filología abiertos en medio de cajones y botellas, un instante despachando algún pedido comercial, otro instante anotando el raro régimen de un verbo. Tarea similar vióse un día en otro apasionado del estudio, el germano Enrique Scheliemann (1822 - 1890), que repartió gran parte de su vida entre vender ultramarinos en California y descifrar la ruta de Homero, con tanto acierto que pudo, adelante, descubrir las ruinas de Troya y entregar al mundo erudito nuevas orientaciones en esta rama del saber: Tal así, Cuervo graduaba alcoholes y lúpulos, y parecía un obrero de Munich, mientras desvelaba los arcanos de la lengua española y regalaba a los doctores de rancias universidades de Europa con sabrosos frutos de sabiduría.

•

De 1860 a 1870 floreció aquí la generación de "El Mosaico", y sorprende que Caro y Cuervo no hubieran sido uno de tántos, si con ellos vivían y ellos entonces gobernaban el prestigio intelectual de Colombia.

Gente aquella de mediana ilustración y gusto provinciano, se redime del fallo condenatorio de la crítica por el buen quilate de talento que bajo su vieja capa española y su chocolate santafereño tenía, y con el cual triunfaba de su niñeril ambiente.

Espíritus de transición entre el romanticismo de franceses y españoles, que leían llorando, y el costumbrismo, que iba naciendo en el mundo cual puente histórico que se tendía hacia el realismo y naturalismo posteriores, fueron útiles como disciplinadores del estilo literario nacional, y algunos subsisten por la gracia propia de ese estilo, Marroquín, digamos, aunque a mi modo de ver, éste sólo en parte corresponde a esa congerie, porque su estilo, su índole y su obra le unen a la antigua picaresca de España, que con "El Moro" y "La Perrilla", para mi gusto, supera ampliamente, si exceptuamos el

Libro de Buen Amor, La Celestina, El Lazarillo, Gil Blas y, desde luego, Cervantes, en cuanto tamaño creador puede catalogarse por algún aspecto suyo en esta especie literaria... (Confieso, eso sí, que la picaresca española siempre me ha desasosegado el espíritu con la indecible amargura de su vulgaridad y el sádico fondo que descubre en la demostración excesiva del sufrimiento humano).

Otros que estuvieron en el umbral de aquel conventillo literario, escaparon de su influjo por potísimas razones personales: Jorge Isaacs, por su propio ingenio evocador y la naturaleza física caucana que modeló su sensibilidad artística; Rafael Pombo, por ese mismo propio ingenio creador y la inmensa cultura foránea que disciplinó su juventud. A Gutiérrez González lo encumbraron a mayor fortuna la originalidad eglógica de sus cantos y la fresca inspiración terrígena, que supo espaciar desde el madrigal excelso del cocuyo hasta la epopeya en tono menor "sui géneris" de su patria chica.

Pero Caro y Cuervo eran santafereños raizales de educación y vida: ¿Cómo no murieron escribiendo graciosas letrillas "choachieñas" o describiendo escenas de trapiche "tocaimuno"?

Bueno: Se superaron simplemente.

Sino que se superaron con disciplina consciente de esa superación y sacrificios personales inmensos.

Por donde, a su genio intelectual, es preciso añadir, para su cabal encomio, el genio moral de la conducta y el genio volitivo de una determinación indeficiente.

En 1868 se le plantea a Rufino José el problema básico de su destino. Vacila y sufre. Ahí está el amor que su juventud reclama y su ambiente social le ofrece generosamente pulcro. Ahí el sacerdocio que su temperamento, su piedad inmensa y su inmensa e imperturbable fe le piden y aun le urgen, aun le asedian, con callada angustia. Y ahí su obra lexicográfica, su querido diccionario de construcción y régimen, que a su vez demanda las plenitudes espirituales de una vida y el apartamiento eremítico del mundo.

Sacerdocio y amor sucumben. Su espíritu ha peleado ruda pelea interior y vence batalla definitiva para su nombre y el prestigio intelectual de Colombia. Su vocación le persuade que no debe poner a peligro el anhelo fundamental de su vida y, nuevo Palissy, quema los muebles de la comodidad por obtener el esmalte-lustre de su obra.

¿Cuánto ello le costó? Nadie lo supo. Sacerdote de su buen Dios será siempre, de aquel franciscano modelo del de Asís y del de Sales, por la caridad, por la castidad, por la humildad, en fin. Mas no la pobreza, porque tiene que ser libre para cumplir adecuadamente la misión que se impuso, y tal vez porque de linaje le viene el saber que la virtud de dar dignifica mejor el espíritu y mejor el ánimo fortalece. Y sacerdote fue sin trucos de concesiones furtivas. No: Uricoechea que es un perito en psicología práctica y escondites de los humanos sentimientos y pasiones, le dice cariñosamente algunas verdades tremendas, como aquella de que "se roce

con mujeres para entrar en plena posesión de sí mismo", y que debieron resonar como catapulta... en muros de granito.

Uricoechea no ignoraba la donosa exégesis que el muy travieso Arcipreste de Hita hizo de "don Amor" y "doña Venus", cuando dice:

"El Amor faz sotil al ome que es rrudo,
Fázele fabrar hermoso al que es mudo,
Al ome que es covarde fázelo atrevudo,
Al perezoso faze ser presto e agudo."

Pero, tal vez Cuervo se atuvo a la siguiente, más en armonía con su espíritu:

"Manera as de diablo: a doquier que tú mores,
Fazes temblar los omes, demudar las colores,
Perder seso y fabla, sentir muchos dolores:
Trayes los omes ciegos, que oyen tus loores."

O la mística retahila de quejumbres de León Hebreo, cuando dice que el amor hace al hombre "...melancólico, lleno de pasiones, martirizado de deseos, rodeado de inquietudes, afligido de sospechas, atormentado de aflicción, congojado de crueldad".

Era, pues, materia de escogimiento, según la índole de cada cual, y tengo para mí que en la de Cuervo nunca fue la concupiscencia muy agresiva contra sus virtudes: También Ovidio habíale encomiado con voces muy ladinas los hechizos, hechicerías y hechizamientos de ese viaje citereo: "Nada en ella vi que no fuese laudable" (Nil non laudabile vidi), e inmutable también permaneció ante Ovidio, sus Corinas y sus Vénuses...

Años posteriores, y en el París de las fáciles caricias lisonjeras, la prima aurora le vio cruzarse en la escalera de su departamento de la Rue de Siam con su festivo hermano Angel que entraba del mundo halagador de los sentidos cuando él salía, en ayunas penitenciales, a comulgar con Dios en el vecino templo; y a uno y otro, porque Angel fue gran cristiano también, a su manera, vieron muchas tardes parisienses marcharse a los suburbios pobres con el óbolo secreto de San Vicente de Paúl.

¿Y ella? Existió también, y también se quemó en el horno implacable de este Palissy humanista. Sino que debió de dejarle memoria indeleble, porque treinta años después decía a quien le preguntaba si no gustaría de regresar a Colombia: "Si Julia viviese..."

¿Porque acaso se hubiese ya casado con otro, o porque en su hora no le hubiese amado? ¿O porque él temiese una rival esquiva de su estudio? ¡Hay tantas maneras de morir una mujer en el corazón de un hombre!

"Si Julia viviese..." Furtivo escape del corazón, sin duda, puesto que, apremiado por cariñosa y femenil curiosidad, otra vez decía, como de un lampo de ternura que la voluntad apagó en el mundo para seguir temblando en el espíritu: "Ojitos embusteros..."

¿Y cómo obró en su alma aquella recóndita ternura? No lo sé yo y ya nadie lo sabe ahora. Mas sí sé que sobre la tierra de los hombres nada hay más hermoso que un silencioso amor oculto. La mujer y el amor, como Tánith, la diosa de Cartago, necesitan de un velo que recate su divinidad de la vista de los hombres. Y ¡guay! del que lo olvide. Por eso encomio aquel callado amor de Amado Nervo, que por guardarlo, ileso le acompañó al sepulcro. Por eso también, Abderramán Califa, a los setenta años aún miraba hacia Oriente; y cultivaba en sus jardines una palmera de Siria que le recordase las que susurraron cuando el destino le alejó, adolescente todavía, de aquella sultana, apenas núbil entonces, y después eternamente núbil en el panorama de sus sueños.

"Si Julia viviese. . ."

•

Diferente batalla sentimental libró Miguel Antonio Caro. El era polemista nato, y consecuente con esa índole dióse al periodismo de propaganda ideológica, de censura y de combate, como miembro de un bando de oposición entonces, y asimismo entró en las rudas faenas del parlamento con toda la energía y honradez de su carácter inflexible, como representante a la Cámara en 1868, como Senador en 1876, como miembro del Consejo de Delegatarios en 1886, como Senador, en fin, en las tempestuosas jornadas de 1903. Y en toda ocasión y todas cosas fue uno mismo: Ya, de 24 años apenas, defendió en

el Congreso de 1868, fueros de la Autoridad Ejecutiva, siquiera ocasionalmente estuviesen en contra de las conveniencias momentáneas de la misma oposición partidaria a que estaba sirviendo.

Adelante veremos mejor aquella trayectoria de su espíritu, pero desde ahora conviene observar que en todo fue jefe desde el principio, cual si hubiese nacido preparado y no necesitase recorrer las incertidumbres de la iniciación, que a la mayoría de los hombres nos desconciertan y aun afligen.

Aunque sus negocios no se hallasen halagadoramente prósperos, que pobre siempre fue en todo el curso de su vida, obedeció a los mandatos del afecto y constituyó el hogar feliz que de ahí adelante amparó sus cuitas y dio pábulo a las recónditas ternuras de su corazón vehemente y esquivo.

Cual ocurre a todos los extremadamente míopes, la mujer fue para su juventud hallazgo de propincuidad o incidental cercanía, casi casi un descubrimiento y sorpresa de saludo. Allá en sus mocedades, y conforme a esta ley de los que padecen de corta vista, tuvo las primeras impresiones amorosas con una prima hermana, del lado materno, que tal vez no pasaron de la discreta congoja de un anhelo infantil, inconfesado y puro. Mas un día, visitando ceremoniosamente, así era él, la futura esposa de su hermano Eusebio, hallóse frente a frente, y suficientemente cerca para poderla ver a sus anchas, de la hermana de ésta, Anita de Narváez y Guerra Azuola, delicado tipo de mujer, noble y suave como su es-

tirpe, y el corazón que antes resguardaron tan bien los ojos, cayó instantáneamente prisionero.

Margarita, la hermana afectuosa y sutil, no volvía del asombro: Miguel Antonio enamorado, Miguel Antonio, el serísimo hermano mayor, en trance de amoríos y requiebros, no le cabía en la cabeza, y burla burlando lo comunica a escondidas y jocosamente con su hermano Eusebio, el íntimo de sus calladas preocupaciones juveniles.

Nada! Que así era irremisiblemente, y así estuvo bien que fuera, porque ese matrimonio construye el murallón de sostén y el sagrado asilo de su carrera futura, el remanso de su volcánico corazón y el sosegado aliciente de sus obras.

Porque el joven recatado y doctoral no era ningún temperamento de seminarista, ningún apático anaquel de libros. Era sí de caudalosos sentimientos. Hubiera, como su padre, tenido iniciales contradicciones en el amor y habría estallado en él un gran lírico de la poesía amorosa española. Aquella su pericia en el canto y aquel bullir de lavas de su naturaleza imperativa habríanse trocado en encendido acento poemático y estrofas de pasión egregias. La lírica, en este rumbo, es sacudimiento musical del fervor amativo contrariado o expectante, acuciado siempre.

Por eso es juvenil, por eso se apaga en la senectud, por eso queda inerte en la mansedumbre del amor cumplido. Si estallidos presenta a veces que parecen contradecir esta norma, no nos equivoquemos y los tomemos a rarezas del genio: relámpagos

son de rayos ocultos. Si Beatriz Portinari le hubiese dado a Dante cada año un pequeño Alighieri, la Divina Comedia no existiría hoy. El secreto del amor consiste en que una mujer sepa permanecer distante y presente a un tiempo mismo, renovada y constante a la vez cada día, y ya sabemos que con brasas de amor se hacen los incendios del canto.

Cuando él mismo se siente iluminado por ésta emoción imperativa, así la evoca en "Ella" y triunfa noblemente:

"Como extendiendo el ala voladora
la esperanza, en el ánimo cautiva,
huir parece, aunque el huir demora;
amante cual mujer, cual diosa esquiva;
así diviso a la que el pecho adora;
¡así! inmóvil a un tiempo y fugitiva."

Y en contraprincipio o "contraprueba", puede verse que cuando se dejó llevar de su opinión, poco defendible ciertamente, de que el concepto es contenido atlante de la poesía, produjo disertaciones tan áridas como su encomiado "Canto al Silencio". Y no se aduzca en su probanza que el "Soneto dialogado a Dulcinea" es de este orden, y es, asimismo, de primera magnitud, ni otro tanto se diga del que escribió a la "Patria", ni de aquella "Oda a la Estatua del Libertador", lumbre cenital de su genio, porque ellas, las tres, fruto son de las máximas devociones de su espíritu, de encandecido "amor" espiritual, por ende. Lo conceptual en poesía, cierto,

mas no podemos olvidar que ella tiende a la emoción principal y fundamentalmente, mediante la imagen y el ritmo, y que es discutible cuando, como en el "Canto al Silencio", lo ideológico abruma algún tanto aquellos elementos primordiales suyos: El soneto dialogado " A Dulcinea", obra de la senectud, que pues lo escribió en 1906, a los 62 años de edad, es anagoge y símbolo de enalbados sentimientos nunca extintos en el corazón del hombre, y menos todavía en el muy ferviente de Miguel Antonio Caro.

Corazón volcánico que no abrasó las laderas de los montes vecinos porque sus lavas hallaron pronto el repuesto valle del reposo humanamente asequible. Nada me desvía de pensar que de nacer en otra época, este cristiano tan severo y este conservador tan doctrinario habría sido un heresiarca tempestuoso, contradictor de Lutero si le sigue en edad, Lutero mismo, si nace antes. O cualquiera otra cosa, menos neófito adjetivado, menos fraile reverente y meramente litúrgico. Ya lo veremos.

Alguna vez me dijo, y él nunca hablaba ociosamente, nunca desvariaba con frases inanes de relleno social, de plática fútil: alguna vez me dijo: "Para mí tengo que San Atanasio fue el hombre más grande de la historia."

Naturalmente me quedé perplejo. Pero no me quedé inerte. Díme a estudiar aquella figura, de quien apenas tenía yo entonces la vaga noción de haber sido Padre de la Iglesia, del grupo griego y del solar alejandrino. Y como yo fuese, a mi vez, acérrimo paulista en estos rumbos del Cristianismo, y como fuese, además, admirador de otros hacedores de sabiduría, ¡vamos! aquello me hostigó la curiosidad por el momento y me condujo después a inquirir cómo habíase formado ese juicio en la mente anchurosa y erudita del señor Caro.

Pues bien, aquello era lógico, conceptual emanación de una simpatía ineludible.

Ese alejandrino del siglo IV (298-373), noble, combativo y asceta, que tiene un pie en la Iglesia de Cristo y otro en la cultura greco-romana, ¿no es un poco también este criollo colombiano que ama a Virgilio y defiende el credo osioista y paulista de Nicea?

Aquel joven diácono que a los 23 años escribe las epístolas del Obispo Alejandro y es su Mentor erudito y fiel, ¿no es acaso similar a este joven profesor de lenguas, que a esa misma edad adoctrina ya los suyos y estructura luégo el pensamiento constitucional de Núñez?

¿Nicea para el uno, no es, distancias entendidas, el Consejo de Delegatarios del otro, definidores ambos de una misma fe, que se eslabona a través de quince siglos?

¿Y no sufre el Padre de la Iglesia destierros heroicos, como el suyo sufrió en el discreto ámbito de sus actividades?

Así para las simpatías del afecto. Más aún para las encumbradas esferas del pensamiento religioso:

En aquel instante el Mar Mediterráneo, el almo mar, el mar fecundo, se agitaba otra vez para alumbrar nuevos dioses. Desde el Helesponto hasta las

Columnas de Hércules, y desde el Véneto hasta la Nubia de los anacoretas, hervía de emoción y de luz el noble mar de Ulises.

Hacia la aldehuela actual de Isnik, en el Asia Menor, antigua Nicea de Bitinia, se encaminaron 318 obispos de la nueva fe que entonces conquistaba el mundo.

Y en la que hoy es humilde mezquita aldeana, y de vez en vez, al final sobre todo, en el palacio de Constantino, discutieron durante siete años acerca de la persona de Dios y de los excelsos atributos de la Virgen-Madre de Jesús.

Nunca vióse concilio comparable a éste en la cuantía teologal de sus problemas y política consecuencia de sus decisiones. Cuatro prominentes personajes de la evolución dogmática del Cristianismo asistieron a él: El hispano Osio, representante de su propia cultura y de Silvestre, el Obispo de Roma; Arrio, vocero de la escuela teológica de Antioquía; Atanasio, sostenedor de las tesís occidentales (España, Alejandría y Roma); y el Emperador Constantino, interesado en el asunto por otro aspecto, pues sólo fue bautizado en su lecho de muerte por Eusebio de Nicomedia, obispo semiarriano, según dicen.

Se planteaba la intensa lucha entre Oriente y Occidente, que vemos esbozarse en Pablo y Santiago, desde los tiempos de Cristo, y que aún persiste en el seno recóndito de las dos Iglesias de Roma y de Bizancio. Arrio y Atanasio se conocían bien, pues uno y otro fueron diáconos de la diócesis alejandrina: Pero ¡cuán inmensa distancia entre sus dos mentali-

dades! Arrio era un mediocre discípulo de Luciano de Antioquía, mientras que a su ilustre camarada ciñe la frente la aureola de los máximos doctores de Cristo (por su recia voluntad, sobre todo, ya que en en la Iglesia de Alejandría es, culturalmente, muy inferior a sus dos antecesores Clemente y Orígenes).

El antioquense sostenía ser Jesús semejante (homoiotes) a su Padre Creador, en tanto que el alejandrino proclamaba que Cristo es sustancialmente igual e idéntico (homoousios) a la Divinidad suprema. Constantino aceptó y promulgó la tesis de Atanasio, y con ella, triunfante al fin en el Concilio de Constantinopla del año 381, ya bajo el imperio de Teodosio el Grande, se consolidó la teología cristiana de la Santísima Trinidad, o sea: Una misma esencia (ousia) en tres personas (hipóstases), y, en consecuencia, María Virgen considerada como verdadera Madre de Dios (theótokos).

Bajo las especies de ortodoxia y celo religioso fermentaba en estas disputas de antioquenses y alejandrinos, a más de la rivalidad existente entre las dos nobles ciudades, el remoto disentimiento cultural de esos pueblos. La evolución sigue el carril de las renovaciones conceptuales y no el de aparentes innovaciones.

En este nuevo trance teogónico del Mediterráneo, a los egipcios los asistía la tradición de Horus, dios hijo, y consustancial persona de una trinidad divina, y no los derrotaba, por lo tanto, el "homoousios" paulino, mientras que para griegos y helenizantes la solución de los Dióscuros, naturaleza humana

y naturaleza divina gemelarmente asociadas, influía en su pensamiento y les sugería la fórmula "homoiotes", "homoi-ousia". En Pablo de Samosata, mejor que en Luciano de Antioquía, se ve asimismo el subconsciente querer emparentar a Jesús con Prometeo, a quien los dioses dieron sabiduría (logos) y poder (dínamis), con qué redimir caritativamente a los hombres y padecer por ellos.

En cambio a los descendientes de Hesíodo no les desconcertaba ni desplacía la vaga similitud del Cisne y Leda con la encarnación del Cristo, y debieron de contemplar regocijadamente la sustitución de Hera, con la esposa del Espíritu Santo; de Anadiomena, con la "Estrella del Mar" y el "Lucero matutino", de Artemis o Selene, con quien tenía "la luna a sus pies"; y a la misma Atena o Minerva arrogante, con la "Sede de Sabiduría": todo ello en un poema inefable de elaciones y de síntesis, y toda Ella vestida con el cielo azul de Jonia y las cándidas nubes que cantara Homero.

Dicho esto se entiende que Miguel Antonio Caro, cuya mentalidad era eminentemente teológica, considerase a San Atanasio de Alejandría como el hombre más grande de la historia. Y que sabía lo que hablaba nos lo esclarece su erudita y ferviente defensa de San Cirilo.

¡Bueno, bueno...! Esto parece fácil de deducir y de decir, sino que entraña reconditeces ideológicas no bastantemente dilucidadas ni esclarecidas aún: Hay en ello un curioso y abstruso problema de

la Filosofía de la Historia que me atrae a más ahincada especulación heurística:

Quizás la revolución religiosa de Constantino (a quien Teodosio, cincuenta años después, habría de imitar en la milicia, la diplomacia y las oportunas "visiones"), fue sólo un paso intermedio en este tránsito de Paganismo a Cristianismo oficial, y el Concilio de Nicea preciado hontanar de teología católica, que no definitivo asiento de su triunfo. Tengo para mí, desde luego sin ánimo litigante, aunque mucho me interesa y algo me incumbe, que la plena victoria del Cristianismo sólo ocurrió en el Pontificado del Papa León Magno, exactamente hacia la mitad del siglo V: Fue entonces cuando el Emperador Valentiniano III dispuso (445) que los decretos de la Santa Sede tuvieran carácter obligatorio y autoridad de ley dentro del Imperio, sancionando así civilmente la potestad religiosa de los Pontífices. Sucedió luégo el Concilio de Calcedonia (451), donde las tesis del de Nicea fueron categóricamente confirmadas, ya con este gran refuerzo de la autoridad imperial, y de donde cobró vigencia definitiva la Epístola Dogmática de León, un poco fracasada en el de Efeso, dos años antes. Después acá, aparecen claramente establecidas la infalibilidad del Papado y la inquisición, su lógica consecuencia.

Pero... algo más aconteció en ese instante histórico, algo más que no ha sido suficientemente estudiado aún: Ya entonces no es el Cristianismo esenio y ebionita el que triunfa, sino su modalidad católica europea. Acaba de entrar en la Religión de

Cristo la moral de los señores, la Moral de Señorío, la genuina moral de Europa, y a ella cede su puesto histórico la Oriental de los sumisos (Cristianismo evangélico, Confucianismo, Budismo, Estoicismo etc.). León es patricio romano, e impone las normas imperativas de su estirpe. Ya no tiene, como ese émulo suyo en estas transformaciones, San Ambrosio de Tréveris, ex-prefecto consular de la Emilia y la Liguria, arzobispo milanés con más atribuciones que el mismo papa (¿quién se acuerda hoy día, si no es por ociosa erudición, de San Ciricio?), ya no tiene, repito, que compartir con el helenizante Símaco los favores imperiales de Valentiniano II, ni ya entonces regresará "El Apóstata": Ahora su cayado ungido detiene invasores, y su voz augusta amonesta la totalidad del mundo, reyes inclusive.

Y se llama León, León I, el Gran León. En su nombre y en su era dos símbolos chocaron armas en lucha dirimente: el Toro y el Cordero. La Moral de los Señores y la Moral de los Humildes. El Toro, Apis nilótico, Minotauro egeo, Zeus raptor de Europa... y el Cordero pascual, el inmolado, el resignado al tormento, el expiador de la culpa ajena, el que se da en rescate. Mitraísmo y Cristianismo han reñido duelo a muerte durante cuatro centurias de esa agónica inquietud del mundo: Paganismo emperador —imperator— y Cristianismo de caridad igualitaria, se han batido bajo esos dos símbolos del Toro y del Cordero, y en el instante en que este Cordero holocáustico refulge sobre la cumbre de la victoria, Mitras vencido le impone las virtudes de su dominación, su im-

perio, su Moral de Señorío, y el Catolicismo aparece, como otro él, sobre la haz de las naciones cultas.

¿Y qué tiene esto qué ver con la biografía de mis dos conciudadanos Caro y Cuervo? ¿Verdad que todo este fárrago de erudición sólo parece empalagosa fatuidad e incuria de más graves menesteres? No lo entiendo yo así, porque ello se articula muy estrictamente a los sujetos de esta biografía, y porque es apenas breve resumen de luchas más hondas. Se me quedan por ahí al margen otros símbolos de más sutiles reconditeces humanas, como son: las relaciones de lo que he dicho con el enigma de la generación y el sexo, del matriarcado y el patriarcado sociales que les corresponden, de los cultos del sol y la luna, de la índole, pertinente a ellos, de los pueblos agrícolas sedentarios y de los cazadores nómadas, de los mitos de Pasifae, de Io y Europa, y del toro androcéfalo de la arquitectura mesopotámica, del lenguaje feminoide de toda mística, de las corridas y sacrificios taurios, en fin. Imposible mencionarlos siquiera todos, pues más me importa entretejer dicho análisis con la personalidad de Caro y Cuervo, que es cuanto con ello me propuse, y revelar cómo éste fue cristiano, seguidor de la Moral de los sumisos, de la Moral del Cordero: En 1905 decía, en carta familiar inédita que tengo ante mis ojos: "Los bienes de fortuna que consigamos, el saber, la posición social, la tranquilidad misma que nos conceda el Cielo, no han de hacernos olvidar que todo eso es pasajero, y que sólo dura la paz de la buena conciencia, el desprendimiento, el amor y benevolencia para

con todos, que son como el gusto anticipado de la existencia que nunca se acaba" . . . Es el acento peculiar de todos los místicos que habitaron la tierra.

Caro fue católico, representativo de la otra moral, de la Moral de los dominadores, imperiosa y grande a la vez, e inflexible. Y comoquiera que esta dote espiritual estuvo en él preñada de consecuencias fundamentales para su patria y propia vida, creí prudente dilucidar el enlace de su psique con aquel magno problema de la Filosofía de la Historia y la evolución de las religiones capitanas de Occidente.

•

Las proyecciones de esta modalidad de ser y de estas doctrinas en la vida y en la obra de Caro son de magnitud inconmensurable, y en el desarrollo institucional de Colombia, en el derrotero práctico de la cosa pública y para el corazón mismo de este "paladín de la Iglesia", en sus fueros y dogmas, aquel punto de partida es de capital importancia y merece que lo siga más a espacio aún.

Caro entiende que el hombre nace de suyo, por aquel estigma original, sin duda, que pesa sobre su génesis, inclinado al pecado y al error. De ello sólo le redime, con la gracia de Cristo, la autoridad delegada de éste, la autoridad legítima, la de la verdad de Dios y la del bién de Dios:

"No me remonto a buscar hipótesis imaginarias, como la del ATOMO, ni me contentan palabras provisionales o vacías, como la de CASUALIDAD. Leyes solicito, cualesquiera que sean, porque legalidad es forma de justicia, y justicia realización de derecho; y cuanto más antigua la ley que descubro, más me satisface, porque por su antigüedad miro la alteza de su origen y lo benéfico de su institución. No sólo con el jurisconsulto aclamaré la legalidad justa, sino con el filósofo la reconoceré luminosa, y con el teólogo la acataré divina. Cuando de lo casual pasamos a lo providencial, cuando de lo que es subimos a lo que debe ser, cuando del caos, en fin, salimos para entrar en el orden, que es calor y es luz, el corazón naturalmente se regocija, sosiega y descansa el entendimiento".

La Constitución nacional de 1886 reflejará esta tesis y la conducta política del Vicepresidente Caro la mantendrá de 1892 a 1898. El hombre necesita tutela de sana autoridad que lo aparte del error y lo guíe a senderos de virtud.

Pero, ¿y cuál el tutor? De la inteligencia que dio Dios a los hombres para discernir el bién del mál, ¿cómo invalidar aquella parte que no sigue nuestros juicios? Hombres sensatos, honestos hombres, prez y garantía de nuestra sociedad se apartaban del ordenamiento que Caro impuso a la república, a la "res-pública", y él no vio en ellos, ni ver podía infortunadamente, la alteza de sus miras, la pureza de su conducta, la nobleza de su propio sacrificio.

No era discreto, no era justo, no prudente, tener a los egregios varones de la Convención Liberal de 1897 por menos capacitados para el entendimiento de la razón y de la virtud que a los modestísimos

miembros del gabinete ejecutivo con que gobernó Caro: Tampoco no era leal con la evidencia tener en menos el criterio jurídico de Santiago Pérez, Salvador Camacho Roldán, Aquileo Parra, Nicolás Esguerra, Luis A. Robles, Rafael Uribe, Sergio Camargo, Fidel Cano, José Ignacio Escobar, José Camacho Carrizosa, Nicolás Pinzón, de un lado, o de Carlos Martínez Silva, José Vicente Concha, Marceliano Vélez, Pedro Nel -Ospina, Guillermo Quintero Calderón, Carlos E. Restrepo, Antonio José Cadavid, de su vecina casa ideológica, y someterlos a permanente menor edad política, bajo la dirección de tres o cuatro segundones de la inteligencia y del saber.

El era grande. ¡Pero —Dios mío— tan solo! Núñez mismo, paseando su ya constituída arterieesclerosis cerebral por los corredores del Cabrero, perspicaz aún, mas ya débil, olfateaba el peligro y vacilaba inquieto.

El y Caro habían planeado un instrumento institucional político que vertebrase mejor la patria y la diese más recia urdimbre. Su reacción fue justa. La articulación de su pensamiento en normas de derecho público tiene gran dignidad de expresión, lógico engranaje, nobilísima intención moral. Pero Núñez odiaba y Caro desconfiaba: Odio y desconfianza que a uno y otro acibararon la vida y su triunfo echaron a perder.

Un paso más, un solo paso, ¡uno!, y aquella obra hubiese sido grandiosamente eficaz: El reconocimiento de la beligerancia moral del adversario y, por ende, de su beligerancia política en el campo electoral y el parlamento. Esto nos habría evitado la asoladora guerra civil de 1900, y tal vez, la separación de Panamá, seguramente el fúnebre gobierno de Marroquín y el desorden autoritario de Reyes.

Mas no: hubo una ancla conceptual y sentimental que impedía mover el barco. "El Gobierno, dice, debe ser de los justos para que haya muchos justos y no de los muchos", demagogia, según él. Es el producto de su doctrina. Dostoiewski, perito como pocos en los laberintos del alma humana, piensa que el pecado es accidental en el hombre, y un trastorno de su naturaleza. Caro lo entiende como emanación casi ineludible de una naturaleza viciosa, y con su extraordinario valor civil, responde a don Aquileo Parra, en 1898, según el relato que de ello éste hizo a don Francisco García Rico, lo siguiente:

"A esta respetuosa exigencia (de más amplitud política para el partido liberal) contestó el señor Vicepresidente manifestando a usted, para mi conocimiento, que no es un movimiento de vanidad el que lo mueve a sostener la integridad de las actuales instituciones políticas, sino la convicción profunda de que ellas son las que más convienen a nuestro país; que él no podía dejar al partido liberal en plena libertad para ganar las últimas elecciones, porque considera como una pretensión excesiva de parte de él la de alcanzar repentina y no gradualmente el ejercicio del poder; que estaría dispuesto a emplear toda su influencia para que el partido liberal tenga en la Cámara de Representantes que habrá de reunirse en 1900, alguna representación, cosa que es-

tima él muy conveniente, y que la falta de libertad en la última elección de representantes se debe a que el partido liberal adoptó entre sus candidatos a jefes militares que tomaron parte activa en alguna de las últimas revoluciones."

Imprudencia e injusticia que desencadenaron el simún de las tempestades sobre el suelo de Colombia. Y el señor Caro no carecía entonces de experiencia en este asunto: En 1882, cuando aún gobernaba el partido liberal, y él combatía bravamente en las filas de la oposición, escribió lo siguiente: "La política del radicalismo hace veinte años se ha reducido a colocar el ídolo del partido liberal unido e intolerante en el altar de la REPUBLICA DE TODOS, importándole poco el malestar permanente que forzosamente resulta de tan audaz y calculado sacrilegio.'"

¿Locura y contradicción acaso? Ciertamente no. Esa actitud suya y esas sus palabras se explican con esta otra opinión, emitida por él en 1872: "Que alguien se llame DOCTOR si su doctrina no es la de Dios, es, repetimos, usurpación sacrílega. . ."

Y a su vez, este grave juicio se aclara y cobra la magnitud de una clave ética, etológica y biográfica, recordando esta otra opinión suya, escrita en 1886, en la plenitud de su ilustración y madurez mental: ". . . la recta razón, la cual es anterior a la fe, e inferior pero no contraria a la fe. . ." "La recta razón, que es inferior a la fe", he ahí la llave con que podemos explicarnos casi toda la vida y casi toda

la obra del señor Caro, la sinceridad y la honestidad de sus errores, sobre todo.

Más claramente puede apreciarse esta convicción suya en el párrafo que sigue, escrito en diciembre de 1887: "Siendo propio de la debilidad y flaqueza de la razón filosófica variar de opinión en materias opinables, y no alcanzar por propia virtud a formarse un sistema que abrace y resuelva todas las cuestiones morales y sociales, la consecuencia en la profesión de una doctrina verdadera, sólo ha de estimarse como premio concedido a la humildad de entendimiento del que se inspira en el magisterio infalible de la Iglesia, y como demostración de la fecunda amplitud de una enseñanza en la cual encuentra el que fielmente la sigue, luz para todos los problemas y tranquila seguridad y firmeza en todas ocasiones."

Sino que esto no es política ni es filosofía: Es la doctrina y es la actitud de un teólogo, y me recuerda a Santo Domingo de Guzmán, cuando decía a sus albingenses de Tolosa que "si las bendiciones no sirven, convienen los golpes". Fe combativa y fe de teólogo abogado, fe sobre todas las cosas, y vida impecable también, como la de este gran español, pariente espiritual suyo.

El no se detuvo en dubitaciones y relatividades, al estilo de Séneca, cuando decía que todas las cosas dependen de la opinión que de ellas tengamos: "Omnia ad opinionem suspensa sunt". Ni en la importancia que tiene la índole personal, y por ende la tolerancia que debemos a las opiniones ajenas, en mate-

ria de fe y de razón: De los discursos de Sócrates surgen, según las circunstancias de vida de los que los desarrollaron luégo, cuatro escuelas diametralmente situadas en el entendimiento humano: la idealista, la epicúrea, la escéptica y la estoica, ¡y vaya uno a pretender refutarlas con media docena de silogismos!; de la enseñanza de Jesús han brotado centenares de escuelas también, porque escuelas son las numerosas iglesias y herejías, emanadas de El, que en el mundo existen.

El progreso de la sabiduría y el desenvolvimiento del espíritu nos atestiguan que hay indeclinables motivos optimistas en la apreciación del ser y de la vida, y verdades, nobles verdades de credibilidad reposante y buena conducta, pero que son verdades en creciente devenir, en ascenso, y no fábricas consumadas de definición eterna.

Y un abismo de calladas grandezas en el corazón del hombre, que es ineludible dejar que madure y surja, que ilumine y alegre los arcanos del mundo.

Por su índole y educación, Caro no quiso ver estas normas de prudencia ideológica y política, y por lo tanto es difícil asignarle un puesto entre los políticos y los filósofos.

Nuestra hora y nuestro espíritu están suficientemente distantes de la evolución política nacional que culminó en 1886 con la expedición de la carta constitucional de ese año y los gobiernos conservadores que la ejecutaron hasta 1903, para poder emitir juicio histórico acerca de sus hombres y sus hechos.

Y es cosa asaz interesante observar, decantado ya el turbión de odios políticos, y aun familiares y personales, a que ese movimiento dio anchurosa ocasión y mucho pábulo, que el liberalismo quejóse más, y más aún se queja, del no cumplimiento de las promesas que dieron auge a aquella transformación institucional que a esta misma transformación en sí, porque en mucha parte él compartió la idea de algunas de las magnas reformas que la determinaron, como consta fehacientemente de las publicaciones de aquella época y lo confirma la sustentación de dicho código cuando logró regresar al ejercicio del poder público.

No estaba en ningún error el doctor Rafael Núñez cuando se hizo adalid de aquella empresa y le dio las normas cardinales de su rumbo: Los vaivenes de su conducta política y las peripecias de su comportamiento íntimo no nos incumben hoy, ni empecen para juzgarlo en la función categoremática de su obra: La totalidad y la plenitud de las virtudes de los hombres sólo las tiene en cuenta la Iglesia Romana para sus procesos de beatificación, pues la historia asume otro criterio al calificar a sus héroes por la virtud heroica que los encumbra a los umbrales de su pórtico, delegando en la historiografía menor o "Petitte Histoire" el estudio de las laceriucas que íntimamente los perturbaron y deslucen. ¿Qué haríamos nosotros con medir y calificar a Bolívar por sus vanidades y amoríos (con sus adjetivas veleidades), y no por Boyacá, Pichincha, Carabobo y Ayacucho? ¿Cómo juzgarlo adecuadamente por alguna

epístola incidente o decreto suyo, desoyendo la voz lustral de quince años de genio y de heroísmo? No! hay una equidad de jerarquías conceptuales, que nunca debemos perder de vista en el juicio histórico de los hombres. Yo no diría con Voltaire que "debemos la verdad a la Historia", porque en ella siempre estamos muy a pique de equivocarnos: Diría sí que le debemos sinceridad perfecta y criterio desasido de la mezquina moral de grupo, de las conveniencias regionales y aun de nuestros más íntimos afectos, porque la Historia es sacerdocio de suma majestad y categoría de lo eterno. Y así digo, por ejemplo, que tan equivocado estuvo el señor Caro cuando, después de su alianza política con Núñez en 1884 lo exaltó desmesuradamente, hasta considerarlo "hombre providencial", como cuando desmedidamente le vituperó, aun por actuaciones de aquél que mucho le honran: Tal en 1878, al decir Núñez que el presidente Parra era "un modelo de honor y de patriotismo", exclamó él airado, refiriéndose a Núñez: "No me merece sino desprecio"; y el 4 de junio de 1887 le dirige este encomio superlativo: "La nación os conoce... Ella, aun antes de oíros, tiene plena confianza en vuestros propósitos, en vuestros actos, en vuestra misión providencial" ... Nuestra generación asume actitud más serena y aspira a la equidad para con amigos y enemigos, para con adictos y adversarios, y así, me pregunto ahora: ¿En qué acertó y en qué se equivocó la "Regeneración", como la hemos llamado, por unos admirativamente, por otros irónicamente, en Colombia, esa "Reforma Política" a que sir-

vieron Caro y Núñez con todas las potencias de su espíritu? ¿Y porqué acertaron y porqué se equivocaron uno y otro?

Sin pretender, que ello sería excesivo en este epítome biográfico, discernir la totalidad de estas causas, ni su proceso de causación, anotaré algunas observaciones prominentes y aquí oportunas.

Pueblo un tanto infantil aún, hemos hecho del señor Núñez inextricable enigma personal y político, cuando nada ni nadie en Colombia es más transparente y consecuente que lo son su espíritu y su conducta: Rafael Núñez fue un civilizado, muy inteligente y muy astuto, que amaba los libros, el poder y las mujeres, más los libros que las ideas, más el poder que sus gajes, más las mujeres que la noble esencia de la mujer en sí, y a quien muchos de sus contemporáneos no entendieron en su justo precio de patriota y estadista cuando quiso dotar a la república de la reciedumbre institucional y de la armonía de nación de que carecía entonces. Su escuela enlaza con la de Bolívar, sus sentimientos fueron liberales y su comportamiento pecó del escepticismo conceptual y relativismo que en su hora predominaron en el mundo. Buscó el bien de su patria y se asoció con quienes quisieron seguirlo para obtenerlo según su esquema de valores, regodeándose, de paso, muy humanamente, con el vencimiento de sus enemigos y el desquite de todas las torturas morales que le infligían con arrogante desmesura e imprudencia. Ni hay lugar a que se piense que el fondo de su persona mudóse con el tiempo en las líneas matrices de

su estructura ni en las proyecciones de sus programas de gobierno: Mudaron sólo en las vinculaciones externas y en los arcaduces, por así decirlo, de su curso operante. El que le quisieran hoy los unos y le odiaran los que ayer fueron sus conmilitones, es cosa ajena a la sustancia de su pensamiento, y el que entornara los ojos a los pecadillos de su nueva cohorte de colaboradores, se entiende asimismo, aunque difícilmente se disculpe. Acaso no repitió siempre, en varia forma, pero con igual acento de convicción inmutable: "El Liberalismo que ampara todos los derechos, comenzando por el de creer, es y será siempre la fe política de nuestro corazón. . ."

Su error fue muy otro. Su equivocación estuvo en hacer con deslealtad lo que pudo emprender y llevar a cabo dentro de los cánones de la más estricta legitimidad de procedimientos: Abrumadora mayoría hubo en esa época por las reformas institucionales que él solicitaba ahincadamente, y muy bien pudo obtener por plebiscito lo que proclamó dictatorialmente. No estaba en sus atribuciones, ni estuvo en sus necesidades el declarar "motu proprio", desde un balcón del palacio de los presidentes de Colombia, que la Constitución de 1863 había caducado y "dejado de existir". ¡No, no!: "¡Y los Reyes que son Cristianos Reyes, no rompen fueros, ni derogan leyes", dijo muy inteligentemente el clásico español, y esta fue siempre norma predilecta de la democracia colombiana. Si lo hubiese pedido por los cauces legales y con la opinión que le asistía entonces, hubiéramos obtenido con veinticinco años de anticipación lo que hubimos de consenso unánime en 1910, la nueva constitución hubiera surgido con sello nacional y no como reto y vindicta de un grupo partidario contra otro, que así quedaba amargado y herido. Con ello evitáramos también aquellas disposiciones legales y constitucionales, medidas de temeraria restricción política, que echaron a pique mucha parte de la bondad que la reforma aportaba en sí y presuponía de suyo. Esta segunda perturbación la vio muy claramente el doctor Núñez, y la deploró en la intimidad de su pensamiento, y tal vez tal vez la consideró como grave desvío de su obra, a la par con algunas claudicaciones de la honradez pecuniaria de tal cual de sus nuevos amigos, que ya no estuvo en sus fuerzas físicas y morales resistir oportunamente. . . "La nueva Constitución ha de ser, a nuestro juicio —son sus palabras—, un trabajo nacional, y no la imposición hecha al país por un determinado círculo de opiniones e intereses."

. . .En Cartagena del Caribe, y en los corredores altos de una casa suburbana de dos pisos, patio y huerto, Rafael Núñez, casi septuagenario ahora, se pasea distraída y lentamente. Poco a poco la arterioesclerosis va subiendo del sistema cardiorenal hasta el espíritu. Sin duda le flaquea la voluntad, pero el entendimiento tiene aún certeras vislumbres. A lo lejos el mar, y entre el mar y "El Cabrero" se balancean suavemente algunos cocoteros de hojas desgarradas por el viento. En sombrado rincón Solita finge entretenerse con labores domésticas, en tanto que vigila a hurtadillas a su esposo. En

aposento del piso inferior Enrique Román y Julio H. Palacio cambian frases de inquietud por la vida de su jefe, su pariente y amigo. Y él musita a solas "¿Voy. . . o no voy?" Tiene el presentimiento de que su obra se derrumba, y espiritualmente la contempla como un padre el infortunio del hijo desgraciado y deforme. "¿Voy. . . o no voy?" ¿Regresará o no a la capital de la República? ¿Reasumirá el poder? "¿Voy. . . o no voy?" Está vencido. ¿Alucinación acaso?: De lejana escuela pública las voces de un coro de niños llegan a él, trayéndole retazos del himno nacional, de su himno. . . Pero, no es ya el suyo, algo se interpone en sus frases optimistas: "¡En surco de dolores el bien NO germina ya!"

Muy otra fue la posición política del señor Caro en este asunto: También era él efusivo partidario de las ideas del Libertador en cuanto a recias estructuras de gobierno, y convencido estaba de la urgencia de armonizar y fortalecer la potestad civil de la república. Pero, más que todo, preocupábale el "desorden" de las ideas, el desfallecimiento de la fe religiosa de sus conciudadanos y las enseñanzas positivistas y utilitaristas, o meramente escépticas de la educación pública y del periodismo liberal de entonces.

Y esto era muy grave dentro de su espíritu. Para él, teólogo de la más severa estirpe católica, "el principio de la sabiduría es el temor de Dios" (Initium sapientiae timor Domini), y lo demás "se os dará por añadidura". De ahí que en 1890 don José Joaquín Ortiz proyectara consagrar la Nación al Corazón de

Jesús (como se realizó luégo en 1898) ; de ahí que él nombrara ministro de educación pública a su dilecto amigo el canónigo doctor Rafael María Carrasquilla, profesor de Filosofía Escolástica en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

"Para nosotros, dice, la herejía no es indagación libre, sino ignominiosa servidumbre."

"La Religión Católica fue la religión de nuestros padres, es la nuéstra, y será la única posible de nuestros hijos. O ella o ninguna."

Es la beligerante y varonil moral de los Señores, enfervorizada con la contumacia milenaria de Israel, que impone: "Esto o aquéllo", "Jehová o Luzbel", "Amigos o enemigos", "El que no está conmigo, está contra mí". Sólo hay una verdad, y es la que yo poseo por particular atributo del Paráclito, y fuera de esta mi fe no hay salvación posible. El no entendía, ni quería entender, aquella imbele actitud de la cultura china, que admite: "Esto y lo demás", esto que yo pienso del Mundo y del Destino, conforme a mi propia iluminación, y lo que tu iluminación a ti te enseñe, unidos en el rumbo de una misma inquietud co-esencial: Yang e Yin polarizados cosmológicamente en todo cuanto vive". . . Moral concordataria de una vieja y reposada cultura matriarcal, que no cabe en la ética de los dominadores, suave eclecticismo cousineano que repugna acerbamente a los teólogos.

El liberalismo no había alcanzado aún la amplitud de beligerancia conceptual que le otorgó León XIII, y vivía, dentro del círculo católico bajo

las graves excomuniones del Syllabus de Pío IX y de las diatribas vehementes de los polemistas que coacervaban enconos contra estas ideas. Ya en 1861 el Venerable Pontífice, a pesar de haber sido encomiásticamente calificado de "liberal" en otra época, había tratado del liberalismo con cierta acritud, y ocasionalmente mencionado con este motivo a Nueva Granada. Caro abundó en estas actitudes, como puede verse:

"La libertad liberal o liberalismo, término de valor convencional moderno, significa aquel sistema político que por no distinguir en el orden moral y dogmático lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, concede al bién y al mál, a la verdad y al error, unos mismos derechos sociales. Es la obra del indiferentismo. El liberalismo, sin criterio religioso ninguno, o fingiendo no tenerlo, y encubriendo bajo esta ficción su fanatismo antirreligioso, su odio a Cristo, declara en teoría, que toda opinión, toda doctrina, cualquiera que sea, tiene derecho a manifestarse y propagarse, sin ninguna distinción, por todos los medios de publicidad; y como de todos estos es la imprenta el más eficaz y poderoso, la libertad absoluta o irresponsabilidad de imprenta ha venido a constituir el principio fundamental, o capital aplicación, del liberalismo" ...Sin embargo, contradiciendo un tanto esta definición absoluta, añade: "En todos los países regidos por gobiernos liberales se castigan las publicaciones injuriosas y calumniosas, como también las sediciosas y en parte las antisociales."

De tales doctrina y espíritu tenían que emanar irremisiblemente las restricciones de la libertad y la exclusión política de sus adversarios que tántos tuertos y trastornos engendraron durante su gobierno, que tántos males causaron y tánta acerbidad en el corazón de nuestra gente. Y me aflige el tener que decirlo de hombre, por otras dilatadas esferas de! espíritu, noble y grande. Y no que pretenda calificarme de censor, ni blasonar de fiel del campo en este áspero litigio de los partidos tradicionales de Colombia, sino que es venida la hora y es llegada la madurez de los tiempos para protocolar un juicio que ya maduró la opinión pública: Si él disminuye un poco la personalidad política del señor Caro, ello me duele, mas yo no soy albacea de su nombre egregio, ni otra cosa quiero ser que un X. conciudadano suyo que le contempla desde la serena colina de la Historia por darlo en ejemplo a las nuevas generaciones: en cuanto tuvo de error, para evitarlo otra vez, en cuanto nos honra, para seguirlo fervorosa y orgullosamente.

Y así digo, entrando en materia, que el balance histórico de la Regeneración abarca seis capítulos fundamentales: Lo que hizo por la raza, lo que propuso a la economía nacional, lo que realizó en la hacienda pública, su actuación respecto de las instituciones, propiamente, su política externa, en fin, y su actitud cultural en achaques de ilustración.

Y anotaré, primero que todo, que ante las nuevas generaciones se redime de condenación inapelable por haber consolidado la nación colombiana en

recia estructura institucional, sacándola de la disyunción de las provincias y del caos administrativo en que la sumió la utopía ingenua del romanticismo político de los constituyentes de 1863. Hecho fundamental en nuestra vida de Estado fue éste, que diariamente encomiamos y bendecimos, y al cual se añade, para su mayor lustre, la severa armonía de las cláusulas del código constitucional de 1886, en que vio la luz y se mantiene.

Cuanto a política internacional la conducta de la Regeneración fue siempre noble, aunque tal vez no muy brillante: Constituye el acontecimiento cumbre de este período, en tal materia, el pacto concordatario de 1887, después acá larga y aun acremente discutido, e inferior en liberalidades al primitivo proyecto de 1882. Algunos errores que cometimos luégo no pueden imputarse a este régimen, pues corresponden a otra jornada política de la nación, y por lo tanto, de esta parte, el finiquito es correcto.

Desde el punto de vista, esto sí, de la redacción y de la intención, algunos documentos del señor Caro, de don Marco Fidel Suárez y del doctor Luis Carlos Rico, a ello pertinentes, han dejado estela perdurable.

No encuentro yo que los hombres de la Regeneración hubiesen tenido política racial alguna, si por tal no hayan de considerarse los esporádicos anhelos de inmigración que aparecen en uno que otro documento público, y que nunca pasaron de la eterna letanía de nuestras aspiraciones a ese respecto.

A juzgar por el comentario que el señor Caro hizo alguna vez de un disparatado estudio del doctor Ricardo de la Parra, me atrevo a decir que no entendía de este negocio cosa digna de mención laudable, y apenas se le puede abonar a la agudeza de su espíritu caricaturesco la sutil observación de que las mujeres de las buenas familias sirven entre nosotros para "blanquear la gente" casándose con los plebeyos, o enriquecidos o enaltecidos por cualquier otro aspecto social.

Mi opinión acerca de la política pedagógica de la Regeneración es más severa aún: Sin entrar en detalles inútiles, por lo abundantes y notorios, me basta indicar que si esa política hubiese sido adecuada a las necesidades de la nación y superado, o continuado a lo menos, la que tuvimos antes, la generación ilustre de 1870 habría sido superada y el país retenido el puesto intelectual que para él aquella generación obtuvo en América. Pero no: "El principio de la sabiduría es el temor de Dios", y el señor Caro debió de pensar con Joubert, a quien sin duda conoció abundantemente, que "A Dios se conoce por la piedad", y tratar de imponerla según el criterio de su grupo, "de los buenos que deben dirigir y gobernar a los malos". Fuera del Reino de Dios, "lo demás viene por añadidura". Sólo que infortunadamente no nos vino, y la República descendió de su fugazmente alcanzado alto nivel cultural de 1870.

Fue muy precaria la situación fiscal y económica del país durante el decenio que corre de 1892 a 1903, y mal podría yo increpar a los gobernantes de

esa época por hechos que no emanaron de su espíritu. Desde el punto de vista de su habilidad para resolver aquella perturbación pública, sí soy un poco reservado, que pues no la veo en ninguno de los prohombres de la Regeneración: Es quizás mucho pedir el pedir que haya talentos superiores que rediman su pueblo de estas calamidades con empresas de magnitud genial, pero la ausencia de esas aptitudes debe anotarse también en estudios de esta índole. Dicha penuria fiscal y económica debe abonarse asimismo, para continuar siendo justos en este análisis, a las deficiencias que indicaré en otros departamentos de la gestión administrativa de los conductores de la república que tan arrogantemente asumieron el predominio y el mando. En estos rumbos económico y fiscal, el General Reyes les ganó a los regeneradores como arbitrante de imaginación poderosa y despabilada audacia progresista..

Con ese concepto de que los buenos deben dirigir y gobernar a los malos, y discernir, por ende, cuáles son los malos, implantó la Regeneración amarga serie de restricciones políticas, las de prensa y sufragio, en primer término, desvirtuando así parte eminentísima de los buenos frutos que la Constitución de 1886 debía aportar a la República. Melancólicamente he releído los estudios del señor Caro a este intento, y siendo, como son, primorosamente hilvanados, la verdad que quisiera eludir se le escapa a cada argumento con que la encubre, a la manera de fugitiva gota de azogue en la tersa superficie de un espejo. Bajo el palio de su espaciosa erudición, Caro se

dilata en sofismas de jurisprudencia política, y quisiera probar que la represión preventiva de la prensa es la mayor sensatez de su códice constitucional, tal así el "Artículo K. transitorio", y escribe casi un volumen de alegaciones inanes como Consejero de Estado y defensor del asendereado estatuto.

Y no que careciera de concertadas razones en contra de su actitud, ni de sesudos advertimientos de prestigiosos personajes de su mismo credo partidario, ni de enconadas embestidas de adversarios ilustres, ni siquiera de la ironía mordaz y la calumnia cruel, a veces. . . Nada le valió: El teólogo se "autoconsidera" casi siempre socio comanditario de las ideas del Espíritu de Dios, y se encastilla peligrosamente detrás de los inexpugnables bastiones de su ceguedad.

Mencionaré sus palabras: "La suspensión oportuna de un periódico alborotador, como providencia de policía, produce mejores resultados que un largo juicio que haya de parar en absolución con escándalo, o condenación estrictamente legal, y quizá demasiado rigurosa en el caso, y también por otro escandalosa, por aquello de "summum ius summa iniuria".

¡Válgame Dios!. . .

De ahí la fuente de graves perturbaciones políticas en aquella su época. El quisiera, si no la monarquía, y en alguna ocasión hizo sobre ello buen chiste, un sí es no es aprobatorio de ese concepto, aludiendo a la Constitución de 1886, si no la monarquía, continúo, sí la aristarquía de su grupo, de su credo y opiniones, y por eso no supo ser, aunque hu-

biera podido serlo, el demarca de esta República naciente, y, en contrario, nos resultó mediocre gobernante ejecutivo.

Caro, político, atiende al orden público, a la religión, a la moral: No entiende aún la urgencia económica, la técnica, la cultura liberal del espíritu. Cree que ha fundado la paz cuando aún reina la inquietud, y no aprende que la tensión revolucionaria le está indicando que subsiste la vieja hemiplejía política nacional, ni cobra experiencia de lo ocurrido a su partido para evitarlo al su contrario: No ve que asumir el papel de buenos para gobernar sin bases populares es ingenuidad supina, porque ¿quién el juez que califique la bondad de los dogmas, y quién el censor, si no el mismo que de suyo los propone. . .? Cierto: Caro nos restituye al orden y a la disciplinada integridad de la república, pero los queridos soñadores de la libertad, los demagogos románticos, nos dejaron sabor perdurable de idealismo democrático, de esta democracia que persiste en nosotros y noblemente nos distingue en América.

Estos mis juicios requieren autoridad mayor que la mía, y ninguna tal vez más irrecusable en este caso que la del señor Rufino J. Cuervo. En memorial suyo dirigido al Ministro de Educación Nacional, fechado el 25 de septiembre de 1894, no presentado por obvias razones de discreción que le opusieron sus amigos, y que inédito conserva el doctor Juan Manuel Arrubla, entre otras cosas, dice:

"La situación de la hacienda pública es, según oficial y privadamente se afirma, tan lamentable

que no puede compararse a la de ninguna otra época de nuestra historia, en consecuencia de esto no se oyen sino clamores para que se hagan economías y se reduzcan los gastos a lo estrictamente necesario", y se alivien "las contribuciones que tan duramente pesan sobre mis compatriotas. . ." "Baste hacer presente que este ramo de las buenas letras ha caído en Colombia en tánto descrédito que sin ambages se asienta que el estudio de la Gramática oscurece el entendimiento, y añadir en comprobación del terreno que ha ganado este descrédito el hecho de que a la enseñanza científica que en otro tiempo hizo florecer esta disciplina hasta dar frutos estimados por los doctos fuera de la nación, se ha sustituído en colegios oficiales la antigua rutina, como si se quisiera, imposibilitando el progreso, excluir aquel funesto oscurecimiento. . ." "En la época melancólica en que nos ha tocado vivir, en la cual agoniza el espíritu público, virtud civil base de la sociedad política, todo se reduce al cómputo del dinero, y se tiene por fruslería cuanto no lo produce, pero yo debo decir que no acepto la equivalencia, y que en mi estimación pesa más una voz de aplauso que el valor material de mi obra.

. . ."No necesito ir con la memoria al tiempo cuasi legendario en que un ramo de olivo era reputado como prez digno de la sabiduría; volviendo los ojos cincuenta o sesenta años atrás en nuestra historia, vemos que todo ciudadano honrado se preciaba de sostener al gobierno de su patria, de dar lustre a ésta conforme a su capacidad y de contribuir al bien

común, sin la mira de que sus esfuerzos fueran coronados con una pensión, con un destino descansado, con un contrato leonino u otra gratificación monetaria. . ."

Juicio terrible éste, del cual, ello es justo también, debemos descontar el grave resentimiento momentáneo que lo hizo exteriorizar tan acremente, pero eco, sin duda, de las íntimas convicciones del maestro.

Así, pues, me atrevo a sintetizar lo que he dicho acerca de la Regeneración (y un poco, en consecuencia, del señor Caro), en la siguiente forma:

I. Refrenó el desorden de una república con desmanes demagógicos y descuadernación administrativa;

II. Dio unidad política a la que se había hecho aglomeración desarticulada de provincias semi-autónomas;

III. Acreció la autoridad central normativa, y estableció jerarquías de orden y de fueros; pero:

IV. Descuidó la función económica, difícil entonces, mas no imposible, de organizar eficazmente;

V. Cometió errores fiscales y aun pecados (nunca el señor Caro, se entiende), contra la hacienda pública.

VI. No cuidó acertada ni adecuadamente de la educación pública, causando notable descenso de la cultura nacional;

VII. No entendió el ejercicio de la libertad democrática, causando irreparable desorden general por sostener el orden a su manera.

Conviene distinguir entre la Constitución de 1886 y la "Regeneración" que la impuso: Esta fue movimiento político inicialmente bien intencionado, que luégo degeneró en graves extravíos legales, y aun en morales descarríos, dañadores ambos de su obra, en tanto que la Carta en sí buena fue, y entonces ya ineludible: Caro la estructuró con armonía y sobriedad augustas, por donde bien merece para sí aquella frase prodigiosa de Guillén de Castro: "Gigantes pare quien razón concibe."

¿Por qué no vio el señor Caro, él tan pulcro, como sí la avizoró y rápidamente columbró el señor Núñez, que su obra predilecta degeneraba en los meandros de la vida menuda del partido y en la incomprensión de los hombres? Cegado estuvo al justiciero desvío de media nación, con claros varones de su misma escuela e intachable fibra moral, como Carlos Martínez Silva, José Vicente Concha, y Marceliano Vélez, Carlos E. Restrepo, Antonio José Cadavid, el mismo Rufino J. Cuervo, y la constelación ilustre del liberalismo colombiano de esa hora, que atrás nombré. Ahí el su grande entendimiento de nonada le sirvió, y esto a nosotros nos dice que aun los cerebros superiores se oscurecen con el encono partidario y la porfía... ¡Porque lo que es recusarlo moralmente, eso yo no puedo!

Pocos años después habría de contemplar las indefectibles consecuencias de estos "sanos princi-

pios de autoridad" cuando fueron aplicados en contra suya por el General Reyes.

Desconcertante ceguedad en quien tuvo tan amplia inteligencia y tan bien abastecida de conocimientos. Porque no sólo de derecho constitucional entendía Caro: También espigó con fortuna en otras funciones de la cosa pública. Algunas de sus exposiciones acerca de derecho internacional y de nuestros litigios con naciones limítrofes son piezas de amplia envergadura ideológica y de visión pragmática muy noble.

Y aun en materia de hacienda pública y de economía política, él que por vocación y estudios pudiera considerarse ajeno a inquietudes mentales de esta índole, supo hallar fórmulas felices de acierto. Fue la suya una época de tormentosos debates sobre esta ardua cuestión, en que eruditos en ella, como Rafael Núñez, Miguel Samper, Salvador Camacho Roldán, Carlos Martínez Silva etc. partían el sol en brava lid. Caro expuso, con relación a esto, algunos principios que ahora encontramos adivinadores de verdades entonces poco accesibles al sentido común: El papel moneda, no debía discutirse como documento de deuda pública, sino como moneda en sí (instrumento monetario, diríamos hoy), con valor de su garantía ciertamente, pero con saludables funciones de estímulo económico que lo hacen consumadamente útil, como lo prueba hogaño su victoriosa batalla contra las especies metálicas, de más difícil manejo. Casi llega en su afortunada intuición, a entender lo que hoy día nos parece adquirido, a través de tan arduas contradicciones: Que a más de ser moneda en sí, como tal tiene el valor, no solamente de la reserva metálica que lo aprecie ("o respalde"), antes bien de la riqueza general de la nación, de la actividad de tal riqueza y de la confianza que riqueza y actividad le imprimen.

Sorprende en hombre consagrado a otras, tan distantes de ésta, disciplinas del entendimiento, el que hubiera podido apreciar correctamente la importancia de algunos principios que entonces apenas iniciaban teóricamente su curso social, como el de la limitación de la propiedad privada por razones del procomún. Es justo también reconocer que de tarde en tarde se le iba la pluma a meras fantasías, como cuando dice, tratando del papel moneda: "Hay un instinto comercial que regula estos valores, y ese instinto no es ciertamente el cálculo de la conversión futura con el respectivo descuento", pues otras son las normas que determinan tales ocurrencias dentro de la economía de los pueblos, muy diferentes del azar y del "instinto".

Para mí lo grave en su gestión administrativa fue la mediocridad de los proyectos de estímulo de la economía nacional, rayana, esa mediocridad, en nulidad y apatía, en impotencia al menos, siendo así que esta nación demandaba entonces, más urgentemente que nunca, audacísima orientación a nuevos rumbos. ¡Cuán útil le hubiese sido membrarse entonces de aquel gracioso cuartete del viejo Arcipreste de Hita:

"Sy tovyeres dyneros, avrás consolación,
Plazer e alegría e del papa ración,
Comprarás paraíso, ganarás salvación:
Do son muchos dyneros, es mucha bendición.";

y aplicar a su país este terrible apotegma que el muy zorro don Juan Ruiz, en tal hora también troqueló para los individuos:

"El que non há dyneros, non es de sy señor",

que dos veces en una centuria habríamos de confirmar nosotros con el quebranto de nuestra integridad nacional... ¡El célebre verso de Quevedo lo repite: "Poderoso caballero es don Dinero"!

En cuanto al problema moral fundamental en sí, no lo vio acertadamente. Arduo es el asunto. Sin embargo, pienso que en la compleja estructura moral del hombre hay tres inmensos grados de profundidad: Un frontispicio de bondad social, conducta postiza de contagio, en que todos vivimos, hipócrita a veces, pero la más operante y más útil. Es la marca y disciplina del ser asociado, y es el camino que la experiencia trazó y mantiene.

Un segundo plano, este de egoísmo, en que el yo quisiera gozar de todas las preeminencias y libertades, ser para sí, atrapar para sí, sin responder de sí mismo a nadie.

Y un tercer fondo, el de la especie, el fondo básico de la virtud y de la sabiduría: Aquel que nos dice que somos representación fugaz de la humanidad

perenne. El que nos lleva al heroísmo. El que nos lleva a la santidad. El que nos lleva a renunciar a nuestra vida y nuestros goces, y pone serenidad inmota en la frente de los mártires.

De ese tercer plano del hombre moral, salió Cristo, y en cada uno de nosotros, por El, vive un Cristo.

Y esto fue lo que no vio Caro, y de esto vino el error máximo de su vida.

La buena doctrina, la legítima autoridad, las normas... Sí, pero, ¿a quién corresponde la judicatura suprema de ese mundo ideal? Un día Sócrates es juzgado reo de lesa ley ateniense. Otro día Jesús es juzgado reo de lesa ley mosaica. La virtud en la ley griega era el culto de la urbe. La virtud en la mosaica era el culto de Yaveh. Dos conceptos, dos virtudes, dos relatividades valederas en su ámbito, pero en modo alguno absolutas y perennes. Cristo y Sócrates tenían su virtud, una virtud que venía a superar la otra virtud, la añeja virtud autorizada y legítima, Sócrates reconoció que era "injusto" ante la ley, y Cristo reconoció que obraba "por encima de la ley". La "sana doctrina", la virtud tradicional triunfaron un día y luégo se eclipsaron para siempre.

¿Injusto, acaso? ¡Alto ahí! Eso no: Equivocado y nada más.

Habían transcurrido diez y seis años desde el día que Santiago Pérez marchóse al destierro. Ya Miguel Antonio Caro no regía los destinos del país. Ya el mismo don Santiago había muerto. Corría el año de 1908. Y una tarde, rumiando melancó-

licos augurios que nunciaban el total derrumbamiento de su vida conyugal feliz, desahuciada la esperanza de que pudiese ya subsistir su querida esposa, se paseaba de uno a otro extremo del amplio comedor de su casita de Las Nieves. Tomás Rueda Vargas estaba ahí, cual solía a esa hora, y permanecía silenciocioso también.

De pronto Caro se detiene en frente suyo, y como si regresase de remotas regiones del espíritu, —¿Sabe usted, le dice, por qué desterré a don Santiago Pérez? Y como una voz testamentaria de su honestidad, le explica lo que ocurrió entonces. . .

Por encima de la amargura del presente, por encima del tiempo y la distancia, de la acritud de todas las pasiones políticas subsiguientes a aquel acto y de los broqueles de su orgullo, ahí estaba ante la nueva generación para defender su concepto de justicia.

Y yo pienso ahora que si Caro hubiese tenido el diez por ciento de "mundo" que tuvieron un Murillo Toro o un Jorge Holguín, siquiera éstos no tuvieran el diez por ciento de su ilustración, todo aquello se habría evitado: Con llamar al señor Pérez a una conferencia íntima, cual lo hizo después con el señor Parra, tardíamente aleccionado sin duda por esta amarga experiencia, en un cuarto de hora habrían descifrado los pecaminosos juegos malabares de Modesto Garcés y de Santiaguito Pérez Triana, no se habría consumado un hecho personalmente injusto para don Santiago, no se habría recrudecido el resen-

timiento del partido liberal, ni estallado al fin la alocada revolución de 1895.

¡Pero, no! Era demasiado doctrinario, deshumanado casi entonces. Y esto, unido estrechamente a su carácter imperioso, mucho le dañó sus obras y su vida: Al morir el doctor Núñez, el egregio Carlos Martínez Silva, jefe intelectual de la oposición conservadora, cuya bandera fue siempre noble, acordó con un selecto grupo de sus copartidarios ir en corporación a ofrecer sus servicios al señor Caro, en esa hora para él difícil. Y el señor Caro los recibió dentro de un hieratismo olimpiano, y tan herméticamente despectivo que rompió para siempre toda posibilidad de avenimiento con quienes mucho podían servir en ese instante a la república y su gobierno. Creyéndose en posesión de la verdad suprema, descuidó a los hombres, y a sí mismo se creó tormentos y tormentas tan graves como inútiles.

Doctrinario e imprudente, e imbuído en la idea, comentada en página anterior, de que el hombre, pecaminosamente inclinado, requiere tutela inflexible y constante, quiso continuar la suya sobre los destinos nacionales y forjó aquella inverosímil candidatura de Sanclemente y Marroquín, que casi casi destruye a Colombia, y que a ese anciano augusto que le sucedió en la presidencia sumió en errores, ineluctables para él a esa edad, y en tétrico martirio sus postreros días.

Doctrinario y teórico, no cuidó de la parte trivial de la vida, y olvidó las ineludibles necesidades del progreso material y aun del cultural pedagógico,

produciendo así muy débil administración pública, carente de iniciativas económicas audaces y de esa adecuada síntesis entre la materia y el espíritu, que es indisoluble.

Doctrinario y orgulloso, y por ende irrefrenable en sus juicios, dentro de uno de esos arranques oratorios suyos de 1903, dejóse llevar a decir un día que el célebre Mr. Hay, entonces canciller de Estados Unidos, no sabía Derecho Internacional, así rompiendo la última telita de araña que detenía la tarascada militar de Teodoro Róosevelt a nuestro codiciado y desamparado Istmo, conforme lo refirió Clímaco Calderón Reyes (por aquella época cónsul general de la república en Nueva York) al historiador Gerardo Arrubla.

La historia de los grandes acontecimientos humanos y la conducta de los grandes hombres se enlazan con hechos minúsculos a veces, o muy íntimos en otros casos, que es preciso desembrollar y devanar de nuevo para unos y otros entender adecuadamente, y de ello sacar, que es lo que más importa, normas ejemplares de disciplina.

Y así digo, tímidamente pensando, porque es muy ardua cosa, que no estoy capacitado para juzgar la actitud del señor Caro en las borrascosas sesiones del senado de 1903. Magnífico por la oratoria, desconcertante por la erudición (aunque prolijo y circunstancial a veces e irónico en demasía), nadie puede negarle tampoco la augusta majestad de un patriotismo incólume. Pero, fue oportuno acaso, acaso prudente, acaso desasido de amargura personal?

¡Oh! Terencio: "Nil mihi humanum alienum puto". Y con todo, su concepto de justicia inmarcesible, su concepto de una patria entrañable, de quien era él sustancia, cual decía, y aquella banda tricolor de Bolívar que ciñó su pecho erguido y... la fatalidad. Dios sea juez: Para mí, mejor estuvo la catástrofe servida en el cáliz getsemanítico de una hora, que un lento posterior abrevarnos con indefinidas claudicaciones de la dignidad y del derecho.

Ha corrido el tiempo con su esponja enjugadora de enemistades y prejuicios, y ha traído también las amarguras del ineludible desengaño. El señor Caro conserva su devoción por las ideas motivas del credo partidario que heredó y al que él mismo titánicamente contribuyó a estructurar en sí, primero, y a consolidar, después, con la reciedumbre perdurable del triunfo. Pero ya no más le parecen perfectos los hombres que comulgaron con él en esa ideología, y habla con mucha acerbidad del partido conservador. Otras son ya sus visiones de la política colombiana del futuro, otras de menor exclusivismo, de acrimonia menor, de anhelos más altos. Hombres del viejo liberalismo, a quienes combatió implacablemente, e injustamente a veces, el señor Parra, por ejemplo, hora ya no son especie vitanda, antes varones ilustres: A Laureano García Ortiz, secretario privado de don Aquileo, y su amigo muy dilecto, a pesar de su juventud en esa época (1900), don Miguel Antonio dice, mirándolo con sonrisa de halagüeña intención: "¡Qué buen jefe del partido conservador sería el señor Parra!". Laureano, que siempre

fue rápido en el pensar y valeroso en el responder, le replica, entre respetuoso y ofendido: "Después de lo que usted, señor Caro, ha dicho de los conservadores, sus palabras no honran al señor Parra. . ." Y entonces Caro se detiene en su habitual paseo, que es como él habla, se le ilumina de nobleza el espíritu, pone cordialmente una mano sobre el hombro de García Ortiz, y añade: "Lo felicito, Laureano, por su lealtad y su entereza."

La justicia alentaba en ese instante su voz. . . y también la gentileza: Otra vez, al mismo García Ortiz, de viaje a Europa (1907), encomienda saludar en su nombre a Rufino José Cuervo con esta frase preñada de alusiones: "Dígamele que sigo siendo el mismo de nuestra primera amistad". Ante la cual, el otro, Cuervo, se inmuta en toda la magnitud de su espíritu, y responde, nivelándose por las cumbres: "¡Este Miguel Antonio es más noble que yo!", y las viejas relaciones en eclipse se reanudan limpiamente.

Y me he preguntado a veces si don Miguel Antonio Caro fue sólo, dentro de sí, una doctrina estatuariamente humanada, fría norma hecha hombre, y, a pesar de la rigidez de su conducta y de sus principios, he de confesar que en él hubo, asimismo, gran señor de virtudes vivientes. Su ciencia jurídica (en la hilaza estructural de sus normas) orientóse a positivas conveniencias nacionales de ineludible aplicación en la hora que le cupo en suerte vivir y actuar en primera línea de legislador. Resumen hecho, fueron mayores sus enseñanzas perdurables que la infortunada exageración de sus doctrinas.

Estupefacto lee un día de 1902 la alocada "prevención" que el general Aristides Fernández, ministro de guerra del señor Marroquín, ha lanzado a la faz dolorida de Colombia, que significaba punto menos que la declaración de guerra a muerte en el hogar de la república, y sin vacilaciones, erguido sobre la potestad de su nombre, jurídicamente la juzga y varonilmente la condena, no trepidando un momento ante el peligro de esa su actitud rebelde.

En 1905 asume la defensa de su amigo y conmilitón "nacionalista", doctor Felipe Angulo, tan distante, sin embargo, de su modo de entender la vida, la república y el espíritu, y lo hace en momentos de inquietud para el sosiego de su hogar y su persona, porque comprende que la justicia puede padecer grave incertidumbre, y no encuentra honroso permanecer al margen, aunque ese margen le sea ciertamente fecundo en halagadoras retribuciones de otra índole.

Lo que no obsta para que al día siguiente del atentado del 10 de febrero de 1906 contra la vida del primer magistrado de la república, se presente en palacio a ofrecerle el tributo de su acatamiento a la autoridad constituída: Es la norma, y no empecen las discrepancias de criterio que al mandatario y al ex-gobernante aíslan ásperamente: Ignoro si en ello intervino, como en tantos otros políticos de aquella hora difícil, alguna conveniencia partidaria, el temor de que el General Reyes se echase en brazos del liberalismo, pero el hecho históricamente desnudo,

es el de acatamiento a la legalidad constituída, y a él rindo las armas de mi duda.

Porque otros hechos me demuestran la altura eminente de sus pensamientos. Uno de ellos lo dice con plenitud de señorío hidalgo: Como su predilecto amigo el doctor Guillermo Torres padeciese percance fatal en sus negocios y ruina total de su fortuna, mayormente penosa por ser de las más ágiles inteligencias de su generación y muy experto en lo que hacía, el señor Caro le escribe carta indeleble de hermano, y le ofrece, sin reticencia alguna, cuanto tiene, los doce mil pesos de su humilde peculio personal, y la reiteración de sus opiniones más cordiales.

Y cuando la vida le amenazó de frente, no ya en la tangencia de sus ideas o de sus sentimientos amistosos, cuando alguien le previene que vendrán "dentro de pocas horas" a prenderle para ser conducido a destierro por su acritud política adversaria al régimen que imperaba entonces, no se inmuta, no se afana, no discute: Descuelga de la percha inmediata su vieja levita de las ceremonias, recoge cariciosamente su Horacio, y dice con la naturalidad de otro Epicteto ecuánime: "Bueno, ya estoy listo."

La misma sosegada actitud con que cuatro años después habría de acoger el mensaje de asolación irremisible de Nuestra Señora La Muerte, y calladamente entregarle su espíritu.

•

La religiosidad de Cuervo nunca fue combativa, sellada fue y humilde. Y así, mientras su grande

amigo merece el título de padre de la Iglesia por su vasta erudición en teología y cánones y sus luchas vehementes, hijo fue él de la callada mansedumbre que predica Kempis.

Hijo en la actitud, hijo en la plegaria oculta, hijo en el dejar a Dios el juicio de los hombres. Caro fue un católico, Cuervo fue un cristiano. Caro gustaba del rigor ritual, y no oía misa ni permitía casar a los suyos fuera de la parroquia a que correspondía la ubicación de su domicilio. Tampoco fue dado a muchas devociones ni ceremonias. Confesábase a Dios con el padre Virgilio (y el nombre le era grato), humilde fraile de San Francisco, y esto hacía muy de cuando en cuando apenas. También es cierto que si tomar rapé apasionadamente y leerse un libro en dos horas no es pecado, otros yo no sé que tuviera. Y esto de leer tan aprisa no es infundio mío, pues, como todos los que tienen copiosa erudición y bien organizadas las ideas, bastábale con hojear un poco las obras de menor cuantía para conocer su contenido. Peleábase a veces con los canónigos de la Metropolitana por decires de mofa que sobre su parco saber le atribuían los sacristanes del ambiente. Y no dudo de ello, porque, cierto, entendía más de historia sagrada y más de dogmas que un concilio de cardenales, y allá en el fondo debía de decir, como en cierta ocasión Pío X: "Anche io sono papa".

En contrario, Cuervo seguía la dulcedumbre del de Asís, y gozábase en la comunicación secreta y frecuente de Dios, hermanándose con los humildes. ¿Acercóse alguna vez a los problemas científi-

cos que enlazan la filología con la religión, y formóse acaso un juicio propio? Dudo de ello, aunque en ciertas ocasiones a esa inquietud lo invitara su afectuoso amigo Uricoechea, amigo también de sabios y de herejes europeos, y muy adestrado en otras ciencias, como antes dije.

No. Su frase de la madurez, que he mirado con atención "Las mal cumplidas promesas de la ciencia", no es el resultado de un proceso mental, sino el eco de lo que entonces decían todos los apologistas predicadores de la religión en el mundo cristiano de Europa y América.

Cuervo necesitaba creer por índole, y creer a la fervorosa manera de las Catacumbas, humillados los ojos y los brazos en cruz. Por eso se interesa más en la lingüística, en la estructura íntima de los idiomas, que en la filología propiamente, o sea en la interpretación cultural de los pueblos a través de sus lenguas. No que ignore Escilas y Caribdis, o ande aína a la topa tolondra en estos ajes del saber humano. Es la suya mentalidad del molde de la que tan sabrosamente nos delineó Clarín en un cuento, titulado, con cierto disimulo, en alemán, si mal no recuerdo, "El doctor Glauben": Erase un profesor de filosofía, que en su clase iba discurriendo sobre todos los sistemas adversos al Cristianismo para refutarlos con grande acopio de sabiduría, y que requerido por sus alumnos acerca de cuál fuese el suyo propio, replicaba elípticamente: "Padre nuestro que estás en los cielos". Y así, uno de ellos, desconcertado ante lo que le pareció enigma y paradoja, hízose amigo

suyo para visitarle en la intimidad hogareña de su vida y descifrar la recóndita raíz de aquel concepto. En su hogar humilde el profesor cuidaba de dos hijos, pequeñuelos aún, que la muerte de su esposa dejó tempranamente huérfanos. Y era para ellos el padre y la madre. Y había, angustiado, de dejarles solos cuando cotidianamente se marchaba al trabajo, porque holgura no tenía para ofrecerles otra protección y abrigo cierto. Mas miró a los campos y al cielo donde crecían florecillas y débiles pajarillos revoloteaban, unas y otros desamparados también del cuidado de los hombres, unos y otras subsistiendo a pesar de las tempestades y la noche. "Alguien vela por ellos —pensó—, un padre nuestro, sin duda. . . Ese alguien velará por mis hijos también, ese "Padre nuestro que estás en los cielos. . ."

Y así supongo: Cuervo, de temprana horfandad y blando corazón caritativo, debió de impresionarse con la callada solitud del hombre en el Mundo y en la Muerte, y volver sus ojos humildes a "esferas más altas que su duelo", como podríamos decir parafraseando a su ilustre amigo Rafael Pombo, y evocar el "Padre nuestro" de sus plegarias infantiles.

Esta actitud de creencia con raigambre sentimental es respetable sin duda, y se produce, ora por el convencimiento de una acatalepsia, es decir, de una imposibilidad de obtener la anhelada certidumbre con otros procesos del espíritu, ora por aquella ley de la psicología, tan encomiada por los ingleses, de que todo pensamiento surge de un deseo correlativo, en este caso, el deseo de supervivencia que in-

herentemente existe en todas las especies vivas, el hombre, sobre todas.

Este preámbulo nos sitúa en la precisa posición de los hombres ilustres que, como el señor Cuervo, siguen una fe de basamento afectivo y parecen cancelar en defensa suya toda lucubración conceptualmente litigiosa, y de aquellos otros que, a la manera del señor Caro, ya más discursivamente, ya con elaboración mental combativa, ordenan la filosofía al servicio de la teología, conforme al dictamen "ancilla theologiae", de Santo Tomás de Aquino: ". . . Yo tengo el asilo de mi fe, a donde no alcanzan los tiros del raciocinio", decía con inmota certidumbre.

Unos y otros, reclaman también para su creencia la acción probatoria que el maravilloso orden del mundo tiene en el ánimo de quienes lo contemplan, como necesariamente emanado de alguna inteligencia personal infinita.

Es esta actitud muy peculiar de las almas nobles, que por delicados sentimientos de admiración estética del mundo y de gratitud ante el poder contemplar esos sus dones sublimes, ofrendan a su Creador el pleno homenaje del entendimiento también, porque así afectos y razón aunados mejor le sirvan y encomien.

Y están en lo justo, a su manera, pues nada se entiende de ese mundo y de la vida en tanto no se les ame un poco ya, asimismo: Recóndito connubio, de arcana urdimbre, sin duda, éste de la inteligencia y del amor.

Empero, ¿sí existirá ese maravilloso orden del Universo? ¿Esa armonía de la Naturaleza y esa "música pitagórica de las esferas superiores, existirán efectivamente? ¿Este cosmos o estética ordenación (Kosmos: "harmonía y orden del Mundo"), será de cierto tal como nuestros ojos lo ven y nuestra mente lo concibe en la fugaz apercepción de un instante apenas?

Es posible, mas nunca vi yo ese reposado orden: Unos a otros los elementos de la Naturaleza se combaten, desalojan y destruyen en conflicto implacable y eterno, que es a modo de tragedia universal inextinguible, desde el electrón atómico, desarticulado de aquí, errabundo luégo, atacante y usurpador en otro sitio, a las moles cordilleranas que el sol, el viento y la lluvia, van royendo a dentelladas de siglos y aplanando, desintegrando y convirtiendo en polvo errátil o cieno humilde, hasta nivelarlas con el mar.

A la vista del bosque, tan getilmente dispuesto en gradaciones de altura y de color, de tan callada y majestuosa urdimbre de troncos, hojas y flores, que más parece un altar eregido por las hadas de la poesía al culto milenario de alguna divinidad esteta, no advertimos, por la lentitud de los procesos, el inmisericorde drama vital que lo produce: Todo él, y todo en él, es lucha a muerte por asegurarse un puesto al aire libre y a la luz: Unos árboles, pinos y palmeras, digamos, se lanzan, delgados y enhiestos, a dominar premiosamente las alturas; otros, como el baobad y la ceiba, se ensanchan, para así tener espacio libre en derredor suyo; frágiles, algunas plantas, enreda-

deras y bejucos, por ejemplo, agárranse a las poderosas, y rápidamente por ellas suben y se defienden; al parecer menos hábiles, otras, como las musáceas y aroideas, extienden sus hojas para poder vivir en la penumbra; cuasi aladas y sutiles, las parásitas y orquídeas dan un salto de anhelo hacia los altos copos de sus vecinas orgullosas, y las vencen: Todo ahí es rivalidad tremenda y sorda lid infatigable.

Pero tal vez las calladas constelaciones sean el asiento de la luminosa paz del mundo. ¡Quién sabe! Si tuviésemos cámara fotográfica que nos revelase en cinematográfico escorzo las revoluciones milenarias que allí se cumplen, absortos veríamos cómo los astros se lanzan unos sobre otros, se atrapan y devoran; cómo esas plácidas estrellas errantes que idealizan las límpidas noches del estío son fragmentos de mundos que nuestro mundo a sí atrae y absorbe en sí; cómo esas novas fugaces que maravillosamente refulgen en las lejanías del cielo, son cráteres, colisiones y explosiones sin fin.

Y así también dentro del alma de los hombres: Luchan los anhelos, los sentimientos se combaten mutuamente, las ideas saltan destrozadas aquí y allá. Lo que antes movía las entrañas con batalladora emoción, arrumbado queda e inerte; lo que antes angustiaba la mente con indescifrable conflicto, inválido se mustia; lo que antes era norma y centro del vivir, apagado yace en las sombras. La ambición y el orgullo de otros días ya no existen. La mujer que dominaba el corazón imperativamente, desvaneció su enigma o se apagó en delicuescencias vesperales o la

trizó algún anatema fulgurante del espíritu. Las amistades se rompen, los afectos se hunden, los mismos dioses furtivamente se escapan a veces de nuestra morada interior.

Todo es lid en el mundo y en el alma. Todo es una trágica lid.

Y es lo que tenemos que explicarnos.

¡Qué grato sería poder emprender en estas páginas interpretación más a fondo de ello! Y divagar en torno de una filosofía de la POSICION, revelar cómo la posición de los elementos, dentro de sí y fuera de sí, es ontogénica, dinamogénica y psicogénica a la vez: Esclarecer por ella el sentido de la lucha universal y la agónica actitud del espíritu, la armonía recóndita entre esencia y existencia, el "quid" y el enigma de la incesante mutación inmutable.

Sino que esta es la breve historia de dos hombres y no estudio general del devenir humano, que sólo se aduce en ella como en tangente, para la elemental comprobación de algunas tesis complementarias de esa biografía, y así, regresando a Cuervo, diré que, con todo, este sabio absorto en sus estudios y este eremita en medio de París, en política dio un paso más y más seguro que su amigo el Vicepresidente Caro. Desde luego, conservador era y regocijóse de los triunfos de su partido y anheló prosperidades para él. Mas he aquí que poco a poco fue viendo desviadas sendas de aquel ideario que su padre y él mismo tuvieron por más seguro para la bienandanza de las naciones, de la suya, naturalmente, en

primer término, una temperada libertad para todos, temperada, cierto, pero para todos, también.

Y así, muy grave golpe moral y cordial debió de recibir el señor Caro al conocer esta, no por indirecta menos certera y augusta, frase de su inmaculado amigo: "Sólo así cabe abrigar la esperanza de que algún día gocemos todos de libertad bajo un gobierno justo. ¡Ah! pero estos son sueños y los sueños..."

Dicho esto en 1899, tenía acre sabor retrospectivo. Es verdad que estos dos egregios espíritus guardaban entonces, el uno para el otro, mudo alejamiento de la que fue por treinta años amistad intelectual, pero amistad sin sombras, un poco, acaso, debido a correvediles indiscretos, el mismo Rafael Pombo, tal vez, y a alguna otra cosilla insignificante, mas ello es que amigo o no, Cuervo era demasiado grande y demasiado justo para acuñar sentencias infundadas o inútiles.

En otra célebre circunstancia pudo verse esta mayor amplitud del criterio histórico de Rufino J. Cuervo: El mismo año de 1892 en que el gobierno de Colombia descuidó injustamente exaltar la memoria del General Francisco de Paula Santander, de quien el señor Caro había hecho un diseño biográfico muy poco favorable, publicaron Angel y Rufino José el hermoso estudio de la vida de su padre y de su época, y gallardamente rindieron tributo de justicia al ilustre prócer que organizó dos veces la paz y la república.

A veces he pensado, como lo insinúo en líneas anteriores, que la noble amistad que tan benéficamente ligó a estos dos atlantes de la cultura colombiana fue de basamento intelectual y no afectivo, que se estimaron en sus obras indeficientemente, pero que no se abrieron nunca el corazón con aquella confidencia de íntimos anhelos e íntimos dolores que constituye la amistad de sentimiento y la sella perdurablemente.

Más amigo, en tal esfera, fue el señor Caro de Antonio Basilio, el hermano mayor de Rufino José, y más amigo fue Cuervo de Ezequiel Uricoechea y Luis Lleras, primero, de José María Torres Caicedo, Enrique Pineyro y Juan E. Manrique, después, que recíprocamente los dos.

Y en esto se advierte aquella amplitud de criterio y aquella ductilidad del carácter que Cuervo obtuvo, a más de otras influencias, de su comunicación con los franceses, al comenzar y al terminar de su vida, sobre todo. Y digo que no lo sé, mas sí tengo la intuición de que ese ambiente obró en él modificaciones saludables, de actitud se entiende, no de ideología, de estudios, desde luego, que no de amistosa sociedad.

Y aquí cabe hacer esta aclaración: ¿Fueron Caro y Cuervo filósofos, y cultivaron las preocupaciones del ser y de la vida, del origen y la nada, de la conducta y del destino? Yo no lo creo. En su hora de plenitud mental bullían en el mundo graves pensamientos: Por el lado mismo de las lenguas se habían hecho ya estudios que indagaban muy felizmente el origen de las culturas, tanto primitivas como clásicas y orientales, se habían hallado rumbos fijos en

el proceso de formación de las religiones prehistóricas y desentrañado sutiles parentescos reales y conceptuales entre las antiguas y modernas y de éstas entre sí, y de tamaña inquietud no hallo eco en las obras ni de uno ni de otro. Las grandes corrientes de la cultura europea habían sido agitadas por nuevos y atrevidos pensadores, que jamás nunca podrían olvidarse o preterirse al menos, Hume, Kant y Hegel, Marx y Bergson, Goethe y Nietzsche etc., y por historiadores audaces y naturalistas, que a tajos y mandobles o técnicamente sosegados desbrozaban el terreno y abrían nuevas rutas al saber humano. Las mismas religiones, el Catolicismo belga, digamos, aun Roma con León XIII, dedicábanse a la búsqueda del conocimiento histórico y científico, natural o experimental, abstracto o concreto, con tal ímpetu dicente que el mundo parecía tembloroso en el ardor y la esperanza de otro espiritual advenimiento. Y tampoco esto veo en Cuervo y Caro, sino un espaciarse en lectura de autores, si muy nobles de fe y gentiles de intención, si muy hábiles de dicción a veces, segundones ciertamente en aquella hora de atrevimiento mental inverosímil.

Caro, sobre todo, profesor de filosofía en sus mocedades, se deleitaba y se esparcía con Lacordaire y Newman, con Balmes y José de Maistre, con Menéndez Pelayo y con Macaulay, con de Bonald, Jouffroy, Joubert y Cantú, etc., insuficientes sin duda para excitar y nutrir su poderosa inteligencia, así fuesen deliciosos expositores, críticos sagaces a veces y eruditos de portentosa vastedad algunos.

Durante más de media centuria, aproximadamente de 1825 al 1885, hubo en Colombia agitada discusión sobre los sistemas filosóficos y pedagógicos del sensualismo, del utilitarismo y el epicureísmo, por tal manera, que tal vez no transcurrió día alguno sin que nuestra prensa periódica, nuestras cátedras docentes y púlpitos eclesiásticos nombraran, en pro o en contra, a Condillac, a Destutt de Tracy, a Jeremías Bentham y a Epicuro, con notable ignorancia del elenco, ciertamente. Caro fue de esta áspera lid, desde sus primeros años juveniles. Bentham, sobre todo, amigo epistolar de Bolívar, de Santander, con sus textos de "legislación" y proyectos constitucionales, ejerció por aquella época grande influjo en la vida intelectual de la República.

Revisando tal polémica, uno advierte hoy día que no se ajustó a las normas de la severa y justiciera crítica contemporánea, y que más abundó en elocuencia verbal y buenas intenciones que en profundidad ideológica eficiente: Desde los chavales de liceo hasta los más sesudos mentores de la República acostumbraban entonces maldecir "la piara de Epicuro" y maldecir también de este gran filósofo, confundiendo su espiritualismo y su eudemonismo con el hedonismo de los dos Aristipos de Cirene, e ignorando que él, con Demócrito, predicó y estableció doctrinas éticamente superiores, coincidentes, en mucho, con las muy preciadas del estoico Zenón de Chipre. Esto se debe a la hemiplégica erudición de nuestros abuelos, que tomaron su mala voluntad por Epicuro de las fuentes de Aristóteles, Plutarco y Ci-

cerón, descuidando las fundamentales de Séneca, Lucrecio y los doxógrafos más ecuánimes. Imposible les era, así, informarse de la reivindicación suya, que desde el preludio del Renacimiento, Petrarca, por ejemplo, hasta los albores de la Edad Moderna, con Montaigne, y Gassendi, sobre todo, habíase adelantado, por hombres de la talla mental de Marsilio Ficino y de Valla, de Erasmo de Rotterdam y de Bruno, del sutilísimo Vanini, especie disimulada de un Celso renacentista... y que tan lejos estaban, ya entonces, de aquellos juicios recriminatorios de un John Gower de Kent (de los fundadores de la literatura inglesa), cuando decía en su poema "Mirour de l'ome", y en su delicioso francés de los tiempos de Chaucer, que Epicuro:

> "................... laissoit
> les biens del alme et se donnoit
> a sa caroigne",

exactamente como habrían de expresarlo nuestros polemistas conservadores cinco centurias después, desoyendo el mensaje íntimo y genuino de aquel augusto pensador, que no fue el de la felicidad sensual, sino algo semejante a la "eudemonía" socrática (un saberse gobernar correctamente a sí mismo), para llegar a la "areté" (sumo bien), que en el fondo constituyen la suprema aspiración y la esencia misma del magisterio insuperable de Sócrates.

A la verdad, Epicuro espiritualizó el hedonismo, le proclamó altruísta y "catastemático" (o de

reposo interior), y no meramente sensual y efímero. Demócrito y Epicuro buscaron la "ataraxia" (paz del espíritu), y la "euthimia" (serenidad del espíritu), por medio de la "aponía" (supresión del dolor) y de la "sofrosine" (temperancia y salud de ese mismo espíritu), para obtener la "athambía" (ausencia de perturbaciones), y con ella la "metriopatheia" (mesura de las pasiones), y así alcanzar el verdadero estado "catastemático" (sosegado placer espiritual) que buscaban, alabando siempre la virtud y el conocimiento como fuente de todo ese caudal de perfecciones, en incesante "anagoge" (o elación del alma).

A los veinticuatro años de edad escribió Caro su estudio sobre "El Utilitarismo", esfuerzo mental digno de mucha alabanza como obra juvenil, alborozadamente aplaudido por Cuervo, plagado, sin duda, de las equivocaciones a que la carencia de los conocimientos de la historia de la filosofía daba entonces ocasión casi casi ineludible (en este caso especial, la estupenda obra de Bignone, por ejemplo), si bien útil para formarnos concepto legítimo acerca de la índole propia de nuestro ilustre maestro en otras disciplinas.

Cosas dice ahí de mucho precio, como actitud moral suya: "No basta salvar la verdad; es preciso salvar la dignidad de la verdad..." "Esta obra es una idea, una palabra que pongo al servicio de la verdad". Sino que prontamente asume su característica posición teológica, su entrañado teologismo, aseverando: "La madre de toda filosofía, la teología, la

ciencia de Dios, océano —prosigue, citando a su querido Donoso Cortés —que abarca y contiene todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas"; para añadir luégo adelante: "Desde la aparición del cristianismo, todo movimiento filosófico y todo movimiento moral ha procedido (el error de concordancia es suyo, e ignoro si sea defendible en este caso) de la teología y de la moral cristianas".

En dicho estudio declara, en prueba de lo que antes sostuve, que "Epicuro fue el fundador de la escuela utilitarista", y cita a Cicerón, que en estas materias, anotado sea muy respetuosamente, fue apenas "diletante" y comentador incierto, en su altivo apóstrofe: "¿O es que sólo los que se declaran epicúreos tienen el privilegio de entender las cosas de Epicuro. . .?" "No sabré yo lo que significa 'hedoné' en griego, en latín 'voluptas'?" Indudablemente. . . sabía las palabras, pero innegablemente ignoraba, en esta parte, la historia de las ideas, nuestro amadísimo Marco Tulio: Y temo que a Caro, también en esta parte, otro tanto le ocurrió, con la disculpa, para él sí, de sus cortos años y sus muchas nobles intenciones.

Columna básica de sus afirmaciones —de origen teológico, naturalmente, es la frase en que resume su pensamiento: "Dios no ha querido que haciéndonos felices seamos buenos, sino que haciéndonos buenos seamos felices", cuando nada hay como el infortunio para amargar el corazón del hom-

bre, ni ámbito alguno como la miseria para enturbiar y turbar la pureza de sus normas.

Carencia de suficiente información a veces: Aún recuerdo la honda impresión que en mi adolescencia me hicieron las opiniones del Cardenal Wiseman sobre que los paganos del tiempo de su "Fabiola" tenían una moral de jerarquía convencional externa, y los cristianos, de conciencia íntima, y cómo después, mediante más ahincado estudio, supe que ya desde la época de Homero y de Hesíodo, los griegos estaban formando ese criterio moral de conciencia, y que Pitágoras, Demócrito, y definitivamente Sócrates, lo habían predicado y establecido en la cultura europea.

•

Es posible que en el caso de Caro y Cuervo, más que ignorancia de algunas de estas fuentes primordiales, hubiese cierto temor de ellas, y cierta esquiva sensibilidad para con sus tesis ideológicas y sus actitudes en la historia del mundo, pues seguro estoy de que después conocieron ampliamente al Platón socrático, al epicúreo Lucrecio, al Séneca moralista y al estoico Marco Aurelio, amén de algún buen centenar de estrellas menores. . .

Este vocablo "sensibilidad" requiere algún examen: Ha venido ampliando su significación en el curso de los últimos tiempos, y así, de función meramente fisiológica, capacidad de sentir, pasó a la moral, a la exquisita aptitud de advertir y de preciar

afectivamente la conducta ajena, de reaccionar con noble entendimiento ante las delicadas manifestaciones de amistad o de humanidad del prójimo, y poderlas discernir en su justo alcance. De ahí trascendió a las funciones meramente intelectivas, significando la amplitud cordial con que "sentimos" las ideas ajenas, aunque no participemos de su intención convincente.

Y así digo que, a lo menos Caro, no tuvo esa sensibilidad. Hay que ver cómo se ladea hacia lo apacible y afectuoso en el escogimiento de las obras que traduce de sus autores preferidos, y por qué a estos mismos prefiere. Conoce bien a Shakespeare, mas no se detiene en la trágica magnitud de Hamlet; conoce a Carducci, pero se acoge a la maravillosa dulcedumbre de "Il bove"; su alma apacienta y regocija en la delicadeza moral de Tennyson y Sully Prudhomme, en la ternura de Longfellow, en la elación musical de Shelley, en la cautivadora religiosidad de Manzoni. No parece que el espíritu tumultuosamente pasional de un Dostoiewski o un Dante, que la inquisición abisal de un Goethe, le retengan con simpática aptitud de examen, con "sensibilidad" adecuada a su estudio. Por otra parte, él lo reconoce así desde temprana hora, ya que en 1871 escribía a Rafael Pombo, comentando su propia traducción de la Eneida, por ser (entre otras cosas, se entiende) "intérprete inspirado del sentimiento religioso".

Tal vez Cuervo tuvo algo de esta inclinación allá en el discreto recinto de su mente. A sus regulares vacaciones de verano de la Costa Azul solía llevar

alguno de estos angustiados buzos de las borrascas tenebrosas del hombre interior, su querido Shakespeare, digamos, Goethe en ocasiones, Leopardi a veces.

Y sin embargo, Miguel Antonio Caro le superaba con mucho en ciertos dones de la creación literaria, y nos dejó obras que no perecen, algunas que, a mi modo de entender, le colocan en plano de primera altitud dentro de cualquier cultura y me permiten asignarle, por este aspecto también, el audaz calificativo de varón ecuménico, con que a ambos querría denominar en este opúsculo.

No tanto en la prosa como en el verso.

Esto me es muy difícil valorar justamente, sino que, como trato de ellos, y quisiera definir sintéticamente sus personalidades, no puedo detenerme con disculpa de inedia literaria mía y sí debo, osado, proseguir en el análisis, porque no resulte el todo, y en tan grave materia, trunco.

La prosa de los tres máximos peritos colombianos en el idioma, Caro, Cuervo y Suárez, difiere en gigantes proporciones, respecto de sus virtudes artísticas, aunque asombrosamente concuerde en la puridad de su estructura.

En la de Cuervo resalta la sencillez clásica del estilo, y uno no advierte su recóndita sabiduría sino en la riqueza deleitosa de los regímenes y en tal o cual verbo que de pronto enjoya alguna frase con remozada frescura y envidiable adecuación. No intenta, al parecer, estilizar artísticamente los sonidos ni decora la expresión del pensamiento con imágenes

selectas, tampoco desciende a la dicción familiar, y nunca al desgaire de términos y locuciones intencionalmente desgreñados o humildes. Cíernese en altura media, ni remota que asuste, ni rastrera que permita pasarle por alto, fácil haciéndose y accesible a todos. En una palabra, es el reflejo de su alma suavemente noble, de aristocráticas esencias, que el fulgor rehuye y el ruido.

Con esa su prosa sedeña y asordinada al parecer, edificó obras de ilustración, que lo son de arte asimismo, como aquellos prólogos suyos de ciencia caudal y grata tersura en el decir que encabezan las "Apuntaciones críticas", el "Diccionario de Construcción y Régimen" y "Cómo se evapora un ejército", honor también, desde este punto de vista estético, de la literatura castellana internacional.

Caro se expresa en períodos más áridos, más escultóricos que musicales, sin mucha ondulación graciosa ni cadencia que especialmente nos atraiga y cautive. Su prosa es un poco seca, concisa y fuerte, como su personalidad exterior, y sólo fulge o fulgura cuando lo acucian grandes emociones, en el mensaje al Congreso de 1896, por ejemplo, o en la defensa de San Cirilo de Alejandría, en que, por una u otra faz de su persona, se siente herido, o amenazado a lo menos, en algo de lo que tiene por patrimonio esencial de su espíritu.

Pocos son los que tienen igualmente delicado el oído para la estética del verso y de la prosa: y a mí se me ocurre pensar que el señor Caro no lo poseyó muy sutil para la segunda: Recuerdo que en su estudio de "El Utilitarismo" dice "ese u esotro", cacofonía que no admite defensa ni en un sordomudo, y que, por lo general, nunca cuidóse de bronquedades, ni de consonancias, asonancias y aliteraciones eludibles.

A fuer de somera demostración copiaré dos páginas cualesquiera de sus escritos, trazadas las dos, esto sí, con igual esmero literario, y ambas concernientes a un mismo asunto:

Dice Cuervo: "La patria para el que no ha visto más que su aldea ni ha oído hablar de comarcas situadas fuera del horizonte que alcanza a divisar, no representa más que una corta parentela, un reducido círculo de conocidos apegados al terruño. A medida que la cultura crece, los límites se ensanchan, el corazón se abre a nuevas aspiraciones; y cuando las letras y las ciencias han fecundado cumplidamente un espíritu, ya la patria no cabe en las demarcaciones caprichosas de la nacionalidad. Porque a la manera que nuestro corazón se siente ligado al suelo donde nacimos por los afectos que en el hogar despertó la voz maternal, así también la razón, hermana gemela de la lengua nativa y compañera suya casi inseparable, mira como propio cuanto le llega bajo los signos conocidos de su infancia; de suerte que por un sentimiento instintivo somos en cierto modo compatricios de cuantos hablan nuestra lengua, y es la literatura vaciada en ella el alimento en que más de grado se apacienta nuestro espíritu. Por eso mejor que dentro de ficticios linderos se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cer-

vantes, de Shakespeare y de Goethe; y por eso cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es propender a avigorar sus simpatías y relaciones, hasta hacerlos uno solo; que la unidad de la lengua literaria es símbolo de unidad intelectual y de unidad en las aspiraciones más elevadas que pueden abrigar los pueblos. De aquí la conveniencia de conservar en su integridad la lengua castellana, medio providencial de comunicación entre tántos millones de hombres que la hablan en España y en América."

Caro, por su parte, se expresa así: "Lo propio sucede tratándose de la lengua. Tenemos una tan hermosa, tan rica, tan fértil, que para todo sirve y a nadie jamás viene estrecha, sólo al que no ha estudiado sus inagotables recursos, y cogemos sus flores y sus frutos, sin acordarnos de que la fuerza y la savia de su organismo es la vida y la sangre de escritores ilustres, de los clásicos españoles; que lo mejor de su propio ser, que ellos en ella pusieron, recibiolo y asimilóselo la lengua, y ahora como de sí misma nacido lo presenta, bajo el nombre vago de USO, que sirve como el de CASUALIDAD, a encubrir y postergar el mérito personal del genio creador. Si en vez de esta noble lengua neo-latina, hablásemos la lengua mosca o cualquiera otra de las innumerables que pululaban en América antes de la conquista, vivas aún algunas de ellas, alumnas todas del uso, y no adornadas de gloria literaria, ¿podríamos orar y escribir, versificar, filosofar, discutir, como ahora a nuestro sabor y a nuestran anchas, y con pensamientos tan

oscuramente concebidos cuanto confusamente expresados nos sería permitido, ni por asomos, ni en la esperanza tomar parte en el concierto de la civilización moderna? ¡No, señores! Participación tan gloriosa, sólo se nos concede a condición de usar de una lengua clásica, la castellana, que no solamente es tal, sino leonense y riojana, y calderoniana y cervántica; no la lengua del vulgo, del trato común y del comercio, sino la propia de los escritores clásicos de la nación española. Diérase sentimiento al lenguaje, como lo dio la antigüedad a las plantas, y en el melodioso rumor de las palabras de nuestro idioma, como en el de hojas meneadas por el viento, percibiríamos el acento de León y de Rioja, de Calderón y de Cervantes, y los oiríamos otras veces gemir, como a Polidoro, a los golpes sacrílegos, que renegando de nuesto origen y repudiando nuestras glorias, solemos asestar sobre las ramas dilatadas y aún sobre el anciano tronco de este árbol que cobija a tántos pueblos con su sombra!"

Conocedor a fondo de la estructura del castellano y del latín, y sabedor de que las voces de un idioma no caben en el diccionario, ni las que viven en los textos de la respectiva cultura, ni las que llevamos inéditas en la mente y entendemos ser legítimas, aunque no hayan tenido oportunidad de surgir a la comunión ordinaria de las sociedades y el ordinario comercio de las ideas, muéstrase don Miguel Antonio Caro muy sensatamente audaz en el uso de cuantos términos nuevos necesita, cuando

realmente los necesita y están gramaticalmente constituídos.

A otro tanto se atiene en achaque de arcaísmos. Y esto a mí me place mucho, porque aquella opinión de que uno debe ser muy sencillo en sus locuciones y nada extraordinario en su léxico, es consejo adecuadísimo a los grandes señores del idioma, inmensamente ricos de él, no a quienes padecemos de inopia lexicográfica, puesto que simplificando así cada día más nuestra pobreza, pronto llegaríamos al discurso de algunas gentes humildes, que ya casi sólo de interjecciones y de gestos se compone y vive. La lengua es tesoro patrimonial, es un bien caudal y exquisito de las sociedades, que se obtiene y se retiene para el servicio del procomún, y yo no entiendo por qué no ha de disfrutarse en toda su amplitud, si es nuéstra y es útil.

El empleo del neologismo es cuestión de sabiduría, el del arcaísmo la es del buen gusto. Al primero se llega por perito reconocimiento de su utilidad, al segundo se puede recurrir cuando sea bello o útil, y mejor aún, ambas cosas a la vez. Porque la lengua es arte asimismo y preciado instrumento de deleite espiritual del hombre.

Refiriéndose al estilo del señor Caro, el muy gentil poeta y grande hablista a la vez, don Diego Fallon, decía en alguna ocasión, con su genuino "humour" anglo-santafereño: "Este Miguel Antonio se nos ha hecho insoportablemente perfecto", y así era verdad, graciosamente arropada en un donaire. Mas no creo yo que fuese extremoso en tal manera que no se permitiese, y muy a sabiendas, emplear uno que otro vocablo o giro que el ambiente familiar le entregara sin el pase de los puristas nimios o el ejemplo de los buenos autores del siglo de oro: Usó frecuentemente del artículo indefinido "uno", "una", de tan difícil manejo, de tan rara ocurrencia en los clásicos, de tan útil distinción para lo enfático o lo diferencial anti-anfibológico, pero bárbaramente derrochado por nosotros los modernos, a pecaminosa usanza del francés; no se detuvo ante locuciones como "más tarde", "más adelante", que resultan pleonásticas por el supérfluo "más", que no se refiere a ninguna "tarde" ni a otro alguno "adelante", pero que ya nadie nos quita del uso cotidiano; a veces escribe "a su turno", de muy legítima formación, aunque desconocido en las buenas épocas del idioma; otras no se cuida de cierto matiz equivocado del adjetivo "numeroso"; tampoco le amedrenta el decir "bajo el punto de vista", que rechazan los gramáticos más meticulosos; saca del campo de los juristas el término "indefensión", bello y útil ciertamente; y acuña con certera oportunidad el de "mesticería", que harto necesitamos; tiene por ahí un delicioso "neógrafo", que le envidio; "ejemplarizar", "discriminar" y "clausurar" no le asustan; y hasta se atreve con el muy discutible "desuetud", de evidente ascendencia galicana. . . y muchos más, si me atuviese a mal intencionada o prolija expurgación, que no está en mí hacer, porque pienso con él mismo y con Cuervo, que la muerte sigue muy de cerca la parálisis de los idiomas, y sería

del todo imposible en los que, por vivos aún, tienen que marchar a compás de la evolución espiritual y técnica de las naciones correspondientes.

En estos ajes e intrincaciones del estilo fue maestro entre nosotros don Marco Fidel Suárez: Es de ver cómo ennoblece cualquier tema por su casta dicción, y lo saca avante con sabrosos jugos de sintaxis y añejas locuciones a veces, entreveradas en su aparente, pero muy castigada, sencillez.

Otra cosa, y pecaminosa sin duda, es el presumir de puristas con media docena de vocablos estructurados torpemente y como ensamblados al azar: Esos sí son artilugios del lenguaje y fraudes científicos apenas, que repugna la dignidad del espíritu.

Mucho he meditado con respecto a la gracia peculiar del estilo del señor Suárez, por ser ello punto culminante de su obra y tal vez el máximo motivo para su perduración y ejemplar magisterio. Sino que la gracia no es virtud estilística de fácil dilucidación y entendimiento adecuado, pero, más bien, cosa alada y sutil que mejor se intuye que define. Desde luego, no es un ente de razón simple, no un elemento monovalente, por decirlo así en comparación fisicoquímica, antes muy ensimismado y complejo.

Se predica de todos los seres de la naturaleza y del arte, acompaña a la belleza, pero no es patrimonio peculiar suyo, ya que puede y suele hallarse en la fealdad, como cuando decimos de algo o de alguien, que es "feo y gracioso" y aun "graciosamente feo", aunque no "feamente gracioso", porque en

ello hay un matiz conceptual muy interesante para el cabal entendimiento de este asunto.

Entran en la gracia componentes tales como la esbeltez y la agilidad, el ritmo y la adecuación, con diferente predominio de unos sobre los otros, según el arte en que se informan, y así lo sentimos en la danza, para los tres primeros, en la poesía para los dos últimos, en el primero y el cuarto para la arquitectura, en la adecuación sola para los estados afectivos, y en todas ellas requiere espontaneidad y naturalidad (teoría spenceriana del "menor esfuerzo", teoría bergsoniana de lo vivo en contra de lo mecánicamente torpe), como base ineludible, porque si bien una y otra aquéllas sugieren, no las abarcan del todo.

Produce alegría, mas no es "lo alegre" su elemento constitutivo, porque existe la "serenidad graciosa" y hasta una "graciosa melancolía" y un "gracioso dolor".

Y con ser lo indefinible, lo mentalmente inaccesible casi, y lo inasequible, cuando no se le tiene como dote y virtud congénita, es, a mi modo de ver este exquisito problema estético, fundamental en todo arte y aun en la vida toda, por aportar a uno y otra indefectible causal de triunfo.

Porque en la gracia, tanto del orden estético como del moral y el místico, se encuentra un sentido recóndito de liberación, y no de libertad, propiamente. Es la manifestación de algo que se libera y no de lo que ya fue liberado, como ocurre en lo bello. Es pues el trance mismo de la liberación, como cuan-

do del reposo va surgiendo el acto, de la virtud el ejercicio suyo, del don regalado la alegría, de la actividad el triunfo. Lo bello es la adecuada expresión de un aspecto de la naturaleza con sentido humano: La mera copia de la naturaleza produce fotografías inertes. Y será realista o idealista según se haga hincapié en ese aspecto objetivo de la naturaleza o en el sentido humano que se conjuga con él. Lo gracioso es la agilidad y la esbeltez con que se expresa esa conjugación de la naturaleza con el sentido humano. Puede ocurrir que la cosa misma, el aspecto contemplado de tal naturaleza, no sea bello de suyo, y entonces aparecer como feo gracioso, por la dicha habilidad de su expresión. La gracia queda, por ende, relacionada con la actividad y con la vida, con el anhelo y su liberación, y con el sentido recóndito de la existencia en sí.

Es que ella entraña un proceso sutil del espíritu humano universal en sus interpretaciones de los misterios del mundo:

En los pueblos primitivos es a modo de una virtud de potencia abscóndita sobreañadida infusamente por la naturaleza o la magia a un hombre, cual puede estimarse en el famoso "mana" de los melanesios;

para los hebreos (Jámed) es virtud de poder moral asimismo;

místicamente, la gracia (hebreo "Jen"), es don que la Divinidad concede, no de justicia por merecimientos del donatario, sino de bondad y piedad autónomas del donador;

en la cultura griega enlaza la emanación divina (las Khárites son hijas de Hera y Zeus) con los dones muníficos de la belleza natural del mundo (Aglaia significa esplendor; Thalía, florecimiento; Eufrosine, gozo), y con favor (Kharis), sánscrito "Gurta";

entre los romanos (gratia) continúa el sentido de lo amable (gratus) y del favor o dádiva, relacionado con Kharma y la raíz Khar, tan fecunda en estéticas derivaciones;

dentro de las bellas artes el proceso semasiológico se amplía, ciertamente, pero a la vez se difunde con alguna vaguedad de contornos:

En cuanto se atribuye a la prosa es todavía de más confusa definición, como harto me consta por haberla intentado alguna vez y así conocido los quilates de su arduidad. Es que en ella se dan múltiples modos de gracia, a cual más preciado y efectivo, como cuando se sigue para obtenerla la composición más natural posible, aquel dejar correr las voces en madeja de agua levemente fugitiva, cual ocurre en los franceses, Renán, por ejemplo, o con ritmo de fastuosa musicalidad, que en D'Annunzio puede oírse, o en la escultórica nitidez de César, y esa como ondulación de danza órfica, compasada en acordes beethovenianos, con que a veces nos sorprende en Nietzsche.

Para que surja requiérese especial distribución de los fonemas, ni monótona ni amaneradamente combinados, pues a veces es conveniente quebrar las gradaciones, como en la síncopa musical, con apa-

rentes discordancias, con rudeza aun y aun con una pausa imprevisible o, muy rara vez, en fuga. Y lo mismo ocurre con relación a los acentos dominantes de la oración, pues si se les deja acomodarse a su gusto, tienden a la simetría empalagosa y al verso (como en mí ocurre frecuentemente).

Y es interesante advertir cuánto varía la prosa con las mutaciones esenciales de la personalidad histórica del artista: Al hombre clásico, de pasiones perennes, corresponden los largos períodos, de frases que se encadenan como la rumia interminable de un gran sentimiento; mientras que el hombre contemporáneo, en quien predominan las emociones fugitivas, se expresa en cortos períodos relampagueantes, de frase trunca a veces.

Por algo así en los clásicos se producen la epopeya y la elegía, la égloga y la oda, y en los modernos triunfaron el soneto y el madrigal, y hasta el "haikai" y el "uta" japoneses.

Es la cultura visual contemporánea, la del cinematógrafo y el libro, que se contrapone a la auditiva anterior, la del discurso y del teatro. Es la cultura dinámica moderna de la rápida aprehensión y del talento, pero un poco inestable también, "versus", la estática antigua de la perdurabilidad y la memoria.

Antigua, pero sin llegar a la barbarie y el salvajismo, porque ahí proceden otras modalidades, según lo entiende mi insuficiente preparación mental en este asunto.

En prueba de ello, no sería difícil discernir cuándo se inició esta mutación estilística en la cultura española: La vemos aparecer en el artificioso Gracián, por algo tenido como un moderno, en cuanto a España dice, y la vemos llegar aquí en Colombia a extremos desbordantes en nuestro inteligente y agitado Vargas Vila, de gran prestigio en otra época.

•

Caro se desquita, si es permitido hablar así, de aquella su aridez prosal, imprimiendo a su estilo concisión ideológica y precisión lexicológica que le hacen siempre noble, majestuoso en ocasiones, y más, aun cobra puesto de primera altitud en su obra poética, tanto de traducción como originalmente suya.

Como traductor le debe la literatura colombiana, y con ella la española en general, abundosa cosecha de aciertos, de obras magistrales a veces. No se diga de su heroico empeño juvenil, adolescente sería mejor llamarlo, de obsequiar a las letras patrias, entonces balbucientes apenas, con la obra magna de Virgilio, primero, con toda ella adelante, y con las de Horacio, Ovidio, Tibulo, Catulo, Lucrecio, Propercio etc., en lo que de mejor tienen, como si quisiera amamantar nuestra cultura a la ubre inexhausta de la vieja Loba latina: Desvelose también por hacernos accesibles preciadas joyas líricas del inglés, del francés, del catalán y el italiano, comunicándonos así con espíritus de selección, para que de ellos cobrásemos el goce estético y el buen gusto.

No me corresponde a mí ahondar técnicamente en el estudio de las producciones poéticas de Caro, pues otros hay que ya lo hicieron o que aún pueden hacerlo mejor, mas no resisto a la tentación de contemplar por un momento su Oda a la estatua de Bolivar, siquiera sea por el deleite de tenerla de nuevo ante mis ojos o de nuevo regostarme con el indefinible gozo moral que me produce.

En alguna ocasión leí, de propósito deliberado, para compararlas dentro de mi espíritu a solas, y tener así con ello una a modo de poética sinfonía, el canto a la Zona Tórrida de Andrés Bello, el de la Batalla de Junín, de José Joaquín Olmedo, el de Popayán de Guillermo Valencia, y este de Miguel Antonio Caro a la estatua de Bolívar que concibió y modeló Tenerani.

De muy diversas proporciones, que el de Olmedo es doble del de Bello, éste del de Caro, y éste, a su vez, del de Valencia, lo que nos permite advertir la poquísima importancia que la extensión tiene en estas creaciones del espíritu, ya que todos ellos son de primera calidad estética, y no meramente nacional, sino universal ecuménica, pues cada uno, tomado aparte, honraría la literatura de cualquier pueblo culto.

Y me place asociar estas obras en mi espíritu por representar ellas, en su órbita artística, las tres naciones que afortunado día constituyeron la Gran Colombia, y que aún continúan constituyéndola en ciertos órdenes de la cultura y del afecto.

Representan, además, una a modo de culminación de la inteligencia de estas naciones, porque Bello fue a la América española, en su categoría intelectual, par de Bolívar, hasta el punto de que yo no me atrevería a "mezquinarle" o regatearle el encumbrado título de genio, pues creador fue, y en varios órdenes; Olmedo es superación del ambiente literario americano de entonces, tan gigantesca, que sólo mentes de primera magnitud podrían hoy llevar a feliz término esta creación suya; Caro va más arriba aún en ilustración y amplitud de entendimiento; y en cuanto a Valencia, puede decirse que adivinó el alma de todas las culturas, orientales inclusive, y nos la devolvió en ritmos de prestancia magnífica y perenne.

Pero cuán diversas entre sí son estas joyas de nuestra literatura gran-colombiana:

Don Andrés Bello es pintor insuperable, mágico acuarelista a veces, por la suavidad de los tonos cromáticos:

> "Y el algodón despliega al aure leve
> "las rosas de oro y el vellón de nieve."
> " . . . .
> "Y para ti el banano
> "desmaya al peso de su dulce carga."

La oda de Caro revélase eminentemente escultórica, como cuando dice:

"Por la orilla del mar, los pasos lentos,
"y cruzados los brazos cual solías,
". . . . .
"la soñadora frente
"doblada al peso de misión divina."

Es reciamente arquitectónico el canto de Valencia, cual puede apreciarse desde el preludio:

"Ni muros invictos que prósperos hierros defiendan,
"y guarden leones de tranquila postura triunfal."

Y es, en fin, rapsódica la musa de Olmedo:

"Tal en los siglos de virtud y gloria,
"cuando el guerrero solo y el poeta
"eran dignos de honor y de memoria."

O bien, narrando con soberana maestría:

"Las soberbias pirámides que al cielo
"el arte humano osado levantaba
"para hablar a los siglos y naciones;
". . . . .
"ludibrio son del tiempo, que con su ala
"débil las toca, y las derriba al suelo."

Mas luégo. . . ¡cómo compiten en felices hallazgos de inspiración, y cómo se levanta su pericia a esferas de asombro y en ellas se ciernen, remando sin esfuerzo con sus alas en el alto azul!

Bello describe, con elegancia que otro alguno nunca superó, a mi juicio:

"Tú, en urnas de coral, cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
". . . . .
". . . . . ampare
"a la tierna teobroma en la ribera
"la sombra maternal de su bucare;"

Construye las estrofas como hilando copos de seda, como plegando terciopelos y armiños:

". . . . . no el risueño
"porvenir que las penas le aligera,
"cual de dorado sueño
"visión falaz, desvanecido llore:"

O acuña, conceptuoso, fórmulas morales cuya robustez compite con la plácida ondulación del ritmo:

"La libertad más dulce que el imperio,
"y más hermosa que el laurel la oliva."

Por modo semejante, Olmedo describe y narra cautivadoramente, y logra en ocasiones alturas de primera magnitud lírica, cual ocurre en aquel su par de versos insuperables:

"¿Quién es aquél que el paso lento mueve
"sobre el collado que a Junín domina?"

(que mucho recuerdan aquellos otros magistrales del Petrarca, que dicen

"solo e pensoso i pur deserti campi
"vo misurando a passi tardi e lenti") ;

Y sabe sugerir todo un panorama en tres versos, que copian la puerta del sol y su fulgor desvaneciente:

"En fugaz rayo el horizonte dora;
"en mayor disco menos luce ofrece,
"y veloz tras los Andes se oscurece."

Con ritmo aún más clásico, cobra Valencia el primer plano de la órfica altitud:

"Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,"

y asume el imperio de la dicción impecable:

"Con numeroso verbo tus triunfos el ágora enalba,"

o en fuga deleitosa de imágenes, que tuercen el trillado sendero de la misma imagen:

"A ti las tempestades rinden sus espadas de oro",

para retener la majestad en arpegio descendente:

"magníficamente tu fama dilatan, sonora,
"con voces eternas",

sin perderla en el ardua tarea de la enumeración:

"Al ara fatídica llevan, cual eterno holocausto,
"su genio tu prócer, el mútilo torso Camilo;
"tu víctima sacra, sus púdicos lirios de luz..."

envolviendo los conjuntos en un manto cósmico de gracia dolorida:

"La tarde se mustia. . . Figuras ceñidas de tul
"agrúpanse pávidas."

En la obra de Caro se percibe unidad formal y conceptual sin desfallecimientos de ritmo ni de imágenes, en climáctica altitud de cimas cordilleranas: Como la de Valencia, trae la erudición madura en breves alusiones; como la de Olmedo, aletazos de cóndor; al igual de la de Bello, es prodigioso su dominio de la exactitud lexicológica y de la ondulación métrica.

"Tu frente creadora
"que el honor de los Césares desama",

dice conceptuosamente en verso de heroica majestad, y añade graciosos adjetivos:

"No le turba la Fama,
"alada pregonera, que tu gloria
"del mundo por los ámbitos derrama".

O, suave, se inicia en trémulas asonancias, que predisponen a la emoción del canto:

"Bolívar, no fascina
"a tu escultor la musa que te adora".

para ondular luégo entre sabrosas mieles de dicción clásica y gracia eximia, como en esta estrofa, mágicamente estructurada:

ora pasara un ave,
"ya hender viese el líquido elemento
"sin dejar rastro en él, velera nave,
"murmurabas: ¿Quién sabe
"si aré en el mar y edifiqué en el viento?"

con vigor inusitado califica y describe:

"Mustia en tus labios la elocuencia duerme",

para sintetizar el elogio supremo:

"Y a tu austero callar múltiple acento
"las grandezas que fueron oscurece".

Infortunadamente, al pretender uno comparar obras de esta índole, apedazándolas así y dislocando la trama inconsútil de su inspiración, casi las destruye: Lo intento, sin embargo, para sugerir en otros la curiosidad de leerlas comparativamente y de paladear la virtud enlabiadora de su arte.

Y esos otros dirán, ellos peritos, a cuál corresponde la palma del triunfador, si triunfador puede haber en este certamen augusto que minore a los demás, y no consorcio, como yo quisiera, de espíritus fraternos en una misma jornada de gloria por la estirpe.

Y no que me atreva a calificar, estas obras de absolutamente originales en su inspiración y artístico procedimiento, puesto que cada una tuvo su chispa inicial en otras fuentes: Sino que las superaron en sí y el mismo proceso de expresión enaltecieron con zumos acendrados de elegancia, de fluidez y sabiduría. El Virgilio y el Hugo, v. g., que asoman a la mente cuando leemos esta producción de Bello, no la destiñen, antes la decoran con puntos de comparación favorables a ella. Quintanesco y pindáricc, Olmedo honra a uno y otro magisterio de su estilo, y a émulos suyos en él supera, como superó al mismo Petrarca en los dos versos geniales en que le sigue. La forma horaciana de Valencia es apenas un detalle de lujo. Y el Manzoni que a Caro alumbró la ruta de su oda, y alguna vislumbre de Olmedo, no la vencen.

Lástima sí que al insigne Bello le atacara el prurito moralizador en medio de su canto y le hiciera dar ese tono de homilía o parénesis que hoy nos resulta insoportable, hasta por el infortunio adicional de iniciarla con un desmayo métrico, en él casi inverosímil,

"Allí también deberes
"hay que llenar,

digno de un fusilamiento retórico. Lástima también que al elegantísimo Olmedo se le ocurriera zurcir las dos batallas con el insufrible sermón del Inca, yerro inexplicable en tan refinado catador de sabias literaturas; y que abusara, en fin, y no poco, de ingratas aliteraciones:

"En cien hazañas cada cual más clara."
"Da naves a los puertos; 'Pueblos a los desiertos' ".

Temo también que el canto de Valencia resulte un poco esotérico para quienes no estén muy versados en la biografía de nuestros payaneses ilustres y aun en algunos pormenores locales de su tierra natal, que requieren clave o contracifra.

Ante estas cuatro obras de la poesía gran-colombiana vacila uno en graduar el encomio: La maravillosa adecuación verbal de Bello y de Caro, y la estupenda estructura formal sintáctica que distingue su idioma; la fluidez del ritmo del caraqueño y el suave giro de su frase, que ondula al pasar de verso a verso con la blandura y levedad de los plumones, cual si fuese escrita por la mano ilustre de Fray Luis el de León, sus imágenes a la vez graciosas y sencillas e inimitablemente justas, al lado de la equilibrada grandeza de los conceptos del bogotano; la majestad con que Olmedo describe nuestros andinos montes y esa su primorosa evolución de las pirámides, a par con la hondura de sapiencia que el vate payanés luce en el conjunto de su creación, son parte, y parte apenas, a dejar al crítico imparcial perplejo. Mas ello es que la obra de Caro se articula en mejor consonancia formal e ideológica, sin una languidez, delicioso arpegio que se encumbra, y alto, muy alto, estalla sin solución de ritmo: ilación y elación que a mí de él más me cautivan y seducen, aunque en los otros aprecie el estro sagrado de una inspiración poéticamente más genuina.

Y no sólo fue Caro lírico español, pues encomio ferviente reclama asimismo su poesía en latín: Aquella su delicada traducción de la "Monja desterrada" de José Joaquín Ortiz, aquella su ágil versión del "Cinco de Mayo" de Manzoni, su "Himno al Papa" y dos volúmenes más de estas labores, nos le revelan perito en tales disciplinas, cual era de esperarse de quien hábilmente manejó la lengua del Lacio en su estudio del gran Rodrigo, el hispalense, homónimo suyo en parte, pariente quizás, y en parte su ejemplo en la evocación heroica.

•

No estuvo dotado el señor Cuervo del don de la creación poética, y los breves ensayos que de ella hizo no merecen memoria biográfica especial en este epítome. Gustó sí de recrearse con las producciones de los afortunados de esa virtud excelsa (y con la música, aun la más difícil, según puedo deducirlo de ciertas observaciones suyas que leí en sus apuntes de viaje de 1878), y solía tener siempre a la mano algunos de los más eminentes de la literatura universal, ya que podía gozar de ellos en sus propios idiomas.

Al final de su vida fue palideciendo en él este ideal fervor, como él mismo lo confiesa en frase incidental de sus últimos años, y cual ocurre a casi todos los que ya sienten que la senectud les amortigua las emociones y las pasiones del amor y aun de la simple amatividad, aun de los sentimientos colaterales suyos.

El señor Caro iniciado desde los diez años en la expresión lírica por su abuelo Tobar, y tan tempranamente fecundo en ella que a los veintidós ya publicaba su primer volumen de versos, sí permaneció fiel y hasta fidelísimo, al inefable gozamiento de estas elaciones del arte, como se puede juzgar de la fruición estética con que horas antes de morir, su canto del cisne, digamos, recitó en su lengua original "El Viático" de Giovanni Prati, que él tan afectuosamente tradujo.

¿Por qué, entonces, por qué si la efusión y el entusiasmo lírico parentalmente se vinculan con la juventud y el amor, pudo Caro conservar una y otro frescos y fecundos?

La explicación estriba y consiste en que él tomó de la poesía el género conceptual, más perdurable que el pasional erótico, y sujeto a exaltarse mas bien que a extinguirse con el decurso de los años y el acrecentamiento de la sabiduría que ellos aportan: El mismo señor Caro reconoce en alguna parte de sus escritos que la inspiración poética "es hija de la imaginación creadora y del sentimiento vivificante, producto de la juventud de hombres y pueblos", pero hace hincapié, obedeciendo a los mandatos e impulsos de su propia índole, en que "la verdadera poesía es contemplativa y profunda".

Tampoco quiso el señor Cuervo desviarse un ápice de su vocación lingüística, como bien pudo hacerlo (en 1876 declinó una representación en el Congreso) ya que en algunas de sus obras literarias incidentales muéstrase muy apto para la narración flúida, y ameno, también, en descripciones, por ende fácil le hubiera sido desembocar en trabajos de imaginación y descollar en ellos, como muchos de sus coetáneos y amigos de esa su generación del "Mosaico" y subsiguientes.

Mas no: En la cabeza metiósele desde temprana juventud su labor lexicológica y en ella quedóse como engrapada para siempre.

Lo que esta obra suya fue, no me corresponde a mí decirlo, pues el consentimiento universal y la autorizada voz de los peritos la calificaron de primera magnitud entre las de su género, y no apenas en el grupo castellano, pero en todo el concierto universal de esas disciplinas, justificando así, otra vez lo digo, el que yo le califique de varón ecuménico

El acervo de erudición que representa el "Diccionario de Construcción y Régimen" puede apreciarse diciendo que cada uno de los mil y quinientos artículos, más o menos, que dejó publicados o ya bien elaborados, es un esfuerzo que aisladamente honraría a cualquier erudito, y que más de un centenar de ellos, como sería el caso de las preposiciones "a" y "de", podrían, mediante disertación amplificadora, al estilo de las de Rodríguez Marín o de Ceja-

dor y Frauca, por ejemplo, ocupar grueso y sustancioso volumen.

Es la obra de quien, conociendo estructuralmente veinte lenguas y dialectos, leyó con pausado análisis toda la noble producción literaria castellana de diez siglos, de quien pudo antes hacer avanzar soberanamente los estudios gramaticales del latín, y a poco más pudo, asimismo, prolongar mucho y mucho enmendar (1874) los estudios gramaticales del español que glorifican la robusta mente de don Andrés Bello.

Lo que más dijese yo de él, sería redundante, y hasta necedad sería.

Al recibir Rufino José Cuervo en 1910 el doctorado "honoris causa" de la Universidad de Berlín en asocio del Emperador Guillermo II, y con el motivo excepcional de las fiestas centenarias de aquella institución ilustre, y al recibir la cordial correspondencia de admiración y de afecto de hombres que, como Pott, Dozy, Gastón París etc., dirigían en el mundo sabio de entonces las disciplinas filológicas, se revelaba la altura mental de nuestro conciudadano insigne. Y así lo confirmaban las voces autorizadas de lingüistas y literatos de uno y otro Continente, de un Menéndez Pelayo, de un Fitz Maurice Kelly, vamos al decir, "cum laude" que enorgullecería a cualquier letrado y a cualquier erudito consagraría definitivamente como valor universal de la cultura:

"Nae primum ego, mihi ignosce sponte, quamvis haesitanter et timide ignorantiam fatenti, in hunc terrarum angulum advolantem album, propterea que haud dubie vel inter populares tuos rariorem CORVUM mente quidem solummodo conspexi, sed non sine stupore aliquo, atque longe etiam majori cum gaudio meo," le decía Pott.

(Ante todo —y excusa, señor, generosamente a quien declara su ignorancia con grande perplejidad y timidez— yo vi de cierto, aunque con la mente apenas, y con sorpresa también y mucho placer mío, que a este rincón del mundo se llegaba un CUERVO blanco, y por ende raro sin duda entre tus mismos compatriotas).

La nómina de los filólogos, lingüistas y literatos de más o menos renombre que se comunicaban con él epistolarmente me redime de prolijas exposiciones en este sentido:

Acosta Cecilio.
Amunátegui Miguel Luis.
Blumentritt Fernando.
Bonilla y San Martín Alonso.
Bopp Francisco.
Butler Clarke.
Caicedo Rojas José.
Caro Miguel Antonio
Cejador y Frauca Julio.
Ceballos Pedro Fermín.
Cornu J.
De Toro y Gisbert Miguel.
De la Peña Rafael Angel.
Difenbach Lorenz.
Dihigo Juan María.
Doporto Severiano.
Dozy Reinhart.
Fitz-Maurice Kelly James.
Foerster W.
Foulché - Delbosc.
Gagini Carlos.
García Icazbalceta Joaquín.
Gómez Restrepo Antonio.
Gubernatis Angelo de
Guichot Alejandro.
Gutiérrez Juan María.
Gutiérrez Ponce Ignacio.

Hartzenbusch Juan Eugenio.
Hatzfeld A.
Ibáñez Pedro María.
Isaza Emiliano.
Lenz Rodolfo.
Menéndez Pelayo Marcelino.
Menéndez Pidal Ramón.
Merchán Rafael María.
Meyer Paúl.
Mir y Noguera Miguel
Montalvo Juan
Montt Ambrosio.
Morel-Fatio Alfredo.
Ortiz de Zárate Baltazar.
Ortuzar Camilo.
Pacheco Zegarra Sabino.
Palacio Muñoz Obdulio.
Palma Ricardo.
París Gastón.
Paz-Soldán y Unanue.
Pardo Bazán Emilia.
Pichardo Esteban.
Pi y Margall Francisco.
Pinart Alfredo L.
Piñeyro Enrique.
Pombo Rafael.
Pott Augusto Federico.
Ribbeck Otto.
Roa Jorge.
Rodríguez Marín Francisco.
Sbarbi José María.
Silva José Asunción.
Soto y Calvo Francisco.
Suárez Marco Fidel.
Schuchardt Hugo.
Tamayo y Baus Manuel.
Tannenberg Boris de
Toro y Gómez Miguel.
Torres Caicedo José María.
Triana José Jerónimo.
Uricoechea Exequiel.
Valera Juan.
Zerolo Elías.

Por donde se ve que fue justa la opinión de Menéndez Pelayo, en su día máximo pontífice de las letras españolas, cuando dijo que Cuervo era el mayor lingüista de nuestro idioma en todo el siglo XIX, lo que proyectado comparativamente hacia atrás, algo más aún presupone ante la historia... y por donde

se revela, asimismo, la justicia con que las Conferencias Panamericanas de México (1902) y de Cuba (1928) prohijaron su obra como orgullo de todo el Continente.

Tal así, cuando, "pari passum", con menos aplicación especial, pero más numerosos campos de estudio, Miguel Antonio Caro se comunica con los rectores espirituales de su generación, un León XIII, e. g., y de ellos recibe el óleo de las consagraciones, es porque Colombia ha adquirido con él otro valor cultural ecuménico.

Y más diré, abundando justicieramente en este elogio de Caro y Cuervo, que muy mayores fueron sus méritos si los medimos, no por la altura de la etapa final, sino por la hondonada de donde surgieron a dicha eminencia, pues no es lo mismo alcanzar cumbres de cultura cuando en cumbres de ella se nace y vive: No el mismo esfuerzo, no igual inteligencia, se requieren para sobresalir partiendo del ambiente universitario de Oxford, de París, de Berlín, Upsala o Roma, que de la incipiente Bogotá de 1860, sin bibliotecas apropiadas a ello ni preceptores hábiles.

Ese el milagro.

Ese el milagro, porque es ley que toda especie cultural recorra, como los seres vivos, un desarrollo ontogenético similar al filogénico suyo: Cuando un pueblo joven inicia la creación de su novela o de su teatro, por ejemplo, no importa si tiene ya críticos de cierta madurez erudita para discernir, juzgando otras culturas asimiladas en préstamo, por decirlo

así, lo acertadamente artístico de lo desmañado e ingenuo, y aun torpe, de una creación primeriza, no importa, repito, para que esa inicial producción de sus coterráneos resulte ineludiblemente desmañada e ingenua, y aun torpe, pueril en todo caso, así sea el mismo hábil crítico que otras pudo calificar, el que la produce.

Sólo larga disciplina cultural, o el genio en uno, como prodigioso salto de las etapas intermedias, puede colocarnos en la adecuada madurez del espíritu: Fue lo ocurrido con Dante en Italia, con Shakespeare en Inglaterra, con Cervantes en España, con Goethe en Alemania, con Dostoiewski en Rusia, para solo nombrar lo más impresionante y más visible.

Esto es evidentísimo respecto del cinematógrafo, cuyo desarrollo hemos podido seguir en el breve espacio de una generación, y ver cómo hace treinta años que Hollywood nos está repitiendo el dulce apólogo infantil de la Cenicienta o "mimetizando" las obras maduras de otras artes, historia, novela, drama, por ejemplo. Más aún, cuando este mismo cinematógrafo empieza a surgir en alguna nación, aunque sea con actores peritos en la contemplación de escenarios largamente disciplinados, crea insoportable serie de ensayitos niñeriles, más o menos como ocurre en el teatro también y en la pintura, la música y otras artes.

Y aunque parezca exótico en este somerísimo ensayo de biografía, anotaré otro hecho de la creación literaria, consistente en que la prolija preparación cultural que ella requiere y la enorme masa de

producción en que se va informando, conducen a la gestación y alumbramiento de una sola obra fundamentalmente representativa. Homero, Ferdusi, y Valmiki resumen toda una jornada milenaria de sus gentes. Virgilio y Dante, también. El Quijote engloba, eliminándolo, un ciclo, ya que es el fin del mundo fantasmagórico medioeval e iniciación del angustiado realismo moderno, como el Gil Blas de Santillana absorbe lo poco útil que la picaresca española de artísticamente explotable tenía (la picaresca masculina, digamos, pues la femenil aparece en la Celestina, novela dialogada de Fernando de Rojas, y la animal, si fuera permitido hacer tal clasificación, triunfa, y ya lo dije, "El Moro" de nuestro don José Manuel Marroquín, tan correcta y sabrosa como aquéllas).

Más aún: Si cerramos los ojos al maremagno de menudas producciones y enfocamos el conjunto en una a modo de visión perspectiva, vemos que toda cultura nacional es el esfuerzo, milenario a veces, por engendrar una obra representativa del espíritu humano a través de su índole, y como pudiera también decirse que la ardua trayectoria ideal de ese espíritu sólo encarna el recóndito y sustancial anhelo de expresar y reproducir en arte su existencia, cual expresa y reproduce en el amor su esencia indefinible.

Y luégo, ¡qué obra! Habituados a tener abundante y gratuitamente con nosotros este maravilloso instrumento del habla, nunca paramos mientes en su inconmensurable valor en todos los órdenes de la vida de relación y de la existencia en sí. Instrumento

de sublimación y de defensa a la vez, que ni las ciencias, ni las artes, ni la religión y la moral, ni la economía y el Estado, nada cuanto ahora somos en el mundo, hubiese sido posible sin él sobre la tierra de los hombres. Tal vez la especie no existiera ya, o existiera representada en unos cuantos grupos de trogloditas que emigrasen de vez en cuando al azar de las mutaciones del clima, lerdos e hirsutos, sin más dios en el alma que el apetito fisiológico, ni más poesía que un penumbroso alelamiento ante el sol y los callados mundos siderales.

Y pensar que tánta grandeza efectiva y tánto orgullo legítimo del hombre, y tánta vanidad suya también, y alocada presunción de eternidades, dependen de esta leve capa atmosférica, de este poco de aire movedizo y elástico de unos cuantos kilómetros de altura apenas, que por milagroso azar envuelve nuestro globo terráqueo y nos permite poseer el sonido y la voz. Cuando oigo a las gentes decir de la música eterna y de la eterna poesía y de tántas cosas más que denominamos eternas, y pienso en que esa tenue envoltura de gases efímeros, que por raro accidente se quedaron prendidos a él, a ese nuestro globo terráqueo, es la única base de aquella "eternidad", mis labios sonríen un poco y luégo, preocupados, se mustian.

Pero. . . cuando miro el proceso histórico de la humanidad y el concierto de maravillas de que el hombre contemporáneo disfruta, y pienso que todo ello es obra del lenguaje articulado y de su ordenación y "estructuración" en lenguas cultas, no sé cómo alabar y bendecir ese episodio supremo de los humanos, ni de qué justo modo encomiar y aplaudir a quienes lo enaltecen, lo enriquecen y hacen cada vez más dúctil.

Varones de humanidad, varones ecuménicos, les llamaría yo gozosamente.

•

Mis pocas luces en estos asuntos filológicos no me alcanzan para establecer comparativamente el mérito íntimo de la obra cultural de estos dos hombres en tal sentido, ni el grado de genuina potencia que cada uno de ellos haya tenido para realizarla eficazmente. A lo que me parece, Caro estuvo mejor dotado para la tarea filológica, y Cuervo para la lingüística, sino que el primero desviose muy pronto de la ruta, por darse a otros menesteres, así desheredándonos de quién sabe qué sazonados y sabrosos frutos, así malgastando tal vez la más preciada virtud de su inteligencia; en tanto que Cuervo, llegado a la plenitud de la madurez cultural en tales disciplinas, quizá por sus prematuras dolencias, la melancolía de su aislamiento cenobítico y leves desengaños, que su temperamento susceptible y nimia honradez exageraban catastróficamente, disminuyeron un poco la cosecha. Uno y otro, también, se hallaron limitados en la amplitud de sus investigaciones por la ideología especial de su cultura filosófica, como intentaré definirlo a continuación.

De aquí se desprende que los conocimientos lingüísticos del señor Cuervo superaran con mucho

a los del señor Caro, como puede apreciarse de la constante evolución de sus estudios, que partidos de la especulación gramatical y corrección del lenguaje fueron dilatándose hacia temas más modernos, fonología, semasiología, evolución comparativa del idioma, riquezas de su índole, reconditeces de su historia, rarezas, sutilezas y caprichos de su aptitud expresiva. . . por tal modo que del conjunto de su obra podría entresacarse hoy la biografía de la lengua castellana en sus grandes lineamientos y en muchos de sus más delicados matices.

No ocurrió esto sin contrachoques doctrinarios, como que viósele día a día partirse de la severidad gramatical hacia la ductilidad semántica, de la estructura de los preceptistas al desenfado del uso, de la uniformidad teórica al polimorfismo biológico de las funciones idiomáticas. El, que en achaques lexicográficos todo lo sabía ya al final de su vida, en 1908, después de indicar a un amigo suyo la correcta interpretación de ciertas voces, añade: "Pero, si el uso general las emplea como usted dice, déjelas así."

Ese contragolpe de sus ideas filosóficas y de sus sentimientos religiosos fue, a juicio mío, muy sensible en el orden de las investigaciones lingüísticas de ambos: A lo que parece, eludieron ciertos estudios que pudieran chocar con sus creencias, tal así, los que se relacionan con el origen del lenguaje, con las relaciones sociales suyas y la sutil interdependencia con la ideación en general y la mente en sí, que pues de instrumento suyo pasa a ser estimulante y aun potestad genitora.

El conflicto de esas situaciones espirituales era demasiado evidente para que escapase al criterio disciplinado de tan veteranas inteligencias. El lenguaje en general, el lenguaje genéricamente contemplado, surge de la asociación, se manifiesta en los animales con signos diferentes para la comunicación de sus emociones, de sus prevenciones y avisos, y tal vez tal vez de más sutiles procesos de planeamiento intencional, que nos es dado presuponer en algunos de sus actos improvisados y repentinas mudanzas de conducta. Adquiere en el hombre, mediante la posesión suya de órganos de fonación particularmente útiles, la capacidad de articular en varia forma sus emociones, añadiéndole copiosa riqueza de entonación, transformando las interjecciones de la emotividad en fonemas de expresión más individualizada. A esta modulación de los sonidos, primer elemento de expresión instintiva, se une el gesto, que ora esquemáticamente dibuja, por decirlo así, los objetos, iniciando los nombres, sustantivos y adjetivos, o las acciones y posiciones, que prefiguran el verbo, con el auxilio del juego y del canto, disciplinas de facultad y de función.

Para el lenguaje escrito, el hombre dispuso de la mano, tesoro suyo imponderablemente civilizador.

La presencia en el cerebro humano de centros especializados para la lectura y la escritura, adquiridos en el breve curso de algunos milenios, pues no es discreto presuponer que existiesen antes como órganos sin función, y el hecho de que haya en el mundo familias de lenguas de tan diversa estructura que

las hace irreductibles al común denominador de un mismo origen, poco se compadece con la hipótesis religiosa de que el lenguaje hubiera sido dado a una pareja única progenitora de toda la humanidad; ni la pobreza de las lenguas primitivas en elementos abstractos y en sutileza de matices conecptuales se amolda a la opinión de que hubiesen emanado de una inicial dispensada por Dios con cierto caudal de sabiduría infusa.

Veamos como discurren ellos ante este problema.

Cuervo dice acerca de la lengua original de los hombres: "...nombres estos que traen a la imaginación aquellos tan significativos y naturalmente de tan sencilla formación que en los tiempos primitivos impuso el hombre, cuando, como nos le representan las Sagradas Letras, llamó a cada animal con su nombre propio: intuición y nomenclatura maravillosas, sólo comprensibles cuando alma y lenguaje, digámoslo así, eran vigorizados con el trato del Criador, o cuando providencialmente hubieron de volver a su original lozanía para constituir nuevos idiomas y nuevos pueblos."

Caro expone: "¿Qué razón tuvieron los hombres de antaño cuando pusieron nombre a una cosa, para fijarse en tal propiedad, y no en tal otra? ¿En qué grado fueron razonables, o hasta dónde arbitrarias las categorías en que desde un principio se clasificaron los seres visibles? ¿Y qué causa hubo, en lo fonético, para aplicar tal sonido simple o articulado, a expresar determinada idea y no otra cualquiera?

¿Hasta qué punto fue conveniente y atinada la elección que se hizo de conceptos primordiales, y la distribución de los sonidos vocales destinados a expresarlos? No lo sabemos: las razones que presidieron a la formación primitiva del lenguaje se ocultan en edades donde reina el silencio, y sólo Dios, autor de toda creación, posee la llave de este altísimo misterio." Luégo se acoge al fragilísimo refugio de los escondites, citando, en nota de Max Müller, que "La Sociedad de lingüística fundada recientemente en París, y que cuenta entre sus miembros a los más notables eruditos franceses, declara en sus estatutos que no admitirá comunicación alguna relativa al origen del lenguaje."

"Esquizologismo" éste, y tabicamiento mental, que se explica como conflicto insoluble entre sentimientos y conocimientos, y que debemos respetar en su justo precio: Cuervo asevera en otra parte de sus disertaciones eruditas: "Por fortuna el método baconiano, que soltó las ataduras que ataban a todas las ciencias, ha ofrecido también su auxilio a aquélla (la Gramática), y abierto, mediante una cuidadosa observación, las zanjas en que debe cimentarse su edificio." Y Caro, de su parte, indica: "La ciencia aunque no había adelantado en los siglos medios, atada por la escolástica, es decir, circunscrita por métodos insuficientes, empezó a adquirir cierto incremento, cuando renaciendo artificial pero vigorosamente las artes de lo bello, acabaron de romper con las ataduras del entendimiento."

Esto de una lengua original infusa y noblemente conceptiva nos coloca en muy serias dificultades técnicas e históricas: Algunos, como A. Scheicher, conceptúan que en el pasado fueron las lenguas más castizas; otros, con O. Jespersen, aguardan esta pureza en el futuro; Vendryes, siguiendo las opiniones antropológicas de Levy Bruhl y el concepto de muy hábiles investigadores contemporáneos, nos dice que las tales lenguas son el espejo de la respectiva mentalidad de las culturas, y, por ende, perfectas en cada momento suyo. Ultimamente se han interpretado como restos de civilizaciones extintas antes de la historia algunos hallazgos arqueológicos de la India y del Asia Central, y aun de la Meseta Boliviana en América, y puesto a cavilar a los científicos en la posibilidad de avanzados surgimientos de cultura en edades remotas, sobre la base, esta sí muy técnicamente firme, de las grandes revoluciones climáticas del planeta, con que se han producido desalojamientos en masa de las antiquísimas agrupaciones humanas. También existen investigadores que, como el Padre W. Schmidt, creen haber descubierto signos inequívocos del común parentesco de la especie "Homo sapiens", fundándose en la persistencia de nociones religiosas monoteístas, de instituciones sociales y fenómenos lingüísticos aun en tribus tan aisladas y primitivas como las de la Australia del sureste. Y hasta entre nosotros alguien hubo, e inteligente sin duda, que trabajó muchos años en la probanza de la unidad del lenguaje articulado del hombre.

¡Yo no sé!: a mí me saben estas cosas a meros volatines y deliciosas acrobacias de la erudición y el entendimiento, inclusive, del otro lado, esas clasificaciones de la inteligencia "prelógica" de los aborígenes, tan socorridas hogaño para resolver los procesos mentales de causalidad de los pueblos primitivos, causalidad por antelación y concomitancia, por simbolismo y analogía, por cautela o presentimiento, por embuste y artificio, que se encuentran en los "civilizados", y que en los salvajes, hasta donde yo he podido estudiar el dicho caso en la pura realidad, obedecen a "situaciones" mentales más que a "cualidades" mentales propiamente, y que no excluyen en ellos —y vaya si es contrargumento valioso— el rumbo normal de nuestra lógica.

Los estudios técnicos del lenguaje humano son relativamente contemporáneos: Puede decirse que arrancan de la obra germinal de Guillermo de Humboldt, que alumbra todo el derrotero filológico posterior, y de las fecundísimas también, en el orden gramatical, de Rasmus Rask, Franz Bopp y Jacob Grimm, porque las inquisiciones anteriores a estas, del Presidente de Brosses, de J. J. Rousseau, de Herder etc. son atisbos apenas y tanteos, meritísimos sin duda, en cuanto abrieron la puerta a la inquietud y a las vocaciones correspondientes. Leyendo uno ahora trabajos de A. Meillet, de Max Wertheimer, de Kohler y Kueger, de Franz Boas y de K. Vossler, se deslumbra ante el esfuerzo prodigioso que se ha hecho en medio siglo de lucubraciones y pesquisas, de pacientes confrontaciones y experimentaciones sutiles,

y reconoce hasta dónde fue sabia y útil, hasta dónde hábil, la tarea magistral de Wilhelm Wundt, que con su libro "Die Sprache" (El Lenguaje), orientó a todos estos modernos investigadores.

De esos estudios se deduce, como atrás dije ya someramente, que el lenguaje del hombre es un sistema de signos articulados en cuya elaboración, expresión, percepción e interpretación entran la mente y los órganos vocales, auditivos y mímicos en general; que las lenguas evolucionan con las sociedades y el progreso de su civilización, con el mayor espacio de su difusión y sus mayores vinculaciones étnicas, con la índole, en fin, de la mentalidad peculiar de los pueblos respectivos, que por algo, y algo muy digno de tenerse en cuenta, los griegos aplicaron su "logos" a la palabra y a la razón a la vez.

Esas lenguas primitivas son, y siempre fueron, "objetivas" de suyo, como la mentalidad de los grupos humanos de quienes surgen y a quienes sirven de formidable instrumento de asociación y de comunicación, y son tan "detallistas" o circunstanciales como nos lo indican sus verbos, dual, trial etc., causal, procidemental, intencional, y qué sé yo cuántas modalidades inútiles hoy a nuestra mente ordenada a la abstracción y a la síntesis.

Si admitimos que las lenguas se originaron de aquellas disposiciones orgánicas naturales del hombre, ejercitadas en el comercio social de sus agrupamientos, donde la exclamación espontánea, reflejo vocal o gutural apenas, fue cobrando modalidades para la expresión de los afectos (emociones y pasio-

nes), después de ser meramente interjectiva; la entonación de los sonidos, modulando variantes más y más sutiles para la significación de las intenciones; la figuración imitativa de la voz y de las manos, acompañando a fonemas que así, poco a poco, simbolizaron las cualidades que se querían hacer entender representativamente; el gesto, en fin, "mimetizando" o dramatizando la acción, en compañía de tales o cuales sonidos, fue dando a éstos significado verbal... no hacemos otra cosa ni otra presuponemos, que la que ocurre en los animales, en los salvajes y en los niños cuando intentan expresar algo para lo cual no disponen de elementos idiomáticos suficientes, o cuando carecen del todo de ellos, como es el caso de los sordomudos y afásicos, y como a todos nos acontece en la conversación común, que regresa fácilmente a la mímica en cuanto las emociones la apuran o las dificultades lexicológicas la estorban y retardan.

A mi modo de ver, estas disquisiciones asustaban un poco, si no un mucho, a Caro y Cuervo, y por ello se apartaron de ahondar públicamente su estupendo alcance gnosiológico. Ignoro si en la intimidad, allá para sus adentros, como solemos decir familiarmente, transitaran por esta ruta y trasegaran algún tanto estos temas: en público comenzaron por el segundo día de la fiesta y diéronse a la fonología, la morfología, la semasiología y la sintaxis, y luégo a los procesos de transformación de estos elementos conforme al uso ilustrado o popular, a las imposiciones culturales de las regiones y los tiempos, con

aportaciones de esclarecimiento lexicológico y gramatical tan suculentas que fueron el asombro de sus contemporáneos y siguen siendo la doctrina de las nuevas generaciones.

Porque, es de mirarse despacito este benéfico influjo de Caro y Cuervo en la formación de la cultura colombiana, y ver cómo dejaron abundante cosecha de discípulos, sobre todo en los dominios de la gramática preceptiva, que no es sino pensar en ello para medir su largo desfile. En lexicografía no son muchos, es verdad, mas sí quisiera atrapar esta oportuna ocasión para hacer el encomio de Emiliano Isaza, no sé porqué tan pasado por alto de nuestros eruditos en sus frecuentes oraciones panegíricas, cuando su labor, sobre todo el "Diccionario de Conjugación Castellana", nos ha prestado más servicios a los legos en estos achaques que todas las empingorotadas disertaciones de muchos otros.

En fonología ha sido escasa nuestra contribución cultural, pues no recuerdo ahora otra que los estudios respectivos de Cuervo, los anteriores de Ezequiel Uricoechea y los posteriores de Tomás O. Eastman, ensayos, apenas, estos últimos, que más demostraron las grandes aptitudes de sus expositores que aportaron cosa nueva.

La semántica sólo ha sido tratada después de Cuervo en su función tangente a otras pesquisas del idioma, si no es el caso de la ordenada exposición del R. Padre Félix Restrepo, que tan útil se ha mostrado para la iniciación en estos senderos de la cultura.

Cuanto al estudio de las lenguas propiamente, tenemos algunos eruditos, y la prodigiosa, natural y técnica aptitud de Manuel José Casas Manrique.

Y aquí asoma la oportunidad de definir otro negocio mayúsculo en esto de la hijuela cultural de Caro y Cuervo, el de los nuevos rumbos que han tomado las investigaciones lingüísticas y filológicas a que ellos consagraron las fundamentales potencias de su entendimiento.

En alguna ocasión mis conciudadanos se fastidiaron un poco conmigo porque dije que don Marco Fidel Suárez no había sido filólogo en la justa acepción de esta palabra, y después de reconsiderar pausadamente aquel mi juicio audaz, pienso que ellos tienen razón, sin que a mí me falte: La escuela inglesa entiende por filología "el estudio de la estructura y del proceso evolutivo de las lenguas", y en tal concepto, Caro, Cuervo y Suárez fueron filológos. Empero, yo adhiero a otra definición de dicha ciencia, y la concibo como "ciencia que tiene por objeto el conocimiento del carácter espiritual de un pueblo o de un grupo de pueblos, tal como aquél se refleja en la lengua y en la literatura antigua o moderna", es decir, que viene a ser la adecuada interpretación de las obras que ha creado el espíritu, mediante el instrumento interpretativo de la lengua en que éste se ha manifestado. La lingüística o glotología, estudia técnicamente, ésta sí, las lenguas en cuanto sus propias estructuras y sus relaciones. Porque, si no, ¿qué dejamos a la gramática filosófica, qué a la histórica, qué a la comparativa, o la semántica, etc.?

Cuando Augusto Guillermo de Schlegel interpreta las culturas indostánicas, cuando Renán define las semíticas, cuando Maspero descifra las del viejo Egipto, cuando Gibbon y Ferrero estudian la romana, hacen obra de filólogos, como la hizo Nietzsche respecto de la tragedia antigua y del espíritu donisíaco, como la realizaron Max Müller, Augusto Scheicher y Adolfo Pictet, entre otros, acerca de los aryas primitivos... A Caro, Cuervo y Suárez no inquietaron nunca las investigaciones de esta índole, y por eso los coloco en otro apartamiento de la cultura, en el de la lingüística propiamente.

Es justo reconocer, sin embargo, que el señor Caro desentrañó de la obra de Virgilio reconditeces de significación que lo acreditan de muy sagaz en estas lucubraciones, y que lo sitúan de zapador (o pionner, como hoy anglicanamente dicen) de las similares que, en este asunto, años después realzaron Gastón Boissier y Guillermo Ferrero en Europa.

Ahora se me entenderá que piense que él sí estuvo en capacidad de realizar amplia labor filológica, por la vastedad de sus conocimientos y la aptitud de su mente, con sólo que hubiese dedicado a ello los últimos diez años de sus labores, al dejar la vida pública, y con sólo que hubiera ampliado algo más su criterio filosófico: ¿Quién, como él, entre nosotros, para escribirnos una obra sobre la cultura de los romanos, de los españoles, o de las nacientes repúblicas de Hispano-América? Mundos fueron éstos que él conoció en sus más íntimas raíces, y bien pudo ser el Mommsen, o el Taine, o el

Burke de alguno de estos grandes capítulos de la historia universal, y no el aplicarse, un sí es no es ociosamente, a escribir un volumen latino sobre Rodrigo Caro, o un centenar de poesías latinas, cosas ambas, exóticas en nuestro hogar nativo, rarezas, o exquisiteces, si me apuran, para medio millar de eruditos, si mucho... ¡No!: Fue un carboniento pecado de derroche mental, que no podemos cargarle punitivamente a su biografía, por cuanto cada uno es dueño y señor de sus propios haberes espirituales, del libre arbitrio de sus dotes y sus dones, pero, ¡qué diablura fue esta para el lustre universal de nuestra cultura patria!

Ciñóse Cuervo más estrictamente a las disciplinas de su vocación, y en cuanto le alcanzó la vida, en ellas ahondó con resultado estupendo, siquiera, como ya dije, eludiera las cautivadoras inquisiciones acerca del origen del lenguaje, de sus relaciones con el desarrollo y funcionamiento de la mente, de sus nexos indisolubles con el hacimiento y desenvolvimiento de las sociedades, con la representación del carácter de las naciones, con la información o incorporación de la índole de las épocas, con la distinción de las razas, de los sexos, las edades y los climas, que todo ello es posible, todo útil, y generosamente dispensador de otros muchos bienes.

Fue virtud peculiar de Cuervo el perseguir tenazmente la perfección de sus obras y querer agotar en cada una de ellas todos los recursos asequibles, por donde ocurrióle el dominar varias lenguas y espigar en varias literaturas, y no meramente ramo-

neando por los copos o más floridas sumidades, antes rumiándolas parsimoniosamente y extrayéndoles el mayor jugo posible, en cuanto a estética, sobre todo, que en cuanto a ideología, su criterio, a lo que parece, permaneció inexpugnable. De ahí, pues, que nos dejara tal acervo de información, que aún no hemos digerido técnicamente, ni aprovechado, si no es a medias, en su volumen, y esto mismo mediocremente. Empero, él mismo comprendió que el mundo abría ventanas a nuevos rumbos, y se advierte que echó menos el transitar por ellos y en ellos cosechar deleitosas enseñanzas: La vieja ruta que siguió en sus mocedades ya no le satisface, y así dice al final de su vida, al tratar de los estudios fonéticos: "La doctrina añeja y deficientísima de la gramática tradicional", cual si quisiera amonestarnos oportunamente en el sentido de no poner tanto énfasis en estas disciplinas y sí prevenirnos el ánimo con la inquietud de otras investigaciones más útiles.

¿Y cuáles pudieran ser estas nuevas investigaciones? Muchas en verdad, y algunas muy difíciles, todas, sin embargo, grandemente provechosas a nuestra cultura nacional, por lo que me permito indicarlas en rápido resumen, suponiendo, como supongo, que quien se aventurare a leer este ensayo es porque tales materias mucho le importan y cautivan, a quien no, pues páselas por alto y reanude más adelante su lectura:

Casi siempre ocurre que las lenguas que aprendemos en los libros, aunque alleguemos copioso caudal de voces y de normas gramaticales, no nos es posible hablarlas luégo, y que los que adquieren de oídas unos pocos centenares de frases hechas, sí las manejan, sin conocerlas tanto. Es porque esas tales lenguas se componen propiamente de locuciones más o menos estereotipadas, fonemas de cierta entonación, unidades de suyo insolubles, que por análisis en algún modo convencional dividimos en palabras, en sílabas y letras, y así, cuando intentamos hablar lenguas que hemos interpretado por lectura, las convertimos en artefactos, en estructuras mecánicas, en muñecos rígidos que hacen sonreír a quienes las poseen con su natural organización viviente. De ahí que a aquellas antiguas divisiones de la gramática en analogía, ortografía, sintaxis y prosodia se hayan añadido nuevos rumbos de investigación y nuevas clasificaciones. Por ejemplo, este fluir de las lenguas, que tiene menos de estroma o esqueleto inflexible que de corriente viva, ha dado ocasión a la teoría de la forma, "Gestalttheorie", que se muestra fecunda en muchos de sus actuales cultivadores. Asimismo, al descomponer las palabras en fonemas y semantemas, y no meramente en desinencias y raíces, hemos ampliado en gran modo y feliz manera el entendimiento de los idiomas y la entraña o intimidad de su espíritu: Los semantemas corresponden a lo que llamábamos "radicales", pero abarcan sentido mayor, y los morfemas comprenden muchísimo más que los fonemas desinenciales de nuestra gramática antigua.

Al decir "hombre bueno" y "buen hombre", "hombre grande" y "grande hombre", podemos apreciar el morfema de posición, que es interesantí-

simo en el juego vivo de las lenguas, y constituye campo prodigioso de sutiles significados idiomáticos, y en algunas especies, como las aglutinantes, es de importancia fundamental, y en otras, como la nuéstra, suministra matices de exquisita finura semántica, de deliciosas combinaciones estéticas, en fin.

En esto el castellano es portentosamente flexible: Cuando, pongamos por caso, se dice "esa mujer" y "la mujer esa", "él quisiera eso" y "éso quisiera él", la posición de las palabras expresa sentimientos y conceptos que están a distancias siderales unos de otros.

Esta es la casa buena,
Es esta la casa buena,
La casa buena es esta,
La buena es esta casa,
Esta es la buena casa,
Esta casa es la buena,
Buena es la casa esta,
La casa buena esta es,
Es buena la casa esta,
Es esta la buena casa,
etc.

son expresiones que a un extranjero parecerían modos estilísticos de un mismo significado, y que a nosotros que tenemos el español por lengua madre, nos sugieren matices de apreciación semasiológica inconfundibles en su delicada estructura, y que vienen a constituir morfemas de posición en este nuestro idioma envidiablemente dúctil.

Y son estos morfemas de posición los que sirven para encuadrar fonéticamente muchos diversos estados del alma, la interrogación y la duda, la admiración y la sorpresa, la admonición y el mandato, y qué sé yo más, y los que uniéndose a los morfemas de tono y acento elevan a cifra casi inverosímil la variedad de la significación de una frase cualquiera, pues, así la anotada antes en su más sencilla composición, "esta es la casa buena", modulándola a impulsos del ánimo, puede resultar meramente afirmativa, o dubitativa, o despectiva, enfática o dejativa, sorpresiva o elusiva, dolorida o regocijada, condescendiente o irónica; indicar perplejidad o persuación, confirmación o desconcierto, satisfacción o contrariedad. . . todos, en fin, los afectos de un instante dado, y así se ve que dichos morfemas de posición y tonalidad son una de las fuentes más puras y sutiles del buen estilo literario, de la oratoria y la poesía sobre todo, y se entiende, por otra parte, la dificultad de circunscribirlos a los cánones de la gramática preceptiva de nuestros abuelos.

Tomemos otro rumbo analítico, y contemplemos el caso de los morfemas desinenciales, de riqueza tal en español, que después de anotar un buen centenar de ellos para sólo el sustantivo, aun tropiezo en ocasiones con gratísimas sorpresas idiomáticas pertinentes a ellos.

Si remiramos nuestros clásicos españoles vemos buena copia de desinencias fuera de uso hoy día, o en vía de estarlo, muy graciosas a las veces, muy expresivas a menudo, cuya caducidad nos sorprende y

reclama de nosotros alguna explicación. Muestra de ellas son las siguientes, que transcribo a título de amenidad en estas páginas:

Aborrencia (aborrecimiento)
Abondo (abundancia)
Absurdidad.
Accesión (acceder)
Acidia (negligencia)
Advertimiento
Aguaducho (acueducto)
Aluciedad (lucimiento)
Amiganza.
Amparanza.
Ambicia (ambición)
Animalia (alimaña)
Aquejamiento.
Ardideza (astucia)
Asnería.
Asolación.
Barata (desbarate, disparate)
Bramura (bramido)
Cabelladura (cabellera)
Cavadura.
Cazurria (de cazurro)
Certinidad (certeza)
Claror.
Comedimiento (cortesía)
Cómodo (comodidad)
Contemplanza.
Contristamiento.
Crecencia.
Defensión.
Descura (descuido)
Desdeñamientos.
Desnudedad.
Desputación (disputa)
Dudanza.
Enemistanza.
Enfamamiento (infamación)
Egualadura e igualenza (igualdad)
Enmiente (mención)
Entono (tono)
Erranza (descarrío)
Escaseza.
Escureza.
Escantijo (encantamiento)
Estanza (estancia)
Ensalzamiento.
Estrecheza.
Folía (locura y broma)
Fornicio (fornicación)
Fraylía.
Friura (frialdad)
Garzonía (adolescencia)

Glotonía (glotonería)
Graveza.
Grita (gritería)
Guarnimiento.
Hacimiento.
Hartura.
Honestad (honestidad)
Horrura (horror)
Ignavia (negligencia)
Igualeza.
Juntamiento.
Langor.
Mancebez (adolescencia)
Mantenencia.
Modorría (Modorra)
Nacencia.
Negror (como grandor y gordor, bastante feos)
Noveza (novedad)
Obscuración (obscuridad)
Ofensión
Ordenamiento.
Orgullya (orgullo)
Paranza (paradero)
Paridura (parto)
Pegujo (pegujal)
Patrocinio (protección)
Permisión.
Pienso (pensamiento)
Pedimento.
Placentería (regocijo)
Pleiteamiento.
Pobredad.
Presura (apretamiento)
Promisión.
Prosupuesto (propósito)
Quejo, quejura (queja)
Querencia.
Raposía (picardía)
Rebatamiento (arrebato)
Reciura.
Rencura (rencor)
Redondeza.
Replicación.
Reportación (reporte)
Responsión.
Sabencia, sabiencia.
Salutación.
Sofrajo (sufragio)
Somovimiento.
Sueno (sonido)
Sumidad (copos)
Tardamiento.
Torpedad.
Tragonía (glotonería)
Trasfago (tráfago)
Tribulanza.
Tristencia, tristenza.
Turbanza.

Ufanidad (ufanía)	Visperada (víspera)
Vegada (vez)	Zafiedad.
Vendimiento.	Zanqueamiento.
Vergoña (vergüenza)	Zurcidura.
Vejedad.	etc.
Vergüeña.	

Cada una de estas desinencias ha sido reemplazada con otra u otras por motivos estrictamente razonables, que sería fácil elucidar en muchos casos, y supongo que ya los lingüistas lo habrán hecho. Y ello tiene grande importancia, comoquiera que muchas de esas canales desinenciales se cierran de pronto para determinado semantema, y perduran en otros, y puesto que cada una de ellas sustenta matices lexicológicos de ineludible utilidad en el idioma y aun de necesidad imprescindible, es preciso conocer su legitimidad o su adecuado sustituto.

A los principios del idioma, allá por la novena y décima centuria, predominaron los morfemas desinenciales en "mento" y "miento", de tan próxima derivación latina, y de formidable riqueza de expresión, por retener mucho de la acción del verbo correspondiente con sentido de actualidad, de agencia perdurable, de potencia que va realizándose en acto, sin agotarse aún, a la manera del participio de presente, pero con algo de "fieri", de un "hacerse", de un "hacimiento", de un "funcionamiento", diferentes de lo "hecho", de la "acción", de la "factura" o "hechura", de la "función" cumplida ya. De estos morfemas muchos han desaparecido, con grave deterioro de la elegancia del estilo y de la precisión o adecuación de los conceptos.

Durante la neo-invasión del latín en el Renacimiento entraron muchísimos en "ción", que entonces parecían pedantes a la gente, como "erudición", que ahora cualquiera usa y entiende. Este morfema, en eterno litigio con el precedente, es eficacísimo para expresar la acción del verbo en abstracto, y por tal virtud retiene extraordinaria vigencia y cauce abierto, como su hermano en "edad" e "idad", que se aplica a los adjetivos con función semejante, aunque todavía más copiosa, y hasta enfadosa a veces.

La terminación infinitiva de los verbos fue otro de los morfemas del sustantivo castellano que tuvo auge sorprendente durante el siglo de oro de la lengua, y que hoy va cediendo sitio a nuevos posverbales, más acordes con la psique y la cultura del hombre contemporáneo.

Es a modo de la lucha vegetativa de las plantas, que unas a otras se combaten por el suelo, el aire y la luz, por la perduración de su especie: Entre las desinencias en "dad" y las en "ez" hubo larga lid en otros tiempos, "desnudedad", "vejedad" y "desnudez", "vejez", lo indican suficientemente. Luégo las en "ez" riñeron batalla con las en "eza", según lo dicen "estrechez", "estrecheza", "escasez", "escaseza" y buena porción más, que todos recordamos, y en que la pugna aún subsiste.

Los en "encia" van de capa caída, que sólo he visto por ahí acuñar uno que otro, de la suerte del bellísimo "vivencia", pero no pueden quejarse, por-

que atraparon otrora posiciones (al fin de blasón soberbiamente clásico), de suprema jerarquía, con la generosa progenie de: Esencia, existencia, presencia, subsistencia, potencia, providencia y eminencia; magnificencia, munificencia, beneficencia, benevolencia y complacencia; conciencia, creencia, inteligencia y sapiencia; decencia, solvencia, en fin, y hasta dolencia... la gama de cuanto más inquieta el espíritu del hombre y más le conturba.

Gana al latín nuestro castellano en la transformación fonética de algunas de estas terminaciones, cual ocurre en la rica serie "ambre, embre, imbre, ombre, ombra, ombro, e umbre", de las que tenemos "estambre" por "stamen", "nombre" por "nomen", "hombre" por "homo", "sombra" por "umbra", con derivados tan enérgicos como "asombro", tan suaves y gentiles como "dulcedumbre" y "mansedumbre". Así, también, los en "ud" ganan a los latinos en "udo", "magnitud", "magnitudo"; "lasitud", "lassitudo", etc.

Las en "ura" poseen un no sé qué de femineidad que las ennoblece y hace muy gallardas: "donosura", "hermosura", "tersura", harto bien lo descubren y revelan. Y es curioso además el seguir la pauta de estos matices idiomáticos en su lucha por apoderarse de ciertos semantemas: "dulzura" y "dulcedumbre" arrinconaron a "dulzor" y no dejaron arrimar a "dulceza" y menos a "dulcez", y "endulzamiento", aunque no lo traigan los diccionarios, vence a "endulzadura" en el lenguaje familiar de nues-

tra gente, y a su vez, será muy pronto vencido por "endulce".

El fino instinto popular emplea en oportunísimas ocasiones algunos morfemas peregrinos, "arria" e "urria", "ijo" e "ujo", "onga" y "ongo" y otros de esta laya, que sugieren picaresca ironía o bondadoso menosprecio: "Angarria", "cazcarria", "angurria", "bandurria"; "armadijo", "enredijo"; "embrujo", "tapujo"; "morrongo", "bullanga", que por el momento despuntan en mi memoria.

Todo esto dicho para plantear la cuestión siguiente: ¿Hacia qué rumbos se orienta el castellano en tales departamentos de su actividad? ¿Cuáles de estos derroteros tienden a obstruírse, y hasta dónde debemos permitir que ello ocurra? ¿Es la gramática sólo notaría de bienes de manos muertas, o puede prestarnos algún servicio social más útil, encaminando, vamos al decir, y después de consejarse con la sabiduría, las novedades que constantemente surgen en la vida del idioma, para que tomen senderos de casticidad, o rejuveneciendo con oportunas advertencias los giros y las voces que enaltecen ese idioma? El hecho histórico de miles de palabras que la erudición literaria y científica ha introducido al haber común de nuestra lengua, como al de todas sus coetáneas, y la imposición de nuevos fonemas que esa misma erudición ha logrado en abundantísimas veces, pronunciación, por ejemplo, de la doble "c", de la doble "n" y de la "mn"; de la "bt", "pt", "gm" y "gn"; de la "ct", de la "x", y aun de la "ps", como en "psicología", para nosotros harto difícil de

modular, etc., que los clásicos y ante clásicos nunca usaron, que el mismo latín popular tampoco tuvo, nos predice que también en los reinos del lenguaje puede recurrirse a la "economía dirigida", que en otros campos de la civilización actual se impone. Y porque, como lo anota Bernard Shaw, recapitulando doctrinas baconeanas, "más sabio es el hombre por su capacidad de experimentación que por su experiencia. . ."

La tendencia a la abreviación es hoy universal en las lenguas cultas. Produce la innumerable nomenclatura en siglas de la política, de la industria y el comercio, tan frecuente en Rusia y Estados Unidos; los hipocorísticos onomásticos, de que tánto gustan norteamericanos e ingleses (All, Ben, Beth, Bill, Bob, Fred, Jo, Kid, Kit, Matt, May, Nell, Pam, Pat, Sam, Tom, Will etc.); las fórmulas monosilábicas del saludo (helo.), de interrogación (Y...?) y de respuesta afirmativa (ya!); el estilo telegramático de la prensa periódica (con el bárbaro verbo en pospretérito: "Habría ocurrido. . ."), la frase en "confetti" de algunos novelistas, la literatura muchacheril de las greguerías, y qué sé yo más corrugaciones de la lengua.

Hasta ahí, nada grave se deduce, mas ello es que tal premura de dicción atrapa igualmente la esencia misma de los idiomas, y ya asistimos a la eliminación de los más bellos modos y más precisos tiempos del verbo castellano (como antes ocurrió grandemente en el inglés y notoriamente en el francés familiar ahora), que pocos usan hogaño el precioso futuro de subjuntivo, muchos reemplazan el pospretérito condicional de indicativo y el pretérito hipotético del subjuntivo por el copretérito: "Yo iba", por "Yo iría" o "Yo fuera si. . ." agravando el desorden sintáctico con el empleo de la forma en "ra" para la apódosis, y casi casi todos nos acogemos al presente y al pretérito de indicativo para la expresión de las circunstancias temporales.

A esto se añade —¡y qué añadidura!— la reducción de las fórmulas de conversación a meras voces exclamativas sin ton ni son, de la índole de "fantástico", "brutal", "interesante", "rico", y al abuso de giros idiomáticos de inexplicable origen, al modo de "poner pereque", "poner bolas", que surgen de no sé dónde, y se esfuman de la misma manera indiscernible.

Y es lo peor, a veces, que cuando jugamos a la puridad de la lengua prendemos media docena de voquibles arcaicos, creyendo dar así lustre al estilo, cuando lo clásico consiste en la estructura de la cláusula, en la castiza concordancia de las voces, en la aplicación legítima de los regímenes, en el oportuno empleo de ciertos giros idiomáticos muy dicientes que posee el español antiguo, y, sobre todo, en el conocimiento exacto del valor lexicológico de los términos que se usen para que el sentido conceptual no padezca anfibologías o torpes incongruencias de dicción.

Y así digo, reanudando mi discurso a un párrafo anterior, que la gramática debe asumir acción timonera en estos menesteres del idioma, y lanzarse a

más audaces jornadas de enseñamiento. Ahí tenemos el caso del posesivo "su", "sus", que tánto se presta a confusiones dañosísimas, y tánto deslustra el buen estilo: ¿Por qué no reconquistamos el viejo "leure" del período anteclásico, que tan útil es a otras lenguas romances? "Leuro" y "leura", "leuros" y "leuras" podrían acuñarse para salir de este mal paso de pobreza idiomática, sin desligarnos de la tradición, ni desdecir de la casticidad, antes apurándola muy donosamente. Si es verdad, y harto lo es, que cada día introducimos nuevas voces al habla familiar y al habla erudita, ¿por qué remilgarnos ante una de las mayores deficiencias de este majestuoso idioma castellano? Son resabios de la desidia meramente: Por ahí anda el imperativo español ahinojado en las gramáticas ante las segundas personas de singular y de plural, como si más no hubiese, "marcha tú, "marchad vosotros", mientras todos vivimos del imperativo de fingida tercera persona, "márchese usted", "márchense ustedes", o más groseramente dicho, "lárguense ustedes", a más de las acepciones imperativas del infinitivo: "¡Estudiar, niños!", "¡Prestar atención, todos!", "¡Morir de pie!", y las participiales, más enérgicas aún: "¡Andando!", ¡"Callándose!", "¡"Rindiéndose"!, por ejemplo, que culmina en ese diminutivo idiomático que tenemos: "¡Corriendito!", "¡Callandito!", de estupenda virtud conminatoria: Por donde claramente se ve que el estudio del imperativo según sus morfemas desidenciales propios no basta, pues los de posición pronominal: "¡Márche-se!", que los distinguen del op-

tativo: "Que se marche", y los de entonación más aún: "¡Que se márche!" que añade elípticamente un valor reiterativo, como si dijese: "¡Le he dicho que se marche!", no pueden dejarse pasar inadvertidamente, dada su gran riqueza semántica. Y no es esto todo: En la fórmula: "¡Me marcho!", con morfema de entonación imperativa, como significando: "¡Me marcho contra viento y marea!", a más del valor de intensidad que de suyo tiene el pronombre, entraña curiosa conjunción de tiempos, porque es antepresente si contemplamos la voluntad que ya se decidió, pero que actúa aún; es presente, como expresión del estado de conciencia que significa, y es futuro o antefuturo, porque la volición no se ha cumplido totalmente. Más claramente se descubre el modo imperativo de primera persona en las siguientes frases: "Mía es la culpa: ¡Muéra yo!"; "Míos son los errores: ¡Súfralos yo!", o bien: "¡Cárgue yo con las consecuencias!. . ." En fin, ¡tántas cosas que nos invitan a continuar investigando y discurriendo en este asunto, pero que a mí no me corresponden, ni en este sitio caben discretamente! Todas ellas, digo, y hago estas prolijas digresiones, no con el propósito desaconsejado de enseñar lo que yo mismo ignoro tan abundantemente, sino por el anhelo de iluminar nuevas rutas de inquisición a aquellos de mis compatriotas que sí las saben y pueden progresar en este bello rumbo que ayer nos trazaron Caro y Cuervo, y que aún está poblado de riquísimos filones de sabiduría.

Y aquí me llego adonde bien quería arrimar, que es decir de los cauces nuevos que el idioma se abre

hoy, llevado de la imposición imperativa de abreviar, que a todos nos acucia y aun nos desconcierta. Imposición que en manera alguna es postiza, sino ajustada a la tremenda realidad psicológica de que el tiempo contemporáneo, por el cúmulo mayor de humanidad que ocupa el espacio espiritual y social del hombre, y el cúmulo mayor de materias que solicitan la atención de ese espíritu humano, se ha encogido, se ha abreviado, y así, él, a su vez, abrevia la vida del hombre y el ámbito de todas sus empresas. Ya no más existe aquel moroso ritmo de las edades antiguas, con luengos años de lenta labor y días dilatados de ensueño y grata holgura, pero el ajetreado correr de horas fugaces, en las que no nos caben, ni el anhelo en sí ni la reposada acción perfecta.

Pues bien, por dichas razones, la lengua castellana de hoy se orienta hacia los morfemas desinenciales más breves, del orden posverbal, ya anotados por Cuervo hace setenta años, si mal no recuerdo ahora, al tratar del sufijo "o", que en castellano se une a las raíces verbales y nominales, y que el maestro confronta con los que ocurren en sánscrito, griego y latín, muy eruditamente.

Son estos los más abundantes, pero también existen en "a", y curiosísimos, como "cogienda" y "molienda", "cogida" y "molida" de coger y de moler, respectivamente, según los usamos en Colombia (a guisa de "enmienda", "contienda", "partida" y "subida", de más rancio origen), derivaciones de verbos castellanos, o como "pérdida" y "deuda", llegados del latín, con leve modificación fonética. Muchos existen de dichos posverbales en "a", aceptados o no por el Diccionario de la Academia:

Alza, de alzar;	Queja, de quejar;
Bulla, de bullir;	Resulta, de resultar;
Comida, de comer;	Saca, de sacar;
Compulsa, de compulsar;	Siega, de segar,
Cuenta, de contar;	Sonda, de sondar;
Cruza, de cruzar;	Suelta, de soltar;
Cuita, de cuitar;	Tala, de talar;
Encima, de encimar;	Templa, de templar;
Jura, de jurar;	Toma, de tomar;
Mana, de manar;	Tupa, de tupir;
Mengua, de menguar;	Trilla, de trillar;
Mofa, de mofar;	Tunda, de tundir;
Pista, de pistar;	Visa, de visar;
Poda, de podar;	Zarpa, de zarpar.

Mas he aquí que la lengua, sin saberse por qué, abandona este género femenino y se lanza al masculino, siguiendo la misma determinación de abreviar las voces, que ya desde el tránsito suyo del latín a romance tuvo (cobra, cópula; deuda, débita; embuste, impósitum; tilde, títulum; venta, véndita; viaje, viáticum; vuelta, voluta. . .), como norma que es de toda evolución lingüística, pero acentuadísima en los días que corren, por lo cual llamo la atención de los gramáticos hacia el neologismo en "e", como cauce contemporáneo el más abierto para los morfemas desinenciales de origen verbal. Citaré algunos, ora recibidos en nuestro léxico, desde el latín o des-

de las primeras jornadas de la lengua, ora sólo usados en esta o esotra región de América y de España.

Abordaje (de abordar)
Acose (de acosar)
Acuse (de acusar)
Agarre (de agarrar)
Aguante (de aguantar)
Ajuste (de ajustar)
Alcance (de alcanzar)
Alce y realce (de alzar)
Alinde (de alindar)
Apoque (de apocar)
Aporque (de aporcar)
Aporte (de aportar)
Aplome (de aplomar)
Apunte (de apuntar)
Apure (de apurar)
Arrume (de arrumar)
Arranque (de arrancar)
Apure (de apurar)
Avance (de avanzar)
Barajuste (de barajustar)
Barrunte (de barruntar)
Baste (de bastar)
Base (de basar)
Cargue (de cargar)
Cerque (de cercar)
Cese (de cesar)
Cierre (de cerrar)
Complique (de complicar)
Combate (de combatir)
Contraste (de contrastar)
Coste (de costar)
Crece (de crecer)
Cruce (de cruzar)
Debate (de debatir)
Deleite (de deleitar)
Derroche (de derrochar)
Desboque (de desbocar)
Descarte (de descartar)
Desate (de desatar)
Descoyunte (de descoyuntar)
Derrame (de derramar)
Derrumbe (de derrumbar)
Desborde (de desbordar)
Desangre (de desangrar)
Desgarre (de desgarrar)
Desgonce (de desgonzar)
Desglose (de desglosar)
Despegue (de despegar)

Despliegue (de desplegar)
Desgaje (de desgajar)
Despalme (de despalmar)
Desparrame (de desparramar)
Desfogue (de desfogar)
Deshoje (de deshojar)
Desgaste (de desgastar)
Descumbre (de descumbrar)
Descuaje (de descuajar)
Desolle (de desollar)
Despeje (de despejar)
Despiste (de despistar)
Despique (de despicar)
Desplante (de desplantar)
Desplome (de desplomar)
Despliegue (de desplegar)
Destaque, de destacar)
Destete (de destetar)
Disfrute (de disfrutar)
Dislate (de dislatar)
Disloque (de dislocar)
Empalme (de empalmar)
Encime (de encimar)
Escape (de escapar)
Encaje (de encajar)
Enlace (de enlazar)
Embate (de embatir)
Empate (de empatar)
Encarte (de encartar)
Enfoque (de enfocar)
Enganche (de enganchar)
Engarce (de engarzar)
Engaste (de engastar)
Embalse (de embalsar)
Encebe (de cebar)
Embarque (de embarcar)
Empaque (de empacar)
Engorde (de engordar)
Ensanche (de ensanchar)
Entronque (de entroncar)
Estanque (de estancar)
Envase (de envasar)
Escape (de escapar)
Escote (de escotar)
Galope (de galopar)
Goce (de gozar)
Importe (de importar)
Levante (de levar)
Lustre (de lustrar)
Maridaje (de maridar)
Ofusque (de ofuscar)

Ordeñe (de ordeñar)
Pase (de pasar)
Pierde (de perder)
Pliegue (de plegar)
Podre (de putrire)
Quiebre (de quebrar)
Quite (de quitar)
Rearme (de armar)
Rape (de rapar)
Rebote (de rebotar)
Récipe (de recípere)
Relinche (de relinchar)
Remate (de rematar)
Repique (de repicar)
Reporte (de reportar)
Reproche (de reprochar)
Rescate (de rescatar)
Réspice (de respícere)
Repuje (de repujar)
Revoque (de revocar)
Rompe (de romper)
Roce (de rozar)
Ronce (de ronzar)
Rezongue (de rezongar)
Salve (de salvére)
Santigüe (de santiguar)
Saque (de sacar)
Sobe (de sobar)
Soporte (de soportar)
Talle (de tallar)
Temple (de templar)
Tente (de tener)
Tinte (de tintar)
Toque (de tocar)
Trasplante (de trasplantar)
Trueque (de trocar)
Tueste (de tostar)
Zarpe (de zarpar)
Etc.

Y planteo el problema: ¿Tratamos de su legitimidad individualmente, al uso de la antigua gramática, o estudiamos este punto conforme a normas más altas de filología? Este hacer y deshacer en materia de corrección de vocablos, ya nos tiene en mucho fastidiados y un poco embobecidos: De mí sé decir que he visto en los clásicos y anteclásicos centenares de voces y de giros idiomáticos que me "enseñaron" a corregir en la escuela, inclusive de esos tan aborrecidos por su tinte franchute: Las dos lenguas anduvieron su buen lapso tan juntas, que yo me pregunto a cuál de ellas corresponde esta frase, que invento al azar de mis recuerdos: "L'omme quitó estos mestieres mal grado leure buen suceso, ca eran y defendidos" (Se apartó de estos oficios, a pesar de su buen éxito, porque allí estaban prohibidos). O, si se quiere más: "Y prise la primer rota que reguardé, por do venía deesa garnida de flamas, a quien me soy donado" (Y tomé la primer ruta que miré, por donde venía diosa guarnecida de llamas, a quien me he dado), frases gabachas al parecer, y no obstante, castícísimamente españolas...? Ni qué decir de voces arcaicas hoy, ayer vivientes en Castilla, como "aprés", por después; "atender", por esperar; "argent", por plata; "chanzón", por canción; "conquerir", por conquistar; "levar", por levantar; "oraje", por tempestad; "punir", por castigar; "fer", por hacer; "fagot", por leño... Cuando corregimos el galicado "apartamento" con departamento o habitación, descuidamos remembrar que en remotas centurias de la lengua se decía "apartamiento", con esa "i" parásita (levemente diferencial apenas), tan propia de los derivados españoles del "mentum" latino... Mas, es verdadero también que el provenzal tuvo cartas en tal fenómeno, pues los peritos conocen que su literatura, como la gallega antes y la italiana después, mucho influyó en el desenvolvimiento de la española incipiente.

De ahí que tánto me guste, y tánto aplauda la actitud de Cuervo en sus últimos años, cuando buscó nuevos rumbos de investigación y algo detestó de

las gazmoñerías gramaticales de otra época. De las gazmoñerías, repito, que no de las firmes leyes del lenguaje, ni de las preciadas normas genuinas del propio castellano, que ningún escritor que mire por su dignidad puede preterir impunemente.

Grandes leyes de la glotología y de la filología que yo quisiera ver un poco más atendidas en nuestra patria, abandonando esta manía de seguir en eterna rotación de "carrusel", que copia a los tres queridos maestros del siglo XIX (Caro, Cuervo y Suárez), sin atrevernos a honrarlos como discípulos con audaz esfuerzo de superación, aunque en tal esfuerzo nos rompamos las narices unos cuantos. Pues temo que por haber sido ellos tan eminentes y fecundos, nos hemos paralizado ante sus nombres y su obra, poniendo así a peligro el progreso de la cultura nacional y la aspiración misma que les movió a devanarse los sesos en tan fragoso estudio.

Don Miguel Antonio Caro observaba muy justamente que la canal derivativa de los verbos en "ar" y en "ear" permanecía abierta, pues si descubrimos el teléfono, hay que telefonar o telefonear, si la electricidad aparece, es ineludible "electrizar" y "electrificar"... pero, ¿por qué de "elektrón" surge "electricidad" y no "electronidad", y por qué de "electricidad" surge "electrizar" y no "electricidar"? Pues, porque en todas cosas de este mundo lingüístico entran la etimología, la fonética, la estética, la lógica, la similitud, la asociación, el uso y el capricho. Y entran también la psicología de cada edad y la economía mental de todas ellas. Cuando el pueblo dice aún "canso", por "cansado", cuando nosotros empleamos "pago", por "pagado", cuando del latín "cúmulus" nace el castellano "colmo", estamos en plena economía mental; y si del feo "coquus" viene "cocinero", es porque la estética y la fonética se rebelan contra la tal economía: "Magnanimidad", "excelsitud", pueden ser largos, y hasta difíciles de silabar bien, y con todo, resisten por su buena etimología, por su precisión y suma belleza.

Y es impresionante ver todos los ardides y subterfugios que la lengua inventa para reacomodar este juego de sus operaciones: En sola la abreviación tenemos la aféresis, o pérdida de un fonema inicial, como en "norabuena", "celsitud"; la apócope, cuando se pierde al fin, tal "cien", por "ciento", la síncope, si es del medio la omisión, según ocurre en "navidad" por "natividad", "contendor" por "contendedor", bien que en este caso, es decir, cuando la falta es de sonido semejante, recibe el nombre de haplología propiamente. En el paso del latín al español hubo grande copia de estos fenómenos, que luégo continuaron su ejercicio en el pausado correr de la historia de la lengua, "cómputa", "cuenta"; "recitum", "rezo"; "don", "doña", de "dóminus", "dómina"; "hidalgo", de "hijo de algo"; "usted", de "vuesa merced"; "misiá" (que dice el pueblo), de "mi señora". Para las otras transformaciones y adaptaciones estéticas, fonéticas y psicológicas, utiliza buen golpe de permutas literales, y aun silábicas, de traslación de sonidos e innumerables reajustes, que ya no me es posible indicar siquiera.

De tanta magnitud como el problema que acabo de esbozar es el de la invasión de términos extranjeros que el avance de la cultura nos aporta hogaño cotidianamente: Después de la introducción de las voces latinas que nos trajeron el Renacimiento y algunas ciencias naturales, como la Botánica, la Geología, la Física y la Química, en los siglos XVIII y XIX, le llega ahora el turno al griego para las ciencias sociales y la Filosofía, por intermedio de Alemania, sobre todo, y de las otras ciencias naturales y técnicas industriales, Medicina, principalmente, que, por miles, de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, de Alemania, asimismo, y aun de Italia (para el Derecho, por ejemplo), nos vienen, sorprendiéndonos sin normas suficientemente precisas para adecuarlos (esos términos) a la índole peculiar del español. Los estudiantes de nuestra Universidad los acomodan atolondradamente a la fonética castellana, y de ahí resulta tal jerigonza científica y tal desorden del lenguaje entre unas y otras naciones de origen hispano, que ya toca las lindes del caos. Algo han hecho en España José Ortega Gasset y Gregorio Marañón por armonizar este turbión de novedades, y mucho están haciendo entre nosotros Emilio Robledo, Roberto Restrepo y Tomás Cadavid para corregir el tal desorden. Mas, ello es que la Universidad aún no se ha dado cuenta exacta de su grave urgencia, pues diariamente veo tesis que en achaques de terminología son para sentarse a llorar en un quicio, y que, sin embargo, pasan con muchas loas oficiales y ditirambos de todo el mundo. Cuervo se ocupó en ello, y algo hizo, pero el tal problema subsiste, y no parece superior a nuestras fuerzas, con poco que las autoridades competentes lo arrostren en su plenitud.

Es ello semejante a lo que sucede en la prensa periódica, que con nombrar un censor de dislates, siquiera los mayúsculos, en cada órgano de su especie, algo más que el simple corrector de pruebas, prestaría a la cultura nacional servicio supremo en este grave negocio del buen decir, y se acreditaría con ello, a la vez, ante el mundo exterior.

Mayores inquietudes suscita el estudio del lenguaje, que la herencia de Caro y Cuervo nos enfrenta con el mudo mandamiento de su dignidad: Esas a que me referí vagamente en página muy anterior, del influjo de la psicología de los pueblos y de la acción del clima en su morfología peculiar, en su estructura y estilo. ¿Por qué hacia el siglo IV y V se atenúan en el Norte de Francia las vocales sonoras del latín, se cambia la "a" en "e", enmudece luégo ésta, surgen los diptongos nasales de la "n", verbi gratia? ¿Por qué la diferencia entre la lengua tónica de "oui" y la silábica de "oc"? ¿A qué se debe que el portugués europeo sea más tónico que el brasileño, y que el inglés norteamericano, a la inversa, más lo sea (a mi entender) que el hablado en las Islas Británicas? Es muy posible que la proximidad o lejanía del trópico algo tenga que ver con estas mutaciones idiomáticas, aunque el caso del inglés estadounidense lo contradiga, pues la riqueza de vocales abiertas del latín y del sánscrito tal vez así lo presu-

ponen y la precisión silábica del italiano y del español contribuyen asimismo a sugerir ese pensamiento.

¿Y quién que oiga discursos en alemán, en francés o en italiano, en portugués o en español, no advierte que el primero semeja el redoble de los tambores, el segundo ondula suavemente como tañe el arco de los violines, con acentos de cláusula inimitables para un extranjero? ¿No tiene algo de clarín el tercero, y de flauta el caricioso lusitano? Y pienso si el español, en labios de quien conozca la riqueza combinable en "contrapunto" de sus fonemas tenues con los muy enérgicos y los muy sonoros que posee, no ofrece algo del armonioso caudal del órgano? El alma guerrera del germano, el alma sutil de los franceses, el alma artística de los italianos, la exquisita sensibilidad del portugués, la arrogancia del español, ¿no aportarán su poco de influencia a estas cualidades estilísticas de aquellos idiomas?

¿Y la sociedad, en sí, las modalidades de su formación y comportamiento, no se reflejan también en el estilo de sus hablas correspondientes? La novela rusa, de tragedia moral amargamente insoluble; la francesa, de análisis psicológicos sutiles; la muy cruda y muy cruel, picaresca española; las fábulas y apólogos orientales; el pragmatismo sensato y un poco bromatológico de los suecos; la precisión técnica de los ingleses; la concisión jurídica de los romanos; el conceptismo alejandrino; la artística y filosófica idealidad griega; la alternativamente aborrascada y débil sensibilidad de los iberoamericanos. . . ¿acaso no están en sus lenguas, como en sus obras y su espíritu, invitándonos a más certeras y audaces inquisiciones filológicas?

Nada de esto pudieron o quisieron emprender Caro y Cuervo, y nos lo dejaron, con el estímulo, esto sí, —¡y de qué altitud!— de su ejemplo en otras labores, honrado, tenaz, sutilísimo a veces, afortunado casi siempre, indeficientemente honroso.

Yo lo recuerdo para que otros despierten a él y lo sigan, ellos sí capaces, pues honestamente he de confesar a mis presuntos lectores que ésta no es provincia espiritual de mis conocimientos, y que cuanto de ella he dicho, lo debo al somero contagio del ambiente intelectual en que vivo. Porque eruditos tenemos en Colombia que saben una barbaridad de algunas de estas materias, y por si algún extranjero quisiere conocer sus nombres, diré unos tantos de los que ahora buenamente se me ocurren:

Antonio Gómez Restrepo,
Eduardo Guzmán Esponda,
Emilio Robledo,
Félix Restrepo,
José Joaquín Casas,
José Manuel Díaz,
José María Restrepo Millán,
José Velásquez García,
José Vicente Castro Silva,
Juan Crisóstomo García,
Juan Manuel González Arbeláez
Julián Motta Salas,
Julio Enrique Blanco,
Manuel Antonio Bonilla,
Manuel José Casas Manrique,
Octavio Harry,
Pedro María Revollo,
Roberto Jaramillo Arango,
Roberto Restrepo,
Tomás Cadavid...

A ellos, y a sus pares en estas disciplinas que haya olvidado, corresponde llevar avante la revolución didáctica de nuestro idioma, por donde del estudio de lo que "ha sido", cosa útil, sin duda, pero un tanto inerte, vayamos al estudio de lo que "va siendo", mediante la correcta averiguación de sus cauces y normas de innovación y propio desenvolvimiento, tal como las obras finales de Caro y Cuervo lo presuponen y reclaman, y que, cuanto a mí, es lo que me propongo suscitar con la redacción de este tan largo capítulo.

•

De tres maneras prosperaron el bien de Colombia aquellos dos hombres: Haciendo reflejar sobre ella el lustre de sus obras y dándole así nombradía de honor; consolidando la unidad patria por el orgullo que suscita en nosotros, colombianos, el pertenecer al grupo étnico y a la agrupación nacional de que ellos fueron parte; y por las normas, en fin, de conducta social, familiar y personal que enaltecieron con su vida e hicieron, en tanto, más apetecibles.

Es generosa la virtud en sus compensaciones recónditas cuando nos ofrece este raro trueque de valores morales que de un hijo de la patria, que por su conducta la ennoblece, hace un padre suyo, o prócer, que eso tanto significa esta voz. Porque prócer no es solamente, como lo pensamos bajo la influencia de nuestras luchas por la emancipación, el guerrero o el gobernante suyo que la sirvió heroicamente, sino, también, todo ciudadano que en algún gran modo contribuyó a formarla, consolidarla y engrandecerla, es decir, a crearla lo que es, ya en el orden militar, ya en el político, ora en la ciencia, o en el arte, en la santidad, en fin, y aun en los menesteres más humildes, pero nunca menos fundamentales, de la economía.

Ahí estriba esa transubstanciación moral que de un hombre individuo hace un héroe normativo y genérico, un prócer, en que de hijo y hechura de la patria se trueca en padre y hacedor suyo.

Y eso fueron en Colombia Caro y Cuervo.

Y lo fueron con otras excelencias de virtud, a más de las que emanaron de su sabiduría.

Lo fueron por la pureza de su conducta personal, familiar y social indeficientemente noble, cada uno a su manera, diferentísima, cierto, en las raíces básicas de su índole y carácter, de su temperamento y constitución o "tipología", como hoy decimos, pero niveladas en las sumidades o más altos copos, de su proceder moral y de su espíritu.

Si la virtud, como afirmaba socarronamente uno de aquellos psicólogos franceses del carácter, etólogos pudiéramos decirles, que tan honda y sagazmente bucearon en la conciencia del hombre, "es una tentación insuficiente", al ver vidas tan ejemplarmente puras como estas de Caro y Cuervo, bien podremos añadir que mucho harían esforzarse a la tentación para obtener el grado suficiente a su triunfo.

¿De dónde hubieron esa fortaleza moral?

¿Cómo eran ellos en la intimidad de su espíritu?

Atrás vimos con estudio pausado las posibles fuentes exteriores de su carácter y conducta, mas decir cómo es un hombre por adentro de sí, cosa es ya de muy ardua elucidación. En esto los biógrafos son más audaces que afortunados, y aun temo que cada época construye a los héroes que estudia conforme con las modalidades de ser y de obrar de sus propias generaciones, que esta encomiada sagacidad de los historiadores no sea, en último análisis, más que una traducción de lo antiguo a modos de comportamiento coactuales con el autor.

Yo no sé... pero, cada vez que escucho a alguien que intenta interpretar mi yo íntimo, mis ideas y mis afectos, mis sentimientos y mis gustos ¡vamos! sonrío levemente y me digo dentro del alma: Si yo fuese sujeto biografiable, qué de tontedades y soserías e inocentes embustes anecdóticos tendría que conllevar mi nombre.

Y si esto digo de quienes a uno ven cotidianamente y a uno oyen durante media vida, y hasta durante la vida entera, ¿qué podrá decirse de seres que há tiempo dejaron de existir o que guardaron celosamente su yo del estropeo del mundo y calladamente se lo llevaron consigo a la tumba?

Las confidencias y confesiones mismas que algunos, más gárrulos, suelen dejar de sí, ya sabemos que no revelan sino breve porcentaje de la trama o estroma moral interior, y la conducta, al parecer espejo del alma, obedece a numerosos motivos que no es fácil desmarañar y traer a vista de ojos bien cardados e inteligibles.

Porque obramos según normas de religión, de Estado y de filosofía;

según costumbres sociales y familiares;

según constitución propia y propio temperamento;

y según circunstancias de la ocasión, numerosas, incidentales a veces, e imprevisibles: Una emoción repentina, un sentimiento exaltado o alterado, un desequilibrio de la salud que establece momentáneo desorden o se instala definitivamente, modificando la personalidad, sin que, a veces, nadie lo advierta, sino en sus efectos de nueva conducta y leve variación del juicio de los que antes tuvo la respectiva persona. En ocasiones una acción de bebidas y alimentos, un cambio de clima, una conmoción del ambiente social o familiar... qué sé yo cuántos más factores del comportamiento humano que ora pertenecen a la fisiología, ora a la psique, veces al medio social, muchas, en fin, a la naturaleza, desde el sol y las constelaciones hasta la temperatura y estado higrométrico del aire. En cuántas horas de mi experiencia profesional he observado desconcertantes perturbaciones de la conducta por una u otra de estas causas: Eran de ver con grave inquietud las transformaciones de la personalidad que ocurrían en las fiebres tifoideas cuando la medicina las trataba con regímenes de extremo ayuno y extrema carencia de vitaminas y minerales reguladores del sistema nervioso, por ende; los vaivenes de generosidad y de avaricia, de bondad y de resentimiento, de humildad y de orgullo que ocurren en los ciclotímicos de un día para otro. Recuerdo especialmente la agresivi-

dad y malevolencia que alguna vez aparecieron en niña de doce años, bondadosa y culta antes, a consecuencia de un traumatismo cerebral, y la estafa, el adulterio y el homicidio insidioso que por causa similar observé en un hombre, adulto ya, de refinada cultura y buena estirpe; el transformarse un padre ejemplar en odiosamente cruel para con sus hijas, por alteraciones parkinsonianas; la inmoralidad y desorden sexual que vi surgir a menudo, inexplicablemente para los profanos de la medicina, en hombres seniles de ejemplar comportamiento anterior... Hoy es trivial en psiquiatría y criminología el estudio de la mala conducta y transformaciones del carácter que un foco microbiano, una hiperplasia de tejido grandular o fibroso determinan; la relajación moral y aun la abyección irremisible a que el hambre y el dolor conducen a veces, o la ignorancia y la sorpresa incidental en otras... ¡Qué mucho! si la mera posición del cuerpo y la consiguiente perturbación cenestésica, imperceptible casi, alteran nuestro juicio y hacen mudar nuestras intenciones, si cada régimen de alimentación influye a su modo en la inteligencia y la conducta.

Y en orden inverso, asimismo, he presenciado, por similares procesos de nuestras oscuras psico-fisiología y psico-patología, repentinas transformaciones hacia la virtud, la santidad mayor y el heroísmo inclusive; y en el cotidiano y al parecer perfunctorio, cuántas veces un plato de sopa, una hora de sueño, un consejo cordial, y hasta un rayo oportuno de luz desviaron del crimen a un hombre! ¿Quién duda de

la mucha parte que en la victoria de Farsalia tuvo la vitamina C? Con razón un día de 1865 exclamó Herbert Spencer, al recibir, en medio de su pobreza y relativo aislamiento de Londres, el grande obsequio y el homenaje de consagración que le enviaron algunos universitarios de Norte América por el generoso conducto del Pr. E. L. Youmans de Yale: "Pienso que he de corregir ahora lo que escribí en mis 'Primeros Principios' acerca de la Providencia Divina" (¡I think I will have to revise what I wrote in 'First Principles' on the matter of Divine providence"!).

Todo lo cual nos indica hasta dónde es afortunada y heroica el alma de un hombre que recorre sesenta o setenta años de existencia en medio de las grandes y numerosas tentaciones de un mundo propicio a los desfallecimientos de la virtud y a ellos incitador por la eminencia de las posiciones sociales y políticas o por las cualidades personales eminentes, y entrega a Dios esa alma y a los suyos un nombre, a la par magnificados e incólumes, cual ocurrió en Caro y Cuervo.

Y no porque ello acaeciese sin luchas interiores: Tengo para mí que la naturaleza íntima de Caro fue grandemente pasional y que sólo la recia disciplina de su carácter le contuvo en la inmaculada pulcritud con que regresó en 1898 a su hogar paupérrimo, después de haber tenido durante quince años innúmeras posibilidades de medrar, incluso honestamente, en lo económico, y de gozar en otras esferas del deleite. Regresar y ver que su gentil esposa tenía

que emprender, nieta de próceres y compañera de un ex-presidente de la república, humilde negocio de revender leche para subvenir a las necesidades primarias de la despensa hogareña. Regresar y entregarse de nuevo al estudio como un cenobita, silencioso en su dignidad, intransigente en sus normas, de la misma ejemplar manera que lo hacía en sus nobles años juveniles.

Y si menos pasional Cuervo (pues yo no creo que la libídine urgiera mucho su temperamento) mayor fue su combate con el mundo, porque permaneció célibe sin fraudes silenciosos de sensualidad, porque denodadamente trabajó para darse holgura de decoro y retraimiento, porque no desmayó en el culto de sus ideales, muriendo en olor de santidad a dos pasos de todas las tentaciones concupiscibles. Más aún: venciendo con callado heroismo las flaquezas de su temperamento, probablemente inclinado al resentimiento y la suspicacia, al rencor y el juicio peyorativo de los hombres, como es normal en los seres de su genio y conducta. Venciéndolos en la práctica social y en su propio corazón, hasta ser benévolo y humilde, dadivoso de toda su alma y de todos sus haberes, conforme lo definen su correspondencia, sus amistades y su testamento final.

Y así digo que fueron tan grandes en el sellado recinto de sus almas, como lo fueron en el renombre clamoroso de sus empresas.

Y en el corazón de las nuevas generaciones de su patria: No presintieron ellos ese su porvenir de afectividad "post mortem" que habrían de tener, más retributivo, si se quiere, que el triunfo de sus obras. En carta familiar inédita de Cuervo, del 24 de enero de 1905, que tengo a la vista, dice, ya con esa su melancolía de los postreros años: "En la naturaleza física, de los despojos de la muerte brota la vida: ¿por qué en lo moral no hemos de ver lo mismo? Las virtudes y ejemplos de los muertos han de fecundar nuestra vida interior, y hacer que aprovechemos el breve plazo que tenemos para mejorarnos en todos conceptos. . ." ¡Claro!: De la muerte de los seres ejemplares surge vida moral más egregia aun, de ellos mismos, y para sus mismos sucesores: La muerte de Jesús y de Sócrates nos lo dice con certidumbre universal irrevocable, y en el modesto ámbito de nuestra república, la de Francisco José de Caldas y Camilo Torres son de ello testimonio elocuentísimo. Si Cuervo eludió los hijos de la sangre, y Caro se apartó de los gajes de la fortuna pecuniaria, uno y otro para mejor procrear los hijos del espíritu, y si ambos amaron a Colombia como a madre suya indeficiente, hoy podrían ver, atónitos quizás, que de madre se trocó en hija, para venerar su memoria, y darles progenie de millones en las generaciones nuevas, que son el pedestal de su prestigio y la lámpara votiva a todas sus virtudes.

Cuervo, tan buen entendedor de la entraña ingenua del corazón humano, por luces de caridad que le dieron la doctrina del muy gentil Francisco de Sales y el callado ejercicio personal que de ella tuvo, vio estas cosas más claramente. Y, yo no lo sé de cierto, mas allá recónditamente me asalta el pre-

sentimiento de que a Caro le perturbó un poco en este juicio la melancólica visión, o presunción, del pecado original, que le enseñaron sus teólogos ariscos.

Pues en cuanto a estimar al hombre en sí y juzgar sus normas y sus actos, sus virtudes y flaquezas, al señor Caro sospecho que le faltaron conocimientos especiales, amplitud de criterio y serenidad de juicio: No quiso ver o no pudo ver el fondo bondadoso del alma humana, ni las contingencias que la perturban, como atrás he indicado apenas, y muy apenas, brevemente, y tomó la actitud dogmática inflexible de otras edades, la Edad Media, sobre todo, y así no le fue dado entender oportunamente la evolución de la psicología, la evolución consecutiva del derecho y la evolución correlativa de la política estatal, que ya entonces obraban en la mente de los hombres y en las instituciones de los pueblos.

Y no que ello fuese novedad y reconditez de la sabiduría, porque de muchos siglos antes veníase ya elaborando el tal criterio de oposición a las actitudes dogmáticas irreductibles: El judío portugués (o español, acaso?) Francisco Sánchez (1550 - 1623), precursor de Hume y de Kant, de Descartes y de Bacon, nos había amonestado contra la "temeraria certidumbre", y nos había dicho cuán deleznables son los fundamentos y conclusiones de la epistemología y dialéctica tradicionales, escolásticas sobre todo, acuñando aquella su frase célebre: "Mientras más medito, más dudo" (quo magis cógito, magis dúbito), hasta llegar a lo que en su hora se calificó de

pirroniano, la tesis suya de que nada se puede conocer con evidencia, "Quod nihil scitur" (que coincide, precediéndolo, con el "Que sçais-je?" de su amigo y pariente Montaigne), origen o nuevo hontanar al menos, de la revolución filosófica subsiguiente; en oposición a la actitud de certeza y engreimiento mental de los innumerables Picos de la Mirándola, que ofrecían discutir acerca de todo lo que se puede saber: "De omni re scíbili" y se presentaban a sostener "hasta novecientas proposiciones de filosofía y teología", como aperitivo y prólogo, u "hors d'oeuvre", que diría un maestresala de hotel.

Porque, a más de la discreción que nos impone ser tolerantes respecto de las ideas y de la conducta del prójimo, por los varios motivos de aquéllas y su angustiosa relatividad, la historia de la filosofía así lo indica sumamente.

"¿Quién se atreverá —decía airadamente alguna vez Calvino— a colocar la autoridad de un Copérnico por encima de la del Espíritu Santo?" Y con esa misma "alocada certidumbre", que apostrofó Sánchez, o hinchada presunción, diré más bien, el demoníaco Lutero le redargüía a Pablo Vergerio, Nuncio potificio, que "el Espíritu Santo está con nosotros los protestantes", sin acordarse de aquella irónica pregunta de Esquilo: "¿Quién es el intérprete de Dios?" (Tis prophetés Theou), ni del socrático "sólo sé que no sé", ni prever estas palabras, que como preludio de ironía voltaireana le escribió Descartes a la Princesa Elisabeth, en años posteriores: "Y entrando en una presunción impertinente, uno quie-

re ser del Consejo de Dios y compartir con él la carga de conducir el Mundo". Razón tenía el muy experto en púlpito y confesionario, Beato Juan de Avila, cuando observó, pocos años después de Lutero y de Calvino: "Dos cosas ay en que muchos han errado, y de errores irremediables: una cuando vienen a dezir: el espíritu de Dios me enseña... la otra cosa es alzarse con la palabra de Dios y con el entendimiento de ella..."

Felizmente la Fortuna sonríe ante estos cálculos humanos y esta falaz arrogancia del espíritu: "Hé tyché anthropôn pragmata paizei..."

Bien está, y muy rebién, que cada uno de nosotros tenga su ideario, lo ame y lo defienda, lo encomie y lo ilustre, sin prejuzgar, eso no, que sea el máximo o el único honestamente posible. Los que hemos errado tántas veces y tánto hemos sufrido con ello, los que nos hemos equivocado cada día, y nos equivocamos aún cotidianamente, somos humildes de pensamiento, aunque seamos vanidosos de otros orgullos.

"No se debe razonar la fe", decía Swedenborg, el último gran místico que vino al mundo: Y tenía por qué decirlo, ya que místico, como misterio, como miosis en medicina, viene de MYEIN, que significa "cerrar los ojos", cosa sobremodo diversa de filosofar, que es tenerlos muy inquietamente abiertos.

Y como el señor Caro desconociese o desoyese dichas normas, no se le puede, a mi humilde entender, considerar buen político ni, menos aún, calificar de filósofo. En este sentido, me parece a mí que José

Eusebio Caro y Rafael Núñez tuvieron mejores aptitudes. Verdad es que las aplicaron a la filosofía menor, a la mera inquietud por el destino del hombre y sus limitaciones existenciales, y que no revelaron ideología propia, sino el eco de la preocupación ambiente de su época. Aun temo que Núñez la reprodujera en "Dulce Ignorancia" muy ceñidamente a otros originales. En fin, tanto él como José Eusebio (y de éste ya lo dije antes), poseyeron inteligencia más ágil, aunque no más amplia ni más nutrida, que la de don Miguel Antonio. Como orador y polemista, a lo menos, sus principales triunfos arrancan de su vasta ilustración, de su convicción firme y de sus fogosísimas pasiones (Esas pasiones que Balmes indicó ser buenas compañeras y malas consejeras, como, a lo que yo creo, ocurrió en este caso).

Empero, ya que sus biógrafos y panegiristas se empeñan unánimemente en llamarle así y alabarlo mucho por ello (don Marco Fidel Suárez dijo de él que en filosofía fue "roble enhiesto y fortísimo", y el doctor Rafael María Carrasquilla añadió: "creo que entre los filósofos colombianos nadie le niegue el primer puesto"), me encuentro obligado a esclarecer un poco más este asunto.

Y comoquiera que en sus obras no se halla estudio especial (¿"El Utilitarismo" acaso?) que nos indique haber ahondado estas cuestiones, vamos a ver sumaria y someramente la cosa en sí y la manera de ella endilgar nuestra conducta, por la disciplina y la sindéresis que su conocimiento produce:

Todas estas causales de comportamiento moral, las normas, las costumbres, la índole propia y las circunstancias del organismo, del ambiente y de la hora, se ejercen en un plano de vida insondablemente abstruso, en un arcano conflicto entre la eseidad y la existencia, entre el imperativo de ser y las normativas modalidades de existir: Recuerdo que una vez, leyendo el Paraíso Perdido de Milton, me aburría indeciblemente la locuacidad teológica de su demiúrgico Lucifer y demás espíritus (así estuviese hilvanada con los hilos de oro de su inspiración y sumo arte) cuando, iluminada de sorpresa y como movida por resorte, mi mente halló en el poema un sentido, quizás no presupuesto, ni contemplado después, por su autor: La lucha trágica entre el ser y el existir, entre lo que hay de eterno en la sustancia, que nos da anhelos de eternidad, y lo que hay de efímero en la existencia, que nos insubordina contra el Destino, la Providencia o el "Fatum", como cada cual quiera llamarle. Ello es que en un momento de infinita soberbia, Satanás recusa la preeminencia de Dios en sí, en su entidad y persona, y el mérito que derive de ser eterno. Es algo que no había leído yo de otro pensador, y que parece decir: El en su eternidad y yo en el tiempo fuimos a la hora que la suerte nos asignó en sus ciclos ineluctables:

Replica Satanás a Uriel: "¿Recuerdas tú cuando te hicieron?
¿Recuerdas tú cuándo el Hacedor te dió el ser?
Nosotros no conocemos tiempo en que no fuésemos como ahora

Ni nadie que fuese anterior a nosotros:
Espontáneamente engendrados y desarrollándonos espontáneamente,
por nuestra propia fuerza vital,
cuando el destino fatalmente hubo circunvalado todo su orbe,
fruto maduro de este nuestro nativo suelo, somos sus hijos etéreos."

(.................... Remember'st thou
Thy making, while the Maker gave thee being?
We know no time when we were not as now;
Know none before us; self-bigot, self - raised
By our own quickening power; when fatal course
Had circled his full orb, the birth mature
Of this our native heaven, ethereal sons).

Algo así como proclamar que la existencia está "ab-aeterno" en la esencia de que surge. Y algo así como la rebelión de la existencia, ensoberbecida de ser, contra la subsistencia acaparadora exclusiva del ser, o de la eseidad que la contiene. Idea oscura y fértil que ha venido trabajando la mente de grandes pensadores, de la estirpe excepcional de Heráclito, el que primero quizás nos habló de un "fluir eterno" (Panta rhei), en el cual, lógicamente, esencia y existencia se apartan menos que en otras concepciones de la religión y de la filosofía; de un Lucrecio, tal vez el único romano que tuvo alientos para la ontología, aunque sólo quiso ser expositor de obras ajenas, y superó ese moralismo frágil y benévolo escepticismo de su gente, que advertimos en letrados y

emperadores, de Séneca a Cicerón y desde César y Octavio hasta (¡Oh Faustina!) Marco Aurelio y Constantino. De Nietzsche, también, el último hijo de Lucifer y el viejo Heráclito, auscultador de soterradas corrientes de la historia y su trágico augur en parte, socialmente tímido y débil, y desafiador, sin embargo, del destino y de la muerte y de los hombres, y último gran poeta cósmico (superador del egregio Hoelderling) que se enfrentó a los arcanos del ser. . . (traduce Carlos Arturo Torres):

> "La noche llama a sí mi pensamiento;
> me hace señas, me grita;
> ¡Oh corazón, sé valeroso y fiero,
> sé fuerte y no preguntes
> el porqué de la vida y del Deseo!"

Y postrer hijo, también, del miltoniano Satán: "Sobre los blancos montes - Lanza mi nieve aún sus blancos reflejos".

Y no que sean locuras y aritocracias del genio alemán: Es la creciente valuación superlativa del hombre, del hombre en trance hacia la Divinidad que representa: En el seno mismo de las democracias, y y por boca de un poeta que amó a los humildes, Walt Whitman, surge reto semejante (traduce José Martí): "Hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo."

Heráclito, Lucrecio, Nietzsche y Milton, que desembocan en la relatividad (Minkowski, Lorenz, Einstein etc.), en que ya lo indefinido y lo infinito

se yuxtaponen indescifrablemente, la causalidad se oscurece más o se disipa, el tiempo y el espacio se conjugan, el ser y la existencia se miran atónitos sin saber cómo es la entidad que los engendra y soporta, o si no es. . . !

Y todo esto sin asomarnos, porque en la época de Caro y Cuervo no habían entrado aún en el ciclo de la historia, a los interrogantes que plantean en filosofía, en teología y psicología clásicas esos entes sutiles y fecundos que la ciencia contemporánea denomina electrones, genas (o genes) y ultravirus, con los cuales vida y muerte, materia y energía, alma y mundo se confunden en enigma abisal y cautivadoramente impresionante, y otra vez recuerdan la lucha entre esencia y existencia que conturba al hombre desde el alba misma del pensamiento, y que el perspicuo Heráclito —¡de nuevo Heráclito!— expresó, diciendo "Todo fue hecho a modo de una lid", cuya fórmula latina, de que yo lo traduzco, precisa aún más: "Omnia secundum litem fuint". (En la cita que trae Orígenes aparece este pensamiento —traduce Julio Cejador—: "Es de saber que hay guerra común y discordia en lugar de justicia, y que todo nace y muere por discordia y lucha.")

Lucha gigante, más que prometeica, aún más que apocalíptica, que al hombre de nuestra generación pide soluciones e impone tragedias que la historia ignoró antes.

Fosca lucha que confusamente riñen en el espíritu del hombre esta tríada de enigmas: Esencia y existencia, eternidad y tiempo, recuerdo y olvido.

Por allá, vagamente, han adscrito los poetas el ser a la divinidad y la existencia al demonio, por donde nos viene, desde remotas edades, este diteísmo de Jehová y Luzbel, tenebroso maniqueísmo de religiones y filosofías, que no hemos desenredado bien aún. Así vemos cómo Carducci, que inicia su canto a Satanás con un zarpazo leonino de intención cósmica:

"A te, de l'essere	(A ti, del ser
Principio inmenso,	Inmenso principio,
Materia e spirito,	Materia y espíritu,
Ragione e senso;"	Sentido y razón);

luégo tuerce su discurso hacia el problema titánico de la liberación humana (lucha entre la esencia eterna y la existencia efímera):

"Salute, o Satana,	(Te saludo, Oh! Satán,
O ribellione,	¡Oh rebeldía
O forza vindice	Y fuerza vengadora
De la ragione!.	De la razón!
"Ne la materia	En la materia,
Che mai non dorme,	Que ya más no duerme,
Re de i fenomeni,	Rey de los fenómenos,
Re de le forme,	Y de toda forma rey,
Sol vive Satana."	Vive sólo Satanás.)

Sería interesante comparar estos conceptos con los que sostienen otros autores en este asunto, como el gran poeta neerlandés Joost van Vondel en su tragedia "Lucifer" (1654), como, aunque menos profundo, Baudelaire, sino que el tiempo y el espacio no

me lo permiten: para muestra indicaré que Goethe y Byron plantearon el problema desde otro punto de vista: éste, por ejemplo, pone en boca de Luzbel:

"With us acts are exempt from time, and we
Can crowd eternity into an hour,
Or stretch an hour into eternity:"

(Para nosotros el tiempo no mide los actos,
Pues podemos recoger la eternidad en una hora
O hacer que una hora dure eternamente);

de lo que hay pálido trasunto en la conciencia actual del hombre, quien quizás mañana, por el entendimiento o por la voluntad, o por ambos a la vez, llegue a esta ecuación divina, y así confirme o supere el juicio de San Gregorio Nacianceno cuando dijo, sacando esta inquietud fundamental de las esferas penumbrosas de la mitología, que "el hombre es segundo de Dios".

Pues, en puridad de hechos, al crecer la velocidad de los móviles, y aproximarse a la de la luz, su masa se encoge, por así decirlo, y tiende a reducirse a un punto espacial; y al intensificarse la actividad de los seres vivos, "su" tiempo se acorta también, y tiende a reducirse a un punto existencial, de manera que la "infinitud" de actividad del ser, o la totalidad de su actividad, para decirlo en fórmula menos absoluta, tendría que realizarse en un presente, en un instante, que ya no podría ser medido como sucesión, como transición, ni como tiempo, por ende.

Esto es arduo de exponer. Pero, vale la pena de ser contemplado intelectualmente. Temo mucho que

la "eternidad" no sea concepto, sino mera fórmula o marco mental que nos hemos dado para exprimir discursivamente un atributo indescifrable de la esencia. Desde luego, eternidad y tiempo no pueden conjugarse, asociarse, relacionarse en forma alguna. Si proyectásemos el tiempo en la eternidad, en sólo un punto siquiera, tendríamos "media" eternidad eterna hacia atrás y hacia adelante de ese punto dado. No!: La eternidad es categoría de lo inmutable, de lo inmoto, de lo que no tiene sucesión en sí ni trascendencia fuera de sí, ni un "no yo" que lo mida exteriormente. En este sentido la "nada" sería eterna, y por tanto, dicha eternidad no sería ya concepto, representación mental de algo, sino palabra puente, palabra representativa de un vacío.

El tiempo sí es categoría de algo definido en nuestro mundo: El tiempo es categoría de la existencia, de lo que actúa, de lo que sucede, dentro y fuera de sí.

Pero, ¿cómo separar la existencia de la esencia, o viceversa, cómo suponer esencias que no actúen? Allí arraiga y arranca de ahí el motivo supremo de la humana angustia, y el venero máximo de todas las filosofías y religiones del mundo: Existencia fugaz en el tiempo, esencia perdurable en la eternidad. Querer que la existencia perdure "actuando" constantemente y "permaneciendo" eternamente estable. Lo que nuestro Porfirio Barba Jacob, con esa fulgente intuición de los poetas, resume en estrofa digna de una plaqueta de bronce:

"Y vosotros, rosal florido,
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: HE VIVIDO!
He vivido con alma, con sangre, con nervios, con músculos,
y voy al olvido. . .";

lo que el ruso Uladimir Maiakowski esculpió en dos versos soberanos, muy graciosos, además:

"¡Ea, Osa Mayor, exige
que al cielo nos lleven vivos!"

¿Qué es, pues, lo que nos ocurre? ¿Somos, como tántos lo han dicho, juguetes del azar, o de algún dios que distrae sus ocios eternos jugando a una comedia de creaciones efímeras? Para poder vivir, y sobre todo, para saber morir dignamente, es preciso que cada uno de nosotros resuelva de algún modo este drama espiritual del mundo. Yo tengo para mí, sin ánimo polémico (que nada me importa litigar en materia tan abstrusa y tan propia del alma individua de cada uno de nosotros), para mí tengo, repito, que hemos planteado mal el problema, y que de ello derivan el conflicto mental y la angustia moral consiguiente: Si dividimos el infinito por X. espacio, nos resulta cero, y no, como quisiéramos, espacio infinito; y si la eternidad dividimos por X. tiempo, igualmente será cero el cuociente, y no ninguna eternidad, como sería de esperarlo en el primer momento del análisis. . . y así nos ocurre al pretender proyectar el tiempo y el espacio de "nuestra" existencia

individua en el no espacio y no tiempo de la esencia "abstracta".

A nuestra generación le es, pues, ineludible enunciar el problema de otro modo.

Pues bien, los problemas de esta magnitud no conturbaron la mente de nuestros dos eximios conciudadanos, la una, la de Caro, porque inesperadamente la muró contra todo pensamiento corsario de su fe; la otra, la de Cuervo, porque humildemente resignó en Dios sus inquietudes, por donde ambos les negaron beligerancia a la novedad y la duda, a la vez, y a otra, posiblemente más provechosa, actividad de su espíritu.

Llamarlos filósofos, sería, entonces, exageración verbal, cariñosa seguramente, pero inútil: Bastóles lo que fueron para ser grandes, y erguidos entrar en la historia magna de América.

•

Dicho esto, me quedo meditando. ¿Problema de tales magnitudes no reclamará de nosotros un poco más de análisis? Porque el estudio de personas tan conspicuas como Caro y Cuervo quedaría trunco y engañoso si no se define mejor su actividad ante la filosofía, ante la existencia, la esencia y el destino del hombre, sobre todo.

No veo, pues, otro remedio que seguir un poco más adelante en esta ruta.

Y así digo, continuando, aunque sólo sea brevemente:

Aquella deducción que hice de la querella entre Dios y Lucifer, que poéticamente nos ofrece Milton, como la litis fundamental, e insoluta aún, entre esencia y existencia, ha acuciado el intelecto y congojado el corazón de todos los grandes pensadores de la historia.

Dante, el otro gran teólogo poeta, paradigma genial y resumen de las preocupaciones medioevales, a la vez que iniciador de las inquietudes modernas, por su exaltada valuación de las pasiones humanas, se coloca en campo muy disímil. Para él la existencia del hombre es algo menospreciable y efímero:

"No es, el bullicio humano más que un hálito
de viento, que ora de aquí ora de allí nos viene,
y muda de nombre cuando el lado muda."

(Non é, il mondan romore, altro ch'un fiato
Di vento, ch'or vien quince ed or vien quindi,
E muta nome perché muta lato).

La existencia perdurable y noble está con Beatriz, la Bienaventuranza, en el luminoso cielo ultrasideral de Dios.

Es el mismo repique de Kempis, que nos llama a reposar en lo eterno estas miseriucas pasionales del mundo;

es el mismo desprecio de nuestros afanes y orgullos que llevó a Lotario Conti, (Pontífice Inocencio III), a escribir su doloroso "Desprecio del Mundo y miseria de la humana condición" (De Contemtu mundi, sive miseria humanae conditionis), cuyas ingratas enumeraciones a su vez me recuerdan las que

hacía San Juan Crisóstomo, a su amigo el extraviado monje Teodoro, y las que luégo prolijamente trae el Petrarca en su tratado "De Remediis utriusque fortunae";

es la homilía cotidiana de todos los místicos (y de filósofos imbuídos en ideas orientales, como Schopenhauer), que desde todas las religiones nos previenen contra la insignificancia de la vida terrena, nos la denominan "Valle de lágrimas", sitio engañoso de prueba y transición, hasta pretender eliminarla, matando el deseo, conforme a Buda, o negarle realidad en sí, como Píndaro lo dijo en frase indeleble: "La vida del hombre es el sueño de una sombra" (Skias onar anthropos), que coincide con el ignoto redactor del Eclesiastés: "Los días del hombre son como sombra que pasa", o "Como la sombra de una nube" según el Libro de la Sabiduría ("Umbrae enim transitus est tempus nostrum"), o "sicut naves, cuasi nubes, velut umbra", según la bella frase, tan frecuentemente citada, o conforme a Omar Khayyam lo dice (en la retraducción de Uribe White): "que el ave tiempo vuela corto espacio, y sus alas baten rítmicamente la medida fatal. . .") Y aun, si cabe, más refinadamente negativo, a la manera de Edgar Allan Poe:

"Que es un sueño dentro de otro sueño
todo cuanto miramos y parecemos."
(All that we see or seem
Is but a dream within a dream);

lo que trasunta y apremia el drama calderoniano: "Que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños

son", y la fantasía jónico-oriental, que lo traduce aun más sutilmente: "Un relámpago entre dos eternidades" (fórmula trepidante de luz, que a Pascal tánto impresionó).

Toda la Edad Media está uncida a este concepto de la insignificancia e insipidez de la existencia humana, de la nonada del Mundo y del imperio ineluctable de la Muerte, con ese retintín de pavura manifiesto en los poemas y autos sacramentales franceses, españoles, alemanes e italianos, etc.:

"A estas (mujeres) e a todos por las aposturas
Daré fealdad la vida partida,
E desnudedad por las vestiduras,
Por siempre jamás muy triste aborrida."

dice la Muerte en el delicioso arcaísmo del texto castellano de uno de ellos. Ciclo de occidua desolación que Jorge Manrique cierra con la corona fulgurante de su máxima elegía:

"Recuerde el alma dormida,
abive el seso y despierte,
cómo se pasa la vida,
contemplando
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el plazer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo, a nuestro parescer
cualquier tiempo passado
fue mejor."

Esta "Danza de la Muerte" o "Cortes de la Muerte", de los autos sacramentales, "Danza Macabra" de los franceses (que según entiendo significa "macabea": ("Chorea Machabaeorum")), no fue sólo de los despavoridos hombres del "Millennium", pues algo suyo aparece en las decoraciones murales de Pompeya y Cumas, pero sí fue la Edad Media el ambiente de su máximo triunfo, que así la vemos en Basilica, Dresde y Lubeca, por lo que dice a los alemanes; en Amiens, Angers, Dijon, Estrasburgo, Ruan y París, por tierras de Francia; en Londres y Salisburry, entre los ingleses. Creo que los "juicios finales", en mucha pieza, le son deudores de su inspiración, pues nada conozco, en su género, más rítmico que el relieve de la "Resurrección" de Lorenzo Ghiberti, ni más dramático que los "Jinetes del Apocalipsis" de Durero, ni más trágico que el Orcagna, no más épicamente cósmico que el de Miguel Angel, no más dolorido que el de Holbein... de que se deduce que todas las artes —ahí está la música de los "misereres" —del Eclesiastés acá —y mucho antes, si recordamos a Egipto— contribuyeron a tributarle homenaje de pavura a Nuestra Señora del Silencio.

Y fue precisamente el Eclesiastés, último de los libros del Antiguo Testamento, el que ha quedado como patrón de la caudalosa literatura cristiana de la asolación y desilusión del mundo. Lo que no deja de sorprenderme un poco. Considerado alguna vez como obra primitiva del ciclo histórico de Salomón y de David, la filosofía y la doxografía le adscriben fecha más reciente, no más allá del siglo III antes de Cristo. Sin ellas ya pudiera negársele esta filiación remota, por carecer de los acentuados caracteres ciclotímicos del Rey-Profeta (hipomanía de los incidentes de Goliat y de Bathsheba o Betsabé, entre otros; melancolía de los salmos y de su dilatada senectud), y no revelar, como tampoco los Proverbios, la índole autocrática, sensual y maquiavélica de su muy ilustre hijo. Es un raro autor, este del Predicador o Eclesiastés, con esos contrastes tremendamente bruscos de su estirpe.

Yo me atrevería a clasificarlo (y otros lo han hecho así también) entre los epicúreos, con algo de Omar Khayam, de Hafiz y Kalidasa, de Anacreonte o Li-Tai-Poh, sino que tamizado por el áspero cedazo de la mística hebrea, que lo constituye en prototipo de los recusadores de los grandes bienes de la vida, cuando él solo se propuso indicar a los suyos que gozasen de ellos, ya que tan fugaces son, mientras llega la hora de tenerlos eternamente en el seno inmutable de Jehová: Columpio de ideas por donde se le fue la mano hacia el pesimismo, que quizá solamente aducía en probanza de su tesis hedonista o eudemonista al menos. Sensualidad y angustia que tan ruda y foscamente se combaten en el ánimo de ciertas épocas y ciertos hombres eruditos: Lorenzo de Médecis las refleja en su bello canto juvenil:

"Chi vuol esser lieto, sia;
di doman non c'e certezza."

(El que quiera ser feliz, que lo sea en seguida:
no hay seguridad para mañana.)

Pues bien: ese decir que "la vida es sueño", y ese menospreciar el mundo, repercutió y repercute aún en la filosofía y en la ciencia. Los conceptos de tiempo y de existencia han venido padeciendo de este vaivén conceptual, que ya nos trae con vértigo. Por esa marcha en contraposiciones que sigue la historia del pensamiento humano, ese su andar de ebrio, que tiene algo de ridículo y de trágico a un mismo tiempo, pasamos de la existencia, sueño, sombra y nada de suyo (esencia en acto, como bellamente la definieron los escolásticos, trasladando apenas la dificultad a otros elementos de la cuestión), pasamos, digo, a la filosofía fenomenológica de Husserl y fenomenológica existencial de Heidigger, sobre todo, en que se valora por otros patrones y asume dignidades prodigiosas y en parte inéditas, heroica exégesis de la existencia en sí, "Hermeneutik der Existenz" a través de los datos de la existencia humana, "Dassein des Menschen".

Y la nueva mensura del tiempo, problema correlativo de aquél, en que le dividimos con Bergson, en duración en sí y mera unidad de medida, o en temporalidad permanente y tiempo objetivo fugaz, con Heidigger, hasta darle el golpe de gracia, el "Knock-out", a su independencia, con la fórmula einsteiniana de la conjunción insoluble del espacio-tiempo.

Es un balancín de altibajos, que parece juego de niños y mera pizpirigaña de diletantes (o dilettanti) ociosos, o de profesores estratosféricos: Bergson, vamos al decir, quisiera que el presente fuese

sólo el punto de conjunción ideal entre el pasado y el futuro, en un devenr indisoluble, en tanto que Giovanni Gentili opina que el pasado y el futuro son apenas las proyecciones adelante y atrás de un presente eterno.

San Agustín, trasunto en esto de opiniones anteriores, eleáticas sobre todo, considera el tiempo presente como límite entre el pasado, que ya no es, y el futuro, que no es aún, desposeyéndolo, en análisis implacable, de extensión concebible, y revelado que es inasequible ese momento que llamamos presente, indiscernible a lo menos, pues en cuanto se piensa, ya pasó, en cuanto se presiente, aún no es venido; a la inversa de Santo Tomás, para quien el presente algo es todavía del pasado, y es ya algo del futuro, como potencia que se actualiza sin haberse agotado aún. . . (No poco baturrillo hacen estos queridos maestros del presente de duración y del presente de sucesión, sino que tales sutilezas y embrollos han perdido mucha de su importancia después de las investigaciones de Minkowski acerca del espacio-tiempo como unidad indisoluble y relatividad de los campos de acción.)

Ya los místicos y los poetas se les habían adelantado a Bergson y a San Agustín en esto de considerar lo presente (y la vida humana con él), como un "punto": Jorge Manrique, por ejemplo, en su elegía antes citada, dice:

"Pues si vemos lo presente
como en un PUNTO se es ido
y acabado",

y Gabriel Rossetti, (traduce Juan Clemente Zenea):

"Sólo el presente existe,
y es relámpago triste
que de la nada al nacer raudo se lanza:
Luego la vida es un conjunto,
una memoria, una esperanza, un PUNTO."

("Il presente sol é, ma in un baleno
fugge del nulla in seno,
si che la vita é appunto
una memoria, una speranza, un PUNTO"),

y San Agustín: "Que cuanto vivimos es sólo un PUNTO" (PUNCTUM est quod vivimus"). (Estas dos últimas citas las traen el señor Suárez en uno de sus Sueños y su erudito editor el R. P. José Joaquín Ortega, S. S.).

Y no es juego pueril de palabras, que la expresión de la angustia humana en pesquisa del significado y del objeto de la existencia. Los que se alzan de hombros ante problemas de esta magnitud se colocan a sí mismos en los otros reinos de la historia natural, renunciando a la dignidad de ser hombres: Ya Gregorio el Nacianceno, como lo cité antes, nos entregó, no la clave de esta angustia, pero sí alminar desde donde puede contemplarse mejor, cuando dijo, elocuentemente, resumiéndola:

"Qué misterio tan extraño en mí!
Soy pequeño y grande, abyecto y sublime,
mortal e inmortal, terrestre y celestial:
lo primero del mundo y lo segundo de Dios;
aquéllo de la carne, y ésto del espíritu."

(Ti tó kainon peri eme mysterion!
Mikrós eime kai mégas, tapeinos kai hypsêlós,
Ekeina metá tou katô kosmou, tauta tou Theou,
Ekeina meta tou sarkós, tauta metá tou pneumatos).

¡Claro, como que el espíritu del hombre es la candela de Dios en este mundo, y otra mis ojos no vieron! La grandeza del hombre permanece inexplorada aún. Los psicólogos algo han dicho: Yo le daría alcance espiritual de este género a la tan a menudo citada frase del Shakespeare: "Más cosas, Horacio, existen en cielo y tierra de las que soñó tu filosofía" (There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy). Adler reacuña, en los tiempos actuales, este pensamiento de sabios antiguos: "El hombre sabe mucho más de lo que comprende". Por mi parte, después de meditar prolijamente acerca de los sabios, los santos y los héroes que en el mundo han sido, suscribo ese apotegma y lo enlazo con mi enraizada preocupación de que el hombre muere con potencias divinas inéditas; y así, la frase mía anterior de que "el alma es la candela de Dios en este mundo", aspira a representar poéticamente una deducción de cincuenta años de meditaciones respecto del mundo y de la vida, ardua de dilucidar, y no pertinente a este estudio.

Por otra parte, ella es la conclusión a que han llegado numerosos pensadores de varias escuelas: Ya en el alba de nuestra cultura vésela aparecer en la mente de Protágoras, con fórmula que, modificada

hábilmente por Sócrates, ha perdurado en la historia universal de la filosofía: "El hombre es la medida de todas las cosas" (Panton anthropon metron); y entre nuestros contemporáneos la encontramos en Max Scheler con definición muy ceñida y cauta, que más o menos se traduce así: "El hombre es el único 'lugar' del advenimiento de Dios que nos es accesible. . ." Sino que Scheler, como Aristóteles, como Tomás de Aquino, como Descartes y Bergson etc., nos deja la insoluble dificultad del enlace entre la "dínamis" espiritual y la "dínamis" material, por donde se les hunde todo el sistema conceptivo de sus filosofías, por más sutiles lucubraciones que hagan y más trucos de "transición" que inventen. .

•

Releyendo estos párrafos que acabo de escribir tan saturados de citas, me asalta leve sonrisa de incertidumbre acerca de la "originalidad" suya y de su histórica validez, por lo que no resisto a la tentación de hacerme yo mismo algún comentario irónico, y así curarme en salud, en salud de ingenuidad, se entiende. . .

Hace pocos años solía repetir uno de nuestros políticos de turno (y de él he aprendido la frase, pues también de los políticos se aprende algo a veces), la siguiente setencia heurística de Mr. Balfour: "Lo que se dice, no tiene importancia; la manera de decirlo, tiene alguna importancia; la posición desde donde se diga, es lo que tiene toda la respectiva importancia." Con alguna exageración, desde luego, y

mucha gracia, sobre todo, tenemos que aceptar este juicio para la mayor parte de las locuciones célebres. Porque las más ilustres son patrimonio universal del espíritu, y llevan el crisma de este o de aquel nombre histórico, en cuanto su autor supo redactar la que se le atribuye con mayor elegancia o potencia mayor, o porque él mismo, personalmente, estuviese colocado en hora y sitio radiantes de la historia universal: Ya lo vimos en relación con el viejo apotegma de que "El hombre es la medida de todas las cosas", pero, otros ejemplos pueden amenizar igualmente esta incidente escapatoria que le hago a mi estudio:

El famoso verso shakespereano, "Ser o no ser", tan citado, aparece en Aristóteles con redacción similarmente intencionada: "Ir en todo al ser o no ser" (Panta anagein eís ón kai tó mé ón), sino que Hamlet cautiva más intensamente nuestra atención —nuestra emotividad— que es por donde esotra se produce mejor, o nuestra sensibilidad, que es como hoy casi todo el mundo dice, y porque la expresión siguiente, "He ahí el problema" (That is the question), realza su precedente con la altura de un maravilloso pedestal.

"No quieras para otro lo que no quieras para ti", es bellísima norma de la caridad evangélica, y una de las bases de nuestra cultura espiritual de Occidente. Sin embargo, el Budismo la había ya troquelado en forma positiva estupenda: "Quiere para otro lo que quieras para ti. . ." sino que nuestra religión ocupó cumbre docente más visible.

El divino verso de la mística española, "Que muero porque no muero", despunta en el Marqués de Santillana, muy similarmente:

"Pensad que muriendo bivo,
e biviendo muero e peno:
de la vida soy ageno,
e de muerte non esquivo."

Mas ello es que engastado en la estrofa de Teresa se lleva la palma y recoge todos los sufragios del triunfo.

¿Quién le arrebatará a Bolívar el primor de haber redicho, tan bien dicha, y tan oportunamente, esa su melancólica cuestión de si "aré en el mar y edifiqué en el viento"? Al lado de aquella magnitud histórica y de aquella sutil aplicación a un destino destino personal y al destino de todo un Continente, palidece el terceto de Lope:

"Advierta el hombre discreto
que de su sombra se fía,
que ara el mar y siembra el viento."

...Citas que cito para que me excusen las anteriomente citadas y poder proseguir citando impúnemente.

•

Y reanudando mi discurso sobre si fueron o no filósofos Caro y Cuervo, si lo fueron por dedicación a la materia en sí y a su capacidad para dilucidarla a fondo, al fondo de la "entidad" y del "destino", o sea de la filosofía mayor, tengo que opinar que, en

cuanto a sus publicaciones, a lo menos, muy poco lo demostraron ciertamente.

No lo sé en privado o en la intimidad de su conciencia. A lo menos nunca se colocaron, que yo sepa, en el ambiente de la filosofía mayor, de la ontología fundamental y de la escatología (esjatología sería mejor decir, para evitar confusiones con la otra "escatología").

Pero, en fin, ¿en qué posición visible estuvieron ante estos problemas máximos de la sabiduría?

Veámoslo discursivamente, para mejor esclarecimiento del asunto:

Los hombres, según su propia índole, y la índole de su ambiente y de su época, asumen diversas actitudes ante ellos.

Y, así, por ejemplo:

Los ignoran unos, porque no pueden conocerlos, cual ocurre a los pueblos primitivos o demasiado incultos; otros los ignoran por incuria de su importancia, por no querer preocupaciones de esta suerte, al modo de los hedonistas y sensuales de todos los tiempos;

creen algunos, a ojos cerrados, como los místicos, con dejación o clausura voluntaria del entendimiento;

quienes dudan, con los escépticos, por no haber hallado soluciones adecuadas a su inquietud;

no pocos se enorgullecen de entender y resolver el problema racionalmente;

gran mayoría lo sienten con el corazón y lo aceptan sin entrar en disquisiciones intelectuales,

conforme ocurre en la masa social de los pueblos cultos;

uno que otro, en fin, angustiados e ilustrados a la vez, mas no convencidos ideológicamente, se imponen a sí mismos la "voluntad de creer", sea lo que fuere, maldiciendo, airados, la ineficacia de todos los argumentos, y la vanidad de todos los orgullos de la mente, en una reacción muy interesante que día por día se está apoderando más y más de los pensadores modernos, y ya amenaza constituir campo especial del pensamiento humano, en el sentido de imponer las soluciones imperativamente, como los héroes, cuando esas soluciones no se dejan conquistar de otra manera: Es el dominio de la persuación sobre la convicción, con el recóndito presentimiento de que creer es crear, no sólo en los fueros de la voluntad sino, también, lo que es aun más grave, en la esfera y actividades del entendimiento.

Como puede inferirse de la información precedente, mera irritabilidad biológica, tropismos, reflejos medulares y condicionados, instinto, inconsciente, subconsciente, intención (tensión y tendencia), imaginación de fantasía e imaginación creadora, intuición (intelección inmediata de razonamiento preestablecido, y adivinación como antes se decía), inteligencia propiamente, afectividad (y amatividad), voluntad, contemplación arrobada (con aprehensión directa) o éxtasis, amén, todas las facultades suyas, ha ensayado el hombre en su anhelo de abrir alguna grietecita en ese callado murallón de los problemas existenciales, con esfuerzo multimilenario ya, de ensayo o prueba, de "trial and error", como dicen los psicólogos ingleses, sin lograr una sola explicación sintéticamente satisfactoria de ellos, unívocamente aplicable a cada uno. Verdades, sin duda, ha hallado, y ha confirmado también la esperanza de ordenarlas algún día en armónico conjunto, pues a medida que la ciencia sube y el entendimiento se disciplina mejor y se hace más sutil, especializándose, crecen las probabilidades de acierto. Es lo que ocurre, "mutatis mutandis" en la medicina (y otras especies del saber humano), que teniendo ahora numerosos recursos y ya produciendo muchos bienes, filosóficamente puede decirse que no ha comenzado ha existir aún, supuesto que sin una concepción sintética del organismo, sus funciones y perturbaciones, y mientras estemos fraccionando éstas más y más en indefinido análisis, que ya es punto menos que imposible tener en memoria y ordenar en la mente, subsiste alocada dispersión de esfuerzos y caótica tarea de enmendaciones fortuitas.

Y es lo grave, que dicha labor analítica se repite a menudo, en movimiento alternativo de mareas, que van y vuelven, al incógnito ritmo de las edades: Así vemos el pensamiento de Píndaro, citado atrás, reaparecer en la India bajo las especies mitológicas de Maya, la ilusión, resurgir, literariamente en España con Calderón de la Barca, sonreir en la Francia de Renán, cuando nos dice que este mundo pudiera ser sólo un drama con que la Divinidad a sí misma se divierte, y enseriarse en la ciencia de última hora, cuando el británico Jeans conceptúa que es a un

"pensamiento" a lo que más se parece el mundo. Y esto sea dicho sin rememorar la larga serie de filósofos idealistas que ese mundo y esta vida nos disuelven en deliciosas luces de Bengala y alucinadores juegos de pirotecnia mental.

Análisis, flujo y reflujo de mareas que nos harían desmayar de nuestro intento de entender los suso acotados problemas si no viésemos que en ese vaivén de teorías y preocupaciones vamos avanzando en capacidad de discernir y en nociones estables. Porque si para llegar a lo infinito, según la célebre fórmula, tuviésemos que recorrer todas las veredas de lo finito, ya habría para un rato de milenios más de angustia. Afortunadamente la ley de las probabilidades nos permitirá muy pronto acortar el camino, y esta aceleración de la cultura en que vivimos, ya prodigiosa, otro tanto nos permite ser optimistas, razonablemente optimistas se entiende.

Pero, vayamos despacito, que no es esta cuestión frívola o fácil de elucidar sumariamente: ¿Estoy acaso construyendo algún ideológico castillo de naipes? ¿Me será posible proyectar estas ideas en la historia del pensamiento humano, y hacerlas vivir en nombres propios de persona, irrecusablemente?

Como última actitud de la espiritualidad religiosa, y la más impresionante desde el punto de vista de la personalidad en sí, veamos este linaje de los que asumen la voluntad de creer. Recordemos cómo, en la lucha entre Yaveh y Satanás, entre la esencia y la existencia, entre la ciencia y la religión, que todo ello resulta una misma inquietud con diferen-

tes presentaciones históricas, la Enciclopedia del XVIII y la Ciencia del XIX creyeron haber muerto a Dios, y cómo la Religión, reaccionando luégo por su parte, con Roma, Lovaina, Oxford y París a la cabeza, declaró por boca de Brunetière, ingenuamente asimismo, la bancarrota de la Ciencia. Y pues que ni el Uno ni la Otra habían entregado los cuarteles, antes más seguían impertérritos en todos sus baluartes, ocurrió algo extremadamente útil: La Ciencia prosiguió sus investigaciones a paso de gigante, con la inmensa aportación de miles de obreros suyos, y no ya de unos cuantos, como en pretéritas edades, obteniendo así posiciones de fortaleza, de seriedad, de serenidad y de prestigio ya invencibles; en tanto que la Religión lanzóse igualmente a las más audaces inquisiciones y más valerosas actitudes, hasta llegar con el Modernismo de católicos y protestantes, Alfred Loisy, George Tyrrell, F. von Huegel, F. J. Hort, v. g., a las fronteras de la herejía, según se colige de la bula "Pascendi" de 1907, modernismo que, con bula y todo, pues ya sabemos que los heresiarcas hacen progresar prodigiosamente las religiones, sigue, aunque sofrenado y soterrado, activando estudios y conciencias: Pues bien, los que no han podido o querido arrostrar con los nuevos datos de la ciencia, van tomando esa otra actitud de declararse creyentes por el imperio de la voluntad y por encima de cualesquiera argumentos que se les pretenda oponer, en una como inquina contra la razón, que tánto les ha hecho cavilar y sufrir. Si es que casi casi dicen, con la violenta expresión popular: "Creemos porque

nos da la gana de creer" y "allá ustedes —parecen añadir socarronamente— con sus tiquismiquis técnicos."

En esta ruta llegan algunos, tal el, a mi juicio, poco delicado Papini, a accesos de agresividad epileptoide y de embusterías históricas, que no merecen el prestigio popular de que disfrutan. Otros, con la dignidad de los grandes humanistas, Charles Péguy, Paul Claudel, Jacques Maritain, en la Francia intelectual de este siglo (y en otras partes, como K. G. Chesterton, en Inglaterra, Nicolás Berdiaeff —a su modo— en Rusia, J. Huizinga, en Holanda...), honestamente luchan con las dificultades técnicas que se oponen a su fe, y han producido páginas de mucho mérito: Lidiando con las implacables imposiciones de la vida moderna, la fe irreductible de Maritain busca "nuevo ideal de Cristiandad", distinguiendo sutil (y sofísticamente) entre Cristiandad social e Iglesia cristiana (como si la sociedad cristiana y la iglesia cristiana no se hubieran confundido en los tiempos iniciales de nuestra religión, hasta poder asumir funciones que hoy corresponden al Espíritu Santo, así la elección de obispos y de papas, así la canonización de asentimiento común, o la interpretación de las normas evangélicas), distinción que le permita eludir los ideales obsoletos del ebionismo primaveral de la Iglesia, el "Imperium" místico de la Edad Media y la organización capitalista que siguió al Renacimiento y la Reforma, y poder predicar "nuevo orden" con los auspicios del Doctor Angélico, su guía y señor. Mas ello es que esta sim-

patiquísima postura y este "sui géneris" teologismo episcopal del eminente catedrático francés tienen que armonizar primero estos dos postulados de su propia doctrina: El que la Religión es "superestructura cultural" y no estructura cultural meramente, de las sociedades, y el Mundo dominio del Demonio ("Totus in maligno positus est mundus"), establecen campo de contradicción irreductible, porque recíprocamente se destruyen sus respectivas actividades y se anula toda su potencia.

Los verdaderos místicos toman el rumbo de la visión directa de Dios y proclaman sobre todas otras esta evidencia: Swedenborg no pudo ser más explícito cuando afirmó que "veía por vista interior las cosas que están en la otra vida con más claridad que las que existen aquí en el mundo." Santa Teresa, que bien entendía de este grave empeño, y de quien San Juan de la Cruz afirma, con toda su autoridad, que el Espíritu Santo la asiste en muchos de estos pasajes de sus confidencias, sostuvo que cuando Dios se muestra al alma, ésta queda tan abismada que "ninguna cosa entiende, porque las potencias suyas se pierden", pero, que hay otra especie de comunicación directa, y es de visión e iluminación íntima (no de los sentidos ni del entendimiento, sino por los caminos de la intuición), y que entonces "por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una no-

ticia admirable, que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios, de manera que lo que tenemos por fe allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres personas y le hablan. . ." Muy bien: Pero, ¿qué le dicen? ¿Qué le dijeron a Swedenborg sus clarísimas visiones? Es tan pobre el contenido "comunicable" de esta experiencia, vieron tan poco de Dios y el ultra-mundo estos valentísimos visionarios, que sólo a ellos les sirvió la prueba, y a nosotros nos dejaron "en las mismas", como dice el pueblo: De ahí que Emerson comente discretamente: "El secreto del Cielo se mantiene en todas las edades."

La misma Santa Teresa de Jesús confiesa que no puede transmitir esas verdades de evidencia inmediata que así aprehende: "¡Oh, válame Dios!, ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta misma manera cuán verdaderas son!" Por lo cual todo ello se queda intrascendente y como ahogado en el alma: "Sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma, en lo muy más interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía." Lo que no se acomoda, en cuanto a la claridad intelectiva de la noción, con la afirmación categórica que nos cita Maritain acerca de que a los místicos Dios "Les reveló las profundidades de la vida divina

y el secreto de la eternidad", pues tal como acabamos de ver, ese hecho, si hecho hubo, no es una revelación, sino un deslumbramiento.

Para ser más respetuosos con los grandes valores espirituales de nuestra cultura, coloquemos este problema en cabeza de turco, y recojamos de la historia que Apolonio de Tiana, asceta pitagórico del siglo primero de nuestra era, de prestigio extraordinario, cuasi mesiánico, entonces, decía entender perfectamente el lenguaje de las aves, sino que, como descuidase el comunicar con los demás hombres la técnica de este su hallazgo milagroso y los resultados así obtenidos, las aves perdieron aquella magnífica oportunidad de informarnos acerca de su espíritu. . . y Apolonio la de que creyéramos hoy en su sabiduría.

Y así digo que es sobremanera peligroso que los espíritus efectivamente tocados por la gracia de la sublimación mística no cuiden de iluminar bien esos sus raptos de ascenso a las regiones de Dios, para que, así, nadie pueda confundir su elación verdadera con los embustes de los que usurparon fraudulentamente el augusto sitial de los misterios. Tal vez tal vez, sea en el fondo del alma, y no en problemáticos ultramundos, donde reside la arcana esencia de los dioses, y donde esa alma con ellos comunica realmente.

Otros senderos existen que merecen más acatamiento intelectual, y son los de la sublimación de la fe como imperio aparte: "A Dios se le conoce por la piedad", decía Joubert muy sensatamente, y el señor Caro confirma en afortunada estrofa:

"¡Señor! El que orgulloso de su ignorancia
en solitaria estancia
el rastro sigue de la ciencia escrita
y de los mundos el arcano explora,
sólo estériles dudas atesora
y el rastro pierde de tu luz bendita."

Algunos pensadores de esta edad buscan a Dios en las realizaciones espirituales del hombre, dentro de lo divino que hay en lo humano: Max Sheler dice que "el ser existente por sí es sólo digno de llamarse existencia divina, en la medida en que el curso impulsivo de la Historia del Universo realiza la eterna deidad en el hombre y mediante el hombre." Pensamiento que sigue muy diversa elaboración dentro de mi ideología, como en otro lugar lo he expresado extensamente, pero que es de gran porvenir histórico, conforme lo indica la frecuente vislumbre que de él han tenido filósofos de todas las épocas.

Por otra parte, la voluntad de creer como mandato imperativo de un anhelo personal, tiene preclaros antecedentes, que me obligan a detenerme un poco más en su estudio y análisis, porque ilumina mucho la actitud religiosa de Caro y Cuervo, tal como voy interpretándola:

No sé qué me dice que esta actitud es la propia de los temperamentos vigorosos, de las rectas personalidades que en este campo de la sabiduría han sido y son aún. Y no sería mucho descaro hacerla descender del mismo Apóstol de los Gentiles, tan arrogantemente plantado en la cuna y hacimiento del

Cristianismo, tan fabulista y sincero a la vez, quien, sin eufemismos ni melindres, se proclama segundo Redentor: "Cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo", dice a los colosenses, y a Timoteo le informa, finada ya casi su "buena pelea", que merece "corona de justicia" (In reliquo reposita est mihi corona justiciae) : Porque, con clarividencia absoluta de que contradice la Ley y de que la iglesuela de Jerusalem se le opone y de que San Pedro anda en un mar de incertidumbres, "le da la gana" de creer en la Resurrección y en la Gracia, que a todos, hebreos y gentiles, romanos, griegos y bárbaros, nos han de salvar y redimirnos de esta felonía de hacernos nacer para vivir un rato apenas (de esta "eternidad prestada", que dijo André Tardieu), o como él lo anuncia a sus queridos tesalonicenses: "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús", y de esta manera voluntariosa y sagaz, acabó con todos ellos, obrando el milagro, mediante la "locura" de la cruz, con ellos todos, los que querían ceñirse a postulados incontrovertibles, a mandamientos y códices, a la autoridad de los testigos, a la lógica pacata de la vida y a la razón del mundo entero.

Un siglo después Tertuliano nos cautiva igualmente con su regia voluntad de superhombre. De esa progenie de norteafricanos borrascosos, estilo San Agustín, que aunque engendrados de sangre romana, algo tienen de su vecino el númida, ¡éste sí que afrontó las dificultades cara a cara, y el sol partió con ellas! Letrado, cual pocos entonces, y jurisconsulto

de disciplinas académicas, perito en hagiografía y escrituras santas, la razón le muerde muchos de sus principios religiosos y quisiera enemistarle con ellos: ¡Ah, no! Eso nunca: "Credo quia absurdum est" —exclama enloquecido de voluntad— creo, dice, porque es absurdo. ¡Evidente! ¿Qué gracia tiene, ni qué mérito, creer lo razonable y acepto a los ojos del mundo? Y se lanza a todos los extremos, el de la herejía inclusive, sereno, severo e implacable. Y es montanista al fin. No importa que la Iglesia haya condenado a estos pietistas de todos los tiempos. Ese es otro problema, otro gran problema, sin duda: Porque si Montano, si Calvino y si Jansenio están en lo cierto y son lógicos con su fe, la Iglesia sabe que no la perfección, sino la adecuación, la puede sostener en el mundo; que si no transige un poco con nuestras veleidades y flaquezas, que si acepta a Tertuliano y a Pascal, a los locos abelianos y albigenses, a los estilitas y faquires, ella y el mundo tendrán que liquidarse en un tétrico "harakiri" de renunciaciones, en una parálisis total de la vida. Pero es bello de ver ese cañonazo de la voluntad tertulianista, ese creer "porque me da la gana".

Con razón que al través de los siglos se repita en otro mediterráneo insurgente: En aquel don Miguel de Unamuno, que como todo verdadero español fue una turbonada de cosas grandes y de menudencias inverosímiles, en conjunto trágicamente desarticulado, que él conocía ser así: "Siéntome con un alma medioeval, y se me antoja que es medioeval el alma de mi patria". Con razón que él, agobiado de contradicciones y presa de la angustia de la eternidad, abominase de la razón y de la ciencia y declarase que quería creer, y creer "porque sí", sin arrumacos de prueba.

Angustiados y heroicos, y un sí es no es enloquecidos. Angustiados como Kierkegaard, por ese grave negocio de la eternidad, por ese no querer una existencia efímera en el seno de una esencia perdurable: Nietzsche es el último nacido de esa angustia, que armado de luminosas armas, filólogo y poeta, crítico mordaz y blando de corazón como un huérfano, como el gran huérfano de la historia, se inventó otra voluntad de creer, otro creer contra toda verosimilitud, inclusive la del "retorno eterno", que tiene en contra suya terrible objeción físico-matemática y el silencio de la conciencia para la "media" eternidad, o eviternidad, que nos precede: ¡Con qué ternura por esa eternidad nos dice en su Zarathustra, presa ya de la euforia meningencefalítica que le mató, pero demoníacamente iluminado aún: "Todo placer quiere eternidad, quiere eternidad profunda!" (Doch alle Lust will Ewigkeit-will tiefe, tiefe Ewigkeit!)

Otros apelaron también a la voluntad, aunque hipócritamente, con acaramelados subterfugios, que nos hacen sonreir, y quererlos como a niños que inventan candorosas mentirillas para disculpar el haberse comido el postre a escondidas de la despensera razón. Así Kant, así Bergson, así Dewey y William James: Todos ellos tienen "voluntad de creer" con fundamentos y variaciones que corresponden a

su guisa, y que a veces nos seducen por la dulzura del intento o la exquisitez del estilo. Releyendo a Bergson, pongo el caso, recuerda uno aquellas admirables páginas del Fedón platoniano, en que, aunque pesen más los argumentos de Cebes y de Simias, aprende a amar al Sócrates memorado que las dicta, como aprende en ese otro, el francés, a amar la poética ternura que le mueve, siquiera aquél pase por alto los paralogismos dialécticos y éste los técnicos, que abruman y confunden su verosimilitud a nuestros ojos, y que ellos tampoco ignoraban: "Certes, l'immortalité elle-même ne peut pas être prouvée expérimentalement: toute expérience porte sur une durée limitée, et quand la religión parte d'une immortalité, elle fait appel a la revelation", afirma el sorbonense, en su "Energía Espiritual", pero se decide por la supervivencia con "tantas probabilidades, que CASI constituyen certidumbre..."

(Pongo puntos suspensivos, porque caigo en la cuenta de que, a fuer de apasionante para mí, me voy extralimitando en dichas lucubraciones, y comoquiera que éste sólo es y sólo debe ser, estudio biográfico, y no resumen de la historia de la filosofía, regreso a su núcleo primordial).

Caro y Cuervo no corresponden a este grupo de pensadores:

Con toda la sencillez de su alma, la filosofía de Cuervo sigue el rumbo diáfano de la religiosidad netamente mística, sin complicaciones ni esguinces: Cuervo pertenece al linaje espiritual de los que se entregan a Dios sin preguntarle nada, sin exigirle

nada, en comunión sumisa y directa. "En tus manos encomiendo mi espíritu", parece haber sido su norma, y en verdad que se me revela de la estirpe de Jesús, de San Juan el de los Evangelios y del otro San Juan, el de la Cruz, de Francisco el de Umbría y de la españolísima Teresa, poetas todos ellos de primera magnitud, y almas que anidaron tranquilamente en la alta cúspide del Dios Providente.

No así Caro. Este se alinea con otras huestes de la religión y de la filosofía: Si no falla mi juicio, pertenece al campo de los lidiadores, de los abogados de la fe, de los teólogos litigantes: Está con San Agustín, San Atanasio, Santo Tomás de Aquino, allá por los copos de la Patrística, y está, bajando el diapasón a claves más discretas, con Balmes, con Newman, con Urráburo y Moigno, con Mercier y Maritain, con Carrasquilla entre nosotros...

Es posible que esta mística dación que de sí mismo hace Cuervo a su fe, y que esta actitud de abogado teológico que, conforme a su idiosincrasia, asume Caro, nos expliquen el que no hayan ahondado un poco más siquiera en tan grave asunto. Caro, sobre todo, respecto de la conducta de los hombres, pues ya para su época se conocían, aunque no eran aún la moneda trivial que ahora son en achaques de sociología criminal y de elemental psicología, estas bases de la interpretación de la vida asociada y de sus perturbaciones que indiqué antes.

No sería, empero, justo el demandarles entendimiento prespicaz y omniscio saber en todas las actividades de la mente, pues ocurre que muchas ve-

ces, y no por carencia de habilidad, sino por ausencia de especial interés o de vocación, pasamos de lado respecto de problemas de ingente magnitud y morimos sin darnos cuenta de ellos, y de que su solución incumbía a nosotros y a nuestra edad histórica, tal como viose en los romanos más ilustres de la época en que surgió al mundo la gran revolución de Cristo.

Hoy, por ejemplo, se está produciendo uno de aquellos diálogos que sólo ocurren de milenio en milenio entre la Divinidad y el hombre, y nadie, que yo sepa, lo ha advertido todavía.

Ello es tan interesante que voy a detenerme a considerarlo un minuto siquiera, aunque reincida en desordenar este esbozo biográfico con nuevas digresiones: ¿Qué importa el tal desorden, si nadie nos urge a que lo concluyamos de este o ese otro modo, ni que sigamos por derroteros precisos? Con que, despreocupado lector, desviémonos otra vez, como hace el buen turista, y contemplemos el bello paisaje espiritual que topamos por aquí, y gocemos de él, que mucho nos importa y harto nos incumbe.

Estos diálogos entre el Juez Supremo y la conciencia moral del hombre suelen ocurrir durante luengos siglos, en un "crescendo" de emoción y de formación o concreción ideológica, que culmina de pronto y nos da la ilusión de haber acaecido en solo un instante de la cultura.

El primero nos lo reveló el Génesis, cuando el hombre, personificado en Adán, resume la actitud de la conciencia humana que comienza a inquirir el

porqué de sus destinos, el porqué es fugaz la vida y acompañada de tántas inquietudes y dolor acerbo.

Su progreso debió de durar los milenios que preceden a la primera iluminación de la inteligencia humana, pero se nos aparece conciso en ese breve instante de un mediodía en que Adán y Yahveh se explicaron por última vez a solas y trazaron el primer acto de esta tragedia milenaria de la vida espiritual del mundo.

En este primer diálogo Jehová le explica al hombre que sufre y ha de sufrir por cuanto ha pecado contra él, y define la implacable ley del talión que le condena "ojo por ojo y diente por diente" hasta la consumación de los siglos. Es el diálogo de la "Expiación".

El segundo diálogo y acto segundo de la tragedia moral, se verifica en casa de Job el idumeo. Aquí el interés psicológico se agiganta, porque ahora no es Yahveh quien pide cuentas al hombre, sino este hombre, herido sin culpa, el que se irgue sobre el ara de la propia dignidad consciente y reta a Dios: "Quién me diera el saber dónde hallar a Dios". "Querría razonar con Dios". "Ordenaría juicio ante él". "Porque ha aumentado mis heridas sin causa".

Hora culminante aquella: "Corrió contra mí como un gigante", continúa Job, "A pesar de no haber iniquidad en mis manos."

Y alzándose a esferas infinitas, añade: "Entonces hablaré y no le temeré". "¿Quién que fuese inocente se perdiera?" Y le diré "Hazme entender por qué pleiteas conmigo".

He ahí a Dios enjuiciado por el hombre. Ya no es la Divinidad la que toma cuentas, es la criatura la que se encara con Hacedor y le recusa su justicia. El mismo Jehová discute y largamente se defiende, como en estrados, alegando al fin que el mal que padece el justo es sólo prueba que su infinita bondad permite le ocurra para mayor gloria de su triunfo y de su mérito: Es el diálogo de la "Probación".

Empero, ni la ley del talión ni la teoría de la prueba salvan el abismo del dolor humano. La conciencia del hombre queda intranquila en sus relaciones con el Creador, y otro diálogo surge, el diálogo de la "Redención", el diálogo entre Jesús y Jehová.

La remota ley del castigo conforme a la culpa, que alegaban los amigos de Job, la rompió el hombre justo. Pero quedaban aún los inocentes, para quienes la falta primitiva aportaba males tan terribles que agobiaron el corazón y el entendimiento del hombre. Jesús reclamó la "gracia" y se ofreció en "rescate" para siempre.

Es el tercer acto de la tetralogía inconclusa de la historia moral del hombre. Es el diálogo supremo de Galilea que culmina en la Cruz de Sión.

Y qué magnitudes de progreso espiritual entre uno y otro: En el primero se nos aparece la Divinidad inexorable, con algo de la vindicta inflexible y cruel de los pueblos incultos aún.

En el segundo ya vese en ella un alegato de causalidad de los castigos y la gentil hipótesis del mal de los justos e inocentes como prueba transitoria para confirmar su mérito, y asimismo, resaltan relaciones

afectivas más cordiales entre Dios y el hombre. Sólo que todavía hay algo éticamente monstruoso en ese convenio de camaradas feudales de horca y cuchillo, en que Yahveh y Satanás juegan a pares o nones la virtud de Job, y sin reato de conciencia resuelven matar a diez personas inocentes, robarse once mil quinientas cabezas de ganado e incendiar predios y domicilios. . . para probar la fidelidad y la paciencia de un ser bondadoso, desprevenido y débil, juguete de azaroso capricho, demoníacamente inútil.

Cuánto mayor alteza de miras y leal entendimiento revélase en el nobilísimo diálogo de Jesús y de Yahveh: Ya se defiende y exalta la pureza de la infancia inocente, ya las circunstancias pasionales de la mujer adúltera se tienen en cuenta, ya las exigencias del mundo se imponen en el juicio de publicanos y gentiles, ya el arrepentimiento de Dimas enjuga la culpabilidad de sus deslices, ya la ignorancia es un atenuante de la imputación. Y es un nuevo trato, un convenio o "covenant" entre el "Padre nuestro que estás en los Cielos" y los "Bienaventurados que sufren". Y un auxilio de gracia. Y una comunión íntima de confortación entre Dios y el hombre, y de los hombres, hermanados, entre sí. Es el diálogo que parpadea de divina luz en el Sermón del Monte, augusto y perdurable: Son, en fin, las bases del Derecho y la plácida aurora del espíritu.

Y el diálogo futuro, el que estamos esperando, cuánto más grandioso habrá de ser, y cuán bella antevemos su próxima epifanía en medio de este caos del destino actual, que nos conturba y destruye: Será

el diálogo de la "Exaltación" del hombre, cuya pálida génesis histórica acabamos de ver en líneas anteriores.

Porque así como viviera el hombre centenares de miles de años en la penumbra moral de la salvajez primitiva bajo la norma implacable del talión, y así como viviera decenas de siglos bajo el convenio de la prueba del Edomita, en el alba de la Justicia y del Derecho, vivió ya dos milenios de esperanza al amparo y al abrigo de la nueva fe, de la alianza nueva, que le prometieron la Gracia y el Rescate de Jesús.

Mas he aquí que surgen catástrofes de más amargo contenido que nunca en la historia del hombre. He aquí que los horrores del talión fueron sobrepasados por insólita crueldad, y que la prueba rebasó la resistencia del corazón, y sucumbieron los inocentes y los justos, sin poder alcanzar el triunfo de la prueba, porque la prueba agobió al probado con el aniquilamiento de su vida y de su espíritu. Y he aquí que la nueva alianza del Reino de la Gracia y del Rescate se rompió en el mundo y aparece cancelada en la crucifixión de las naciones, la orfandad de los inocentes y el destrozo imperativo de todas las virtudes. He aquí que el hambre, el dolor, la muerte y el pecado se pasearon en un carro de triunfo ante la conciencia humillada del hombre.

¿Dónde está la redención, qué queda de la prueba tras la muerte del probado, dónde el talión igualitario, siquiera?

Nuevo diálogo se impone entre Dios y su criatura, y nueva explicación le debe Dios al hombre. Es

éste el cuarto acto de la tragedia del mal, el a que asistimos hoy, y estamos escuchando la voz que lo predique.

¿Dónde surgirá esa voz?

Drama grandioso de nuestra generación martirizada, que no fue más culpable que las otras, ni estuvo más enferma, y fue sí más penada que ninguna.

Adán, Job y Cristo reclamarán su fuero y el galardón de su martirio, y no podrá caer el telón de esta edad sin que oigamos el diálogo postrero del Destino entre la Divinidad y el Hombre.

Por eso las religiones se agitan. Por eso la ciencia inquiere. Por eso la filosofía anda lucubrando arduamente. Los que no escuchen ahora, están dormidos, los que no piensen ahora, vencidos están y carecientes de la dignidad de ser hombres.

Porque andamos interrogando por todas las esferas del mundo la presencia de un Dios personal que venga a platicar otra vez con su criatura, y él sabe que si hoy se oculta, oculto quedará para siempre.

Y que si esto ocurre, el hombre tomará sobre sus propios hombros su destino.

•

¿Qué aplicación, me pregunto, tiene todo esto en la biografía de Caro? La de confrontarlo con la historia del pensamiento y ver si cabe en la categoría de los filósofos. La de demostrar que si su ilustración pudo ver todas las inquietudes del mundo y entender los fueros de la vida, su inteligencia, enclaustrada en la teología y en el dogma, cerró los

ojos al grandioso drama del hombre y le retuvo en un laberinto de pequeñeces incidentales y locales, inferior a su majestad intrínseca y a la majestad de los destinos patrios que pudo, en política, a lo menos, favorecer más aún.

Y si atisbo a hurtadillas la cultura universal al hablar de Caro y Cuervo, es porque ambos fueron a su modo universales, y no por prurito impertinente de comparaciones, porque nada, en fin, del mundo se entiende, hombre o cosa, sin proyectar sus dimensiones sobre algún patrón de medidas, y porque para entender a un hombre hay que entender los problemas de su tiempo.

Más aún, sin definir sus limitaciones, sin señalar la linde de su ser y de sus obras, quedamos ayunos de su vida. El panegírico en superlativos y esdrújulos disminuye, más que enaltece, a los grandes hombres y a toda cosa en general y toda materia inteligible.

Dentro de esas demarcaciones de la personalidad de mis dos conciudadanos y maestros, dos perjudicaron por demás gravemente la amplitud de su obra máxima: A Caro le condujo el fervor de su doctrina partidaria a descuidar por luengos años, de los mejores de su madurez, las labores literarias y lingüísticas para que fue dotado de supremas virtudes de asimilación y de creación. A Cuervo le dañaron, a cual más nociblemente, su honradez meticulosa y su enfermiza timidez para concluir la empresa fundamental de su vida e iniciar otras que su erudición inverosímil y su exquisita discreción hubieran podi-

do dar a luz sin mayor esfuerzo ya. Un sentido heroico de la vida y un poco de arrogancia ante las limitaciones y desconciertos, naturales y en cierta manera útiles, de los instrumentos de trabajo y de la sabiduría en sí, le hubiesen conducido a regalarnos con mayor caudal de ciencia, de esa su ciencia que en mucha parte, como Caro también, inédita se llevó a la tumba. De 1896 a 1911 corrieron quince años de relativa parálisis de su voluntad, de un colapso de su espíritu, que bien aprovechados, no sé cuánto hubieran frutecido en obras de calidad eminente para el humano saber y el grato orgullo de su tierra nativa.

En fin, como fueron, bastante fueron para amarlos sumamente y glorificar sus nombres.

•

Al llegar aquí en este estudio, una pausa se me impone: dentro de mi espíritu estaba la intención de investigar el cómo se había formado la íntima persona de estos dos colombianos ilustres, sin cuidarme mucho del itinerario de sus vidas, ni de los agradables pormenores de sentimiento que constituyen la esencia artística de las biografías "noveladas", hoy en uso tan frecuente, y comprendo al fin que esos detalles de trayectoria vital hacen mucha falta para el cumplido entendimiento de mis biografiados.

Así, por ejemplo, sería útil escudriñar reposadamente los apuntes de viaje de don Rufino José, cuando en 1878 recorrió con su hermano Angel casi toda Europa, compendiando en trazos muy objetivos (y muy superficiales también) sus impresiones: De

ahí pudiera uno entresacar esclarecimientos acerca de su vocación estética, que de paso diré surge muy notoria y plausible; de su escasa inquietud por las modalidades subjetivas de los pueblos que conoce; de su admiración, desinteresada y pura, pero evidente, por la belleza de la mujer, que coloca su virtud de continencia en cumbre razonada y noble. Ahí, también, pude hallar alguna frase incidente que me confirma en la suposición, que atrás establecí, acerca de haber estado enamorado alguna vez, ya que anota al comentar la presencia de parejas juveniles que alegremente van por algún parque público animadas de amor, sentir "su soledad y la tristeza de sus recuerdos", él, de treinta y cuatro años apenas y ya glorioso: Mas no puedo asegurar que tales apuntamientos sean suyos y no de don Angel, como, por varias razones lo sospecho, sin poder afirmarlo aun... Relatar, en fin, muchas anécdotas suyas que nos le muestran, conforme en ello con el carácter de su familia, no sólo exquisitamente culto en lo social y aun exagerado en los comedimientos del trato, sino extremosamente susceptible, e irascible tal vez, por donde se descubre que tenía que dominarse, y que lograba hacerlo, con el esfuerzo de su bien disciplinado corazón.

Importante sería, asimismo, comentar los métodos de su trabajo, y mostrar hasta dónde hubo de ello otro motivo de aplauso en sí y de buen ejemplo para las nuevas y las venturas generaciones.

Y es mucho también lo que me falta decir de don Miguel Antonio, aunque más prolijamente he

tratado de él, por la mayor riqueza circunstancial de sus actividades, como es el caso de sus estudios de historia patria, a que pudo dedicarse con gran provecho cuando fue (1882-1885) director de la Biblioteca Nacional. Los pocos ensayos que nos dejó en tales disciplinas revelan la busca acuciosa con que los hizo y las buenas dotes que tuvo para ello.

En este orden del análisis de su personalidad pudiera uno intentar la investigación de su grande afecto por Colombia, él tan esquivo al encomio individual, y hallar así ocasión eminentemente propicia para la interpretación de ese amor de patria, que es algo superior a la suma de las adhesiones particulares, al raro modo que la opinión pública es, con mucho, superior a la suma de las opiniones individuales del conjunto social, que no es, digamos, la que en un momento dado tienen los dirigentes del poder ejecutivo, del congreso, de la judicatura o de la prensa periódica, ni tampoco el criterio aislado de esta o de aquella personalidad precipua, sino el espíritu público sordamente manifiesto, inextricablemente formado, pero casi siempre infalible. Es que en el sentimiento de patria conviven, seleccionadas espiritualmente, las mejores virtudes de nuestros padres con nuestras mejores virtudes, a más de una como proyección de entrañados anhelos hacia el futuro, con que se "totaliza" un ideal supremo.

Don Antonio Gómez Restrepo nos ha iluminado acertada y cordialmente la posición del señor Caro como crítico en el panorama de la entonces incipiente literatura de Colombia y, proyectádola con

mucha erudición en el marco universal de esta disciplina: Nos le muestra como fue, prodigio de superación de su ambiente, y nos dice sus méritos de intérprete afortunado de las magnas obras de Virgilio y de Horacio, de Cervantes y de otros muchos ingenios de España; de la epopeya de los conquistadores y de la actividad prodigiosa de don Juan de Castellanos; de la personalidad y producción de José Joaquín Olmedo y de sus compatricios José Eusebio Caro, padre suyo, y Julio Arboleda, "condottiere" y poeta, cruel y grande a la vez, su copartícipe en opiniones políticas. . . nos le revela, en fin, en sus grandes aptitudes para esta labor insigne, y, cariñosamente, pero honestamente asimismo, en las limitaciones que su carácter y doctrina le impusieron en dicho campo, y que (a mi modo de ver, según ya lo dije), le hubiera impedido, de dedicarse a ello más tesoneramente, llegar al cenit de la imparcialidad ecuánime.

Mas no es posible que yo continúe haciendo tantas divagaciones, ni que pretenda agotar este tema biográfico tan rico: Miremos meramente, y para concluir al fin este estudio, la actuación espiritual del grande hombre en su ambiente, con mira especial en lo que a Caro y Cuervo les incumbe.

Los grandes creadores de cultura son a su patria a la manera de los conquistadores militares y políticos, que la engrandecen, dilatando, no ya la linde geográfica de sus fronteras, sino al ámbito más fecundo todavía, de su espíritu. Ellos, al morir, integran su grandor en la grandeza de la patria, ésta

acreciendo en tanto cuanto fue el suyo. Son, pues, padres de esa patria, y en el caso específico de nuestros dos eminentes lingüístas, próceres de augusta dimensión cultural y moral.

Empero, si "empero" cabe decir, son, de suyo, jornadas del espíritu y no etapas definitivas de su derrotero histórico: Pretender que la nación continúe indefinidamente recorriendo en uno a modo de girar de noria la misma senda que ellos transitaron en sus investigaciones, y querer algo así como estabilizar o petrificar en dogmas infrangibles o infranqueables su obra, sería tanto como destruir el mismo propósito que movió a ellos en su elaboración augusta. Respetarla sí, y amarla entrañablemente, pero para partir de ella hacia nuevos rumbos y jornadas nuevas de inquisición y de conquista.

Este, el mejor tributo nacional a su grandeza.

Y porque así no puedan ellos en el seno de la eternidad repetir el apóstrofe despectivo de Federico Nietzsche, que seguramente no tuvieron ocasión de conocer en vida: "Busqué continuadores y sólo hallé el eco", y menos aún, para que no quieran aplicarnos la dolorosa imprecación de Núñez de Arce cuando llamó a los suyos, en su hora, "generación menguada".

Pues la patria es obra del espíritu en devenir incesante, o no es nada históricamente. Y para que resulte obra del espíritu es indispensable que se cumpla en cotidiana superación indefinida, supuesto que doquiera y cuandoquiera que se estanque, como cosa

viva que es, hallará su derrumbamiento y muerte suya.

Sin duda que ellos se equivocaron en la creencia de muchas cosas que hoy se nos aparecen canceladas conceptualmente o derogadas de su imperio por el mismo ejercicio de su virtud, por el cumplimiento de su misión genuina: Pero nos queda su espíritu, y nos queda la ruta que establecieron y consolidaron recorriéndola, y con recorrerla, ejemplarmente.

Así, aquella democracia de nuestros mayores, aquella democracia por la cual dieron sangre y espíritu los próceres de la emancipación y los campeones de la república subsiguiente, es ya muy otra de la que ellos demandaron con tanta fiebre de amor y a la que sirvieron heroicamente. Es muy otra, pero esta otra se construye sobre los muros que levantó aquélla y que, en levantándolos, la hizo posible dentro de la historia nacional.

Cierto: Libertad, Igualdad y Fraternidad, tríade-resumen de una jornada de la cultura o su avatar de una hora fulgurante, ya deben ser superadas —no destruídas— por el nuevo triálogo que las complejidades contemporáneas de la vida social requieren: Equidad, mejor que la libertad, porque la abarca y la supera, porque es más jurídica, más operante, más armónica con la gradación natural de las aptitudes individuales y las exigencias de una comunidad coherente y menos ampliamente espaciada, mucho más populosa y mucho más interdependiente ya. Asimismo, la igualdad, requerida cuando todavía la es-

clavitud y la servidumbre, la diferencia de clases y de vínculos de asociación fueros tan grandes y estorbosos al procomún, ahora se nos revela como inerte ya e inútil para engendrar nuevos beneficios: Mejor que igualdad teoremática, pedimos y promulgamos colaboración, un ayudarse los unos a los otros y apoyarse mutuamente para fortalecer sus obras y aliviar el esfuerzo que demandan. Y por último, la hermosa fraternidad que cristianos y estoicos nos regalaron, ora al abrigo de la mera moral, ora al amparo de un Dios padre, providente y justo, bella sigue siendo, sin duda, pero hoy resultaría inane, fríamente programática apenas, si no la superamos con el estímulo, con ese apoyo moral prodigioso de una simpatía que nos grite a cada hora y a cada paso el "excelsior" y "sursum corda", y así evite o enjuicie los desfallecimientos y aun el colapso de la voluntad aislada o abandonada a su propia suerte, y sea galardón de los graves sacrificios que imponen la vida y el mundo.

Pues, insistiendo en este análisis, vemos hoy que la democracia va cobrando sentido nuevo de asociación, más que de liberación, y que un pueblo es tanto más demócrata cuanto mejor asociado esté, no cuanto más institucionalmente libre se declare. En este sentido, conviene predicar a grandes voces que la democracia colombiana no es suficientemente efectiva, porque nuestra gente carece del sentido, del concepto y de la praxis de la verdadera asociación fecunda, cada uno obrando por su parte y para sí, hasta el límite de dañarse los unos a los otros, aun sin provecho egoísta, sólo por desgana de servir por

incuria del bien ajeno, y supina ignorancia de que ese bien que parece ajeno vuelve a nosotros en noble reciprocidad moral y material, en riqueza común, mayor dignidad y mayores gozo y orgullo.

Y comoquiera que la acción de presencia espiritual y la obra objetiva de Caro y Cuervo tienden a dignificarnos, a engrandecernos y a enorgullecer nuestro espíritu nacional, nos están asociando, nos están, aun muertos a los ojos del mundo, construyendo la nueva democracia en que habremos de vivir la difícil jornada que alborea hoy en el curso universal de la cultura.

De ahí que les adscriba valor más amplio que a sus obras, y de ahí que tan parsimoniosamente haya querido seguirles en la formación de su personalidad y el desentrañamiento de su índole. Obra, la suya, gigante, pero más gigante aún la que realiza su presencia espiritual entre nosotros, pues que si aquélla es magnífica, definida está, mientras que ésta es "magnificente", indefinidamente magnificadora, perennemente viva.

Porque, si gran democracia es la nación bien asociada, y no meramente bien "codificada", esto significa que cada uno de sus ciudadanos componentes cumpla las funciones de asociación en los varios órdenes de su ejercicio, de donde, aunque resulte impertinente analizarlo aquí, quisiera hacerlo por la magnitud de su importancia social hoy día.

Y así digo, que si nos despreocupamos de las definiciones abstrusas y de prolijas disertaciones técnicas, hallaremos que la base íntima de la buena

asociación, de la democracia eficiente, es algo tan sencillo de ver y de entender, que maravilla el embrollo a que nos tienen habituados los expositores de este asunto:

La democracia verdadera se funda en el ejercicio adecuado y noble de la personalidad.

En este ejercicio, adecuado y noble, se subentienden unas cuantas normas elementales de conducta, que a nadie le será difícil aprehender y a todos nos es fácil practicar, con poco que lo intentemos, ciertamente.

La primera es como una lealtad para con nosotros mismos, aquel mandamiento que todos los filósofos del mundo, los moralistas desde luego, y los estoicos principalmente, nos han predicado, y que San Ambrosio, siguiendo a Píndaro y a Séneca tal vez, y no sé a quiénes más, formuló en tres palabras. "Sé lo que eres" (Esto quid es). Es decir, que debemos prepararnos para desempeñar las tareas que la vida asociada nos asegura o nos impone, con tal honestidad de propósito que en ellas seamos realmente peritos, y maestros o campeones, si a tanto alcanzan nuestras facultades íntimas, pues siendo la sociedad compuesta de individuos, tanto ella valdrá y descollará cuanto aquéllos valgan y descuellen; y porque es deslealtad con la naturaleza misma no perfeccionar, o a lo menos agilitar, mediante adecuado estudio, lo bueno que nos dio graciosamente, y es improbidad vitanda y torpe para con la sociedad engañarla con trabajo mal hecho el que bueno necesita, y como bueno nos paga. Más aún, teniendo cada hombre al-

guna o algunas capacidades sobresalientes, al desarrollarlas, así sólo sea por afición recreativa o "hobby", como dicen los ingleses, contribuye a ser lo que debemos ser para mayor dignidad y orgullo de la persona, y a mucho enaltecer, cual si dijéramos, "grano a grano", la comunidad conjunta. Da grima en verdad, ver que ese milagro del Cosmos que es un hombre, se lleve a la tumba y a la nada devuelva inertes, tesoros de inteligencia, de voluntad y de afecto que necesitaron de luengas edades, de evos aun, para llegar a lo que son hoy día, pues grima da, y cólera también, que tal milagro del arcano mundo sea menospreciado y malgastado como nonada o cosa fútil.

Más sencillo es el segundo mandamiento de la humana asociación, que ordena no engañar dolosamente al prójimo, ni de palabra, porque la mentira disminuye a la vez la personalidad de quien la usa y la personalidad del que la recibe y padece, ni de obra, porque ello es injusto para con el perjudicado y dañoso al fin para el mismo que el engaño ejecuta. Y así se ve cómo los que cumplen con desgana, o con fraude de habilidad y tiempo, el trabajo que debidamente se les paga a jornal o sueldo, y tratan por varios modos de producir el menor rendimiento posible, ignoran, como anoté antes, que se están estafando a sí mismos al estafar a la comunidad, pues cuanto a ésta favorece a ellos sirve en acción refleja, que puede ser inmediata o remota, pero que siempre ocurre. Fomentar activa y directamente los bienes de la comunidad, tanto individuales como oficiales, tanto materiales como de la cultura y el espíritu, y prospe-

rarlos cada cual dentro de sí, mediante la noble aspiración, como atrás lo dije, y quisiera repetir indefinidamente, de ser maestro y campeón en sus tareas, y dentro de la agrupación social practicar esas tareas con la plenitud que requieren, dándoles dignidad de perfección para que mejor sirvan y luzcan mejor, y no, apenas, por el displicente estímulo de un salario y la humillante vigilancia del superior jerárquico o del dueño.

Y es la tercera norma, aquella evidente que han proclamado todas las religiones del mundo, la de no causar daño a nuestro prójimo, "ni de palabra, ni de obra, ni con malos deseos", y a la cual corresponde todo cuanto menoscaba, perjudica o meramente perturba la propiedad ajena, tremendo desorden moral que entorpece el progreso y agria las relaciones sociales, y que en algunas agrupaciones inverosímilmente relajadas o imbéciles va hasta el daño sin provecho propio, hasta el deterioro de las cosas y aun su destrucción, por inexplicable placer enfermizo, que debiera penarse y castigarse con acritud ejemplar inaudita.

La cuarta norma, en fin, no nos manda, mas sí nos pide, ser altruístas y dar a otros de lo que tengamos abundante, ya sean bienes materiales, ora culturales, o espirituales y meramente afectivos, que hagan más grata y más útil la vida en comunidad y sus destinos.

. . . Y como toda esta doctrina, con su vida y con sus obras realizaron Caro y Cuervo, superando su ambiente y consejándolo a la vez, a él dándose, en

fin, en toda la magnitud de sus potencias y la plenitud de sus voliciones y amor, entendemos los colombianos cuanto valen para la formación y dignificación de su patria.

Entendemos cómo, repitiéndolo, de hijos de ella, que se proclamaron orgullosamente, se han convertido en padres suyos y de los más preclaros próceres en la encumbrada sede del entendimiento colombiano y la virtud.

Este ejemplo luminoso de una personalidad que cumple sus destinos ejerciéndolos socialmente con mira en las más enhiestas normas del espíritu, es la mejor base de toda democracia: Al correr furtivo de los años y ante el deshoje melancólico del parco e inseguro almanaque de la vida, voy formándome el concepto de que no lo institucional y lo codificado en leyes constituye aquélla, sino el hecho infrangible, estimulante y enorgullecedor de respetarse y de animarse, de quererse y de servirse mutuamente.

Porque una gran democracia así es, nada más, pero tampoco nada menos: Un pueblo eficaz y dignamente asociado en república (o "res pública").

Es comunidad de bienes comunes, que comunalmente se protegen, se acrecen y disfrutan. Las leyes son letra de esta norma, buenas sí, cuando a ello conducen, mas lo efectivo no es vivir en ellas, ni con ellas, sólo, pero vivirlas pragmáticamente, hacer que en nosotros se ejecuten y realicen.

Así se forma la patria y se consolida inmutablemente. Por eso es indeleble el discurso de Sócrates, que Platón nos repite en el Critón, quizás la obra

cumbre del corazón humano en cuanto al sentimiento y al concepto de patria. A lo menos otra no conozco, ni la de Pericles, que tánto apure el encomio y las razones de vivir en patria y república, de servir a ellas y a ellas sujetarse, no por el imperio de su ordenación estatal, sino por la inconmensurable gratitud de todos los bienes que nos dispensa: El existir, desde luego, como hijos suyos que somos por la sangre; el educarnos, como herederos que somos de su cultura; el protegernos, como abrigo que es de nuestra vida y sus valores; el amarnos, como fuente y ambiente a la vez de todos los afectos, sin los cuales la persona es cero y nonada; y no sólo en cuanto se nos da, gozo inefable, sin duda, más en cuanto tenemos con ella a quien darlos, gozo ya sublime y muy más indeficiente todavía. Y porque en ella podemos, en fin, desenvolver y magnificar el yo en más y más encumbradas elaciones, ser lo que somos, y un poco más aún, con la integración social de bienes espirituales comunes, puesto que el yo asociado está en proporción logarítmica con el mero yo individual.

Es lo que se desprende del discurso que Sócrates hizo a Critón el antedía de su muerte.

Y es interesante para nosotros los colombianos hallar en aquel discurso la fuente primitiva de la actitud y de las palabras con que tres de nuestros grandes próceres enmarcaron su gloria: Santander, en su inflexible sujeción a las leyes y aquél su apóstrofe sinaítico con que encomia el cumplimiento suyo; José Félix de Restrepo cuando humilla el Cosmos a los pies de la justicia, estoico también de esta socrática

progenie que dignificó y emancipó a los hombres; y Francisco Javier Zaldúa, al ofrecer a la verdad, en hora solemne, un sacrificio insólito, con frase augusta que a nuestra historia enorgullece y define.

Y si no yerra mi juicio, Caro y Cuervo, al amar a Colombia con todos sus defectos de nación joven aún, y al preferirla en su corazón por cima de cuantas contemplaron y admiraron sus ojos, o los ojos de su espíritu, parecen prolongar también las gentiles voces de Sócrates cuando rehusó su fácil fuga a Tesalia y magnificó el orgullo de querer morir ateniense.

•

La precaria salud del señor Cuervo se hizo más y más desfalleciente en los últimos diez años de su vida. Alcanzo a entender que un proceso de arteriosclerosis general fue apoderándose de su organismo y originando en él los dolores de cabeza (cefalea crónica), que tánto le aquejaron entonces, adunados a otras molestias de la senectud, hipertrofia prostática sobre todo, que acrecían su progresiva invalidez y sometían a dura prueba el ánimo heroico de su resignación cristiana y peculiar estoicismo.

En tales condiciones su aislamiento forzosamente crecía. Es verdad que nunca quiso tener extensas relaciones sociales, antes rehusarlas con suma cortesía y suma esquivez a un mismo tiempo. Ni era entonces propicio a su tímida naturaleza el ambiente social de los franceses, que por esa época no habían descubierto aún la presencia de otras naciones

en el mundo y vivían absortos en la rumia perenne de sus gloriosas hazañas y de los preciados méritos de su estirpe. Con expresión de entrañada gratitud y un sí es no es leve dejo de ironía, afirmó alguna vez, sonriendo, que María Bonté era el mejor "ciudadano" francés que conociera; y algo de trágica pesadumbre hubo, y de inocencia de la vida, en su actitud ante el instante reconocimiento que hizo el gobierno de París de la desmembración de Panamá en 1903: Para una alma de normas tan inflexiblemente puras, al ver que esa nación, maestra de naciones, olvidara siete siglos de derecho predicado en las aulas augustas de la Sorbona por los menesteres materiales de la propia utilidad mercantil y la conveniencia política de un grande imperio americano, fue golpe sobremodo rudo, y en silencio, cual cumplía a la inmutable discreción de su índole, depositó las insignias de caballero de la Legión de Honor en el cajón hogareño de la basura, y continuó estudiando sus viejos libros: Hijo de próceres y alejado de la patria, dolíanle en carne viva las graves tribulaciones suyas, que por aquella aciaga época de su destino la agobiaron, y así, mal podía entender las relatividades y veleidades del hombre con la ecuánime parsimonia de un filósofo. Ni de suyo esto le era dado, pues que en edad temprana y hora bonancible todavía, comentaba ya la discrepancia que existe entre los nobles ideales y los turbios apetitos que anidan en el corazón humano y su conducta mueven, en carta dirigida a su ilustre amigo el venezolano Cecilio Acosta, otro de los grandes hombres puros de América:

"...Porque ha de saber usted, que después de observar mis principios—los mismos proclamados en teoría por muchos actores en política—desmentidos por ellos en la práctica, y en medio del natural desaliento de ver tornado el triunfo en ley, el éxito en dios, buscaba cómo consolarme en mis tristezas patrióticas, y modo de hallar quien me confortase en las creencias y lecciones que bebí de boca de mis padres y maestros; y de todo corazón huelgo en saber una vez más, leyéndole a usted, que yo no estaba equivocado, que la justicia es eterna, que la virtud no muere, que las almas generosas dan siempre en el peligro el grito de alarma para salvarla y enaltecerla, y que los resabios sociales son como los trastornos de la naturaleza, duraderos sólo mientras ella recobra sus fuerzas armónicas..."

Y así le sorprendió esa soledad-acólito de la muerte, que traen consigo la senectud y sus secuelas, el eclipse de todos los anhelos y la lenta fuga ineluctable de los seres queridos que el corazón habitan y sostienen.

Mas no creo, tampoco, que echara menos el retorno suyo a la patria remota, pues ya podía advertir que la implacable mutación de la vida y renovación de las generaciones haríanle punto menos que extraño el mismo ambiente de su lejana juventud. Ni siquiera la familia, porque algo me sugiere que sus relaciones con ella habíanse relajado casi casi a un mero entendimiento ceremonioso, en mucha parte debido a la frase incidental, e inocente a mi juicio, que estampara él en la biografía de su padre, acerca del disfrute de mejor holgura que tuvieron sus hermanos mayores y de la respuesta íntima agridulce que ilustre hijo de alguno de ellos le escribió entonces, en un reto de delicadeza a delicadeza, muy peculiar de todo su linaje.

Así las cosas, presentose el temible y, en estos casos, casi ineludible, primer derrame cerebral, el "ictus apoplécticus", no muy extenso sin duda, mas sí suficientemente grave para hacer insuficientes los afectuosos cuidados de su médico de cabecera doctor Manrique y de su ama de llaves Mme. Bonté, y requerir, por ende, el alojamiento suyo en clínica particular.

Con muy parco aprovechamiento ciertamente, ya que por aquellas calendas de la medicina, los tales institutos eran mediocremente acondicionados en París, que entonces apenas iniciaba las reformas de higiene y comodidades que los norteamericanos y escandinavos han difundido por el mundo. Mme. Bonté afligíase mucho, también, con el tratamiento poquísimamente afable que los sirvientes y enfermeras de la clínica dispensaban al solitario extranjero, y la ninguna acuciosidad con que le atendían, apenas movidos por mercenario y desganado impulso; y las mismas condiciones de aislamiento y obligado reposo que sus males requerían, descartaba, a la vez, los servicios que algunos miembros de la colonia colombiana, a él muy adictos, pudieran prestarle.

Y así, una vida que se ofrendó totalmente al bien espiritual y moral del prójimo, y aun a su auxi-

lio material, hasta donde los recursos económicos se lo permitieron, mustiábase ahora lentamente, opacamente, en el silencio de orfandad afectiva casi absoluta y de soledad espiritual abrumadora. En esas prolongadas vigilias de la senectud y ese melancólico ánimo de la arteriosclerosis cerebral, oyendo desgranarse las horas de algún reloj lejano, que en torre extranjera marcaba un vivir que no era suyo, su lúcida mente debió de decirle cómo a las veces se está muerto mucho antes de morir, y acaso su corazón perpetuamente niño lloraría a solas e invocaría a su patria ausente y a su madre, más ausente aún. Cuánto hubiera dado, él lingüista y erudito, por oír el acento vernáculo de su infancia y recibir en frases teñidas de recuerdos las voces cariciosas del hogar deshecho. ¿Volvería a él el remoto celaje de la presunta ternura de unos ojos? Julia acaso? Es la senectud etapa de silencios, donde sólo parpadea velada lámpara de reminiscencias remotas. Tal vez no el amor, que suyo nunca fue con grandes elaciones de plenitud, mas sí el afecto: Si el padre de pulquérrima conducta, la dulce madre y el gentil hermano, visitarían su espíritu y rodearían idealmente su lecho de dolores. En decúbito dorsal de enfermo y entornados los ojos, "desharía sus pasos", divagando quizás de nuevo por la noble casa solariega de sus mayores, la pequeña urbe colonial de sus mocedades, el apacible paisaje de la Sabana que inicialmente contemplaron sus ojos infantiles, y esa su patria toda, doliente entonces, pero siempre señora y amable.

Entiendo que por haberse presentado algún alivio, de esos fugaces que ondulantemente ocurren en la enfermedad de que sufría, retornó a su departamento de la Rue de Siam. Sino que ya él adivinaba tener que habérselas pronto con Nuestra Dueña la Muerte y a ello serenamente se dispuso:

Desde 1905 había protocolizado su voluntad testamentaria en armonía con los sentimientos que siempre regularon su conducta, legando haberes materiales y literarios a la respectiva institución de beneficencia de su ciudad madre y a los trabajadores de ella del gremio tipográfico, como postrero estímulo a los menestrales de este orden, que tanto preciaba él, por haber tratado los muy meritorios que en la época de su juventud existieron.

Ahora recogiose a bien morir:

Pidió los auxilios sacramentales de su religión para el último trance, y recibió el viático vestido de ceremonia, como para visita de rey, con unción tanta y tales humildad y gratitud que de su estancia salió llorando de emoción mística el párroco de la vecina iglesia que lo ministró y condujo.

Días después cerró los ojos a la vida y resignó en brazos de Cristo su puesto de las milicias del mundo.

En la mañana del 17 de julio de 1911 el discreto grupo de los colombianos que residían en París, presididos por Juan E. Manrique, acompañaron su cadáver a la próxima iglesita de Saint François Xavier, donde recibió las últimas bendiciones de su religión, bajo la égida de este otro Francisco, que co-

mo el de Asís y el de Sales tánto se avienen con la humildad e ilustrada norma de su actitud ante el mundo. Qué iban a imaginarse los distraídos moradores del barrio de Passy al ver pasar aquel escaso centenar de extranjeros con un cortejo fúnebre, que ese a quien ahí melancólicamente conducían a la postrer morada era una grandeza del espíritu?

Y le inhumaron en el cementerio del Pére La Chaise, sin más pompas suntuarias ni discursos que el leve sollozo de unos cuantos amigos de su corazón o de su nombre que el azar había congregado en París hacia aquella hora de su muerte.

Mas no quedose solitario para siempre: Veinte naciones de idioma castellano inclinan su cabeza ante esa tumba humilde y enaltecen a eximia cumbre de gratitud su nombre, y en su querida patria colombiana millones entonces y millones ahora le amaron y le aman, le bendijeron y bendicen.

De ahí que a su memoria corresponda mejor que a otra alguna, este apóstrofe de su compañero de juventud, don Miguel Antonio Caro:

"¡Oh Tiempo! A los varones inmortales
"Con los mismos escombros que amontonas
"Labras, a tu despecho, pedestales."

Y así, al que sólo quiso ser labrador humilde en el callado huerto de la cultura humana, hoy le nombran prócer suyo numerosas generaciones.

•

Muy otras fueron las postrimerías de su amigo en la fe y compañero de labores.

Terminado su período presidencial continuó siendo el jefe indiscutible de su agrupación política, aunque, a decir lo cierto, ese su "Partido Nacional" padeció en la guerra civil de 1900 quebranto definitivo, ora por el consecuente fenómeno de concentración de los bandos que ella produjo, ya por el derrumbamiento de las normas de su conducta gubernamental, que en quince años de vigencia no obtuvieron triunfo apreciable.

En el Senado de la República, como lo indiqué antes, fue borrascosa y grandilocuente su actitud en 1903, más temperada, pero aún enérgica en 1904. Ignoro hasta donde las peripecias y orientación misma del gobierno del General Reyes, amortiguaron en él los severos conceptos de autoridad y tradicionalismo que son la vértebra o arco toral de su política, y un no sé qué me dice que, a pesar de la recia contextura de sus ideas y de la idiosincrasia de su personalidad inflexible, y aun de ciertas opiniones suyas, como su voto en 1904 por el General Campo Serrano, muchas rectificaciones debieron de ocurrir en su espíritu.

Mas esto no tuvo ocasión de revelarse en toda la amplitud de una conducta eficiente, porque fue reducido a esa soterrada oposición a que los prohombres de la tradición legalista de la República se vieron entonces sometidos coercitivamente. Por esa época le traté un poco y no puedo olvidar la severa

amplitud de su criterio, la "largura de ánimo", que decían los clásicos, con que discernía y juzgaba. Doctrinario, sin duda, continuaba siendo, pero ya no se advertía en sus opiniones la clausura mental partidaria, ni ese su tono anatematista de antes, sí, en cambio, el entendimiento generoso de la actitud y de la aptitud adversas.

Algo así como lo ocurrido a sus dos grandes conmilitones Suárez y Núñez, en el ocaso de sus vidas, que tanto corrigieron la esquivez con que miraban al adversario político, y aún, lo rememoro bien de don Marco sobre todo, emitieron públicamente juicios de alabanza personal suya y de justicia histórica. Y no deja de preocuparme el no entender yo porqué estos tres grandes varones de mi patria, que tan cerca de sí estuvieron en empresas y doctrina, no se quisieron bien y anduvieron, al final de sus vidas principalmente, esquivos los unos de los otros: Pues Suárez-Caro y Núñez-Caro, que tan unidos vense por ahí en historias políticas de este país, si bien admirándose recíproca e indeficientemente, no pudieron amarse con la plenitud de sus corazones. ¿Acaso sería porque la personalidad del señor Caro careciese de adecuado atractivo de intimidad y de efusión afectivas? En parte. Y solamente en parte, porque también él supo ganar férvidas adhesiones, que perduran todavía en los dos grandes discípulos suyos que hoy, después de la infausta desaparición de su muy noble hijo Víctor Eduardo, custodio amantísimo de sus obras, el nombre suyo guardan cuasi místicamente, don Manuel Antonio Bonilla y don Antonio Gómez Restrepo, de tan ilustre sitio en la literatura colombiana.

No: Me atrevería a suponer que en ello hubo insolubles divergencias de temperamento y de carácter. Era más accesible a Núñez y Suárez, almas complejísimas de tragedia interior, el adivinarse mutuamente, que no a uno y otro el convivir con la personalidad estatuaria del señor Caro. El autor del "Que sais-je?" estaba tipológicamente a distancias siderales del autor del "Himno al Papa", como lo estaba el ascetismo hispano de don Marco Fidel de la teología marmórea de don Miguel Antonio.

Y probablemente algunas menudencias de dicción: Frases agudas de Caro acerca de uno y otro, o actitudes doctorales suyas, que pudieron fastidiarles acaso: Ese prólogo de don Miguel Antonio a los estudios gramaticales de don Marco Fidel adolece de cierto de aire de "protección", que el alma sinuosa y furtiva de éste no debió de perdonarle nunca, o nada entiendo yo de hombres.

Bueno, bueno, y lo más que la política pudo, "personalmente", haber aportado en contra. . .

Ello es, continúo diciendo, que el señor Caro fue en esos sus años postrimeros una a modo de fortaleza de la cultura nacional y preciado monumento de su gloria, a quien tirios y troyanos, por tal aspecto, contemplaban respetuosamente. La Universidad le llamó a dirigir los estudios del Derecho Constitucional entonces, y era de verse el respeto con que le escuchaban sus alumnos y la admiración que suscitaba en ellos la erudicción prodigiosa de este

hombre. Sino que, entendiéndole a veces poco, o casi nada, fue indispensable elegir un profesor auxiliar suyo más atemperado, que enseñara el texto lectivo a los muchachos, y los capacitara para ganar "reglamentariamente" el curso.

Raro sino éste del señor Caro, el de su grandeza intrínseca y su pragmática inadecuación: Poseyó la sabiduría en el sentido moderno de ciencia sobreexcelente, mas no en el antiguo de don de consejo, ecuanimidad y prudencia, y de ahí el que fuera mal gobernante, infortunado político e ininteligible profesor, pudiendo todo ello ser eximiamente.

Esta egregia situación moral suya hállase destacada y casi esculpida (aunque como prosa no sea un modelo), en la oración fúnebre que de él hizo Guillermo Valencia en nombre del Senado de la República (improvisada puede decirse, que pues la víspera la redactó de corrido en sus habitaciones del "Hotel Blumen", que entonces existía en la esquina noroeste de la carrera 8ª con calle 12 de esta ciudad):

..."Poeta, gramático, filósofo, teólogo, historiador, filólogo, legista, crítico, maestro, aquella inteligencia recorrió todas las esferas de la actividad psíquica; supo desvanecerse en todos los matices de la modalidad interior. Su sabiduría no simulaba aquellas fosforescencias engañosas de las plantas marinas que flotan deslumbrando con reflejos extraños, a los ojos incautos, arrastradas en nuestros mares tropicales, por las olas torosas; esa ciencia sólida, robustamente asentada y finísima, hundía sus

raíces penetrantes y vivas en lo más hondo de los suelos clásicos y recibía vida y aliento y calor y energía inexhausta de aquellos jugos misteriosos que en el reino de las letras se apellidan la Antigüedad".

. . . .

"Pero Caro no era sólo poeta: Orador también fue, y era de ver al coloso enfurecido, sacudiendo la soberbia melena, discurrir invicto por el recinto del Senado, y soltar su frase destructora, chasqueante como un látigo, luminosa como un relámpago, fatalmente rápida y eficaz, como la cuchilla de la guillotina que cae".

. . . .

"Digan otros su elogio, porque vasto es el tema e inagotable en esta hora de recogimiento y de dolor en que no solamente deploramos la ausencia eterna de un grande hombre en la categoría del espíritu, sino también el ponerse de un astro de la virtud y del honor, porque aquel personaje, cosa rara en los días que alcanzamos, era también un hombre virtuoso. Fuerza es reconocer que Caro sirvió sus ideales con desinterés cenobítico y con probidad insospechable. Este es uno de sus mejores títulos a la gratitud de sus conciudadanos. Jamás vendiera él su progenitura ideal por el mezquino plato del semita Esaú. Atravesó el desierto, semejante al camello, sin otro refrigerio que su fuente interior, y no curó jamás si a la postre la muerte pudiese encontrarle con el manto hecho jirones y los pies descalzos, porque él sabía muy bien que la bandera colombiana no había de faltarle por sudario, y que ella tiene más púr-

pura y más oro y más cielo que todos los mantos imperiales, que todas las venas codiciadas y ocultas de la tierra, que todos los espacios abiertos."

En verdad, esta fue, y sigue siendo, la opinión nacional acerca del señor Caro: Hoy día, en uno a modo de consenso unánime, apartamos de su memoria la labor política meramente partidaria para amar en él al intelectual puro que vivió en constante predicamento de cultura. Y así, aunque las clasificaciones adolezcan siempre de relatividad y de peligros, yo me atrevería a opinar que si Cuervo fue nuestro primer lingüista, Suárez nuestro estilista máximo, Valencia nuestro artista supremo y Pombo el poeta por autonomasia insigne—"in signum"—, Miguel Antonio Caro continúa siendo el mayor letrado de nuestra historia nacional.

Y lo fue hasta el último aliento de su vida: Tocado ya por el sello ineluctable de Samael, y clarividente sabedor de que pronto se marcharía de este mundo, departió aun con sus amigos acerca de los grandes negocios del espíritu y sostuvo cotidianamente el coloquio de las preocupaciones augustas del alma, con Monseñor Carrasquilla (así se le llamó siempre), sobre todo, su muy ferviente y muy ilustre admirador.

Horas antes de morir platicaba aún de tal manera con el nobilísimo Padre Aime, discípulo de don Bosco, y le recitaba en su lengua original, como antes dije, "El Viático" de Prati:

"Ti ringrazio, o Signor. Lo spirto anelo,
che un istante languí, s'anima ancora;
pover'erba del prato, umile stelo,
puoi far ch'io viva o puoi voler ch'io mora!"

(!Gracias, Señor! El agobiado espíritu
que un instante flaqueó, aún se anima:
herbecita del prado, tallo humilde,
puedes dejarme morir o hacer que viva.),

que él había traducido tan hábil y piadosamente:

"¡Gracias te rindo! Deteniendo el vuelo
aún el ánima alienta fugitiva...
Tú esta mísera planta, asida al suelo,
puedes dejar morir o hacer que viva."

Sus facultades mentales no habían sufrido aún el deterioro peculiar de los seniles, a juzgar por la persistencia de su poderosa memoria de fijación y de retención, pues decíame su hijo don Víctor Eduardo, asiduo lector suyo en aquellos últimos días, que a veces le recitaba la página en latín que acababa de leerle, sin vacilación y sin errores. Y es lógico así pensarlo, porque sus males no le afectaron el sistema cardio-arterial (ni cerebral, por ende,) sino el hepático, ya que, hasta donde puedo opinar de ello retrospectivamente, la muerte le fue ocasionada por cáncer del hígado. (Los síntomas iniciales fueron los de enflaquecimiento súbito, con ictericia, sin dolores ni fiebre, y a los principios, sus médicos de cabecera, los muy ilustrados profesores Manuel Nar-

ciso Lobo e Hipólito Machado, se inclinaron un poco a considerar estas perturbaciones como efecto de alguna cirrosis hepática, mas luégo, en junta con el profesor José María Lombana Barreneche, pudo apreciarse el tumor del hígado, que indicaba diagnóstico de cáncer, confirmado por la grande hematemesis que tuvo dos o tres días antes de morir, y por la caquexia rápida del proceso general, que le agotó en cuatro meses).

Ni sus facultades mentales ni la entereza de su espíritu, como que nunca se quejó (si no es cuando ya perdió el conocimiento para entrar en la agonía), antes dio a los suyos, que en esas horas le pagaban con ternura indecible la que él por ellos tuvo siempre, ejemplo de reciedumbre moral y de augusta confianza en la religión de Cristo, que tánto amó y defendió tánto.

Y así, cual galardón nobilísimo de nobilísimas compensaciones, el palio de la fe, el respeto de la patria, la comunicación de las ideas y el amor de los suyos le acompañaron generosamente hasta el sepulcro.

Y recibió los postreros adioses de su religión y de su gente con la magnificencia que una y otra saben dispensar a quien le es debida: Envuelto en la bandera que él honró, su féretro estuvo en las naves anchurosas de nuestro templo mayor, frente a frente a la estatua de Bolívar, que parecía en ese instante bajar la espada de las victorias para recibirle en el seno de la eternidad, con Tenerani y Olmedo; y de poder oír, oirían sus despojos, el caudaloso rumor

del órgano que descendía y ondulaba en el amplio recinto de la catedral, sobre las cabezas de la ahinojada multitud, tocado por su noble amigo Carlos Umaña, el mismo canónigo y maestro de capilla que poco antes había puesto en música su laureado himno al Pontífice Pío X, y ante él en vida allí mismo ejecutado solemnemente.

Y de poder ver, vería las muchedumbres seguir acongojadas sus despojos hasta la "morada del sueño definitivo", al son de las bandas marciales de la República en majestuoso desfile, y al poeta, la Poesía, al fin también, juntamente exclamar por la boca horaciana de Guillermo:

"Es increíble que esta urna encierre tánta historia patria, oculte tánta gloria, vele tánta virtud, recate tánta ciencia y selle tántas esperanzas"; mientras espaciadamente retemblaba en la llanura y trepaba por la ladera de los vecinos montes el eco de los veintiún cañonazos con que las naciones agradecidas despiden a sus hijos dilectos.

ADICIONES COMPLEMENTARIAS

PRIMER ADITAMENTO:
LINAJE DE LOS CUERVOS EN COLOMBIA

(Con permiso de quienes lo investigaron, señores don Raimundo Rivas y don José María Restrepo Sáenz).

•

DON ISIDRO CUERVO, el personaje más remoto del apellido de quien tenemos noticias, era tunjano, conforme al testamento que otorgó en Santafé el 27 de marzo de 1819 doña Nicolasa Cuervo, la cual dice: "Declaro ser hija legítima, de legítimo matrimonio de don Isidro Cuervo y de doña Josefa Rojas, naturales que fueron de la ciudad de Tunja". Don Angel y don Rufino José Cuervo, en la "Vida" de su ilustre padre, escriben que don Isidro Cuervo era oriundo del Ferrol en Galicia, y que vino al Nuevo Reino en el siglo XVIII, y uno de los testigos que depusieron en las informaciones que para alcanzar una beca en el Colegio del Rosario presentó un nieto del mencionado don Isidro, relata que éste, "según tiene entendido", siguió en España la carrera militar hasta obtener el puesto de teniente general de la villa de Madrid. Reconocemos la respetabilidad

de los anteriores testimonios, mas aceptamos el primero sin vacilación y pensamos que ese don Isidro español e investido de alto cargo en la corte, pudo ser un ascendiente de la familia que nos ocupa, pero no el abuelo de don Rufino. Y nos atrevemos a pensar así, porque tenemos a la vista copia de algunas cláusulas del testamento que don Isidro otorgó en el sitio de Tunaneca el 29 de enero de 1756, y en tal documento no consta nada de lo referido y sí parece descubrirse otra cosa: que el testador había sido durante muchos lustros un hombre consagrado al trabajo y a la vida de hogar, un patriarca dedicado a las faenas de campo en vecindario del pueblecito de Oicatá, no lejano de Tunja, al estilo de un don Pantaleón Gutiérrez en la hacienda de La Herrera, o de uno de los Vergaras en Casablanca. En efecto, don Isidro, sin citar patria ni progenitores, cuenta que fue casado tres veces: primero con Francisca Merchán, matrimonio que duró treinta años y que no le dio sucesión, luégo con María Rosalía de Monasterios durante doce años, de quien provinieron cinco hijos: María Gertrudis, que casó con Francisco de Mesa (padres del presbítero don Nicolás de Mesa, nacido en Oicatá el 11 de julio de 1763, de los constituyentes de Tunja, muerto en 1817 en el destierro), Isidro, Antonia Rosalía, esposa de don Juan Francisco Leal, Juan de Dios y Clemente, y en terceras nupcias por ahí en 1747, con María Josefa Angel y Rojas. Don Isidro poseyó una regular fortuna, representada principalmente en semovientes, y falleció en el expresado campo de Oicatá en 1756.

Tenemos datos de que de la señora Rojas, tercera esposa de don Isidro Cuervo, procedieron los siguientes hijos:

1—El doctor Nicolás Cuervo, nacido en Oicatá el 5 de enero de 1751. Estudió en el Colegio de San Bartolomé, del cual fue más tarde catedrático, vicerrector y rector. Notario del concilio metropolitano en 1774, sacerdote benemérito, cura de San José de Cúcuta, Nemocón, Guateque y de la Parroquia de Santa Bárbara de la capital, examinador sinodal, director de la escuela de Cristo, canónigo de la catedral metropolitana, provisor y vicario capitular del arzobispado, signatario del acta de la independencia el 20 de julio de 1810, y senador de la República en el congreso de 1823. Murió el 5 de enero de 1832, dejando gratos recuerdos en todos sus compatriotas, pues se distinguió, no solamente como eclesiástico virtuoso, sino también como ciudadano progresista y caritativo.

2—Fray Mateo Miguel Cuervo, bautizado en Oicatá en 1754, religioso agustino de Santafé y provincial de su orden.

3—Don José Antonio Cuervo, que sigue la línea.

4—Doña Nicolasa Cuervo, esposa de don Francisco Lombana y Sánchez (Nº 200).

•

DON JOSE ANTONIO CUERVO Y ROJAS, alcanzó el título de licenciado, se dedicó al comercio y fue muy desgraciado en sus negocios. Casó en 1797 con doña Nicolasa Barreto, hija legítima de don Francisco Hipólito Barreto y de doña Floriana de Escobar (Nº 39), y tuvo de su matrimonio, que sepamos, los siguientes hijos:

DON JOSE ANTONIO CUERVO Y BARRETO, nacido en Tibirita en enero de 1798, que vistió la beca del Rosario en 1814.

2—DON RUFINO CUERVO Y BARRETO, nacido en Tibirita el 28 de julio de 1801, colegial de San Bartolomé el 25 de mayo de 1814 y del Rosario en 1819, abogado de nota, periodista, escritor, diplomático, cultísimo caballero e ilustre hombre público que obtuvo entre otros puestos los de gobernador de Bogotá y vicepresidente de la Nueva Granada. Murió en Bogotá el 21 de noviembre de 1853.

Casó el doctor Cuervo en Bogotá, el 14 de mayo de 1826 con doña María Francisca Urisarri, hija legítima de don Carlos Joaquín de Urisarri y de doña Mariana de Tordecillas (Nº 373), y tuvo de su matrimonio los siguientes hijos:

a.—Don Luis María Cuervo y Urisarri, nacido en Bogotá el 21 de junio de 1829 y fallecido en la misma ciudad el 11 de nero de 1885. Militar defensor de la causa constitucional contra la dictadura de Melo en 1854, benemérito institutor. Fue casado con doña Carolina Márquez y Castillo (Nº 218), y dejó honorable descendencia, entre la cual no podemos menos de mencionar al General Carlos Cuervo Márquez, ex-presidente de la Academia Colombiana de Historia, y al doctor Luis Cuervo Márquez, quienes han desempeñado con lucimiento altos puestos públicos.

b.—El General Antonio Basilio Cuervo y Urisarri, nacido en Bogotá, el 13 de junio de 1834 y muerto en la propia ciudad el 19 de febrero de 1893. Bizarro militar y notable político, miembro de la Cámara de Representantes en 1874, y presidente del estado soberano del Tolima, ministro de Colombia en España y ministro de guerra de la administración Caro. Recopiló y publicó en cinco tomos una "Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia", obra interesantísima de gran valor. Fue casado con doña María Luisa Amaya, y no dejó descendencia.

c.—Don Angel Cuervo y Urisarri, nacido en Bogotá el 7 de marzo de 1838, literato, novelista e historiógrafo que escribió el libro "Cómo se evapora un ejército", y en asocio de su hermano don Rufino José, "La vida de Rufino Cuervo y noticias de su época", y otras obras. Murió soltero en París el 24 de abril de 1896.

d.—Don Nicolás Cuervo y Urisarri, que falleció siendo muy joven.

e.—Don Rufino José Cuervo y Urisarri, nacido el 19 de septiembre de 1844. Hijo preclaro de Bogotá, gloria de las letras patrias y sabio de celebri-

dad mundial. Muerto en París el 17 de julio de 1911. Soltero.

3.—Don Francisco de Sales Cuervo y Barreto, nacido en Santafé en enero de 1806. Vistió la beca del Rosario en 1820, siguió la carrera militar y mereció elogios del Libertador.

SEGUNDO ADITAMENTO:
LINAJE DE LOS CAROS EN COLOMBIA

(Con permiso de los señores Rivas y Restrepo Sáenz).

•

DON FRANCISCO JAVIER CARO nació en la Isla de León el 19 de agosto de 1750; hijo legítimo de Juan José Caro y de Francisca García, naturales del mismo lugar, los cuales habían contraído matrimonio en la correspondiente iglesia parroquial, el 26 de agosto de 1749. Abuelos: Bernabé Caro y Francisca Navarro, su esposa; Manuel García y María González, cónyuges. Desempeñó el puesto de oficial de la real armada en el departamento de la Isla de León hasta 1774 en que, invitado por don Manuel Antonio Flórez a servir la plaza de oficial mayor de la secretaría del virreinato de Santafé, se trasladó a esta capital. Era un literato "de tomo y lomo", muy versado en el griego, el latín y el castellano, y poseía una magnífica forma de letra española, de la que sacaba abundante partido. Tenía originalidades curiosísimas: si se le prestaba un libro nuevo, lo devolvía con notas bellamente escritas, o lo

copiaba íntegro, a veces en caracteres de imprenta, indicando al fin el día y la hora en que había terminado el trabajo. Llevaba un minucioso diario del que, por desgracia, apenas se conocen fragmentos. Escribió muchos versos, casi siempre de corte clásico, algunos satíricos, otros un tanto mordaces, todos llenos de gracia y donaire. Criticó en ellos el ingenio de don Manuel del Socorro Rodríguez y se mostró inmisericorde para con los próceres de la independencia, cuya causa detestaba. En 1779 levantó un plano del Nuevo Reino de Granada. Las peculiaridades de su carácter hacían que en ocasiones tuviera choques con las personas que le rodeaban. Quizá por eso le comunicó el virrey Ezpeleta, el 28 de febrero de 1791, "que conviene al servicio del rey y a la tranquilidad de esta secretaría, que se abstenga usted de venir a ella". Con un chiste andaluz debio arreglar Caro el asunto, pues siguió impertérrito en su destino. Fervoroso creyente, murió en Bogotá, el 25 de mayo de 1826.

Casó en Santafé, el 7 de febrero de 1778, con doña María del Carmen Fernández Sanjurjo, nacida el 14 de agosto de 1750 en la villa de Neda, en Galicia, hija legítima de don Antonio Francisco Fernández, de la villa de Villalba, y de doña María Vicenta Sanjurjo, de la de Puentes de García Rodríguez. Dicha doña María del Carmen murió el 3 de noviembre de 1820.

Hijos del matrimonio Caro-Fernández Sanjurjo:

1—Doña María Josefa Paula Caro y Fernández, nacida el 25 de enero de 1780 y muerta el 13 de septiembre de 1852.

2—Don Manuel Javier Caro y Fernández, nacido el 14 de octubre de 1781 y muerto el 7 de septiembre de 1822. Casó en Santafé, el 7 de enero de 1810, con doña Angela Rita Osorio, hija legítima de don Joaquín de Osorio y de doña Juana Francisca Martínez. Ignoramos si dejó descendencia.

3—Don Antonio José Caro y Fernández, que sigue la línea.

4—Don RAFAEL CARO FERNANDEZ, nacido en Santafé el 22 de octubre de 1784 y bautizado al siguiente día. En 1810 fue oficial de la secretaría de cámara del virrey. Luégo se trasladó a Medellín, y se mostró partidario de los españoles, pues cuando el General Córdoba ejerció el cargo de gobernador de Antioquia, después de la batalla de Boyacá, quiso fusilarlo. Salvóse gracias a la intervención de don José Manuel Restrepo. Desterrado de aquella provincia, volvió a Bogotá, donde sirvió destinos en la tesorería y en la secretaría de hacienda. Murió en Bogotá, el 28 de julio de 1831.

Casó don Rafael Caro y Fernández en Santafé, el 28 de enero de 1810, con doña Josefa Joaquina Tanco y Bosmeniel, (Nº 348) y de este matrimonio fueron hijos:

.a.—Doña María de los Dolores Caro y Tanco, nacida el 9 de junio de 1812 y fallecida el 28 de ju-

nio de 1847. Fue la primera esposa de don Carlos Borda Romero (Nº 51).

b.—Don Francisco Javier Caro y Tanco, que nació el 7 de junio de 1814 y murió el 25 de octubre de 1885. Muy versado en idiomas. Casó en primeras nupcias con doña María de Jesús Domenech y en segundas con doña Dolores Atalaya.

c.—Don Antonio José Caro y Tanco, nacido en la provincia de Antioquia el 6 de marzo de 1816. Hizo con lucimiento la carrera literaria y adquirió conocimientos notables en los idiomas latín, inglés, francés e italiano. Emprendió, como soldado voluntario la campaña del norte en 1840, en defensa del gobierno, combatió el 23 de diciembre en San Gil, y murió ahogado en el río de este nombre y en la indicada fecha, al lanzarse a nado con otros valientes a franquear el paso a los soldados.

d.—Doña María del Carmen Caro y Tanco, nacida en 1818 y fallecida en 1836.

e.—Don José María Caro y Tanco, nacido el 23 de marzo de 1822 y muerto en 1895. Desempeñó por muchos años el cargo de director del crédito público. Casó con doña Nicanora Grau Tejada, hija legítima de don José María Grau y doña Cecilia Tejada (Nº 156). Con numerosa descendencia.

f.—Don Rafael Caro y Tanco, que nació el 9 de abril de 1824. Militó a órdenes del general Herrán. Murió en 1882. Casó el 18 de junio de 1851 con doña María Indalecia Ponce, hija legítima de don Am-

brosio Ponce y de doña Dionisia Esguerra (Nº 285). Con descendencia.

g.—Doña María de las Mercedes Caro y Tanco, nacida el 28 de abril de 1826 y fallecida el 30 de junio de 1912. Monja de la Enseñanza.

. . . . h.—Don Félix Caro y Tanco, nacido el 14 de febrero de 1828 y fallecido en 1903. Casó en primeras nupcias con doña Filomena Castro Uricoechea y luégo con doña Margarita Castro Uricoechea (Nº 86). Con descendencia de la segunda.

i.—Doña María de Jesús Caro y Tanco, gemela del anterior, fallecida el 28 de enero de 1859. Fue la segunda esposa de don Carlos Borda y Romero (Nº 51).

j.—Doña María de la Concepción Caro y Tanco, nacida el 11 de diciembre de 1829. Murio soltera.

DON ANTONIO JOSE CARO Y FERNANDEZ. nació en Santafé el 13 de junio de 1783. Hallábase en esta ciudad con el empleo de oficial mayor de la contaduría de S. M. cuando la proclamación de la independencia. No conformándose con el nuevo régimen, emigró a Cartagena, donde se embarcó a poco, el 22 de diciembre de 1810, para la Habana. Estuvo en Puerto Rico y en Maracaibo, y pasó a Santa Marta. Destinósele por comisario de guerra de la expedición que allí se formó contra los insurrectos de Cartagena. Sirvió en ese destino y campaña hasta fines de 1812. Apresado por los patriotas, hubo de

permanecer en Mompox cosa de medio año. Fue en seguida o Ocaña, y residió allí más de un año. Fugóse de Santa Marta y salió de esa plaza con el ejército real a la conquista de Cartagena. Según Vergara y Vergara, distinguióse don Antonio José como valiente soldado, asistió a los combates de Santa Marta y Tenerife, y concurrió al sitio de Cartagena. Consta que se encontraba en la heroica ciudad con el empleo de oficial real, en diciembre de 1815. En 1817 era en Santafé contador de resultas del tribunal y real audiencia de cuentas. Más tarde reconoció la República y fue diputado por Santa Marta al congreso de Cúcuta (1821) y su secretario, y secretario del congreso de Colombia en los años siguientes. Comisionado por el Gobierno, hizo viaje a Europa con el fin de imprimir las leyes, lo que llevó a cabo en Londres. Al regresar a su patria, perdió la vista en Santa Marta. Cultivó la poesía. Falleció en Bogotá, el 30 de noviembre de 1830.

Casó en Ocaña, en 1813, con doña Nicolasa Ibáñez, hija legítima de don Miguel Ibáñez y doña Manuela Jacoba Arias (Nº 177), y fueron padres de:

1.—DON JOSE EUSEBIO CARO, nacido en Ocaña, el 5 de marzo de 1817. Altísimo poeta "el más lírico de todos los colombianos" según la opinión de don Marcelino Menéndez y Pelayo; profundo filósofo y vibrante periodista. Falleció en Santa Marta, de regreso de los Estados Unidos, el 28 de enero de 1853.

Casó don José Eusebio en Bogotá, el 3 de febrero de 1843, con doña Blasina Tobar Pinzón (Nº 356), y tuvo de su matrimonio los siguientes hijos:

a.—DON MIGUEL ANTONIO CARO, eminente bogotano, gloria de la patria y de las letras. Primer magistrado de Colombia de 1892 a 1898. Nació el 10 de noviembre de 1843 y murió el 5 de agosto de 1909. Fue casado con doña Ana de Narváez y Guerra (Nº 245) y dejó descendencia.

b.—Don Eusebio L. Caro, nacido en Bogotá el 23 de julio de 1845. Perteneció al grupo de los **mocuelos** en 1876, fue militar en 1885 y llegó a coronel. Falleció en Bogotá el 24 de julio de 1890. Esposo de doña Susana de Narváez y Guerra, hermana carnal de la mencionada doña Ana. Con descendencia.

c.—Doña Margarita Caro, distinguidísima matrona, esposa de don Carlos Holguín y Mallarino (Nº 174). Nació en Bogotá el 10 de junio de 1848 y murió el 26 de abril de 1925.

2—Don Diego Caro e Ibáñez, nacido en Bogotá el 11 de noviembre de 1818. Murió en la toma de Bogotá, el 4 de diciembre de 1854, defendiendo la causa constitucional. Fue casado con doña Isabel Jiménez y dejó descendencia.

3—Doña Manuela Caro e Ibáñez, esposa del doctor don Juan Clímaco Ordóñez (Nº 255).

TERCER ADITAMENTO:

BIBLIOGRAFIA DEL SEÑOR CUERVO

(Compulsado con el respectivo estupendo estudio de Augusto Toledo, mediante la gentil aquiescencia suya).

OBRAS MAYORES:

Gramática de la Lengua Latina (en colaboración) ... ... 1.867.
Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano ... ... 1.867.
Muestra de un diccionario etimológico castellano (estudio de la letra O) .. 1.871.
Notas a la Gramática de la Lengua Castellana de Andrés Bello 1.874.
Diccionario de Construcción y Régimen (primer volumen) ... ... 1.886.
Vida de Rufino Cuervo (en colaboración) .. 1.892.
Diccionario de Construcción y Régimen (segundo volumen) ... ... 1.893.
Estudios filológicos (Antigua ortografía y pronunciación) ... ... 1.895.
Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano ... ... 1.895.

Segundas personas de plural en la conjugación castellana ... ... 1.895.
Estudios Etimológicos ... ... 1.900.
El castellano en América ... ... 1.903.
Antiaguallas del habla hisponoamericana 1.909.
Prólogo a la sexta edición de las Apuntaciones (póstuma) ... ... 1.914.
Castellano popular y castellano literario (póstuma) ... ... 1.944.
Estudios inéditos sobre lexicología (para publicarse) ... ... (?).

PROLOGOS Y COMENTARIOS:

A las poesías de Antonio Gómez Restrepo 1.893.
Al Diccionario Manual de Camilo Ortúzar 1.893.
A "Nastasio" de Francisco Soto y Calvo . 1.899.
A "Cómo se evapora un ejército" de Angel Cuervo ... ... 1.900.
Al Diccionario de costarriqueñismos de Carlos Gagini ... ... 1.904.
A la "Lengua de Cervantes" de Julio Cejador ... ... 1.905.
A la "Biblioteca Romanesca" de J. H. Ed. Heitz & Mündei ... ... 1.905.
A la "Ortología Castellana de nombres propios" de Miguel de Toro y Gisbert 1.905.
A la traducción que Diego Mendoza Pérez hizo de las "Lecciones de Literatura Española" de J. Fitzmaurice Kelly 1.910.
A la "Fronda Lírica" de Julio Flórez ... 1.908.
A "Puntuación" de José S. Ortiz ... ... (?).

ARTICULOS DE PERIODICO Y CORRESPONDENCIA LITERARIA:

Galicismos y plural de apellidos ... ... 1.864.
Más sobre Plural de apellidos . ... 1.864.
O Clemens O Pia (verso) .... 1.872.
Historia de la letra "Q" .... 1.871.
Sobre la forma "he" del verbo haber ... 1.874.
Una nueva traducción de Virgilio ..... 1.874.
Observaciones al Diccionario de la Academia ... ... 1.874.
Sobre la Geografía de Sergio Arboleda .. 1.874.
Tentativas Etimológicas ... ... 1.883.
Carta a César Conto sobre su texto de Lengua Inglesa .. .. 1.884.
Del castellano viejo ... ... 1.893.
Carta a Rafael Angel de la Peña sobre sus "Puntos Gramaticales" ... ... 1.897.
Sobre los vocablos "canoa" y "sabana" . 1.901.
Sobre la palabra "lindo" ... ... 1.902.
Sobre un caso de aparente falta de concordancia .. .. 1.902.
Sobre las voces "mana" y "maná" ..... 1.904.
Sobre dos poesías de Quevedo a Roma .. 1.908.
Carta a Santiago Pérez Triana sobre la construcción "desde lejos" ... ... 1.909.
Dos cartas a la "Sociedad Literaria Rufino J. Cuervo" de Cartago, Valle del Cauca ... ... 1.906 y 1.908.
Cartas a Miguel Antonio Caro, Marcelino Menéndez Pelayo etc. (Epistolario aún no recogido completamente) .... (?).

CUARTO ADITAMENTO:

BIBLIOGRAFIA DEL SEÑOR CARO

(Confrontado con las anotaciones completas que dejó Víctor E. Caro, mediante generoso permiso de su familia).

•

Es tan copiosa la obra literaria del señor Caro, que el índice analítico que de ella hizo su hijo Víctor Eduardo, y que está para publicarse en estos días, comprende ciento veinticinco páginas, divididas en los siguientes capítulos:

I. POESIAS: **Libros y folletos.**
- a. Poesías originales y traducciones.
- b. Antologías y colecciones.

II. PROSA: **Libros y folletos.**
- a. Literatura, filología y gramática.
- b. Prólogos, estudios biográficos y críticos.
- c. Filosofía.
- d. Jurisprudencia.
- e. Ciencias económicas.
- f. Mensajes al Congreso.
- g. Varios.
- h. Obras completas y publicaciones póstumas.
- i. Obras en prensa.

III. PERIODISMO: (numerosas publicaciones en):

Academia (La)
Anales de Instrucción Pública
Anales de la Sociedad de San Vicente de Paúl.
Anales Religiosos de Colombia
Bogotá
Caridad (La)
Comercio (El)
Conservador (El)
Correo Nacional (El)
Defensa Católica (La)
Derecho (El)
Diario Oficial
Eco Nacional (El)
Epoca (La)
Fe (La)
Hogar Católico (El)
Iris (El)
Libertad y Orden
Luz (La)
Nación (La)
Nacionalista (El)
Nuevo Tiempo (El)
Orden (El)
Orden Público (El)
Papel Periódico Ilustrado (El)
Pasatiempo (El)
Prensa (La)
Progreso (El)
Relator (El)
Repertorio Colombiano (El)
Repórter Ilustrado (El)
República (La)
Republicano (El)
Revista de Bogotá
Revista del Colegio del Rosario
Revista de la Paz
Siglo XX (El)
Símbolo (El)
Telegrama (El)
Tradicionista (El)
Unidad (La)
Unidad Nacional (La)
Unión Católica (La)
Unión Repubicana (La)
Verdad (La)
Voz de la Patria (La)
X. Y. Z.

•

MENCION SUCINTA DE ALGUNOS DE ESTOS TRABAJOS SUYOS

POESIAS ORIGINALES Y TRADUCCIONES:

Poesías originales y traducciones del latín	1.866.
La Unidad Católica (Folleto)	1.869.
Horas de Amor	1.871.
Traducciones de Virgilio: Geórgicas, de 1.870 a ...	1.873.
" " " Eglogas	1.873.
" " " Eneida, de 1.861 a ...	1.875.
Oda a la Estatua del Libertador	1.883.
Elegía (Folleto)	1.877.
A Maximiliano (Folleto)	1.888.
Traducciones de varios	-1.889.
sonetos de aquí y allí	1.891.
Traducciones de Horacio: Odas, Epodos, Sátiras y Epístolas (En total 60 composiciones)	
Traducciones de Sully Proudhomme ...	1.905.

•

El señor Caro tradujo:

DEL LATIN: A Virgilio, Horacio, Lucrecio, Propercio, Tibulo, Catulo, Ovidio, Lucano, Marcial, La Biblia (David, por ejemplo), San Agustín, Celano, Boscovick.

DEL GRIEGO: (Retraducciones probablemente): Anacreonte, Filemón (de Cicilia) y Tirteo.
DEL INGLES:: A Byron, Longfellow, Barton, Bryant, Bowring, Dryden, Campbell, Bulwer-Lytton, Gray, Moore, Percival, Newman, Moir, Pollock, Wolfe, Shelley, Montgomery y Mrs. Hemans (Felicia Dorothea Browne).
DEL FRANCES: Racine, Millevoye, Hugo, Lamartine, Sully Proudhomme, André Chénier, Heredia, Reboul, Arnault, Sofía Gay y Eugenia de Guerin.
DEL ITALIANO: Dante, Petrarca, Manzoni, Prati y Carducci.
DEL CATALAN: Verdaguer.
ASIMISMO ESCRIBIO muchas composiciones poéticas en latín y vertió en esa lengua buena copia también de otros autores:
DE Garcilaso, Fray Luis de León, Rodrigo Caro, Manzoni, Sully Proudhomme, Moore, Chénier, Longfellow... José Eusebio Caro, Miguel Tobar, José Fernández Madrid, Gregorio Gutiérrez González, Belisario Peña, José Joaquín Ortiz.

•

MENSAJES E INFORMES OFICIALES:

CONSEJO DE DELEGATARIOS (de 1.885 a 1.888):

SOBRE:	Educación Religiosa	1.885.
"	Forma unitaria de la Nación ...	1.886.
"	Clasificación de nacionales ...	1.886.
"	Inconstitucionalidad de las leyes	1.886.
"	Imperio de la legalidad	1.886.

SOBRE:	División territorial	1.886.
"	Pena de confiscación	1.886.
"	Propiedad literaria	1.886.
"	Religión de la Nación	1.886.
"	Inviolabilidad de ciertos derechos	1.886.
"	Derecho de propiedad	1.886.
"	Elección de senadores	1.886.
"	Atribuciones de la Cámara ..	1.886.
"	Inmunidad de los miembros del Congreso	1.886.
"	Facultades del Presidente para conferir grados militares	1.886.
"	Facultades extraordinarias ...	1.886.
"	Inmunidad del Presidente	1.886.
"	Reelección	1.886.
"	Ciudadanía	1.886.
"	Sistema electoral	1.886.
"	Bienes de la Nación	1.886.
"	Régimen político-municipal ..	1.886.

•

CONSEJO DE ESTADO (De 1.888 a 1.892)-
Informes:

SOBRE:	Ley de expropiaciones	1.889.
"	Adjudicación de tierras baldías .	1.888.
"	Gastos extraordinarios	1.889.

•

VICEPRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
(De 1.892 a 1.898)
Más de cuarenta mensajes, alocuciones y discursos.

•

LABORES LINGÜISTICAS DEL SEÑOR CARO:

a)—Gramática latina, en colaboración con el señor Cuervo (el señor Caro escribió la sintáxis). Primera edición en ... ... 1.867.
b)—Plural de los apellidos ... ... 1.864.
c)—La crítica literaria ... ... 1.867.
d)—Reacción ortográfica . . . . . 1.868, 1.869.
e)—Tratado del participio ... ... 1.870.
f)—Diccionarios ... ... 1.871.
g)—El "Don" ... ... 1.872.
h)—Estudio sobre aliteración . ... 1.874.
i)—Estudio sobre El Quijote ... ... 1.874.
j)—El americanismo en el lenguaje . . . 1.878.
k)—Contradiálogo de las Letras 1.880, 1.881.
l)—Participio (Del uso en sus relaciones con el lenguaje) ... ... 1.881.
ll)—Estudio sobre la Elocución ... ... 1.881.
m)—Métrica (El verso eneasílabo) ... 1.882.
n)—Estudio sobre Ortología y Métrica 1.882.
ñ)—Cuestioncilla gramatical (Crítica a Bello) ... ... 1.884.
o)—Gramática parda ... ... 1.888.

•

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y COMENTARIOS DE OBRAS:

De Virgilio . 1.865, 1.871, 1.879, 1882 y 1.908.
" Andrés Bello . . 1.865, 1.866, 1.881 y 1.882.
" Horacio ... ... 1.867.
" Padre Lacordaire . ... 1.868, 1.869 y 1.870.
" Destutt de Tracy y Jeremías Bentham ... ... 1.870 y 1.872.
" José Eusebio Caro ... ... 1.872.
" José Manuel Groot ... ... 1.873.
" Benjamín Pereira Gamba ... ... 1.874.
" Miguel de Cervantes ... ... 1.875.
" Juan M. Gutiérrez ... ... 1.878.
" José Joaquín Olmedo ... ... 1.879.
" Gaspar Núñez de Arce ... ... 1.880.
" Ezequiel Uricoechea ... ... 1.880.
" Ignacio Montes de Oca ... ... 1.881.
" Cecilio Acosta ... ... 1.881.
" Joaquín Posada Gutiérrez . . 1.864 y 1.881.
" José Manuel Restrepo ... ... 1.881.
" Marcelino Menéndez Pelayo . 1.882 y 1.883.
" John William Draper ... ... 1.882.
" Simón Bolívar ... ... 1.882.
" Diego Fallon ... ... 1.882.
" Felipe Tejera ... ... 1.882 y 1.883.
" José Gómez Hermosilla ... ... 1.883.
" Julio Arboleda ... ... 1.883.
" León XIII ... ... 1.883 y 1.884.
" Martín García Merou ... ... 1.885.

DE James Montgomery ... ... 1.886.
" Marco Fidel Suárez ... ... 1.886.
" Juan Bautista de Toro .. .. 1.886.
" San Cirilo de Alejandría ... ... 1.887.
" Juan de Castellanos ... ... 1.879 y 1.887.
" Jorge Isaacs .. .. 1.887.
" Galileo ... ... 1.888.
" Francisco de Paula Santander .. ... 1.888.
" Rodrigo Caro (y un volumen en latín que está editándose) ... ... 1.888 y 1.889.
" José Fernández Madrid ... ... 1.889.
" Baldomero Sanín Cano ... ... 1.889.
" Juan Manuel Rudas ... ... 1.889.
" Joaquín Rubio y Ors .. .. 1.890.
" Rafael Núñez ... ... 1.885 y 1.891.
" Compañía de Jesús ... ... 1.886 y 1.900.
" Joaquín Mosquera ... ... 1.907.
" Angel María Céspedes ... ... 1.908.
" Rufino José Cuervo .. 1.884, 1.890 y 1.908.

•

ESTUDIOS VARIOS: De divulgación cultural y de polémica partidaria.

SOBRE: Materialismo, Sensualismo y Utilitarismo 1.868, 1.871, 1.872, ...1.875, 1.876, 1.888 y 1.899.
" Autoridad y Razón ... ... 1.871.
" Libertad de cultos ... ... 1.871.
" Escuela Liberal ... ... 1.871.
" Fe y Controversia ... ... 1.872.

SOBRE: Religión y las Escuelas ... ... 1.872.
" El Paganismo Nuevo ... ... 1.872.
" El Partido Católico en Colombia ... ... 1.871 y 1.873.
" La Nueva Civilización ... ... 1.875.
" Oración de Estudios ... ... 1.880.
" La armonía entre la Religión y la Ciencia ... ... 1.888.
" Libertad de Imprenta ... ... 1.888.
" Reclamación Cerruti .. 1.888 y 1.898.
" Filosofía Moral . 1.868, 1.873 y 1.889.
" Retroactividad en relación con el matrimonio ... ... 1.890.
" Censos redimidos (Capellanías) 1.890.
" Dogmas incompatibles (Pena de muerte) ... ... 1.890 y 1.895.
" Circulación monetaria (Estudios económicos) ... 1.890, 1.891 y 1.903.
" Gobiernos dictatoriales 1.903 y 1.904.
" Valor demostrativo de la santidad ... ... 1.908.

ETC.

BREVE INDICE DEL PROCESO CONCEPTUAL DE ESTE ESTUDIO

•

INFORMACION PROEMIAL: Págs.

1. El hombre y la tierra en Colombia ... 5
2. Lo que el hombre y la tierra han producido en ella económicamente 21
Lo que el hombre, la tierra y la economía han producido institucionalmente 33
4. Lo que el hombre, la tierra, la economía y las instituciones han creado en el orden de la cultura 48

•

ESTUDIO SOBRE LA FORMACION DE LA PERSONALIDAD DE MIGUEL ANTONIO CARO Y RUFINO JOSE CUERVO:

5. Ambiente nacional histórico en que nacieron 59
6. Ambiente familiar y estirpe 70
7. Ambiente escolar y social 82

8. Resultante caracteriológica en Caro y Cuervo 97
9. Ideología y sentimientos 121
10. Vocación literaria y estilo 187
11. Labores lingüísticas y gramaticales .. 211
12. Posición filosófica 260
13. El magisterio de sus virtudes 315
14. Sus postrimerías y su muerte 328

•

ADICIONES OBJETIVAS COMPLEMENTARIAS:

15 Primer aditamento: Linaje de los Cuervos en Colombia 347
16. Segundo aditamento: Linaje de los Caros en Colombia 353
17. Tercer aditamento: Bibliografía del señor Cuervo 360
18 Cuarto aditamento: Bibliografía del señor Caro 364

La cultura del siglo XVIII y Andrés Bello 42
Andrés Bello en Chile, padre del derecho público 47

Invocación de Dios 25-50-140-157-265
Consorcio de la religión y la justicia 37
Elogio del P. Almanza 40
Reina arquitectura del conservatismo 44
145
Cita de Schopenhauer 282
Otra cita de San Pablo 302
Un don de la Divinidad 198-220
L. de M. acentúa como se obró en él su escepticismo 95
La máxima potencia el instinto 91
El escepticismo de L. de M. 89 — 226/7
José Eusebio Caro
Cita de la Virgen madre de Jesús 132
Conversa Caro con L. de Mora 130 - El Paulista
Teoría de L. de M. inexacta sobre la filología 131
El neologismo según L. de Mora 194
El arcaísmo es de buen gusto 194
Neologismo 40-49-51-53-54/5/6-60/1 65-72-75-76-79
80-88-117-119-121-131-138-142-144-152-156-158-198-20
202-206/7-212-225-229-231-233-235-262
El ritmo de la prosa de L. de M. 200

Trasposiciones 84
La gracia típica de la prosa 177
La interpretación del chiste 92
Concepto sobre la vulgaridad de la picaresca 122
L. de M. ante el matrimonio-enigma 125/6
Grave error político de L. de M. 148
Condenación del federalismo 154
Los preceptos que se dicen de L. de M. 262
Ideario económico de L. de M. 21 y sigs

Colección Patrimonial
EAFIT

BIBLIOTECA
Universidad Eafit
6200000196974

COLECCIÓN
PILAR MORENO